BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS.

LS.C
N9375

NOVELAS CORTAS

DE

VARIOS AUTORES

TOMO II

FELIX M. ESCALANTE.
RAMON DE LA SIERRA.—M. TREJO.
EUFEMIO ROMERO.
LUCIANO MUÑOZ.—MIGUEL MARTEL.
ETC., ETC.

MÉXICO.

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.
Cerca de Santo Domingo No. 4.

1901

400642
27.2.42

FELIX M. ESCALANTE.

MARIA.

I

Voy á contarte, querida hermana mía, una historia pasada en nuestros días, y aunque en ella no encontrarás los atractivos que tienen para la imaginación de una joven las romancescas de los tiempos caballerescos, por la verdad que encierra y por el interés que inspira la desgracia, espero que su lectura te será agradable.

En el año de 1,835, á principios del mes de Abril, caminando por las inmediaciones de la ciudad pintoresca de Morelia, cerca de la noche, percibí á lo lejos á un joven sentado sobre el tronco caído de una encina; tenía aquel la cabeza apoyada sobre su mano y el codo sobre su rodilla; su acti-

tud meditabunda, las penetrantes miradas que de cuando en cuando dirigía con una interesante expresión hacia una casa, al parecer deshabitada, me llamaron la atención; de modo que aproximándome más quise examinar sus facciones, y me sorprendí al ver en él al amigo de mi infancia, á Fernando Castaños, que tú conociste también, si mal no me acuerdo; y habiéndole dirigido la palabra, se levantó todo turbado como quien despierta de un pesado sueño y examina los objetos que le rodean con la ansiedad é indecisión que en tales ocasiones se experimenta; mas como después le hablé por su nombre, reconociéndome en el acto, se arrojó en mis brazos, preguntándome por qué feliz acontecimiento nos hallábamos juntos: yo le contesté en breves razones el objeto de mis viajes por aquellos contornos, preguntándole en seguida, cuál era el que lo tenía allí tan solitario y meditabundo; á lo que me contestó:—Es una historia, amigo mío; y aunque yo te quisiera poner al alcance de ella, no podría hacerlo en pocas palabras, y tal vez en este momento tampoco coordinar mis ideas: suspende por esta noche tu marcha y venre conmigo á la vecina ciudad, en donde proporcionándote un techo, bajo el cual puedas librarte de la intemperie, y una cama en que dormir, podré satisfacer á tus preguntas, al mismo tiempo que contarte mis infortu-

nios, depositándolos en el seno de la amistad. Así lo verificamos, y antes de media hora nos hallamos en Morelia y en casa.

La habitación en que entramos era una estancia ricamente amueblada; aunque sin aliño ninguno, se conocía que su dueño la había descuidado por mucho tiempo: luego que llegamos procuró que se nos sirviera una especie de merienda bastante abundante; y después de haber tenido durante algún tiempo una conversación de los recuerdos de nuestra niñez, nos separamos de la mesa, y en un corredor que caía á un hermoso jardín, iluminado por los primeros rayos de la luna, comenzó mi buen amigo su relación de esta manera.

II

"A pocas leguas de esta ciudad, hacia el Occidente, hay una hacienda llamada Z.**, en la que yo viví; era la primera época de mi juventud: en un valle circundado de verdura y de flores se deslizaba mi existencia tranquila, no obstante que algunas veces se reproducían en mi mente mil memorias, ya tristes, ya halagüeñas; pero que unas y otras dejaban tras sí una profunda sensación en mi alma, porque el recuerdo de lo pasado, por feliz que sea, siempre destila amarguras. Mil arroyos, mil bosques espesísimos se ha-

llaban en las cercanías de mi morada. Unas veces oprimiendo los lomos de mi caballo recorría las llanuras espaciosas; otras acompañado de mis perros de caza y con escopeta en mano, me perdía entre los lejanos montes, persiguiendo al águila salvaje ó al ligero ciervo; y cuando me agobiaba la fatiga me retiraba á mi albergue. En tal hacienda encontraba siempre ocupaciones que, en vez de serme enojosas, cooperaban en parte á mi felicidad. Los mejores poetas eran las principales obras de mi biblioteca; con ellos simpatizaba mi corazón, mi mente se dilataba, y en aquellas fuentes inagotables de sensaciones bebía yo la vida. Entre mis libros se hallaba una novela filosófica escrita por el célebre Deliler de Sale, llamada la "Eponina, ó la Felicidad," donde los cuadros más acabados, las descripciones más animadas, los sentimientos más delicados se encontraban á cada paso. Esta obra la leía yo con frecuencia, porque era de todo mi gusto, y hasta hoy conservo en la memoria casi todo su contenido. El recuerdo de un amor desgraciado me desvelaba frecuentemente, y como en el curso de esta novela encontraba sucesos análogos á mis circunstancias, simpatizaba con aquel que había tenido la dicha de dar tanto interés á los héroes de su obra, porque cuando el hombre que escribe estampa sus sentimientos sobre el papel, con la sencillez

que inspira un corazón puro, es imposible que deje de simpatizar con los demás hombres.

Con poca diferencia así pasaba yo mis días, y no obstante que una naturaleza vigorosa me circundaba, que una libertad sin límites era el dote de mi aislamiento, padecía raptos de una tristeza que á veces degeneraba en hastío, mi alma de joven se resentía de la soledad, en ella encontraba un vacío, y á pesar de mil esfuerzos, mi carácter antes festivo se iba viciando violentamente.

Una mañana, al salir de la misa dominical, en el cementerio de una iglesia situada en una población vecina, arrebató toda mi atención la presencia de una joven estremadamente hermosa, que alejándose de la multitud caminaba con precipitación del templo á su casa. Yo no podré explicar lo que sentí al mirarla; en aquellos sitios tan pintoresco, el encuentro con una mujer tan bella, podía mi corazón interpretarlo como un sueño fantástico que me revelaba una dicha desconocida; y de ahí provino que en mi arrobamiento la considerara como una de aquellas deidades fabulosas de la antigiiedad que se ofrecían á la vista de algún viajero extraviado, ó de algún bardo. Mis ojos no se apartaron de ella; iba yo á seguirla, pero á medida que se alejaba, un respeto ó un temor de desagradarla ataba

mis pasos, y cuando por fin me resolví á hacerlo fué en vano; entre las arboledas y encrucijadas de un camino tortuoso se había perdido.

Desde aquel mismo momento mis pensamientos fueron otros, y mi existencia cambió enteramente; las emociones apasionadas que por ella experimenté fueron tan profundas, que á pesar de mil esfuerzos, constantemente la tenía en la memoria; todo mi anhelo era saber quién era, dónde vivia, por qué acontecimientos había venido á encantar con su presencia aquellos sitios apartados, y no osando preguntar á nadie ninguna cosa que á ella concerniera, por temor de que al hacerlo se traslucieran en mi fisonomía, y acaso en mis palabras, los sentimientos que me había inspirado, devoraba en silencio todo el veneno de una pasión sin esperanza. Mi imaginación me la representaba de mil maneras; unas veces en una casa sencilla, mimada de sus hermanos y al lado de sus padres, y entonces una esperanza lisongera me prometía la dicha de poseerla; otras veces en medio de la noche, después de una vigilia penosa, cuando el peso del sueño comenzaba á cerrar mis ojos, la veía ostentando ricas vestiduras, tocada con perlas y brillantes como una reina, en un salón opulento, ornado de cortinajes espléndidos, rodeada de espejos, reclinada sobre mullido cojín de

un "divan," escuchando con enagemiento las apasionadas palabras de un gallardo joven, y entonces por un impulso de frenesí, saltaba de mi lecho arrojando llamas por los ojos; en el furor de mi rabia vengativa buscaba en vano al objeto de mis iras.

Este estado se hacía demasiado penoso, y á pesar de haber pasado algunos días desde aquel en que la conocí, la tenía tan presente como el primero.

III

Una tarde en que el sol, pronto á ocultarse tras la muralla de roca de las cordilleras de montañas que circundan aquellos sitios, anunciaba con sus últimos rayos amarillentos la venida de la noche, caminaba yo sobre mi fiel caballo, compañero de mis fatigas, por las calles de fresnos y de sauces de la pequeña población en la cual ví hacía algún tiempo á la dueña de mi alma, pues por un instinto natural, había hecho una costumbre de frecuentar aquellos sitios, y mientras yo me perdía en el mar inmenso de mis ilusiones y mi fiel caballo masticaba algunas yerbecitas que recogía al paso, el agudo silbido de un ganadero hirió mis oídos, y levantando la cabeza divisé á lo lejos unas hermosas vacas que di-

rigían sus tardos pasos hacia una casa pequeña, que consideré sería su rancho. El aspecto bello y modesto de aquella morada rústica hirió mi atención, y la tranquilidad que al parecer reinaba en ella, me invitó á tomar allí descanso, para regresar á mi casa. Piqué á mi caballo y en menos de diez minutos me encontré en la ranchería á que pertenecía el ganado y llamé á la puerta; como la noche se avanzaba, á pesar de estar ésta toda abierta, no viendo nada de lo que dentro de la habitación se hallaba y no recibiendo respuesta, volví á llamar con más fuerza. De pronto se me presentó una joven que á primera vista no conocí, preguntóme cuál era el objeto de mi llegada, levantando la cara algo temerosa y volviendo á clavar los ojos en tierra. Cuál fué mi sorpresa al reconocer en ella á la beldad apacible y encantadora por quien tanto había suspirado, á la joven que me fué suficiente verla una sola vez, para ser desde aquel punto su más tierno adorador: no le respondí palabra, descendiendo de mi caballo con la velocidad del viento, me arrojé á sus pies; aquella acción le fué tan extraña, que dando dos pasos atrás se introdujo en lo interior de su aposento, y yo conociendo mi imprudencia le pedí que perdonase, suplicándole con las palabras más humildes que me escuchara un sólo momento. Calmada por mis palabras volvió á sa-

lir á la puerta, sus ojos estaban llenos de lágrimas, lo que me afligió sobremanera, pues ignorando la verdadera causa de ellas, las interpreté como el resultado de mi imprudencia, mas su sorpresa volvió á renovarve cuando le declaré con palabras llenas de pasión que la adoraba, que hacía tiempo no pensaba más que en ella, y que de su respuesta pendía mi desgracia ó mi felicidad, mi vida ó mi muerte: al oir una declaración tan inoportuna quiso separarse á alguna distancia de mi persona, pero tamándola de la mano, le dije: hermosa joven, aunque soy á vd. enteramente desconocido, espero que no me hará la injuria de creerme un hombre capaz de abusar de su inocencia; siendo más bien el que daría su vida por ampararla si le fuere necesario, y que preferiría el martirio más espantoso al pesar de caer en su desagrado arrancándole por la fuerza una sola caricia. No sé si por el cotenido de mis palabras, ó por la expresión de verdad que viera en mi fisonomía, conseguí inspirarle alguna confianza, y como redoblaba mis instancias por obtener alguna respuesta, me pidió que le permitiera ausentarse un momento; así lo ejecutó, entrando á otra pieza y volviendo después con una luz en la mano, pues la oscuridad de la noche era casi completa, y haciéndome entrar hasta un ángulo de su estancia suspendió su marcha, y extendien-

do su mano silenciosa me señaló sobre una mesa el cadáver de una mujer, llenos los ojos de lágrimas después prorrumpió con un acento penetrante: "Este cadáver que ve vd., es el de la que fué mi madre, que murió esta mañana; fácilmente conocerá que hoy la pobre huérfana sólo tiene corazón para sentirla y palabras para lamentar su pérdida; por lo demás, caballero, yo agradezco á vd. los sentimientos que me ha manifestado, á los que, como he dicho, no puedo responder, pues hoy, dar oídos á sus palabras sería profanar los restos de la que habiéndome dado el ser, me meció en sus brazos y me alimentó con la leche de sus pechos."

Conmovido por el miserable estado de aquella interesante joven, permaneci un momento en silencio, y después de haber procurado calmar de algún modo sus profundos pesares con las palabras más expresivas de consuelo, le supliqué que aunque no fuera como amante, sino como amigo ó como humilde siervo, me permitiera acompañarla aquella noche, y en lo sucesivo gozar algunas horas de su presencia. A lo que me contestó: Aunque hoy ha sido la primera vez que he hablado con vd., por sus palabras conozco que es acreedor á mi consideración, las puertas de esta pobre casa, siempre estarán abiertas á las personas que guardando los deberes de la amistad, sepan

respetar la desgracia de una mujer, mas por ahora, y mientras los restos de mi madre estén aquí, suplico á vd. encarecidamente no interrumpa con su presencia el llanto que le debo tributar.

Las últimas palabras que me dirigió no me permitían detenerme más tiempo, y solamente le pregunté por último cuál era su nombre diciéndole en seguida el mío, á lo que me respondió: "María."

Separándome al instante de aquel sitio, monté á caballo y me dirigí á la hacienda Z*** como infatuado con los acontecimientos pasados, lleno de las ilusiones más dulces, y al mismo tiempo poseído de tristeza por la situación de María: era un verdadero contraste.

Cuando llegué al fin de mi jornada, una inquietud mayor me asaltó. La consideración de que María en aquel momento era el blanco del más crudo dolor, que la vista de los restos inanimados de su madre ocasionaría en su alma los martirios más horribles, y que sola en aquella situación, acaso la más amarga de su vida, buscaría en vano un ser que se interesara en sus pesares, cambió de todo punto mis pensamientos y volviendo á montar á caballo, me dirigí otra vez á su casa, avergonzado por haberla abandonado un sólo instante. Pero, ¿cómo contrariar sus deseos? me decía yo á mí mismo. ¿Cómo volver á su

presencia, habiéndome exigido dos horas antes que me ausentara de su vista? ¡Horrible alternativa! Etre abandonarla á su miserable estado, ó tal vez provocar su indignación, contrariando de una manera tan expresa su voluntad, sólo un medio podia haber en este caso, y fué el que sin vacilar adopté; en derredor de la casa que habitaba, crecen árboles pomposos, tras de los cuales, á muy corta distancia, puede un hombre ocultarse sin temor de ser descubierto; efectivamente así lo verifiqué. La puerta de la estancia de María estaba abierta, por lo que, tomando una dirección oblícua, aunque á algún trecho, pude percibirla. Permanecía aquella interesante huérfana con una luz en la mano al pie del cadáver de su madre, sus ayes doloridos resonaban en el silencio de la soledad con un acento incapaz de definirse; toda la noche permaneció en la misma actitud hasta el amanecer, que la ví separarse de aquel punto y salir á la puerta de su morada, como para respirar una atmósfera más pura. Estaba pálida, más demudada qu el día anterior, pero al parecer más serena; serenidad aparente, que más bien es el resultado del abatimiento, que de la calma. Entonces me retiré de aquellos contornos.

IV

En aquel mismo día fué el entierro del cadáver de su madre, y al siguiente me presenté á la recién huérfana, á la interesante María, y desde entonces visitándola con mucha continuación, días enteros pasaba á su lado, y á pesar de que mis labios no se atrevieron en algún tiempo á pronunciar una sola palabra de amor, respetando sus recientes pesares, por mis acciones, por mis miradas, y más que todo por el deseo que manifestaba en agradarla, creo que conocería fácilmente el estado de mi corazón. Efectivamente, yo la amaba con un sentimiento religioso, con una adoración inocente, con un ardor inextinguible; sus miradas me hacían temblar, hacían hervir toda mi sangre, y al tocar su mano, yo no sé lo que sentía; un mar de delicias miraba en su seno, un volcán inflamado abrasaba mi corazón; era preciso algunas veces alejarse de su presencia para no morir.

Una noche, cuando la luna comenzaba á levantarse con su disco de fuego por sobre las argentadas nubes que circundaban el horizonte, nos sentamos ambos al pie de uno de los fresnos que rodeaban su morada para respirar el aliento embalsamado de la noche. Las estrellas, destellando sus fulgo-

res vacilantes, lucían en los cielos, á manera de un pequeño reverbero de cristal movido por el viento; los céfiros susurraban blandamente, templando con su dulce frescura el ardor sofocante que se experimenta en los meses de Abril y Mayo. No interrumpiendo el silencio de la soledad más que el sordo ruido de una cascada que se precipitaba á lo lejos, hacia el Oriente, parecía que la naturaleza exhalaba por todas partes un gérmen de bienandanza; María descansando su cabeza sobre uno de mis hombros, estaba como poseída de un pensamiento único: yo la contemplaba con un sentimiento de amor y de respeto, con sus negras vestiduras, contrastando con la blancura de su tez de marfil bruñido, iluminada por los rayos horizontales de la luna, con sus negros ojos de azabache, á que daban una ligera sombra las largas pestañas que de sus párpados pendían, con sus labios sonrosados, que ligeramente entreabiertos dejaban ver dos hileras de dientes del color de la concha blanca; estaba más hermosa que las fantásticas vírgenes que en nuestro sueño vemos que levantándose lentamente con las nubes desde la tierra hasta los cielos, se pierden á nuestra fascinada vista, como huyendo de una humanidad maléfica.

Repentinamente un suspiro mal reprimido, salió del agitado seno de mi querida,

y bajando yo la vista para contemplar sus facciones, vi que las lágrimas humedecían sus hermosísimos ojos. ¡María! la dije, padece cuando yo la creía dichosa á mi lado; cuando todo el deleite de los cielos pensé que se derramaba en un momento sobre nuestro ser; cuando solos, sin más testigos de nuestra ventura que el Dios que nos ha criado, deberíamos ser la envidia del universo: ahora comprendo que fué un delirio tanta gloria. Sí, María, ahora comprendo que á las palpitaciones de mi corazón mal corresponden sus sentimientos; vd. llora acaso mis mismas desgracias. Vd. me mira con los ojos de la compasión, no del amor; pero ya que no he tenido la dicha de inspirároslo, por piedad calle vd., no me lo diga. Un rato de silencio sucedió á mis palabras: después un torrente de lágrimas bañó las mejillas de María: iba á hablar; pero los sollozos ahogaron sus acentos. Mi ansiedad era indescriptible, y mi fisonomía creo que en aquel instante expresaba de un modo terrible los sentimientos de mi alma; una convulsión interior se apoderó de mi amada, y con palabras entrecortadas comenzó á hablar de esta manera.

V

Aunque á ambos será igualmente funesto el que yo hable á vd. con la sinceridad que acaso no debo, no puedo menos de hacerlo, porque algunas veces nos es imposible ocultar nuestros sentimientos. Cuando conocí á vd. fué en el cementerio de la iglesia de.....al salir de misa, y desde entonces más de una vez su imagen se reprodujo en mi memoria. Después acaeció la muerte de mi madre, y en los momentos en que estaba yo poseída del dolor más vivo por su pérdida, vino vd. á disputarle con su presencia una parte de mi alma.; y desde entonces puedo decir, que habiendo sido común nuestra vida, pues casi no nos hemos separado un sólo día, se han hecho comunes nuestros afectos; amo á vd., Fernando, con un sentimiento desconocido para mí hasta el instante en que tuve la dicha, ó no sé si la desgracia, de verlo. Al oir estas palabras, por un arrebato de entusiasmo me arrojé á sus pies, y tomándola de la mano iba á prorrumpir en las expresiones más ardientes de júbilo; pero viendo ella mi enagenamiento me pidió que no la interrumpiese, y prosiguió su narración con un acento á la par que apasionado, dolorido; como dije, la dicha, ó tal vez la desgracia de co-

nocerlo, porque aunque mi corazóo sólo pertenece y ha pertenecido tan sólo á vd., jamás podré lisongearme de ser su esposa: Fernando, espero que quien ha tenido sufrimiento para callar su pasión por algún tiempo á la persona que ha amado, por respeto á la memoria de la que le dió el ser, tendrá la suficiente discreción para respetar un misterio por el que procura conservar alguna felicidad, y no teniendo la imprudencia de compreterme de ninguna manera á revelarle un secreto que ocasionaría desgracias inevitables.

Yo no podía conformarme con esta respuesta; el misterio que en volvían sus últimas palabras, unido á la convicción que tenía de que me amaba, causaron, como debía esperarse, un efecto extraordinario, y si he de decir verdad, desde aquel punto me interesé más vivamente por ella; y como era inevitable, en vez de respetar, como ella decía, un misterio que me robaba toda mi felicidad, procuré por mii medios investigar de ella misma aquella noche, lo que con una obstinación tan grande me ocultaba; pero todo fué en vano

En los siguientes días la visité con demasiada frecuencia; siempre la encontraba tan triste, que no podía menos de preguntarle cuál era el motivo que ocasionaba aquella melancolía; ella procurando disimular, pretextaba alguna indisposición en

su salud; pero yo bien conocía que un motivo mayor causaba su abatimiento; aquel secreto que guardaba dentro de su pecho, siempre venía á perderme en inmensas conjeturas, y el procurar arrancárselo era sólo el objeto que me ocupaba y al cual dirigía yo todos mis conatos.

El más duro abatimiento se hizo habitual en aquella desgraciada mujer, hasta el caso de ponerla en pocos días tan demudada y enfermiza, que llegué á temer por su vida. Yo no podía dudar de su amor, pues sólo á mi lado parecía algunas veces más reanimada; escuchaba mis palabras con un deleite inexplicable, y mis acciones más indiferentes la exaltaban de una manera visible. A veces, en el rapto fugaz de una alegría pasajera, me tomaba la mano, me veía como reclamando mi compasión, iba á hablar; pero se alejaba precipitada, y yo oía en vez de sus palabras, sus sollozos lastimeros.....

VI

Una tarde al llegar á la casa de María, escuche que con acento sentidísimo y compañada del harpa, cantaba la letra que te relataré, porque la tengo grabada en la memoria, la que pude escuchar desde la arboleda que circundaba su habitación, no que-

riendo interrumpirla con mi presencia; decía así:

Más dulce que el aura,
Que va susurrando,
Tu acento, Fernando,
Calmó mi dolor:
Mas ¡ay! cuando pienso
Que en vano te adoro,
Se agolpa mi lloro,
Y espiro de amor.
Feliz si te miro,
Se ahuyenta mi duelo,
Porque eres mi cielo,
Mi encanto, mi dios:
Mas ¡ay! un terrible
Destino arrebata
Mi dicha, y me mata,
Y espiro de amor.
Delirios que mi alma
Suducen amantes,
¡Ah! ¿por qué constantes
No sois por favor?
¿Por qué cuando en brazos
Estoy de mi dueño,
Despierto del sueño
Llorando de amor?
Amando, y amada.
¡Ay! triste suspiro,
Do quiera que miro
Me causa pavor.
Opongo impotente

De amor al imperio,
Un negro misterio,
Y espiro de amor.

Calló por fin mi encantadora María, y en seguida me presenté á ella. Estaba reclinada sobre el brazo del harpa, en un ademán pensativo; yo la saqué de su meditación, diciéndola: querida María, cantas con la dulzura de los ángeles, y eres amante y pura como una paloma; la tristeza de tu alma se percibe en las modulaciones de tu voz; ciertamente que los acentos dulcísimos de tu garganta son fieles intérpretes de los afectos de tu corazón; pero á pesar de que al escucharlos he tenido el placer de admirar las gracias de que la naturaleza te ha colmado, el sentido amarguísimo de tus palabras me ha hundido en un mar de dolores. Ella me miró con un ademán de tristeza, y me rogó que no habláramos de aquel asunto, porque al hacerlo padecería considerablemente; yo obedecí.

A poco rato, como era ya entrada la noche, me despedí de María, ella me salió á dejar, como de costumbre, hasta el patio de la casa, monté á caballo, y ya para partir tomé su mano y la estreché contra mis labios.

No habría yo avanzado ni veinte varas, cuando una voz áspera me llamó por mi nombre, y fijando la vista en un bulto que

se me aproximaba, pude percibir á un hombre bien montado, y que con una pistola en la mano venía sobre mí; paré mi caballo, y sacando otra lo esperé con sosiego; aquel hombre me disparó un tiro, pero la bala en vez de tocarme al cuerpo, pasó silbando sobre mi cabeza y entonces acercándome más á mi desconocido adversario, le grité con toda la fuerza de mis pulmones: "Caballero ó foragido, espero que me diga el motivo que lo induce á atacarme de una manera tan ciega."—¿Amais á María? me dijo. Aquella pregunta me sorprendió extraordinariamente; pero volviendo en mí, le contesté:—Más que á mi vida.—Esa mujer me ha pertenecido, y quien quiera disputarme su posesión morirá á mis manos.—Al oir estas palabras, una ira semejante al frenesí se apoderó de todo mi ser, y viendo que él empuñaba una larga espada, tiré mi pistola al suelo y saqué la mía; un combate momentáneo sucedió á las palabras; después, alejándose un tanto mi adversario, me gritó con voz de trueno: Otra vez nos veremos, y partió á todo escape; yo me quedé perplejo, sin saber qué pensar de aquella aventura; un movimiento de celos me sacó de mi estupor, y volviéndome á la casa de María, empujé la puerta y me dirigí hasta su estancia; ella se asustó extremadamente al verme llegar tan repentinamente, y aún con la espada en mano, cuya punta estaba ensangrentada.

VII

Como debe suponerse, una conversación terrible sucedió á los anteriores acontecimientos; los celos más espantosos animaban mis palabras, y la infeliz María temblaba como un niño, procurando con las protestas más sinceras calmar mi enojo; lo que con tanta obstinación me había ocultado hasta entonces, me aseguraba en cierto modo de mis sospechas, y llegué hasta el caso de tratarla de falaz y traidora.

Entonces ella con una dignidad que me confundió, comenzó á hablar de esta manera.—"Voy á hacer á vd. una revelación tan costosa á nuestra felicidad, cuanto verá en lo sucesivo; pero antes de hacerlo es preciso que piense en que lo que exige de mi confianza le será extremadamente funesto, pues nos alejará más al uno del otro. Al principio me desconcertaron estas palabras; pero no obstante, ayudado de la presunción que la juventud inspira, y considerando que ningún inconveniente sería insuperable á mi amor, miré las reflexiones de mi amada ya como un vano fantasma que oponía á mi curiosidad, ó ya como una delicadeza de sentimientos exagerada y sin más vacilar le respondí que estaba resuelto á

sufrir cuanto de su revelación me sobreviniera. Ella habló en estos términos:

"En este mismo sitio en que ahora estamos, me dió mi madre á luz hace dieciocho años; tendría yo seis cuando murió mi padre y por su falta quedamos las dos en la miseria; mi madre entonces por salvarme de la mendicidad me llevó á Guadalajara á la casa de mi padrino, el que me acogió como á un miembro de su familia, volviéndose ella á este pequeño rancho, en el que subsistió en lo sucesivo más bien que con los productos de sus terrenos, pues éstos son muy miserables, con las labores de sus manos y con la limosna de los vecinos. La separación de mi madre fué mi primer ensayo en la carrera de los males que he sufrdo, pues aún recuerdo que á pesar de ser entonces tan niña hice una gran pesadumbre; por lo demás, allí crecí con la estimación y cariño que hubiera deseado una verdadera hija; fuí educada con esmero, y mi madre que cada seis ú ocho meses venía á visitarme, se consolaba de mi ausencia con verme en una posición á que no hubiera podido llegar á su lado. Yo era medianamente feliz.

"Como mi padrino era bastante rico y estimado por sus prendas sociales en aquel lugar, de ahí provenía que en todas las diversiones y fiestas que había, se contara en primer lugar con él; yo ya había cumplido

quince años, pues hacía nueve que estaba bajo su amparo; y, ó ya sea porque en la juventud todas las mujeres tenemos algún atractivo, ó porque en realidad tuviera alguna gracia, todos me llamaban hermosa, y aunque según dicen, la vanidad es el flaco de las de mi sexo, yo oía los elogios que me prodigaban, con indiferencia, pues aunque ciertamente era una joven, por la educación inocente que había recibido, pensaba como una niña.

En el Carnaval de 1,833, hubo en el lugar, como de costumbre, toros y máscaras; en ese año mi padrino estaba muy contento con motivo de una ganancia bastante cuantiosa que había tenido en su comercio, y para celebrarla determinó hacer un baile el último dia de Carnestolendas, y que asistiéramos á las corridas de toros; así fué efectivamente En ellas lucieron algunos hacendados de las inmediaciones, que en briosísimos caballos se pusieron á picar; entre ellos se hizo célebre por su atrevimiento y destreza un joven que se apellidaba López; con tal motivo fué el objeto de la conversación de muchos; todos ensalzaban su valor, pero algunos descendiendo á otras cosas, hablaron de su conducta muy desfavorablemente; yo todo lo escuchaba con indiferencia, pensando ya en mi madre que en esos días se hallaba en aquella ciudad, ó en el vestido de máscara que

me estaban disponiendo; cosa que cautivaba toda mi atención, pues era la primera vez que iba yo á disfrutar de un espectáculo que consideraba como una cosa asombrosa.

"En el primero y segundo día del Carnaval, á pesar de la ninguna prevención que pudiera tener, noté que López, aquel atrevido picador, clavaba los ojos en mí con una atención decidida; y el último cuando concluyó la corrida y salía yo de la plaza acompañada de mi padrino, aprovechándose López de la confusión que ocasionó la multitud de gente que se agolpaba á la puerta, tomándome una mano me introdujo en ella un papel, que yo solté tan luego como me dejó libertad para hacerlo; él hizo un gesto de enfado y me dirigió una mirada amenazadora; yo, ya sea por el modo grosero con que me había tratado, ó por las voces vagas que había oído proferir sobre su mala conducta, aquel hombre me repugnó sobremanera. Después llegando á mi casa me ocupé de toda preferencia en disponer los adornos con que pensaba engalanarme aquella noche; mi vestido era á la escocesa. Llegó por fin la hora del baile, mil enmascarados poblaron en un instante la sala, alumbrada por todas partes con esperma y rodeada de espejos. Sonó por fin la música, y los concurrentes comenzaron á formar grupos vistosísimos; al

precipitado wals sucedian las cuadrillas, á éstas la contradanza; yo estaba como encantada enmedio de todos, y con el auxilio de la careta que tanto sirve para evitar el embarazo, hablaba con todo el mundo. Pero como en los lugares cortos son tan marcadas todas las personas, de ahí provino que al cabo de dos horas, pocas de las que componían la concurrencia ignoraban, á pesar de mi disfraz, quién era yo, llamándome algunas por mi nombre, con muestras de triunfo. Entonces llegándose á mí una criada de casa me dijo al oído, que bajara yo con ella á una pieza que había en el patio y que me pondría un dominó sobre mis mismas vestiduras, para que pudiera sostener el anónimo en lo sucesivo, á lo que accedí con mucho gusto, bajándome en seguida á ejecutarlo.

"Cuando me disponía á subir nuevamente disfrazada, al atravesar el patio, ví que dos hombres enmascarados se dirigían á mí y acercándose más uno de ellos, me asió con suma fuerza de la cintura, al mismo tiempo que el otro me tapó la boca con una parte de mi mismo dominó: en vano busqué con los ojos á la infame criada para recibir de ella algún socorro; había desaparecido, porque estaba de acuerdo con los raptores. Por fin, aquellos malvados me llevaron, supendida entre sus brazos hasta un punto algo lejano; yo procurando

desacirme hice muchos esfuerzos; pero todos fueron inútiles, y nadie vió aquel suceso, porque era más de media noche; y habiendo llegado á un punto donde estaban dos caballos atados á un poste, me subieron en uno de ellos, montando en la grupa uno de los raptores, el que me apretaba contra la silla con una fuerza hercúlea, el otro nos siguió á caballo; pero como entonces me dejaron la boca libre, levantando la voz y con un acento penetrante comencé á pedir socorro; pero nada conseguí: nuestra marcha era muy veloz y á poco tiempo salimos á despoblado.

"Habríamos caminado como unas dos leguas, y como aquellos hombres no podían temer mi fuga, el que llevaba á mi espalda me dejó más libre, y entonces haciendo un movimiento rápido me arrojé del caballo á bajo, sin otra esperanza que la muy remota de entorpecer la marcha, á fin de ganar tiempo, y que antes de que llegáramos al cabo de nuestra jornada viniera la luz del día y con ella tal vez algún socorro, tan difícil en medio de la osburidad y por unos caminos desiertos; pero aunque ciertamente logré por este medio suspender nuestra marcha algunos instantes, irritó de tal modo á los raptores, que uno de ellos tuvo la villanía de arrastrarme de los cabellos por la tierra, un buen trecho, y luego ayudándose mútuamente ambos, me vol-

vieron á subir al caballo. Después de una hora avistamos una casa aislada en medio de la llanura; era una hacienda. Cuando llegamos á ella, á la voz de uno de aquellos hombres feroces nos abrió la puerta un criado, el cual tomó los caballos cuando los dejamos."

Un rato de silencio siguió á esta triste relación; yo estaba tan irritado contra aquellos hombres viles, que pedía al cielo con todo mi corazón encontrarme con ellos. María después de tan breve pausa prosiguió hablando de esta manera:

"En una galería bastante larga, que llaman los labradores "troje," y que entonces ningunos granos encerraba, que tendría cincuenta varas de extensión y ocho ó diez de altura, ventilada únicamente por unas pequeñas aberturas que se veían en la parte superior de sus paredes y comunicada por una puerta única que daba á otra pieza que la seguía, fuí introducida, en donde me dejaron sola. Esta triste estancia estaba alumbrada únicamente por una sola bujía; después oí ruido de llaves y pude ver que dos hombres introdujeron unos muebles, que se componían de una cama, una mesa y algunas sillas.

"Entre tanto, no podré explicar los padecimientos que experimentaba; el tormento más espantoso no es nada junto á lo que yo sentía; la imagen de aquellas fantas-

mas, de aquellas figuras enmascaradas se me representaba á cada paso, y mi situación me era tan extraña, que algunos ratos pensaba que todo lo que había sufrido y sufría era un sueño; pero al reflexionar con más detención, conociendo la verdad de todo, derramaba torrentes de lágrimas.

"Así pasé lo restante de aquella noche; y al día siguiente, cuando apenas había amanecido, lo primero que ví fué á un hombre todo contrahecho, con la nariz dividida completamente, que cojeando entró á mi prisión, pues así consideraba yo aquel recinto, y me sirvió el desayuno que apenas llegué á los labios, más bien por una fórmula que por gustarlo. Aquel hombre no habló una sola palabra. Yo, aunque deseaba hacerle algunas preguntas, no me determiné á nada, pues suponía, como después lo experimenté, que era muy adicto á los raptores; y cuando se separó de allí lo ví ausentarse con gusto, porque me asustaba su raquítica presencia; él mismo me llevó de comer al medio día, y en la noche la cena, siguiendo estos oficios en lo sucesivo.

"El dominó que llevaba yo puesto estaba todo desgarrado, y al quitármelo del cuerpo hirió mis ojos el hermoso vestido de escocesa que tenía debajo, y su vista fué para mí un manantial de reflexiones amarguísimas; era en verdad un contraste ex-

traño aquellas ropas de fiesta con el duelo justísimo que experimentaba mi alma.

"Al recordar que la víspera había sido uno de los días más agradables de mi vida, que estaba al lado de mi madre y de mi padre, á quienes amaba con un amor filial tan satisfecha y gozosa como una reina, y que en aquel momento no tenía delante de mis ojos más de un porvenir atroz, que todo el mundo me acusaría de un crimen en que en vez de haber sido culpada era yo la víctima inocente, no pude menos de interrogar á la Providencia, por qué me había puesto en tan miserable estado; aunque después conociendo que ningún derecho tiene el hombre para investigar los decretos del Altísimo, me arrepentí de todo corazón de una culpa á que sólo el frenesí pudo haberme conducido, y rogué á la Virgen por mi salvación.

"Llegó la noche por fin, y cuando estaba yo más distraída en mis reflexiones amarguísimas, ví con espanto que abriendo con estrépito la puerta, entró un hombre á aquella estancia con una linterna en la mano, y fijándole la atención, conocí que no era la primera vez que lo había yo visto; cuando se acercó más, ya no me quedo la menor duda de que era López, aquel diestro picador que tantos aplausos arrancó en las corridas de los días anteriores al que acababa de expirar, y que puso en

mis manos aquel papel al salir de la plaza que por haberlo yo dejado caer en tierra me miró con una expresión amenazadora. Entonces conocí que él era uno de los raptores que me habían llevado á aquella mansión de espanto; él manifestándose en aquel momento muy afectuoso, me saludó con una expresión extraordinaria. Tomando en seguida una silla se sentó cerca de mí; quizo abrazarme por el cuello; pero haciéndome á un lado lo impedí, dándole á mi fisonomía una expresión tan terrible, que ya no insistió por de pronto en su intento. Después me dijo: "Bella María, no quiero disculpar de ninguna manera mi conducta pasada; yo he sido el que ha arrancado á vd. del seno de su familia, de la tranquilidad de su hogar; la presencia de vd. me enamoró, y su desprecio hirió vivamente mi amor propio; por lo que determiné hacer á vd. mía, arrostrando por todo. Estando en mi poder, el único camino que le queda á vd. es el de admitir mis caricias, correspondiéndome con las suyas: el león más fiero suele ser dominado por un niño, cuando éste lo halaga; y aunque yo acaso debo aparecer á la vista de vd. como un hombre bárbaro, tal vez su ternura cambiará en lo sucesivo mi carácter. Yo amo; la naturaleza me dotó de pasiones fuertes, y éstas cuando son contrariadas, suelen causar muy tristes resultados; con que pien-

se vd. bien su respuesta, en la inteligencia de que cualquiera que sea, tendrá de ser mía.

"Las primeras palabrabs de este monstruo helaron mi alma; al paso que seguía hablando, un temblor fuerte sacudía todos mis miembros; pero cuando pasó la primera sorpresa, la indugnación sucedió al miedo, y con la resolución que nunca hubiera creído tener, vituperé su conducta, con las expresiones más amargas, echándole en cara los medios infames de que se había valido para tenerme en su poder, y declarándole por fin que sus palabras amorosas como sus amenazas, tan sólo me inspiraban el más absoluto desprecio. Mientras que yo me expresaba de esta manera, la fisonomía de López tomaba una expresión horrible, y sin contestarme una sola palabra, se levantó de la silla que ocupaba y salió apresuradamente de la estancia, á la que volvió á entrar acompañado de otro hombre, el que después supe que era su hermano; el mismo que le había ayudado á la espantosa escena de la noche anterior, y el compañero en fin de todos sus crimenes. "María, me dijo: por última vez volveré á á hablar sobre un punto que á la verdad me parece que se va haciendo largo; piense vd. que está en un lugar apartado, que ninguna esperanza de libertad le queda, pues nadie más que nosotros sabe, ni aun pue-

de saber su paradero, y que en vano implorará socorro; pues aun prescindiendo de que todos los habitantes de esta hacienda son mis súbditos, ninguno oiría sus lamentos, pues la estancia que pisamos está construida en el interior de toda la casa, y los dependientes de ésta viven en el exterior.

"Entonces yo, viéndome amenazada de esta manera, me puse yerta como un cadáver, y olvidando por lo pronto mi justo enojo recurrí al ruego, y con las expresiones más humildes le pedí de rodillas que prescindiera de un capricho que lo infamaba; que me dejara volver al seno de mi familia, pues así llamaba á la de mi padrino; y que si acaso lo hacía, en vez de conservar de él una memoria desfavorablbe, mereceria mi más tierna gratitud; hice aún más procurando lisonjear su vanidad le dije estas mismas palabras: El hombre acostumbrado á lidiar con las fieras, y á vencer á los demás hombres, ¿qué gloria puede prometerse en triunfar por la fuerza, de una débil mujer? Mis palabras fueron inútiles, pues sin responder á ellas hizo una seña á su hermano, y en el momento agarrándome aquel por la cintura y éste las manos, me precipitaron al suelo; pero al caer, haciendo yo un movimiento rápido logré desasirme.

Una lucha desigual mantuve mientras me quedaron algunas fuerzas; el despecho

me prestó una pujanza capaz de libertarme por algún tiempo de sus culpables atentados y mi defensa irritó á aquellos bárbaros, hasta el extremo de que uno de ellos me hirió con la hoja de su puñal por el costado derecho; entonces llegó á su colmo mi desgracia; el dolor, la fatiga, el espanto al verme bañada en sangre, me ocasionó un desmayo, que no sé cuanto duró.....Cuando abrí los ojos fué para ver el abismo en que había caído".....

La infelíz María quedó en silencio como agobiada por un recuerdo tan amargo; al fin volviendo á hablar con ironía dolorosa me dijo: y bien ¿me amas aún?—Pienso en vengarte, la respondí, en abrirles el pecho á esos infames, y sacarles el corazón. —Silencio, repuso ella, no más hablar de venganza: la justicia ha castigado á esos hombres, y por mi intercesión están ya libres; escucha el fin de mi triste historia

"Permanecí en poder de aquellos bárbaros dos años siete meses; uno y otro de convenio aspiraban á mis caricias, y como siempre resistiera yo á las suyas, á sus más torpes halagos, sucedían el mal trato y la violencia.

"Desde el primer día, como debe suponerse, mi único pensamiento era fugarme; pero lo miraba como un imposible.

"Al fin Dios tuvo piedad de su pobre criatura: una noche ví que se abrían de par

en par las puertas de la que llamaba mi prisión, y en seguida reconocí á mi querido padrino, acompañado de unos soldados; no tardé en comprender mi dicha, me arrojé á sus brazos y quedé como infatuada por algunos instantes, por el exeso de la alegría; después miré á López y á su hermano amarrados en medio de los soldados, é inmediatamente saliendo de aquella estancia, de la cual no había salido un sólo instante desde la primera vez que entré á ella, y subiendo veloz al coche de mi padrino caminamos él y yo para Guadalajara, en cuya carrera supe que habiendo estado cercana al sepulcro por una enfermedad momentánea, la criada que me vendió á López declaró á mi padrino su infamia, y no perdonando éste medio para averiguar acertivamente mi paradero, y sabiendo que aquella hacienda era de los raptores, se dirigió á ella todavía en duda del buen éxito de su empresa; pero no obstante, prevenido para libertarme si por fin me encontraba allí.

"Cuando llegué á Guadalajara, como debe suponerse, busqué á mi madre, y tuve el dolor de saber que estaba en esta misma casa bastante enferma; al día siguiente vine á ella, donde efectivamente la encontré casi agonizante.

"Del resto de mi historia puede vd. más que yo ser el verdadero narrador,

"Por lo que toca al encuentro peligroso que ha tenido vd. esta noche, y por el que me he resuelto á contarle la historia de mis desgracias, creo á no duarlo que éste ha sido con López, que sabedor acaso de mi paradero, y habiendo concebido celos por las visitas de vd. ha intentado darle muerte, temiendo que tendría la generosidad de defenderme de sus criminales atentados."

Así acabó la interesante María su tristísima narración; después imprimiendo por primera vez en su vida sus delicados labios contra mi frente humedeciendo mis mejillas con las lágrimas que derramaba, y rompiendo nuevamente el silencio, me dijo:—Juro por las cenizas de mi madre, en nombre del Dios que nos da la luz, que mi corazón no pertenecerá á otro más que á vd., y si me encontrara yo digna de su mano, el que me poseyera sería para mí el colmo de la felicidad; pero lo repito, ahora más que nunca es imposible.

En vano procuré disuadirla de su resolución; siempre me respondía con las protestas más puras de su amor; y afectando una festividad con la que pretendía ocultar á mis ojos un secreto dolor, que mal de su grado se revelaba á cada paso en sus interesantes miradas. Por último, cuando yo me despedí para volver al día siguiente ella con una exaltación la más violenta, im-

primió sus labios contra los míos, pidiéndome que le repitiera que la amaba. Hícele así mil veces, y otras tantas la estreché contra mi corazón. Entonces exclamó ella: "He aquí, Fernando, el momento más feliz de mi vida."

Al separarme de su lado pronunció con un acento marcadísimo y lleno de expresión, tres veces la palabra—Adiós.... ....

VIII.

Una exaltación extraordinaria experimenté después de haberme separado de María; la historia dolorosa que acababa de escuchar, la angustia que á pesar de sus esfuerzos revelaba á cada paso su fisonomía, todo reunido á la violenta pasión que tenía yo por ella me ocasionaron una turbación que rayaba en la demencia: el sueño huyó de mis ojos: una vigilia llena de presentimientos amargos fué precursora de una gran desgracia.

Al día siguiente, más temprano que nunca, corrí á la casa de mi querida; y cuando estaba en ella, después de haberla recorrido toda con la precipitación más activa, la encontré desierta: mis ojos, que vagaban por todas partes, hallaron una carta que estaba en una mesa, y abriéndola maquinalmente, leí lo que oirás, porque la tengo grabada fielmente en la memoria.

"Fernando: para ser digna del amor de vd., me ha parecido indispensable alejarme de su vista; en la tierra ya no nos volveremos á ver; pero hay un lugar destinado para los desgraciados, donde alguna vez estaremos juntos; conozco demasiado su modo de pensar, para creer que nunca me culpará de inconstante, y si me he resuelto á dar un paso tan duro, ha sido más que por virtud, por la estimación que hago de vd.; consuélese de mi ausencia, con la convicción, que no dudo tendrá de que lo amo, y lo amaré mientras viva.—María."

Después de cuatro años que han pasado desde el día en que en el mismo sitio donde tú me encontraste esta tarde, en aquella casa hoy arruinada que estaba al frente de nosotros, encontré la carta que te acabo de relatar, recibí la que oirás:

"Convento de religiosas de". . . . En Guadalajara etc.

Fernando: cuando tú recibas ésta, será cuando yo haya dejado de existir; cerca de cuatro años he estado ausente de tu lado, y eso me lleva al sepulcro, pues desde el día en que nos separamos, mi salud por mis padecimientos morales, comenzó á decaer. —Después de haberte probado mi fortaleza con mi manejo, te declaro con gusto que no habiendo tenido la villanía de abusar de tu pasión para contentar las mías, me resolví á pasar el resto de mi vida en el convento

de..... desde donde te escribo, que á pesar de no haber tomado el hábito por la escasez de mis recursos, he hecho la misma vida austera y retirada que una religiosa, y que desde aquí no he cesado de bendecir al joven generoso, que olvidando mis estravíos ciertamente involuntarios, no vaciló un sólo instante en unir su suerte á la mía; pero yo correspondiendo á tu generosidad, quiero más bien padecer los más crueles pesares en tu ausencia, que abusar de tu amor: sí, Fernando, la querida de unos infames, no debía ser la esposa de D. Fernando Castaños."

Este fué el fin de la narración de Fernando: los López, según he sabido, expiaron en el patíbulo los crímenes que posteriormente á los acontecimientos de esta historia cometieron en varias partes de la República.

En cuanto á Fernando, no sé si recordarás haber leído hace pocos años en un periódico una noticia que recuerdo: á la letra decía así:

"Anoche, poco después de las oraciones se oyó en el cuarto núm. 6 del Mesón H una fuerte detonación, acudió gente, y como estaba la puerta cerrada llamaron á la justicia, la que rompiendo la cerradura se halló en el cuarto, que estaba lleno de humo, el cadáver de un joven derribado en el suelo enmedio de un lago de sangre:

su agonía parece fué prolongada, y su rostro estaba desfigurado y desgarrado su vestido; antes de perpetrar su crimen quemó todos sus papeles, de los cuales sólo se han hallado uno que otro resto, por donde se viene en conocimiento que el nombre de este desgraciado era D. Fernando Castaños, y que tenía relación ó parentesco con una joven que hace pocos días ha profesado de religiosa en Guadalajara, según un aviso impreso que medio despedazado y lleno de sangre se halló entre las manos del cadáver. Se ignora la causa de este hecho atroz."

RAMON DE LA SIERRA.

ANGELINA.

I

LOS DOS AMIGOS.

En una noche de Agosto de 18.. se hallaba en un cuarto, decentemente amueblado, un joven como de veinte años; su fisonomía era dulce y expresiva, su cuerpo alto y bien formado, y estaba vestido elegantemente. Se paseaba á lo largo de su habitación y con frecuencia se asomaba á una ventana que daba al patio, y otros ratos permanecía absorto con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho. Repentinamente salió de su estupor, sus ojos brillaron, y con un acento de alegría, dijo: ya llegó. Tomó su sombrero, y se disponía á salir, cuando entró otro joven, vestido también con la mayor elegancia.

—Mucho has tardado, Manuel; hace una hora que te espero, salgamos.

—Ten paciencia, replicó el recién llegado, dentro de una hora saldremos.

—¡Cómo! Son las ocho dadas.

—Por lo mismo te repito que es muy temprano; á un baile de etiqueta se entra á las nueve, y no antes.

—¿Conque es preciso aguardar más tiempo, Manuel?

—Seguramente; pero platicaremos entre tanto.

Los dos interlocutores tomaron asiento junto á una mesa.

—Querido Manuel, esta noche me has hecho un favor que no olvidaré en mi vida.

—Me alegro de serte útil, pero deja eso, hablemos de tu frac, que por cierto está muy bien hecho.

—¿Conque no quieres, Manuel, que te manifieste mi agradecimiento? ¿Unes la modestia á la generosidad?

—Estás hoy más charlatán que nunca; ya se ve..... estás ensayando arenga.

—¿Ensayando? No, Manuel, no necesito ensayar, porque ese recurso sólo lo adoptan los que tienen que suplir con la elegancia de las palabras la frialdad de su alma; yo no, amigo mío, esta noche, esta noche que me llevas á la casa de la joven, á quien he amado en silencio hace dos años, le re-

velaré el secreto de mi corazón, pero de buena fe, sin recurrir al artificio. ¡Ah! Manuel, á proporción que la hora se acerca arde mi frente y mi cabeza se pierde. ¿Qué no sabes lo que es amar, y amar de veras, con todo el corazón, con toda el alma, pero sin esperanza alguna? ¿No sabes lo que es el primer amor? ¿Ignoras que deja raíces profundas en el corazón, y heridas que jamás se cicatrizan?

—Por mi fortuna ó mi desgracia, harto he conocido lo que es el primer amor.

—¿Por tu fortuna ó tu desgracia?.... No te entiendo.

—Me explicaré; no sé si habrá sido mayor la desgracia de haber amado, ó la fortuna de haber adquirido experiencia en la misma escuela de la adversidad.

—¿Luego fuiste desgraciado?

—Tú decidirás cuando sepas que amé á una joven con esa misma exaltación con que tú amas á Isabel; ella correspondió mi amor, y cuando más acaloradamente me juraba su constancia..... admitió las ofertas de otro amante, y al mes de relaciones con él celebró su casamiento.

—¡Santo Dios! dijo el amante de Isabel levantándose de la silla, y teniendo los ojos encendidos. ¿Es posible?

—Tú juzgarás si fué fortuna ó desgracia.

—Manuel, no eras merecedor de tanta

perfidia; te compadezco, amigo mío, porque habrá sufrido mucho tu corazón.

—Sí, en aquellos días padecí.... como tú considerarás; mas ahora me encuentro libre, con algunas proporciones, y busco goces más sólidos y durables que los halagos de una mujer. La sociedad me es pesada en sus fórmulas, aunque me he separado de ella por no caer en otro escollo; hacerme selvático, pero jamás mujer alguna ha vuelto á oír de mis labios una palabra amorosa; las trato con afabilidad y política, mas mis placeres están en la soledad, los libros y la música. Cultivo la amistad de uno que otro, que, como tú, me parece buen amigo; y en la pequeña esfera que yo mismo me he trazado, encuentro alguna paz como no se halla en el bullicio del mundo. Si esta noche concurro á un baile, es porque no he podido negarme á las repetidas instancias de D. Antonio, y más que todo, porque acostumbrado á complacer á mis amigos, he querido contemporizar con tu deseo de presentarte esta noche en casa de Isabel.

—¡Oh, Manuel! á cada paso me muestras más tu nobleza.

—No hay nobleza, amigo mío.

—Con este título me envanezco, Manuel querido.

—Apostaría á que te soy esta noche más amable que nunca.

—¿Me juzgas tan egoísta?

—Pero vamos, ¿qué haces esta noche?

—¿Qué hago? Lo que hace un enamorado.

—Locuras.

—Así las llamarás.

—Pero hay una cosa: si Isabelita tiene amantes, como es de presumirse, por su dinero y demás cualidades, ¿te lisonjeas de ser el preferido?

—No me hables de eso, Manuel, porque me afliges con una duda más cruel que el mal mismo.

—Pero ello es preciso que suceda.

—Lo entiendo; mas al menos sabrá que la he amado, y que á ella he consagrado mi corazón, mi existencia y mi reposo. Si soy digno de su amor, seré el más feliz de los hombres y, si al contrario.... entonces.... Mas no hablemos de eso, Manuel. Y al decir esto, se dirigió el amante de Isabel á la ventana, llevando la mano á la frente, como queriendo alejar de su imaginación un pensamiento triste. Abrió las vidrieras, y dijo á su amigo: son las ocho y media, me parece que es buena hora, y que no debemos esperar que llueva, pues la noche está muy cerrada. No bien hubo dicho estas palabras, cuando los truenos se oyeron, y la lluvia empezó á caer, así es que con un acento triste dijo á Manuel: ya no iremos al baile.

—¿Por qué?

—Porque está lloviendo muy recio.

—No te des á la pena, amigo mío; los hombres..... y las mujeres, no se arredran por el agua para ir á un baile; si se tratara de ir á misa, con sólo una llovizna se encontrarían autorizados para faltar á ella; pero para un baile no hay catarros ni calenturas, sino que todos gozan muy buena salud.

—Y bien, ¿te he de exponer á una enfermedad por salir en medio de estos aguaceros que aumentan su furia por minutos?

—Afortunadamente traje mi paragua.

—No basta.

—Aguarda, vine además en "simón."

—¡Bravo! gritó el amante de Isabel arrojándose en los brazos de su amigo; creo que eres mi amigo fiel, mi hermano, el más excelente de los hombres.

—Si te casares con Isabelita, dijo Manuel sonriendo, no dejes de avisarle que yo cooperé á tu dicha.

—Si tal sucede, jamás me olvidaré de mi buen amigo Manuel Estrada, y lo único que amargaría esa dicha sería el carecer de tu presencia.

Algún tiempo después subían ambos amigos en un coche para dirigirse al baile que daba D. Antonio Pérez.

II

EL TOCADOR DE ISABEL

La pieza destinada al tocador de Isabel era un cuarto pequeño, pero frisado con gusto. Contenía una mesa de caoba, sobre la que descansaba un gran espejo, y á los lados de éste se veían varios frascos de esencias, pomadas, listones y orquillas; en un rincón, un aguamanil también de caoba, con su pichel y lebrillo de porcelana fina y una tasita con jabones de olor. Había un ropero embutido, ó alacena, donde estaban colgados muchos vestidos lujosos, como salidos de casa de M. Virginia.

Un sofá azul de damasco completaba los muebles del sencillo tocador de Isabel; sobre la mesa se hallaban dos velas de esperma, cuya luz era suficiente para tan reducida pieza. Isabel era una joven de veinte años, aunque representaba menos edad: su estatura era regular, no era grande ni deslumbradora su belleza, pero el conjunto de sus facciones tenía cierto aire de gracia y amabilidad que la hacía parecer más hermosa. Llevaba un vestido blanco de seda, y el peto, abierto por enmedio, estaba asegurado por unos cordones, también de seda, que pasaban entretejidos de uno á otro

lado. La joven que acompañaba á Isabel, y que llamaremos Angelina, rayaría en los dieciocho años. Era sí verdaderamente hermosa, y realzaba su belleza un aire apacible de dulzura con cierto tinte de melancolía, que hacía creer que su imaginación era viva y exaltada; sus grandes ojos garzos eran el espejo de su alma; su boca era pequeña, su nariz bien formada; su cútis, de un color rosado, era tan terso, diáfano y delicado, que se podían contar sus arterias. Una apacible languidez había en el semblante de Angelina; su sonrisa era melancólica, y su mirar tan dulce que sería imposible verla sin amarla. Angelina, en fin, era el positivo de ese bebllo ideal que se forjan los jóvenes y que sin existir adoran. Dotada Angelina de un talento muy claro y de una sensibilidad rara, no tenía más defecto que su misma sensibilidad. Se había formado un carácter tétrico, y casi siempre estaba envuelta en una triste melancolía. No era Angelina de esas jóvenes fátuas que afectan un aire de sensibilidad que no conocen, sentimentales por moda, y que después de haber leído una novela, como la Extranjera, ensayan á sus solas las posiciones más exajeradas de la heroína, su modelo, y aman por capricho, sin consultar su corazón. Lo repetimos: Angelina distaba de esas extravagancias, y su melancolía era genial, porque estaba dotada de una alma ardiente, y

sus emociones eran fuertes, poderosas, que no se pueden describir, porque se debilitaria su influjo. Para terminar el retrato de Angelina diremos, que iba vestida como Isabel; porque siendo amigas desde su infancia habían pactado vestirse iguales, sobre todo en las grandes solemnidades; y esa noche se daba un baile en la casa de Isabel.

Sólo en una cosa se distinguían, en el peinado; Angelina llevaba su hermoso cabello rizado sobre las espaldas. Cuando las dos jóvenes acabaron de arreglar sus trajes, tomaron asiento sobre el sofá, y tomando Angelina las manos de Isabel, se reclinó en su hombro.

—Te veo triste, Angelina, dijo Isabel, y apostaría á que el aguacero es quien causa tu tristeza.

—Ya sabes Isabel que siempre estoy triste, y el aguacero no podía aumentar mi estado habitual.

—Nada más claro: el aguacero impide la concurrencia; sin concurrencia no hay baile, y sin baile.....ya entiendes.

—Precisamente nada comprendo, dijo Angelina.

—¿Nada comprendes? Pues.....¿y D. Ricardo Martínez?

Angelina sonrió amargamente, y con un acento triste dijo á Isabel: D. Ricardo Martínez.....nada tiene que hacer esta noche.

—¿Cómo? ¿No te he dicho que esta noche viene con.....

—Nada me has dicho, interrumpió Angelina.

—En verdad que soy muy distraída; toda la tarde he querido decírtelo, y se me ha olvidado. Pues has de estar, en que al medio día vino D. Manuel Estrada á un negocio con papá, y al salir, que estaba yo en la asistencia, me dijo: Isabelita, su papá de vd. me ha convidado para esta noche, y yo quiero traer á un amigo que toca el piano. Yo le pregunté quién era su amigo, y después de mil preámbulos me dijo, como al disimulo: es D. Ricardo Martínez.

—¿Eso te dijo? preguntó Angelina.

—Lo que oyes.

—Luego entonces, repuso Angelina suspirando, Ricardo te ama.

—¿De qué lo infieres?

—De que su amigo te anunció su venida no sin misterio.

—Podrá ser; pero lo cierto es que yo no le amo, aunque tampoco le aborrezco. Sin embargo, creo que te equivocas en suponer que á mí se dirige y no á tí; porque cuando salimos al balcón siempre vamos juntas, al paseo juntas, y así nos habrá creido hermanas tal vez.

—Isabel, dijo Angelina estrechando la mano de su amiga, ¿quieres que te diga la verdad? Creí por algún tiempo que Ricar-

do.....se dirigía á mí; y como varias ocasiones lo traté en casa de las niñas H... y ví que era joven amable y fino.....lo amé; pero oye, Isabel, llegué á adorarlo con todo mi corazón.....á.....mas hoy he conocido que él no ama á Angelina sino á Isabel, ni puede tenernos por hermanas, su amor es á tí, sus miradas á tí son dirigidas, y esta noche viene por tí. Sé felíz, Isabel, á su lado, si es digno de tu amor, y jamás yo perturbaré tu dicha. Angelina abrazó á Isabel, exhaló un suspiro, y dos lágrimas asomaron á sus ojos.

Isabel era sensiblbe, pero carecía de expresiones; así es que sólo pudo decir con voz conmovida: Angelina mía, yo no amo á Ricardo, ni lo amaré nunca, yo te lo prometo.

—Pero él te ama y te amará.

—No, Angelina; yo le diré que á tí es á quien debe amar.

—Jamás, jamás, porque no te creería digna de mi aprecio.

Una criada interrumpió el diálogo, diciendo á Isabel que las esperaban en la sala. Isabel y Angelina salieron del tocador, á tiempo que subían la escalera los dos amigos, D. Manuel Estrada y D. Ricardo Martínez.

.. ..

.. ..

He aquí un caso nada raro, y que es una

de las pruebas de la infelicidad de la mujer. Angelina amaba á Ricardo con el mayor ardor, mientras éste sólo pensaba en Isabel. ¿Podía Angelina declarar su amor á Ricardo? ¿Lo hubiera recibido bien éste? ¿No habría caído el anatema de la sociedad sobre la infelíz joven, que hubiera arrastrado por toda su vida el baldón y la execración de todas las jentes? Y sin embargo, Angelina amaba con su corazón por que á ella también le comprendía esa "inperiosa necesidad de amar," y no siempre la mujer ama por los ruegos del hombre sino muchas veces antes.

El hombre puede escoger un corazón entre mil que se le presentan: la mujer, si quiere conservar su pudor, está obligada á ocultar sus más sencillas emociones porque una sola mirada significativa la hace perder todo su atractivo en el concepto aun de los mismos que la aman. Y entretanto la mujer se pone en el caso de sostener una lucha desigual entre sus pasiones y el pudor, entre sus deseos, tal vez inocentes, y ese monstruo que llaman sociedad, que tiene cien ojos sobre la mujer y un filoso puñal prevenido para hundirlo en su pecho. ¿Y no tienen la culpa de esto los mismos hombres, que se burlan de la infelíz mujer, poniendo á prueba su natural debilidad, para luego humillarla é insultarla con crueles sarcasmos? Lo repetimos, la mujer es

infeliz, y éste podía ser un motivo para mejorar su condición social y no para elevarla hasta las nubes cuando se le arranca un triunfo y dejarla después rodar en un abismo.

.. ..

cendidas que de ordinario, su nariz dilatada, sus ojos brillaban y su pecho latia con violencia. El amor, los celos, la amistad, el pudor.....todas las pasiones encontradas luchababn en su corazón; y aquella noche, tan deliciosa para Ricardo, era de agonía para Angelina. Algunos ratos conversaba con las personas que tenía á su lado, y otros seguía buscando con la vista á Isabel y Ricardo, que mezclándose entre caprichosas figuras giraban por el salón al compás de una música armoniosa. Cuando la contradanza acabó, Isabel volvió á sentarse junto á Angelina, y los hombres quedaron en pie junto á la puerta para poder fumar libremente: como era natural, en aquella reunión había viejos de sesena para arriba que habían llevado á sus familias, jóvenes educados y de finos modales, y otros jóvenes, de esos sempiternos veteranos que hacen alarde de su prostitución y cuentan con un detestable cinismo sus lances novelescos, deshonrando con lenguas mordaces á más de una niña que ha tenido la desgracia de bailar con ellos. Comenzó la murmuración, y Ricardo escuchaba atentamente por si se tratara de su amada Isabel. Mas D. Manuel Estrada lo llamó á un lado, y con disimulo le preguntó, cómo le había ido de contradanza; iba á contestar Ricardo, cuando un coro de voces, muy desagradables, gritó: cuadrillas, tiempo ha que no se hace nada,

cuadrillas. Ricardo se apresuró á pedir á Isabel las cuadrillas á la sazón en que ésta y Angelina se dirigían á las piezas interiores. Las seguiremos por un momento para volver después al baile. A Isabel se le había descompuesto el peinado y entró á su tocador. Angelina tomó asiento en el sofá: después de un momento de silencio, dijo Isabel á Angelina:

—¿Por qué no has querido bailar?

—Porque para bailar se necesita tener tranquilo el corazón.

—¿Tan romántica has venido?

—No romántica.... sino....

—Explícate, Angelina, porque eres incomprensible.

—¡Isabel! ¿Tan pronto has olvidado lo que te dije hace un momento? ¿No recuerdas que... un desengaño cruel me hacía llorar?

—Sí me acuerdo, pero.... por lo mismo que estás triste deberías buscar tu distracción en el baile.

—¿En el baile? Ya sabes, Isabel, que mi pecho está cerrado al gozo y sólo devorado por la inquietud.

—Pero yo soy tu amiga, y procuraré consolarte.

—¿Consolarme? ¿Y qué podrían hacer tus consuelos? No es decir por esto que los desprecio, no, amiga adorada; pero mira, hay dolores que jamás se cicatrizan, y yo

padezco, Isabel, y sin remedio, sin esperanza.

—Es imposible, dijo Isabel, que no haya consuelo á tus dolores.

—Ojalá fuera cierto. ¿Pero sabes lo que causa mi desventura? Oyelo: una lucha horrible y desigual contigo, con los hombres, con la sociedad entera, porque yo amo á Ricardo y lo amo á mi pesar, con vergüenza..... y sin embargo, es un amor puro, un amor bien dirigido. Mas.... ¿qué puedo hacer? ¿Faltaré á la amistad que me profesas?

—Angelina, interrumpió Isabel, estrechando en sus brazos á su amiga, no, no faltas á mi amistad amando á Ricardo, porque yo ni lo amo, y aunque lo adorara, yo sacrificaría mi quietud á tu dicha.

—Generosa amiga, tanta nobleza, al paso que me enagena, me desgarra más el alma. No eres tú sola el obstáculo á mi amor, lo es también el mismo Ricardo, y lo es la sociedad. Yo no debo amar á Ricardo, la sociedad me lo prohibe, el pudor me lo veda y el corazón me lo pide; porque francamente.... Isabel querida, yo no puedo vivir sin Ricardo, porque lo adoro con toda mi alma..... porque lo amo..... como ama una mujer resuelta..... sacrificando su reposo, su libertad, su modestia, su vida, sí, porque mi vida daría por Ricardo, y sin embargo..... Ricardo ni me mira..... y si

esto puede llegar á sus oídos, pues él mismo me odiaría con esta confesión ó me tendría por loca. ¿No es mejor morir?

—Pero Angelina mía, ¿qué, la felicidad sólo se halla en Ricardo? ¿No serás digna de.....

—Basta, Isabel, apenas tú podrás comprenderme, los demás se burlarían de mi dolor, y en vez de compadecerme me insultarían con crueles sarcasmos. ¿Ves los que están en el baile tan contentos, gozando de la música?..... Y yo aquí llorando y entregada á la pena. ¡Horrible contraste! Y si les contaras á ellos, al mismo Ricardo, el motivo de mi llanto, ¿qué harían? ¿Llorarían conmigo? ¿me compadecerían? No, se reirían de mí, y si alguno me mirara con benignidad, daría al momento la vuelta para buscar sus placeres. No me quejo, Isabel, este es el mundo, y.... Mas no quiero privarte de tu gusto, vamos al baile, al lugar de tormentos.

—No iremos, querida Angelina, me quedaré á tu lado.

—Jamás lo consentiré; ni lo consentirá tu papá.

—Pues yo te suplico, Angelina, que dejes esas ideas tan tristes y procures buscar tu distracción. Componte el peinado, se te están cayendo estas flores.

—Bien, vamos: al verme en la sala tan llena de adornos, me juzgarán feliz. ¡Qué

error! Quiten estas galas y encontrarán un pecho devorado por la tristeza, un corazón como desierto inmenso.

.. ..

Las dos jóvenes entraron á la sala á tiempo que Ricardo se sentaba frente al clave, por instancias de Estrada. Sus maneras eran tan agraciadas, sus modales tan finos, y su fisonomía tan expresiva, que se atrajo desde aquel momento las simpatías de todos los concurrentes. Un magnífico registro de escalas cromáticas, ejecutadas con rapidez, puso en silencio á la concurrencia, y Ricardo, lleno de entusiasmo, comenzó á tocar con expresión indefinible la brillante obertura de "Fausta."

Todos escuchaban con gusto aquella pieza. Sólo una persona había que en aquel momento deseaba la muerte. Era Angelina.

¿Hay entre mis lectoras alguna que ignore los efectos de la música? ¿No es cierto que sus armonías muchas veces despedazan el corazón, causando aquellas sensaciones fuertes, poderosas, cuyo influjo es terrible? Un corazón como el de Angelina, no podía soportar por más tiempo la agitación horrible que la ocupaba. Su frente ardía, su sangre circulaba con violencia, sus ojos encendidos, brillantes, tenían una fijeza extraña, un sudor frío corría por su rostro, y su cuerpo se estremecía..... ..

La obertura concluyó, todos aplaudían con

furor, y por entre aquella turba pasaron rápidamente Isabel y Angelina. No se dirigieron entonces al tocador porque Angelina deseaba respirar el aire libre y dejar la atmósfera densa y sofocante del salón.

Bajaron al jardín.

Era la media noche, las nubes se habían disipado, y la luna brillaba en la mitad del cielo rodeada de celajes. El jardín estaba en completo silencio; tan sólo se oía el leve ruido de las hojas movidas por una aura sutil. El aroma del "huele de noche," la mosqueta, el recedan y otras flores, embalsamaban aquel fresco ambiente. Las rosas contenían aún gotas del aguacero que había caído, y el verde césped estaba también húmedo. Todo respiraba calma y sosiego.

Las dos jóvenes entraron á un senador cubierto de hiedra y madre-selva, tomaron asiento, y la sensible Angelina comenzó á llorar sin poder articular una sola palabra. En vano intentaba Isabel darle los dulces consuelos de la amistad; la estrechaba contra su seno, ponía su rostro sobre la preciosa cabeza de Angelina, y con una voz debilitada por los sollozos, porque Isabel también lloraba, le decía: Angelina mia, amiga idolatrada, desahoga tu pena conmigo, soy tu hermana, tu confidenta; pero no, no llores, que me partes el corazón con tu llanto.

Mas aquellos consuelos eran inútiles; An-

gelina era mujer, y mujer resuelta, ardiente, con un corazón apasionado y profundamente conmovido; amaba por la primera vez, y con vergüenza, á su pesar, como ella decia; su amor era reprobado por los hombres, y por lo mismo tenia que ocultarlo, que apagar la llama volcánica que la consumía. ¡Horrible situación! Por fin, después de algunos momentos de silencio se incorporó Angelina, miró al rededor, y con calma y serenidad extrañas, dijo:

—¿Quién había de creer que yo faltara al pudor, cuando mi buena madre se jacta de mi modestia? ¡Pobre madre!... ¡y pobre hija! Permaneció un rato en silencio, y después se paró; sus ojos tenían una fijeza espantosa, tendió sus manos hacia adelante, y volviendo al llanto decía, casi gritando:

—Ricardo, yo no puedo dejar de amarte, y sin embargo, tú ni aun sabes mi amor: esto es horrible..... ¡Ah Dios mío!..... tú eres justo y clemente..... tú sabes que mi amor es puro y bien dirigido; tú sabes que he querido borrarlo de mi corazón.... y que he procurado, inútilmente, conservar la dignidad de mi sexo..... pero ya no tengo fuerzas que oponer á este impetuoso torrente..... ya no son bastantes las reflexiones.... de mi débil razón para apagar este amor..... Isabel, Isabel mía.... es preferible la muerte á un estado tan ho-

rrible..... yo no puedo vivir sin.... Ricardo..... sin su amor..... y este amor es imposible.... este amor me mata..... me vuelve loca..... Dios mío.... Dios mío, quítame la vida y no te siga ofendiendo.... Pero no, yo no te ofendo con mi amor..... porque mi conciencia está limpia..... ¡Oh! la música..... la música me habló al corazón..... Qué momentos! Isabel..... quiero correr fuera del mundo, donde haya quien comprenda lo que siento. En esa misma sala..... donde tanto he padecido, no hay más que hombres fríos.... indiferentes, que buscan placeres frívolos y mezquinos... Sus almas son ruines, su amor es necio.... su amor, ¡qué palabra! Isabel.... es mejor morir....

Y Angelina se reclinó sobre Isabel, que no hacía otra cosa que llorar. En vano procuró consolarla con sus dulces caricias. El dolor de Angelina era agudo y profundo, cuanto es agudo y profundo el dolor de una mujer extremadamente sensible. Al cabo de algunos momentos, Isabel y Angelina salían del senador, á tiempo que una nube eclipsó el disco resplandeciente de la luna. Un hombre estaba en pie junto á un árbol, y cuando las dos jóvenes pasaron sin verlo, él puso un billete en la mano de Isabel y desapareció.

Era Ricardo.

.. ..

Cuatro horas después se retiraban los músicos, y casi tras de ellos los convidados, no sin haber participado de una mesa excelente que se dispuso; y sin embargo, al dia siguiente se mumuraría del baile y de quien lo hizo. Se gastan algunos pesos en un baile y "ambigú," se sufren en la casa miles de mortificaciones, los concurrentes tributan mil elogios á la generosidad del que convida, y al salir del festín no se acuerdan del que lo dió si no es para volver cuando renueve el convite; mas si se acaban sus bienes de fortuna, y lejos de poder formar estas diversiones, se ve obligado tal vez á pedir un sustento á los mismos que muchas veces comieron á su mesa, entonces no lo conocen, y llega su audacia á despreciarlo con infamia.

IV

LA DECLARACIÓN

Había pasado un mes después de estos sucesos.

Ricardo, joven impetuoso y que adoraba con pasión á Isabel, había escrito á ésta varias cartas, todas llenas de entusiasmo y de fuego; pero ella no contestó á ninguna. Con todo, es preciso decir que ya amaba á Ricardo, aunque fiel á la promesa hecha á su amiga la noche del baile, había guarda-

do tal conducta con su amante, que ni le hizo abrigar esperanzas, ni lo desengañó cruelmente.

Ricardo por su parte no perdía de vista á su amada, pues la seguía al paseo y á la iglesia, y hacía, en fin, todo lo que hacen los jóvenes apasionados. Su dinero, por decontado, estaba á disposición de un desinteresado sirviente, hábil diplomático, que arreglaba las comunicaciones amorosas, y que viendo que por espacio de un mes sus diligencias habían sido inútiles, determino introducir á nuestro Ricardo hasta el jardín, cuando la niña bajara sola, como tenia costumbre. Una noche se verificó el pensamiento del criado, y Ricardo llegó al senador, de que antes hemos hablado.

Isabel quiso huir, mas su amante la detuvo, y ella se resignó á quedarse, siempre resuelta á no hacer traición á su desventurada amiga.

—Isabel, dijo Ricardo cayendo de rodillas, hace un mes que os hablé de mi amor, ¿y vos ni aún me contestais?

—¿Es posible, caballero, que hayais tenido valor y atrevimiento para sorprenderme aquí?

—Perdonadme, Isabel, pero no sé lo que hago, porque el amor ha triunfado de mi corazón. Compadecedme, Isabel adorable; hace dos años que os amo con todo mi corazón en el silencio de mi pecho, y jamás

os habría revelado este secreto si hubiera tenido fuerzas para contener mi pasion. Dos años de tormentos, dos años de lágrimas, de desesperación, no han sido suficientes para apagar mi amor, antes lo han encendido más, y no hay poder bastante para extinguirlo. ¿Lo habeis oído, Isabel? Dos años hace que os amo, ¿y vos no correspondeis mi ternura? Habladme, Isabel idolatrada.... oiga yo vuestra voz dulce y divina, como es divino vuestro rostro angelical. ¿No me respondeis, adorable Isabel? ¿Quereis que muera á vuestros pies de dolor?

—No puedo deciros otra cosa que el que os levanteis de esa postura y me dejeis salir.

—Isabel, Isabel, no me levantaré hasta que me digais que os apiadais de mí y que soy amado.

—Yo no puedo decíroslo; levantaos.

Isabel se dirigió á la puerta del senador. Mas Ricardo la tomó una mano, y con acento firme, la dijo:

—No saldreis de aquí, mas tampoco tengais miedo de permanecer á mi lado, porque soy caballero y os amo

Isabel volvió á sentarse, y Ricardo á su lado guardando la puerta, le dijo:

—¿No habeis comprendido cuánto os adoro? ¿No os han revelado mis ardientes miradas que me abraso en amor por vos,

que os tengo grabada dentro de mi corazón? ¡Ah, Isabel! la aurora ha sorprendido mis desvelos de amor y la noche también me ha encontrado llorando por vos. Tal vez el Eterno se ha indignado por mi frenético amor; yo he profanado la augusta soledad de la noche para entregarme á mil delirios en que se ha perdido mi razón; y no sólo, bien mío, en medio de mi ardorosa pasión he proferido palabras sacrílegas: yo os he llamado mi Dios, y he deseado ver vuestro rostro, porque me ha parecido divino como el de los ángeles. ¿Lo creereis, adorada Isabel? y sin embargo, he seguido fomentando esa pasión irritada, y no han sido bastantes para contener su poderoso torrente las reflexiones de mi débil razón. Porque os amo con frenesí..... con locura, porque vuestra seductora imagen me sigue á todas partes; en medio de los campos silenciosos me acompaña, y también en el bullicio de la corte. Sí, Isabel, no hay duda, el Eterno previó que yo había de necesitar de un angel que me condujera en el triste desierto de mi vida, y os mandó al mundo para enjugar mis lágrimas. Sí, yo os amo, Isabel, por vuestra belleza, porque llevais aún, en vuestra frente, el sello del candor virginal. ¡Oh Isabel encantadora! ¿Me amais? Decidmelo, no es un delito el amar.

—Caballero, me obligais á....

—¿Luego me aborreceis? Pero no, eso

no puede ser, porque entonces me habriais mandado salir de vuestra presencia.

Isabel estaba en una posición crítica: amaba á Ricardo, como antes hemos dicho, y por otra parte había prometido á Angelina no corresponderle. No tenía tampoco el "mundo" de otras mujeres que habrían salido airosas del lance. No hallaba qué contestar á Ricardo, el cual, interpretando favorablemente su perplejidad y creyendo que su dicha había llegado, se volvió á hincar á los pies de Isabel, le tomó una mano, que besó muchas veces, y llorando de alegría y entusiasmo, le decía:

—Isabel, me amais, ¿es verdad? No me había engañado, yo soy feliz, Isabel mía, decídmelo, quiero oírlo de vuestros labios.

—Mas.... ¿no sabeis, contestó ella, que nuestro amor haría infeliz á otra persona?

—¿A quién?

—A una mujer que es digna de vuestro.... amor.

—Pero.... ¿vos me amais?

—¿Me prometeis discreción?

—Cuanta querais.

—Pues bien, oídme.....

—Pero antes decidme que me amais.

—Tened paciencia.

—No, no, decidme que me amais, y venga la muerte.

—Pues sí, os amo; pero.... oídme.

En este momento un bulto se deslizó

cerca de la puerta del senador, Isabel salió precipitada, y Ricardo desapareció por el lado opuesto.

El personaje incógnito era Angelina.

Casi tras de Ricardo había entrado Angelina al jardín en busca de su amiga; pero viendo que entró al senador, se paró junto á él y oyó toda la declaración que le hizo á Isabel; y temiendo que ésta acabara de descubrir el secreto de Angelina, pasó rápidamente por la puerta del senador.

.. ..

nión; se encontraba huérfana, sin recursos, perdida tal vez en el concepto de Ricardo, porque quizá Isabel le habría descubierto su secreto, y por lo mismo iba á ser el objeto de la burla de los demás hombres.... y por último, veía á su querida madre al borde del sepulcro. Tantas consideraciones, tantos golpes para una alma tan ardiente y melancólica como la de Agelina, era preciso que debilitaran su vigor y la redujeran á un abatimiento extremo. La madre de Angelina recobró algún tanto el uso de los sentidos, y con tiernas instancias pidió ver á su hija.

Era el momento solemne en que una madre moribunda iba á despedirse de su hija querida para siempre, por toda una eternidad, á darle la última bendición.....y dejarla luego en el mundo, sin padres, sin amigos, sin recursos de ninguna clase, sólo encomendada á la protección del Altísimo. Pero la dejaba en la miseria.....y era hermosa.....y la miseria las más veces es un escollo para la virtud.....y la hermosura un aliciente para la seducción. Y una niña deshonrada es una flor marchita que todos pisan y desprecian.

Estas tristes reflexiones hirieron la imaginación de la madre moribunda, de tal modo, que cuando la desgraciada Angelina se arrodilló ante el lecho de la enferma, ésta no pudo contener un torrente de lágri-

mas, y con voz desfallecida y lánguida pronunció estas palabras: Yo te...bendigo... sé virtuosa.... adiós.....

Después de algunos momentos de agonía expiró en los brazos de su hija.

Angelina no arrojaba una lágrima ni exhalaba una queja: su dolor era mudo, concentrado en el corazón. Parecía que se habían embotado los órganos de aquella sensibilidad rara y exquisita.

VI

LA CARTA

Una mañana recibió Isabel la siguiente carta:

"Idolatrada amiga: Sería imposible pintarte mi reconocimiento á tus grandes favores. Desde la muerte de mi querida madre nada me ha faltado; asistencia, vestidos de luto, dinero, todo lo he tenido de tus manos en abundancia. Jamás podré recompensarte dignamente los oficios de hermana que has hecho conmigo; últimamente ayer te has interesado en que me vaya á tu lado, y viva siempre en tu compañía, para hoy quedó pendiente mi resolución, y vas á saberla. Pocos días me restan de vida en el mundo, según entiendo; mi salud está totalmente quebrantada, y más que todo....mi alma está poseída de una tristeza

horrible, que pronto me conducirá al sepulcro. Mis ojos se han secado de llorar; la cabeza me duele incesantemente; he perdido el apetito, el sueño, y aquella dulce tranquilidad que me acompañaba en días más felices; he determinado, por esto, concluir mi vida en un convento, para lo que voy á ver á una persona rica y caritativa que me asegure la subsistencia. Así es que en tu casa yo no podría dar estos pasos tan necesarios sin incurrir en la nota de ingrata abandonándote. Por otra parte: ¿recuerdas la noche del baile que se dió en tu casa? Entonces.....hablándote de.....un amor funesto para mí, te dije: "sé feliz, Isabel mía, al lado de Ricardo, si es digno de tu amor, y jamás yo perturbaría tu dicha. Esta fué mi promesa, y yo sé cumplir una promesa." Resulta de todo, que yo, Isabel mía no puedo admitir tu generosa oferta. Pero hazme la justicia, amiga cariñosa, de creer que sería muy feliz yo en vivir á tu lado, y que me encuentro incapaz de pintarte mi gratitud: sólo puedo decirte que será eterna. Tan luego como consiga entrar al convento, te daré parte., y desde ese silencioso recinto me acordaré de tí, y le pediré al Señor derrame sobre tí sus bondades y sus bendiciones. Adiós, amiga de mi corazón, quiera el cielo darme lo que deseo: es mejor morir que vivir despedazada por recuerdos de dichas pasadas, que

nunca volverán. No me culpes de ingratitud, tal nota no merezco. Adiós, Isabel: que seas siempre feliz te desea tu desdichada cuanto reconocida amiga.—Angelina."

VII

POBREZA.

Conduciremos al lector á una casa de vecindad en la calle de la Amargura. Después de andar un patio largo y desaseado se llegaba á un cuarto pequeño y oscuro. Sus paredes, estropeadas por el tiempo, el olor de la humedad, y la escasa luz que reinaba, todo le daba un aspecto tan triste y sombrío que no se podía entrar sin sentir oprimido el corazón. Una grande miseria revelaban los muebles de aquella reducida habitación. Veíase en un rincón una cama pintada de verde, y encima un cobertor de lana; en otro rincón un baúl, una mesa con un tintero y algunos papeles en desorden; junto á la puerta estaba el "brasero," pero sin lumbre; sólo una olla se miraba en él: cuatro sillas ordinarias completaban el humilde menaje de aquel cuarto. Sobre el quicio de la puerta, que daba al patio, estaban sentadas dos mujeres, ambas cosiendo ropa blanca. La una era una mujer ya grande, como lo atestiguaban sus cabellos blancos, las arrugas de su cútis, y unos

grandes anteojos cabalgando en su larga nariz. La otra era una joven, que parecía hermosa, aunque su semblante estaba bastante pálido y estenuado. De cuando en cuando limpiaba con el revés de su blanca mano una lágrima que asomaba á sus ojos. Las dos estaban en silencio. Al cabo de algunos minutos, la mujer de edad avanzada levantó la cara, se quitó sus anteojos, y dirigó la vista hacia el brasero apagado. La joven lo observó, y exhalando un suspiro, dijo con voz desfallecida:

—No tengais cuidado, tía mía; nada más me falta un puño para acabar esta camisa; la iremos á entregar, y Dios querrá que nos la paguen para comprar á la vuelta algo de cenar.

—Pobre de tí, hija mía, que en todo el dias has probado una gota de agua.

—Qué hemos de hacer. A la señora que nos dió á hacer la otra camisa, le pareció mucho doce reales con "costura sobrecostura," y la "aletilla" llena de "alforzas," y llevó su crueldad á no pagar ni el real del hilo.

—¡Ay Angelina! más caridad se encuentra en las personas pobres que en las ricas; y si no, ya ves á doña Pepita cómo nos ha prestado lo que ha podido.

—Seguramente, tía, porque los pobres, como conocen la necesidad, procuran remediarla, mientras los ricos creen que no hay pobreza y no se apiadan del miserable,

—El resultado es, que en todo el día no hemos probado bocado; que ya no tenemos qué empeñar ni qué vender; que tú cada día te estenúas más.....y que no sé qué hacer para remediar esta situación.

Y la tía de Angelina comenzó á llorar.

—A nadie abandona Dios, tía mía.

—Yo no me aflijo por mí, que al fin soy vieja y podré meterme de ama de llaves, y no corro riesgo; pero tú, con diecinueve años, y en un México tan prostituído..... yo no sé qué hacer. Si al menos hubieras admitido la oferta de Isabelita.

Angelina suspiró al oir este nombre, y guardó silencio.

—Tú no debes, continuó la tía, tener esperanzas de entrar al convento, porque ya ves cuántos pasos se han dado para conseguirlo, y todos han sido inútiles.

—Yo no pierdo la esperanza, tía mía porque en Santa Catarina se resuelve la madre.....á recibirme por seis pesos cada mes.

—¿Pero dónde están los seis pesos?

—¿Será posible que no haya en México una persona que me dé esa corta cantidad, y para un objeto tan bueno?

—Calla, hija: si hubiera esa persona caritativa no hubiéramos dado tantos pasos ociosos. Si ves que ni lo de justicia pagan. ¿Qué sucedió con la señora de la camisa? Parece que la estoy oyendo: Buenas no

ches: ¿Ya acabó vd. la camisa? Sí señora; y después de registrarla tanto, ¿cuánto debo? Serán doce reales. ¿Doce reales? ¡qué exceso! Pero señora, lleva "costura sobrecostura," y una "aletilla" muy cargada de obra. Pues yo no pago doce reales por una cosa tan mal hecha. ¿Qué había que responderle sino, úsela vd. á nuestro nombre? y eso que sobre la mesa redonda había una porción de pesos. Pero en la otra vida lo ha de ver, porque el trabajo de los pobres es sagrado. Pero.....¿qué tienes, Angelina?

—Nada, querida tía, no es nada.

—Estás descolorida: ya se ve.....sin comer en todo el día....¡Dios mío! ¿qué haremos?

—Violentar la costura, tía, para entregarla esta noche. Y Angelina enjugó una lágrima, humedeció con la lengua sus labios blanquecinos, y contiuó su trabajo.

La anciana reclinó su barba en la palma de la mano, y después de un momento de silencio, dijo:

—El jueves estamos á ocho, y la renta del cuarto se cumple; si la Purísima no hace un milagro, ¿con qué pagaremos? Pero ya se ve, tus personas caritativas pagarán.

—No desconfies, tia mia, de la protección de Dios.

—El caso es que ni el aguador quiere echar agua; que ya no tenemos qué empe-

ñar, y que nos veremos obligadas á pedir limosna en las calles y al último moriremos de hambre. ¡Quién había de creer que esta suerte nos estaba reservada, cuando en otros días te presentabas tan decente en las concurrencias! ¿Te acuerdas la noche del baile en casa de Isabelita? Yo misma te estuve peinando y te arreglé aquel vestido de seda, que fué lo último que se vendió..... y en cinco pesos....fué dado.

A este recuerdo suspiró Angelina, y pareció que una nube oscureció su frente. Ambas prosiguieron su labor.

Una hora después salían las dos á entregar la costura que habían concluído.

.. ..

.. ..

Esta era la situación en que se hallaban Angelina y su tía; y aquí se nos presenta otro motivo para compadecer á la mujer. En efecto; ¡cuán escasos son los recursos con que se proporciona la subsistencia! La costura, esto es lo más á que se dedica: ¿y qué es lo que le produce? la que cose con ligereza, apenas podrá acabar una camisa ó un túnico en tres ó cuatro días para recibir tres ó cuatro pesos, cuando mucho; y mientras está ocupada en coser estas piezas, tiene que ayunar, porque no recibe sino cuando entrega la obra. Sucede también, y con frecuencia, que hay personas que abusan de la indigencia, pagando

la mitad de lo que vale una costura, y á esto añaden un tratamiento malo á la infeliz mujer que se mantiene con el trabajo de sus manos: supongamos que estos males resulten, como algunos dicen, de "la mala educación que se le da á la mujer;" lo cierto es que la mujer pobre, obligada á coser para mantenerse, apenas adquiere una recompensa muy módica de su trabajo, y lo que sí logra es una enfermedad de pulmón, que á muchas las ha conducido al sepulcro. Y si una joven pobre y miserable demanda la protección de un magnate, éste le concederá su apoyo si sucumbe á una infame seducción, y entonces es peor la condición de la joven, porque si consiente "su protector" la arrojará primero sobre su cuerpo un manto de oro, y. . .después el lodo y el baldón. Y si desecha la "protección" que se le ofrece sufre miles de humillaciones y de insultos. No hacemos la regla tan general, que no creamos que hay ricos caritativos, los hay, es cierto, pero también hay hombres que con el velo de la compasión cubren un proyecto criminal. Nada más común que oir á uno de éstos decir: "esta pobre señora me parte el alma, yo quisiera protegerla de algún modo."

¡Cuántos gastos inútiles se hacen en casa de un rico que habrían dado la felicidad á muchas familias pobres! ¡Y cuánto han trabajado los hombres por hacer producti

vas sus especulaciones mercantiles, descu dando esta máxima de humanidad: "Mejo rar la condición social de la mujer."

VIII

NUEVO INFORTUNIO

Para no hacer más difusa esta narración, sólo tocaremos los incidentes más notables de ella.

Angelina y su tía sufrían todo el peso de la miseria más espantosa, como hemos dicho. Angelina conservaba esperanzas de entrar á un convento, y no le arredraban los continuos desaires y desengaños que había recibido "de las personas caritativas," en quienes confiaba para el logro de su empresa. En medio de su pobreza y sus trabajos conservaba en el corazón la imagen de Ricardo, y por más que trataba de desechar esta idea, la llama del amor ardía con más fuerza. Era una pasión violenta que la consumía á proporción que Ricardo amaba más á Isabel. Angelina no tenía amigas, porque aun á aquella había ocultado su mansión; no se relacionó tampoco con sus vecinas, porque las decentes, que ocupaban las viviendas altas, se desdeñaban de hablarle, y las que vivían en los cuartos no podían ser sus amigas. Así es que se hallaba sola en el mundo, aislada, sin tener con quien

quejarse, si no era su tía que podía darle muchos consuelos. Unos días de la semana tomaban una frugal comida, y otros, y eran los más, su alimento eran las penas y las lágrimas su bebida, como hubiera dicho un poeta. Así pasaron los días.

Una tarde se hallaban Angelina y su tía sentadas junto á la puerta de su cuarto, haciendo su labor de costumbre, cuando la vecina Doña Pepita, que las había favorecido, llegó á platicarles.

—Conque, niña, dijo la vecina, supongo que me dareis las albricias esta tarde.

—¿Por qué, señora?

—¡Toma! porque esta tarde ha de venir el señor dueño de los túnicos que habeis cosido.

—¿Qué tenemos con eso?

—Que sin duda los va á pagar muy bien; porque como se va á casar, y es rico, usará de generosidad.

—¿Se va á casar? ¿Y con quién?

—No lo sé, porque ni á él conozco; á mi comadre Tulitas fué á quien encargó que diera á coser las donas, dándole un túnico de muestra. Ello es que el señor novio es muy garboso; ya veis, doce túnicos de seda y balsorinas no le han de haber costado poco; y lleva su garbo hasta haberle dicho á mi comadre que él vendría en un coche por los vestidos para pagar con su mano á las que los habían cosido. Bueno está el

novio, después se lo preguntaremos..... porque al fin y al cabo.... el que se casa escarmienta.

—¿Tan mal le fué á vd. en la feria? preguntó la tía.

—Al menos no tengo de qué quejarme: unos palos por la mañana al levantarme y otros al acostarme, casi sin comer, mal vestida, y con cinco chillones á mi lado, ya vereis qué buena vida me dió el demonio de mi marido, que en paz descanse; y si he de decir verdad, entonces era cuando lo quería más, porque las mujeres somos incomprensibles. En fin, ya se murió, y ahora... Que hablantina soy, y esto es que he dejado la plancha en la lumbre: adiós, vecinas, cuando el novio venga..... Allí está un señor, si será el novio.... él es, cabal.... está hablando con mi comadre. Angelina por un impulso de curiosidad, iba á sacar la cabeza para ver al interesante novio, pero se contuvo, y le dijo á su vecina, habladora incesante:

—Hacedme favor de llevar estos vestidos á vuestra comadre.

—¿Cómo? ¿pues que no esperais vuestra propina?

—No, hacedme este favor.

—Si ya viene el novio con mi comadre para acá.

—Yo me voy á meter, dijo Angelina.

A poco rato entró la dicha comadre con un joven.

Angelina lo vió y dió un grito de sorpresa, porque había conocido á Ricardo. Este también conoció á Angelina.

—¡Angelina! ¿Vos aquí, en este cuarto? y ¿estais enferma? vuestro semblante lo indica. ¿Qué ha sucedido con vos?

—La suerte, señor, dijo tartamudeando Angelina.

—Angelina, cuánto me afligís; pero escuchadme, con vuestra amiga Isabel nada os faltará; ¿sabeis que dentro de tres días me caso con Isabel?

Angelina perdió el color, las fuerzas la abandonaron, y cayó sobre su cama privada de sentido.

Su tía, Ricardo, y todas las vecinas procuraron volverla de su desmayo.

. . . . . .

Al otro dia corría por las calles una joven seguida del populacho. Los muchachos gritaban: ¡loca! ¡loca! Era Angelina.

IX

LOS SACRAMENTOS.

Un año había pasado del casamiento de Isabel, y su padre, Don Antonio Pérez, que se hallaba solo, recogió á Angelina con el objeto de que los mejores facultativos le restituyeran el juicio. Se emplearon todos los medios conducentes á este fin, sin que

produjeran el éxito que se deseaba. La desgraciada joven permanecía loca sin intervalos de razón. A veces su locura era mansa, y otras se exaltaba en tanto grado, que era preciso encerrarla en un cuarto á propósito, y desde allí se la oía gritar: "Pérfidos, me engañaron, ya me la pagarán."

Por este tiempo cayó en cama de una violenta enfermedad Don Antonio Pérez, fué preciso disponer sus sacramentos y entre tanto encerraron á Angelina en su prisión. El acto religioso y solemne de recibir el Sagrado Viático se dispuso con gran pompa. Multitud de personas salieron hasta la calle con cirios en mano, para esperar al Señor Sacramentado. El sacerdote que lo llevaba entró á la recámara, donde había un suntuoso altar, hizo las exhortaciones rituales de estos casos, y cuando D. Antonio recibía la sagrada forma, un golpe de música militar sonó en el patio. La loca, al oírlo, se levantó, tendió las manos adelante, brillaban sus ojos, su cuerpo se extremecía convulsivamente, corría en todas direcciones, y al último prorrumpió en un copioso llanto.

—¿Dónde estoy? decía, ¿qué es lo que me sucede? Madre mía idolatrada, ¿vienes por tu hija para llevarme á la gloria? ¡Dios mío! exclamó arrodillándose, ¿por qué me tienen aquí?..... ¡Ah!..... cómo arden mis ojos.... cómo me duele

la cabeza..... ¡Pero mi madre..... mi tía!.... ¿dónde están?..... ¿por qué estoy encerrada? ¡Oh!.... la música.... la música me habla al corazón..... ya recuerdo..... es la Fausta que están tocando en el clave.... Madre mia yo quiero salir de aqui, quiero irme á mi casa..... yo sueño. ¡Ah, Dios mío! yo os amo con todo mi corazón..... bastante he padecido..... llevadme á vuestra gloria..... Yo me uniré contigo, madre querida. ¡Ah! la cabeza se me abre..... y el alma se me despedaza..... quiero morirme.....

Y la desgraciada joven sacudia con todas sus fuerzas las puertas, que apenas se movían sobre sus goznes.

Cuando vinieron á abrirlas, cayó privada en los brazos de Isabel; un sudor frío corría por todo su cuerpo, apoderado de un temblor convulsivo. Se le aplicaron algunos remedios para hacerla volver de su desmayo, y se mandó llamar á un médico.

—No hay cuidado, dijo éste, parece que aún recobrará el uso de su razón.

—¿Será posible? dijo Isabel con un acento indefinible de alegría; ¿será posible, señor? Mi vida os daria si sanárais á mi amiga.

—No hay que fundar muchas esperanzas, pero tampoco desconfiar, dijo el doctor; esta puede ser una crísis favorable á consecuencia de la grande impresión que

ha obrado en su ánimo la música. Veremos si Dios quiere que salga de su letargo.

A poco rato Angelina abrió los ojos, los puso en Isabel, pero sus miradas no tenían aquella fijeza espantosa de antes.

—¿Eres tú, Isabel? preguntó con voz débil; ¿dónde está tu esposo Ricardo y tu padre?

—Se ha salvado, exclamó el médico, dejadme obrar.

. . . . . .

A los tres días Angelina estaba reclinada en un almohadón del sofá de la sala.

Aún había palidez en su rostro, pero en su semblante brillaba la luz de la inteligencia. De cuando en cuando fijaba la vista en algún objeto, y parecía que recordaba alguna cosa. Ricardo entró á la sala, y con expresión de afabilidad le preguntó:

—¿Cómo os hallais, Angelina?

—Algo restablecida del dolor de cabeza.

—Mucho me alegro.

—¿Y el señor Don Antonio, cómo se siente?

—Fuera de peligro; ayer hizo crisis la fiebre, y el médico asegura que se levantará de la cama. Creo por lo mismo que vamos á tener un día de placer con el restablecimiento de vosotros.

—En cuanto á mí..... dijo Angelina, entiendo que me restableceré pronto al lado de mi madre.

—¿Aún teneis esas ideas, Angelina?

—Siento que la muerte anda cerca de mi cabeza.

—¡Disparate! ¿Qué te parece Isabel, de esta niña? dijo Ricardo á su esposa que entraba en aquel momento.

—¿Pues qué dice Angelina?

—Que pronto se va á morir.

—¡Jesús, niña! siempre has de tener esas ideas tristes: ven, recárgate sobre mi.

Isabel tomó asiento en el sofá, y Angelina se recargó sobre su hombro.

—Te digo que no pienses en eso.

—Isabel, amiga mía, dijo Angelina, pronto voy á morir.

—Ricardo, ¿me haceis favor de tocar alguna cosa en el clave?

—Pero.... tal vez.....

—Será el último favor que os pida.

—Está bien: ¿Qué quereis que os toque?

—La obertura de Fausta, si gustais.

—No, no eso, dijo Isabel con inquietud.

—¿Por qué? preguntó Ricardo.

—Porque.... es muy larga.

—Eso no importa, dijo Ricardo.

Y tomando asiento frente al piano, comenzó á tocar la Fausta.

Angelina escuchaba aquella pieza que tantos recuerdos le traía á la memoria. Sus mejillas se fueron cubriendo de color, su

cuerpo empezó á temblar, y un sudor frio corría por su rostro.

—Ricardo, Ricardo, gritó Isabel... ven pronto, ven, que Angelina se muere.

Ricardo acudió, pero era tarde; Angelina acababa de expirar en los brazos de su amiga.

Junio 4 de 1.926.

LUISA.

I

Luisa.... joven encantadora, de dieciocho años, reunía á los atractivos de la hermosura, mucha gracia en sus modales y una educación esmerada, que había recibido en el hogar paterno. Llena de comodidades, amada tiernamente de sus padres, y admirada de cuantos la rodeaban, era una flor hermosa, que se mecía tranquila en el jardín de la vida; pero que un día había de caer marchita por el fuego abrasador de las pasiones. Un destino irresistible y ciego tenía preparado para esta inocente joven todo el peso de la desventura.

Era una noche de Diciembre: la luna derramaba su pálida luz sobre la tierra, ofus-

cando el débil resplandor de las estrellas, que tímidamente brillaban, como no queriendo rivalizar con su soberana. Soplaba un ligero viento, aunque frío y penetrante, como lo requería la cruda estación del invierno. En el corredor de una casa particular del centro de México, se hallaban dos jóvenes casi de igual edad, sentadas en un sofá corriente, respirando el aroma de las pocas flores que habían quedado por el rigor del tiempo. Una era Luisa...: tenía el pelo suelto, y llevaba un vestido de lino blanco, cuyas anchísimas mangas, según la moda de la época, cubrían sus blancos y bien torneados brazos. Su amiga sostenía á Luisa entre los suyos, y ambas permanecían en silencio. Al fin lo interrumpió Laura, que este era su nombre.

—Es lo primero que veo, Luisa, que una joven llore la víspera de contraer un enlace feliz.

—Y si tal enlace es deshonroso, ¿tendrá la joven razón para llorar?

—¿Y por qué lo ha de ser?

—Yo lo sé.

—Pues yo sé lo contrario, á no ser que esté equivocada en el concepto que me he formado de Eduardo.

—No, no estás equivocada, es un..... ángel.... no lo merezco; y al decir esto, Luisa soltó á Laura, y sus mejillas se encendieron.

—Admiro tanta modestia; pero, dime: ¿por qué no mereces á Eduardo?

—Porque es virtuoso, es....

—Y tú, ¿qué eres? Cada vez me dejas más admirada: estoy por creer que mañana, en lugar de dar tu mano á Eduardo, tomas el hábito en un convento.

—Las esposas de Dios son inocentes.

Luisa no pudo continuar; los sollozos la embargaron, y se abandonó al llanto.

—¿Qué significa eso? ¿Renuncias el enlace?

—Lo renuncio.

—¡Cómo! ¿Qué hablas?

—Lo que oyes.

—Tú te chanceas.

—¡Me chanceo! ¿Y estas lágrimas? ¿Y este temblor convulsivo de mi cuerpo?

—Me confundes, Luisa querida, al paso que me atormentas. Pero si soy tu amiga, me atreveré á preguntarte por qué es esa resolución tan intempestiva.

—Intempestiva no, que hace algún tiempo existe en mi corazón.

—¿Y por qué no la has manifestado? Eres muy cruel, Luisa; sí, muy cruel, porque vas á hacer infeliz á Eduardo, y sin razón.

—En cuanto á lo primero, más infeliz sería si se enlazara conmigo, y cuanto á lo segundo, tengo motivo, y suficiente, para renunciar su mano, ó mejor dicho, para ha-

cerlo que él renuncie la mía; me falta la resolución, es cierto; pero... algún día.... y más vale pronto..... mañana mismo. Le volveré sus ricas donas, y procuraré olvidarlo.... ¡Ah! Eduardo, tú sabrás si te amaba la desgraciada Luisa con todo su corazón; ojalá estas lágrimas pudieran borrar la memoria de aquel día... ¿qué iba á decir?.... Eduardo, sé feliz, aunque yo muera.

Luisa volvió de nuevo á entregarse al llanto. La luna llegaba á la mitad de su carrera, sus blanquecinos rayos iluminaron el rostro de Luisa, bañado en lágrimas.

II

A la mañana siguiente, se encontraban Luisa y Laura en una reducida, aunque lujosa estancia. Luisa estaba pálida, sus ojos encendidos, porque había llorado mucho, y sus labios secos y descoloridos. De cuando en cuando volvía la vista hacia la puerta, y se notaba un temblor involuntario en sus miembros. Laura estaba en pie, como meditando alguna cosa. El toque de una campanilla las sacó de su arrobamiento. Luisa palideció totalmente, y Laura, con voz trémula, la dijo: Dios te dé ánimo, amiga idolatrada: pero mira por tu felicidad y la de tus padres; será un golpe horrible.

—Retírate.... amiga, dijo Luisa con voz desfallecida... pero no, no me dejes sola....

—Es preciso, Luisa.

—No me hallo con fuerzas... ¡Dios mío!

—El se acerca; Dios te acompañe....valor y firmeza, ya que así lo quieres.

—¿Pues qué, me queda otro recurso?

—Recuerda mis reflexiones.

—¡Pero un engaño! no puede ser.

—Ya llega.... Adiós, Luisa. Valor.

Salió Laura al tiempo que entraba un joven como de veinticinco años. Su fisonomía era expresiva, sus modales llenos de urbanidad, y su traje elegante.

Al entrar, Luisa ocultó el rostro con su pañuelo, y se reclinó en el almohadón del sofa.

—Luisa mía: ¿por qué te veo en este estado? ¿Estás enferma?

—No, Eduardo, respondió Luisa con voz dulce, no tengo sino una ligera indisposición.

—Lo creeré, si tú te empeñas; pero la palidez de tu rostro me indica algo más de ligera indisposición.

—Verás cómo pronto me restablezco.... en el sepulcro.

—No pienses en eso, sino en que esta noche te recibo por esposa.

—No lo creas, Eduardo.... nunca....

—¿Qué dices?

—Que nunca seré tu esposa.

Atónito quedó Eduardo, sin saber qué responder.

—Mas ¿por qué, Luisa idolatrada, te complaces en acibarar mi dicha?

—Mira, Eduardo: dolores hay que es preciso sentirlos para comprenderlos, y éstos no tienen más que un remedio: la muerte. Tal es el dolor horrible, agudo, infernal, que me destroza.... Huye, Eduardo virtuoso, huye de la desgraciada Luisa.... sé feliz..... pero no pretendas que yo sea tu esposa.... porque... no puede ser, Eduardo. Yo te devuelvo tus regalos de donas; sólo me quedo con el anillo que me diste.... y con tu imagen....

Imposiblbe sería describir el efecto que estas palabras causaron en Eduardo. Un sudor frío corría por su cuerpo, no se podía sostener en pie, y casi desfallecido, se dejó caer en el mismo sofá en que Luisa estaba, así como él, pálida, desfigurada, y llorando amargamente.

Después de un rato de silencio, dijo Eduardo:

—¿Me dirás, Luisa mía, cuál es la causa de esa resolución?

—Sin detenerme, aunque muera. Oye, Eduardo: hace dos años que conocí á un joven, que me habló de amor, primera vez que yo escuchaba este lenguaje, y yo.... creyendo sus promesas, le entregué mi corazón. Así pasó algún tiempo; mi amor ha-

cia él era inocente, porque era el primer amor de una joven de dieciseis años. Yo me dejaba guiar tan sólo por la fuerza de mi pasión, y así fué que no conocí que comprometía la dignidad de mi sexo. Mi amante, entre tanto, aprovechándose de mi irreflexión, me halagaba con repetidos juramentos de ser mi esposo, siempre que mis padres dieran su consentimiento... Pero... como he dicho, él me amaba, ó al menos me lo decía... yo lo adoraba... con locura..., y.... huye, Eduardo.... ya todo lo sabes, yo no te puedo engañar. Busca una joven que aún conserve su virtud; corre, Eduardo infeliz, abandóname.. .. ..

Luisa quedó desfallecida.

Eduardo nada sentía; las venas de su frente parecía que le reventaban. Su cuerpo se agitaba con un temblor convulsivo. Escuchó la relación de Luisa sin moverse; después fijó en ella sus ojos encendidos; tenía los labios contraídos, y el cabello erizado. Después de un rato, se calmó su agitación, y tomando una mano á Luisa, le dijo: Dime el nombre de ese seductor.

—Es inútil, porque ya no vive.

—¡Ya no vive! murmuró Eduardo, y volvió á encenderse su rostro.

Al cabo de un momento, estrechó en sus brazos á Luisa, y con voz sofocada por el llanto, le dijo: Te perdono; serás esta noche mi esposa.

III

Un año había pasado de este suceso. En la capital del departamento de.... vivían Luisa y Eduardo, sin que se turbara su tranquilidad doméstica por ningún motivo.

Una mañana se hallaban Luisa y su amiga Laura conversando en una estancia.

—Laura mía, dijo Luisa, ¡quién sabe qué me anuncia mi corazón! Desde que he visto á ese malvado en esta ciudad, no tengo gusto, y creo que.... ¡Ay! yo temo mucho.

—Pero Eduardo no conoce á ese hombre; tú le dijiste que había muerto; él no ha de inventar volver á verte; luego ¿qué temes?

—Temo su venganza; porque oye, Laura, cuando yo volví en mí aquel día fatal, que nunca olvido, le dije que lo abandonaba; él lloró, me suplicó que no hiciese tal cosa, y como me vió en extremo resuelta, me juró una venganza horrible.

—Es cierto; pero eso lo hizo en aquel tiempo, porque estaba apasionado; hoy no hará nada.

—El es un infame, porque ya tú ves, él se me dió á conocer con un nombre supuesto, y después supe que me engañaba; esto indica mucho.

—Pues no temas, Luisa....

—Yo lo temo todo por Eduardo, tan bueno, tan generoso; me perdonó, me dió su mano, y me trata con el mismo cariño. Días pasados se recostaba sobre mi hombro, y tomándome la mano, me decía: "Siempre te amaré, mi Luisa, seré tu consejero, tu protector y tu amigo." Y fijaba en mí sus vivos ojos, y su mirada era de compasión y ternura.

Esta conversación terminó con la llegada de Eduardo; venía encendido su rostro, dando muestras de grande agitación.

—¿Ha venido alguno? preguntó ásperamente.

—Nadie; pero dime, Eduardo, ¿qué tienes?

Eduardo se metió á las otras piezas sin responder.

—¿No te lo anuncié, Laura? Algo ha de suceder. Desde que venimos á esta ciudad, no tengo gusto; y si no, ya ves; ocho días tenemos de llegados, y hoy Eduardo....

—Aguarda, interrumpió Laura, un hombre se acerca, y Eduardo está llamando con la campana. Laura desapareció, y á poco rato se presentó un desconocido. Al verlo se puso Luisa pálida, y quiso huir; pero el incógnito se opuso, y obligándola á sentarse, la dijo: Luisa, ¿me conoces? ¿No te acuerdas de mi juramento de venganza?

Luisa iba á gritar, pero el desconocido le

tapó la boca, y sacando un puñal, le dijo: ó te asesino, ó te estás callada. Vamos, Luisa. Escoge entre volver á amarme como en un tiempo, ó la muerte del que sea tu esposo.

—Dejadme, decía Luisa con voz desfallecida; retiraos, que se acerca mi marido; por Dios que me dejeis.

—Pues decídete.

—Mi esposo llega; tened piedad de mí.

—Bien; pues oye: aquí me escondo tras esta cortina: si algo dijeres, morirá tu esposo.

Y se ocultó rápidamente.

Eduardo entró un tanto más repuesto, acompañado de Laura; tomó asiento, y con tono afectado dijo á Luisa: perdóname, Luisa mía, si me atreví un instante á sospechar de tu fe; pero figúrate que cuando yo entraba en casa, salía víolentamente de ella un hombre con sombrero calado hasta los ojos, muy embozado y que al verme aligeró el paso, y se ausentó con rapidez. Mas Laura me jura que ningún hombre ha entrado.

—Es cierto, contestó Luisa.

—Pero, ¿qué tienes? Estás descolorida.

—Nada.... sino como te ví entrar.... triste.....

—Bien, pero tú te turbas, tienes los ojos lánguidos.... y miras frecuentemente hacia esa cortina.

—No, no es nada, yo.... me repondré.

—No sé qué aire de misterio observo, dijo Eduardo. ¿Qué hay detrás de esa cortina?

—Nada.... oye, Eduardo....

—¿Cómo nada? si se mueve sin cesar.

—Escucha, Eduardo.

—No escucho.

Se levantó violentamente de su asiento, descorrió la cortina, y viendo á un hombre.... no se pudo contener, sacó una pistola, y cuando el escondido trataba de salir, la bala le penetró el cráneo, y cayó en un lago de sangre. Después, dirigiéndose á Luisa, le dijo: Pérfida, tú me has engañado; me vendías, cuando yo te perdoné..... ¡Ah! éste es seguramente tu seductor; dímelo.

—Sí.... él es....

—Y me decías que había muerto... Bueno, ahora sí ya murió; pero tú lo seguirás. y se precipitó sobre la inocente Luisa, sin que pudiera contenerlo Laura con todos sus esfuerzos. Luisa no opuso resistencia, y un puñal atravesó su pecho.

Después Eduardo reconoció al que estaba oculto, y retrocedió dos pasos, clamando: ¡¡Era mi hermano!!....

Luisa no murió en el acto: cuando su infeliz esposo pudo acercarse á ella, oyó estas palabras:

—"Eduardo, muero inocente... sólo á ti amaba....pero era preciso.... que recibié-

ramos.... tu hermano y yo... el castigo; él por haber marchitado mi pureza... y yo por débil.

Después, dirigiéndose á Laura, le dijo: "Amiga, huye de la seducción," y expiró.

UNA TRAICION
Y UNA
VENGANZA.

EL CONCIERTO (1)

Se daba una noche en una casa, un magnífico concierto instrumental y vocal, al que asistían las más distinguidas familias de México. La función estaba dispuesta con el mayor lujo posible, y el local donde debía verificarse, era una sala bastante espaciosa, iluminada al estilo de la época, por un hermoso candil de cristal, en que ardían diferentes luces, combinadas con otra multitud, que puestas en elegantes

(1) Las escenas que vamos á referir son tomadas de un caso cierto, sucedido en México: hemos omitido, sin embargo, algunos incidentes, y variado el nombre de las personos, pues nuestro objeto no ha sido otro que el de escribir una novela.

candelabros, se repartian por el resto de la pieza. Aquella luz era más que suficiente para dejar ver un cielo raso de buen gusto, y los lujosos y exquisitos cuadros que rodeaban la sala, representando algunos pasos del antiguo Testamento. Como se esperaba mucha concurrencia, se habian dispuesto las sillas en tres órdenes ó hileras, para poder contenerla. En las puertas de los balcones se veían ricas colgaduras encarnadas y blancas, sostenidas por flechas de latón, llenas de relieves. Al frente de la puerta por donde se entraba, estaba colgado un magnífico piano inglés de cola, de voces abrillantadas y muy sonoras: el teclado era de toda la extensión, y la madera del piano, la llamada de rosa. En el centro de la sala se veían varios atriles, para los papeles que se habían de tocar.

A las ocho y media de la noche, la sala estaba completamente llena de un numeroso concurso: las señoras, luciendo sus suntuosos vestidos y adornos, daban un encanto mayor á la función: sedas y terciopelos, blondas trapeadas, oro y pedrería, era en la mayor parte, con lo que estaban adornadas; en todo brillaba el buen gusto. Entre las señoras que allí estaban, se veía una joven que apenas rayaría en los dieciocho años. Su fisonomía era dulce y expresiva; sus grandes ojos, negros, rasgados, daban gran realce á la blancura de su rostro; su tez era

suave y delicada; sus facciones, todas finas y proporcionadas; advirtiéndose en su conjunto cierto aire de bondad y candor, si bien sus miradas y sus movimientos revelaban mucha viveza, ó tal vez una secreta inquietud que la oprimía. Llevaba un vestido de seda color de rosa, y se recogía en su esbelta y delicada cintura un "sobre-veste" de punto blanco trapeado. Por sobre de su pecho pasaban de uno á otro lado unos cordones violados, entretejidos en forma de red, y la fina "camisola" de su vestido dejaba ver un seno de alabastro, y aun se notaba su respiración. Un grueso hilo de ámbar rodeaba su garganta, tan blanca, tan tersa y bien formada, que parecía la de la Venus de Fidias. Sus torneados brazos estaban cubiertos, hasta la mitad, por un guante de seda blanco, bordado de oro y acero; su negro y largo pelo, en fin, hecho rizos, le caía sobre la espalda.

El concierto comenzó; los jóvenes filarmónicos, que ocupaban el centro de la sala, comenzaron á tocar la brillante obertura de "Norma." Los suavísimos acentos de aquella pieza, llena de melancolía y de expresión, llamaron la atención general, inspirando bien pronto, aun en los pechos más helados, sensaciones dulcísimas del todo nuevas, porque la música, y sobre todo la de "Norma," habla al corazón, y despierta las ilusiones que yacen dormidas en su

fondo. Concluída la obertura, la sala quedó más despejada, pues los jóvenes filarmónicos salieron de allí con sus instrumentos y entonces siguió la parte del canto. Una señorita acompañada del piano, cantó una aria coreada, concluyendo con la de "Casta Diva." La dulzura de su voz era tanta; recorría con tal facilidad una escala desde la nota más grave hasta la agudísima; y su voz firme, melodiosa y llena de expresión, sostenía tanto una nota, que al tiempo de concluir, recogió miles de entusiasmados y sinceros aplausos. Mientras pasaban estas escenas, la joven de que hemos hablado, permanecía á ratos con los ojos bajos, y otros los levantaba y los dirigía á la puerta, y en seguida se ruborizaba, y volvía á inclinarlos; porque sus miradas se dirigían á dos hombres que se hallaban de pie á la entrada del salón. El uno era joven, de regular presencia y elegante vestido; sus facciones se alteraban frecuentemente, y su fisonomía revelaba algún pesar secreto.—El otro era más entrado en edad; pero su vigor y su presencia eran de un joven. Los dos entre sí se miraban siniestramente, y en sus ojos se leía una oculta conmoción. Cuando concluyó el canto, salió al corredor el joven, y se empezó á pasear á lo largo; á pocos minutos salió el segundo, y con tono afectuoso le dijo:

—¿Qué le ha parecido á vd. el concierto?

—Bueno.

—¿No más bueno?

—Todo lo que vd. quiera.

—Pues á mí me ha parecido excelente.

—Lo mismo á mí.

—En esta señorita he creído oír á la ponderada Pellegrin.

—Está bien.

—Supongo que vd. está un tanto incómodo, y por eso me retiro.

—Corrientes.

—Porque tal vez de lo contrario.... reñiríamos.

—Corrientes.

—No tengo muy buen genio.

—Ni yo tampoco.

—Pues vale más evitar un disgusto.

—Como vd. quiera.

—Quede vd. con Dios.

—Gracias.

Y ambos se separaron; pero antes se lanzaron una terrible mirada.

A las once de la noche se tocó la grande obertura del acreditado compositor mexicano D. Juan Beristain, cuya muerte, á los veintitrés años de su edad, segó las esperanzas que tenían sus compatriotas, de presentar un genio músico, sólo comparable con Rossini ó Donizetti.

Después siguieron otras piezas de canto, sacadas de óperas bufas, como el "Elixir de amor," la "Escaramuza" y "Beti." La joven

de que hemos hablado, salió con otras señoras al corredor, porque deseaba el fresco, y al verla, se reunieron los hombres de la conversación anterior. Luego se dejaba ver que eran dos rivales, pero aún no llegaba el tiempo en que haciendo proezas de valor, conquistaran á punta de espada la mano de la señora de sus pensamientos.—Isabel, dijo el mayor de ellos, habeis estado triste en el concierto, y á fe mía, que no ha habido función de más gusto.

—No, no he estado triste, por cierto.

—Tal me ha parecido, dijo el joven; ¿cómo podía estar triste Isabelita, cuando no tiene sino muchos motivos de gozo y alegría. ¿No es verdad, Isabel? Después, con amarga ironía, prosiguió: No dudo que lejos de estar triste Isabelita, mil ilusiones risueñas ocuparán su mente. ¡Tiene tanto atractivo la riqueza! ¡Eso de relacionarse con personas de alto quirio, es muy halagüeño!

—Enrique, dijo Isabel sonrojándose, hablais de broma, pero....

—¡De broma! No, Isabel, me lo dicta el corazón, y vos lo sabeis.

Durante este diálogo, las otras señoras hablaban entre sí del concierto, y el rival se había separado, para saludar á un general que salía del salón. Isabel y Enrique conversaban en voz baja.

—Os decía, Enrique, continuó Isabel, que

sois en extremo ligero para juzgar con tanta facilidad.

—No señora, no es ligereza. ¡Ojalá lo fuera! No llevara entonces en el corazón esa espina punzante, esa agonía lenta y bárbara que me destroza.

—Yo os juro que son frívolos vuestros recelos, son infundados.

—¿Lo jurais?

—Por mi honor, Enrique.

—De lo contrario.... no respondo de mis acciones.... venganza... sí, pero venganza horrible.... ¿Lo oís?

En este momento cesaban las armonías de la música; el concierto había concluído, y muchas personas salían de la sala. Enrique se aprovechó de la multitud, y acercándose á Isabel, le dijo con emoción:

—Isabel, acordaos de vuestro juramento. ¿Me prometeis constancia?

—Sí.

—¿Jurais que despreciareis á D. Juan y sólo sereis mi esposa?

—Sí, sí, todo lo juro.

—Dadme vuestra mano.... Isabel, concluyen mis penas. Desde ahora os amo más, porque ya no tengo temores. Adiós.

—Supongo que el sábado ireis á casa.

—Sí iré.

—Cuidado con faltar. Adiós, Enrique.

Discretamente estrechó Enrique la mano de Isabel, y se ausentó ya sin temores de inconstancia por parte de su querida.

A las doce de la noche salían Isabel y D. Juan, con el resto de la familia.

II

"Triste de aquel que de mujeres fía."

Ocho días habían pasado de estos sucesos; la calma y la tranquilidad habían renacido en el corazón de Enrique, que había gozado muchas horas de inocente conversación con Isabel. Mas siempre al despedirse le exigía los mismos juramentos de constancia.

Una mañana se dirigía Enrique á la casa de su amada, cuando encontró un amigo.

—¿A dónde te diriges? le preguntó éste.

—Voy á visitar á Isabelita***

—Estará contentísima.... Sabes, me repugna la dichosa Isabelita, por su vanidad... casarse sin amor.... sólo por el interés....

—¡Cómo! ¿Con quién se casa?

—Toma. ¿Pues que no lo sabes?

—Nada sé.

—Pues señor, escúchame: la pretendía no sé quién, y ella correspondió; pero el novio era pobre, y esto bastó para desagradarla: un medio rico, D. Juan*** se presentó ofreció dinero, y... pero ¿qué te sucede, Enri-

que? Tú pierdes el color, y se te encienden los ojos.... Apostaría á que eres el amante desechado.... Si es así, tienes razón....

—Dime, exclamó Enrique conteniéndose, ¿es cierto lo que dices?

—Como estar tú parado.

—¿Pero en qué te fundas?—No lo dudes, Enrique; mi hermano va á ser testigo, y esta noche es el casamiento.

—¿Esta noche?—A las ocho. Vaya, que siendo tú visita de la casa no lo sepas, es muy extraño. Nada, lo dicho, tú eres el novio.

—¿No me engañas, hombre?

—Dale: ¿quieres más pruebas?

—Sí quiero.

—Mira: allí viene un criado de la casa; le preguntaremos.--Dispense vd., amigo, ¿qué fiesta hay en la casa?—Que se casa la niña con el Sr. D. Juan*** en esta misma noche. Ya viene el repostero, que ha de poner el refresco.—Gracias, amigo.

El criado siguió su camino.

—¿Lo ves? Te has quedado atónito con la noticia.—Adiós; nos veremos.

—Espera un rato.

—No puedo, adiós.

—Mal te fué con tu querida.

—Pero aún queda un recurso....

—Sí, ¿cuál es?

—La venganza.

—¡Qué disparate! ¡Vengarse de una

mujer! Vaya.... Adiós, Enrique, y no olvides este verso:

"Triste de aquel que de mujeres fía."

III

DUDAS

Se separó Enrique de su amigo, sin saber lo que le pasaba, porque aquella fatal noticia lo había trastornado. Su frente ardía, sus ojos estaban inflamados, y respiraba con dificultad. A veces se resistía á dar crédito á lo que acababa de oír, porque le parecía imposible que Isabel faltase á los repetidos juramentos que le había hecho, de eterna fe.

—Es imposible, (decía, paseándose en su habitación, y hablando consigo mismo) es imposible tal inconstancia..... Isabel me ama, me lo ha jurado.... y sería necesario que tuviera un corazón de hiena para engañarme. Esta sería una conducta horrible..... y no es capaz Isabel, no..... Perdóname, Isabel mía.... el que por un instante haya dudado de tu fe.... pero.... soy un necio.... ¿no he oído á su criado? ¿No he visto con mis propios ojos los preparativos de la boda? ¡Oh!

Y Enrique se golpeaba contra las paredes, se mesaba los cabellos y derramaba llanto.

—¿Boda dije?.... No, no habrá boda....

sangre.... sí, sangre es lo que deseo, y la derramaré á toda costa.... con mi mano. Yo veré á mi odioso rival.... le clavaré en el pecho un puñal... y le despedazaré el corazón; y cuando él se revuelque en su negra sangre.... conduciré á aquel lugar á Isabel.... y le diré: mira á tu amante ó á tu esposo.... acércate.... ese lago de sangre es tu.... tálamo nupcial. ¿Lo entiendes? ¿No querías unirte con él? ¿Pues qué te detiene? Y caería también sobre ella... y me gozaría en sus tormentos.... y sus gritos de agonía... me serían tan dulces..... como el canto epitalámico... me recrearía en sus convulsiones horribles....y.... Mas.... ¿qué digo? ¡Desdichado! ¡Oh tormento! ¡Oh furia de los celos... Isabel es inocente. y yo un débil... pero.... y lo que he oído.... lo que he visto... no cabe duda... es cierto, es cierto mi mal. ¡Oh Dios mío!

Enrique cayó desvanecido en un sillón; cerró los ojos, y un sudor frío cubría su rostro; de cuando en cuando se extremecía y apretaba los puños. Una hora después salió de su abatimiento, estaba pálido, y tenia el cabello erizado.

—Valor y serenidad, dijo levantándose Yo me convenceré por mis propios ojos Asistiré esta noche á su casa. Si es falso lo que se me ha contado, si Isabel me ama.... yo seré su eterno adorador... pero si fuese cierto.... entonces.... mi venganza será

horrible. Sí, lo juro.... Isabel no llegará al tálamo nupcial.

IV

REALIEDAD

A las nueve de la noche del día en que pasaron las escenas referidas, se observaba en el patio de la casa de Isabel un bullicio raro. Los criados entraban y salían con precipitación, y algunas familias, lujosamente puestas, se dirigían á una sala ricamente adornada. Después de un momento entraron á ella un eclesiástico y tres acólitos, con un mozo, llevando en una bandeja los paramentos religiosos.

—Todo está dispuesto por mi parte, dijo el sacerdote después de saludar á la concurrencia: ¿falta algo por la vuestra?

—Sólo la novia, respondió D. Juan*** alargando la mano al ministro sagrado.

—No habrá concluído sus adornos.

—Aquí la teneis.

Isabel se presentó con la mayor elegancia, y su llegada causó un murmullo entre la concurrencia.

—Sólo á tí se te aguarda, Isabel, dijo un calvo anciano, que era su tío; pues Isabel quedó huérfana desde muy niña.

—Ya estoy dispuesta, dijo á media voz.

El sacerdote se revistió, los acólitos to-

maron los ciriales, se les dieron luces á los novios y á los padrinos, y se comenzó la ceremonia de dar las manos. El ministro leyó las oraciones rituales; le hizo á Isabel las preguntas acostumbradas, y al llegar á aquella: "¿Teneis dada á otro palabra de casamiento?" ambos novios se miraron furtivamente, y no respondió Isabel. El sacerdote reiteró su pregunta; Isabel palideció, y dirigió sus ojos á un grupo de gente que se hallaba en la puerta, presenciando la ceremonia; los bajó luego, y con voz cortada, dijo: "No."

—Luego quereis, continuó el cura, recibir por compañero y esposo á D. Juan***

—Sí, respondió Isabel.

En este momento se oyó en el patio claramente una voz que cantaba: "La perjura esposa no llegó al tálamo nupcial: la venganza cayó sobre ella."

Isabel se puso pálida, y su esposo se extremeció involuntariamente; pero los concurrentes nada observaron, y la ceremonia concluyó.

Después de un exquisito ambigú, se retiraron los convidados, y D. Juan también salió, habiendo sido citado para la "velación," al otro día, á las seis en punto.

Un hombre embozado siguió á Don Juan, la noche estaba obscura y horrorosa, y el viento soplaba con furia. Al llegar á una esquina por donde debía pasar, cuatro hom-

bres robustos lo sorprendieron; quiso gritar, pero uno de ellos le tapó la boca, y lo amenazó con un puñal. El hombre embozado mandó á los otros que le vendaran los ojos; así lo hicieron, y después de bien sujeto, lo metieron en un coche, que allí estaba prevenido.

—Vamos, dijo el embozado, os espera vuestra virtuosa esposa. Ya vereis vuestro tálamo nupcial.

El coche partió, y el hombre oculto dijo con risa amarga: "Me he vengado, y soy feliz." Era Enrique.

V

EL DÍA DE LA VELACIÓN

Enrique condujo á D. Juan, en aquel coche, á una casa distante de la ciudad; lo encerró en un cuarto, y con aquella seguridad, se dirigió al amanecer á la casa de Isabel. Esta no había podido encontrar el reposo: los remordimientos la atormentaban, y parecía que herían sus oídos aquellas palabras de Enrique: "La esposa perjura no llegó al tálamo nupcial; la venganza cayó sobre ella." Había conocido la voz de Enrique, y temblaba por el cumplimiento de aquella amenaza. Permanecía triste en una pieza acompañada de una amiga, que le daba los parabienes por su boda, cuando se oyeron

en el patio unas pisadas.—Ha llegado D. Juan, dijo la amiga.

—Has sido muy puntual, amigo mío; dijo Isabel al caballero que entraba.

—No te agradará mucho mi puntualidad, contestó el hombre.

Isabel iba á lanzar un grito, pero Enrique lo impidió.

—Isabel, le dijo Enrique, no te asustes, "amiga mía;" vengo á darte los parabienes por tu boda.

—Retiráos, señor, contestó débilmente.

—¿Que me retire? Serás obedecida. Pero dejando á un lado el sarcasmo, escucha, Isabel, y luego me retiraré. Había un hombre en la tierra, que era feliz, porque amaba á una mujer hermosa como el cielo al despuntar la aurora; y todo su porvenir, todo su embeleso, era llamarla esposa, estrecharla contra su corazón.... para que sus latidos le revelaran toda la intensidad de su amor.... porque su amor era inmensurable como el espacio, profundo como los abismos del mar.... ¿Lo oyes, Isabel? La amaba con toda su alma.... con todo el vigor y el entusiasmo de un pecho virgen y virtuoso.... y mil años de vida hubiera dado.... por gozar un sólo momento la dicha inefable de llamarla esposa.... vivir con ella.... respirar su dulce aliento.... ¿qué digo? besar donde ponía su planta.... le habría sido más venturoso.... que dis-

frutar todas las riquezas del mundo..... porque todas las riquezas del mundo las habría dado por una sola mirada. Pues bien; este hombre recibió de su adorada muchos juramentos de constancia.... y él, débil é insensato, los creyó... y la mujer..... la harpía detestable.... lo engañó horriblemente, y anoche.... se unió con otro hombre.... esto es... cometió un sacrilegio.... porque profanó el sacramento. Y ahora, ¿sabes quién era ese hombre y esa mujer? Responde, "amiga mía."

Isabel sólo lloraba.

—Pues el hombre soy yo, y la mujer tú infame Isabel. Pues bien; oye el objeto de mi venida. Escucha primero el lenguaje del hombre apasionado que te amó hasta ayer. Mira este anillo, mira este rizo de tu pelo. ¡Oh! ¡Con cuánta ternura lo besaba todos los días! ¡Cuántas lágrimas de amor lo regaban! Porque te adoraba, Isabel, con todo mi corazón..... con toda mi alma..... porque eras mi primer amor.... porque eras el único objeto de mis ansias.... mi dicha.... mi consuelo.... mi porvenir. Estaba yo pendiente de tus labios, para servirte en lo que me pidieras, porque era yo tu esclavo.... tu....

—Por el amor que me tuviste.... Enrique, dijo Isabel, te suplico.... te retires.

—¡Por el amor que te tuve! ¿Y te atreves á invocarlo, vil perjura, cuando ese

amor volcánico, poderoso, se ha convertido en un odio atroz, implacable, en un deseo ardiente de sangre y de venganza?

—¡Enrique! por piedad.

—Y tú ¿tuviste piedad de mí, cuando sólo te pedía por única recompensa de mi adoración, una mirada?

—No me castigues, Enrique.

—Hasta aquí no sabes nada; escucha: este rizo de tu pelo y este anillo, los tenía como prendas de tu fe; ésta ha faltado.....y así, os las devuelvo; pero de este modo, mirad, hollándolas con mi pie; caigan, aniquílense... y no me quede más memoria.... de ésta infame mujer.... que el recuerdo de mi venganza, sí, mi venganza. ¿Oísteis anoche mi voz? ¡Oh dulce, divina venganza! Tú me harás de infeliz el más dichoso de los hombres. Isabel: os dije anoche....que la esposa perjura no llegaría al tálamo, y vos no llegareis.

—¡Oh! Enrique, no me mateis.

—Serenaos, no os mataré, señora, porque no soy asesino; pero no volvereis á ver á vuestro esposo.

—¿Qué decís?

—Lo que oís, señora. No existe ya para vos vuestro marido.

—¡Cómo! ¡Oh! ¿Sereis tan vil? Pero no, nada podeis hacer, porque á las seis viene mi esposo para la velación.

—Esperadlo en buena hora: pero temo

mucho que sólo lo veais.... en.... la eternidad.

—Enrique... sois un infame.

—Y vos una santa.

—Yo no tenia obligación de quereros.

—¡Ola! ¿Y teníais obligación de ser virtuosa, de cumplir un juramento, ó al menos de no cubrir con un velo de hipocresía una alma perversa? Por Dios, señora, que no esperaba hallar una alma tan corrompida.

—Devolvedme mi marido, gritó Isabel.

—Devolvedme la vida, devolvedme la virtud, que me habeis robado.

Isabel no oyó más, comenzó á gritar, corriendo por todas las piezas de la casa.

Su amiga desde el principio había desaparecido, y Enrique también se salió.

No sólo dieron las seis de la mañana, sino las ocho, y D. Juan no había llegado, por lo que no hubo velación.

VI

LA VENGANZA

Enrique, dejando á Isabel, se dirigió á la casa lejana donde estaba encerrado D. Juan La expresión feroz de su semblante daba á conocer la ardiente sed de venganza, que le consumía el alma: llega al lugar de su víctima, abre la puerta y la cierra luego por

dentro con precaución. Don Juan se puso en pie; su rostro estaba cubierto de una palidez mortal; sus mejillas lívidas se inundaron en un sudor frío. Tenía los ojos encendidos, la nariz entreabierta y los cabellos erizados. Al ver á Enrique, se demudó totalmente; su fisonomía tomó un aspecto más horrible aún; sus ojos brotaron fuego sus labios se contrajeron con un movimiento de furor mal reprimido, y un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo. Enrique se para frente á su rival; una sonrisa amarga asoma en sus labios, y con aire burlón y diabólico, dice á Don Juan marcando las palabras:

—Tierno amigo, vuestra novia os aguarda; estais muy despacio.

Don Juan, con los ojos fijos en Enrique, permanecía inmóvil; la cólera lo ahogaba. Al fin, con un acento de desesperación contestó temblando:

—Sois un infame, un pérfido.

—Y vos.... ¿qué sois, "querido amigo mío?" dijo Enrique; pero acompañó estas expresiones con una mirada tan fría y espantosa, que Don Juan se quedó extático, como si hubiera sido fascinado por aquella mirada glacial.

Después de un segundo de silencio, dijo:

—En nombre del cielo, volvedme mi esposa.

—¿Vuestra esposa? ¿Acaso yo la tengo?

¿No os he dicho que os aguarda en la Iglesia?

—¡Oh! sois peor que un tigre.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque traidora y vilmente me habeis quitado mi libertad, me habeis separado de mi esposa, y os gozais en mi dolor.

—¿Nada más por eso? contestó Enrique, pues entonces, Sr. Don Juan, sois peor que dos tigres. ¿Lo entendeis?

—Esto es horrible....Dadme mi libertad por dos horas..... por una no más..... y luego sois libre para matarme.... si podeis.

—¡Si puedo! ¿Pues no estais en mi poder? Luego soy libre desde ahora para hacer cuanto guste.

—Pero eso será una infamia.....

—¡Infamia! ¿Sabeis qué es infamia? Si no supiera, "buen hombre" que os chanceais, me enfadaría con vos.

—¡Oh! por el cielo. Abandonad el sarcasmo.... y dadme la libertad... por dos horas; después.... os mataré ó me matareis.

—¡Que abandone el sarcasmo! Por Dios, Don Juan, que no sé qué me sucede con vos. ¡Oh! Yo os aborrezco.... con todo mi corazón. ¿Lo oís?

—Y yo os pago en la misma moneda.... con toda mi alma.

Al oír estas palabras se conmovió Enrique; se encendió su pálido y extenuado

semblante, y sacando un puñal, dijo con una voz sonora:

—Preparaos, Don Juan, á morir.

Don Juan retrocedió dos pasos, las pupilas de sus ojos se dilataron; un vértigo se apoderó de su cabeza; nada veía, y los objetos giraban á su alrededor. Pasada esta primera emoción, recobra su serenidad; se retira más atrás; mide bien la distancia, y hace ademán de arrojarse sobre su enemigo; mas éste se pone en defensa, y le dice con frialdad:

—Son inútiles todo vuestros esfuerzos; tengo mis medidas bien tomadas; mis criados aguardan mis órdenes, y por nada evitareis mi venganza.

—Pero esto es horrible, dijo el infeliz D. Juan con el acento de la desesperación, y casi sin poder sostenerse; es horrible matar á un hombre.... indefenso.... que no tiene armas.... que....

—Oíd, D. Juan; es más horrible arrojarse uno en los brazos de un "amigo," para que éste lo ahogue entre ellos.

—Enrique.... ¡por Dios!.... no.....

—Es preciso, morireis.... Escuchadme: ¿Recordais, D. Juan, aquella noche en que viéndome vos triste y abatido, me preguntásteis la causa de mi duelo? Pues bien; yo os respondí con las lágrimas en los ojos: "Amigo, padezco por un amor cruel que me atormenta. Yo amo á Isabel con todo

mi corazón; mas no estoy correspondido. La amo con ansiedad, como ama el ciego la luz del día." Entonces vos me consolásteis, diciéndome que Isabel sería mía con vuestra mediación. Confiésoos, D. Juan, que en aquel momento os estaba más agradecido que si me hubiéseis dado la vida, porque me dábais una esperanza.... más grata que la misma existencia. Después.... había pasado un año.... me preguntásteis si todavía amaba á Isabel, y os respondí: "Logrz. su mano, llamarla mi esposa.... mi compañera.... y morir... será la felicidad suprema de mi corazón." Vos me dijísteis: "Temed, Enrique, no sea ese amor correspondido... con una deslealtad." Ah, infame, aún no comprendía tus palabras! Entonces, y después de saber que yo.... amaba.... idolatraba con frenesí á Isabel... vos, mi sincero y "servicial" amigo... me robásteis la mujer única que formaba mi encanto... mi gloria... mi porvenir.....

Derramásteis gota á gota en mi corazón la copa de amargura... lo desgarrásteis.... deshicísteis mis ilusiones.... hundísteis en mi pecho un puñal.... me hicísteis sentir las penas del infierno.... en fin, ¿quereis saberlo de una vez?... me habeis quitado tal vez la salvación eterna... porque sólo quiero sangre.... venganza.... sí... sangre quiero.... aunque después expire.....

Y Enrique giraba por la estancia, como el lobo que ha olfateado su presa,

Renunciamos el pintar la fisonomía cadavérica y espantosa de aquellos hombres, ambos ardiendo en cólera.

Hubo un momento de silencio.

Al fin lo interrumpió D. Juan.—Oídme, Enrique, dijo juntando sus manos; dadme un poco de tiempo para arreglar mis intereses.... renuncio á.... mi.... Isabel... y después nos.... batiremos....

—¿Y quereis que yo me bata con vos?.... No, D. Juan; habeis de morir á mi puñal; pero habeis de morir lentamente, ¿lo entenreis? Sí, lentamente, porque lentamente me habeis asesinado. No acabásteis de un solo golpe con mi felicidad, sino poco á poco; no afligísteis de una sola vez mi corazón, sino gota á gota fuísteis derramando en él la amargura. Oh! D. Juan.... oíd.... No tenía en el mundo más que dos objetos que me hacían soportar la vida... mi madre.... mi virtuosa madre... y esa mujer.... Isabel.... Me la habeis arrebatado.... ¿qué me resta? ¡Ah! mi misma madre me echará en cara mi debilidad.... Ella que.... amaba tanto á Isabel... que me la deseaba por esposa..... ¿qué diría ahora?... y mis amigos.... No, no, esto es horrible; morireis; pero, lo repito, lentamente.... Me gozaré en vuestros tormentos... veré complacido vuestra pausada agonía.... y vuestros ayes me causarán las mismas sensaciones que una melodiosa orquesta. Preparaos.... quiero

vuestra sangre. Y al decir esto, los ojos de Enrique se nublaron; se contrajeron sus facciones, y se precipitó sobre su rival. Este paró el golpe como pudo; después, con la velocidad del tigre que se avalanza sobre su víctima, se arrojó sobre Enrique, y comenzó una lucha fuerte y horrible. Ninguno hablaba; sólo se oía la respiración de ambos y así luchando, duraron algún tiempo. Sin embargo, Enrique hizo un movimiento violento, safó el brazo armado, vibró el puñal en lo alto, y lo clavó en el pecho de su víctima. D. Juan dió dos pasos atrás, y cayó en un lago de sangre.

VII

EL ENCUENTRO

Era la hora del crepúsculo. Los últimos rayos del sol, reflejándose sobre el extenso cementerio de Santa Paula, despedían esa luz melancólica y apacible, que llena de un encanto misterioso, se hace amar del corazón del triste. Diferentes eran los objetos que en aquel lugar recordaban el pensamiento de la muerte; diversos órdenes de sepulcros con variedad de lápidas é inscripciones, último testimonio del amor, de la amistad, y aun á veces también de la vanidad, se extendían en los prolongados corredores de aquel sitio. En una de las puertas

estaba escrito este verso de Job: "Llama, si hay quien te responda." Seguían después más sepulcros, y en uno se leía:

AQUI YACE

EL CUERPO DE DON JUAN***

MURIÓ Á LOS 38 AÑOS DE EDAD.

R. I. P.

Reinaba un profundo silencio: todo estaba solitario, y sólo se veía en una de las estancias un bulto negro.... era Isabel arrodillada ante un sepulcro.... Suena el toque de las oraciones, é Isabel se levanta para retirarse. Caminaba melancólica y abatida, cuando de repente mira delante de sí un hombre que la detiene. Al verlo, lanza un grito de espanto, y dice:

—Retiraos, Enrique.... me horrorizáis.

—¿Os horrorizo? preguntó Enrique.

—¿Y osais preguntármelo, después de haber derramado la sangre inocente de mi esposo?

—¡Oh! Isabel, no aviveis en mi corazón una herida que jamás se cicatrizará....

—También.... yo padezco por vuestra causa....

—Mirad en ello, señora, el castigo de un delito.... la mano del cielo.

—Y vos al hallaros manchado de sangre, ¿no veis esa mano del cielo amenazando vuestra cabeza?

—¿Y quién si no vos ha sido la causa de esa sangre derramada? ¡Oh! no lo dudeis, Isabel: estos remordimientos os seguirán todo el dia, y en la noche se sentarán á vuestra cabecera como negros fantasmas.... Continuamente oireis una voz, que os dirá: "Mujer sin fe, tú pudiste hacer la felicidad de un corazón recto y puro, inclinado á la virtud, y has sido la causa de que se abandone al crimen; tú despedazaste ese corazón, y tal vez por tí va á arder para siempre.... en el infierno."

Mientras Enrique hablaba, se iba demudando completamente el semblante de Isabel, que abatida, y no pudiendo sufrir ya tantas emociones, apenas podía sostenerse: su angustioso llanto no la dejaba articular una sola palabra, hasta que al fin con voz trémula exclamó:

—¡Oh! Enrique; por piedad, no me recordeis mi falta.... no me hableis más de esa sangre... de esa muerte... de esos remordimientos, que me seguirán cual fantasmas invisibles.... Oíd: Dios me ha oído ....le pedí ser su esposa.... y mañana.... sí, mañana mismo diré un eterno adiós al mundo.... Pero escuchad, Enrique; os he hecho infeliz; mas os pido perdón; miradme.

Isabel había caído de rodillas.

—Levantaos, exclamó Enrique llorando y sin saber lo que hacía; levantaos, Isabel.... ¡Oh! ¡Dios mío!

—No me levantaré hasta que oigáis dos cosas.

—Decidlas, Isabel, decidlas; pero levantaos.

—La primera.... que me perdoneis.

—¡Isabel! Isabel! ¡Por Dios!

—Sí, sí, me perdonareis, Enrique.... Y la desgraciada joven derramaba un torrente de lágrimas.

—Levantaos, levantaos, Isabel.... yo os ....perdono; está bien....

—Pues hay más, exclamó ella; prometedme que no desesperareis de vuestra salvación.... que lavareis vuestro crimen.

En este momento las campanas de la capilla doblaban por un muerto, y el eco fúnebre se extendía por aquel vasto y silencioso lugar.

La luz del crepúsculo ya había casi desaparecido; el viento agitaba las copas de los árboles, y de cuando en cuando la rápida luz de un relámpago, iluminando el pavoroso campo-santo, dejaba ver las doradas inscripciones de los sepulcros.

—¡Oh! Isabel! exclamó Enrique. ¡Oh Isabel! Me aconsejais que lave mi crimen.... que procure mi salvación... ¡Qué delirio!... ¡Cuán desgraciado soy!

El joven oculta su rostro entre las manos y queda confuso. Una ráfaga de viento azotó entonces con más fuerza las copas de los árboles, y extendió más el sonido fúnebre de las campanas.

A la luz de un relámpago ve Enrique salir de entre las sepulturas un bulto extraño. Se le erizan los cabellos; gruesas gotas de sudor inundan su rostro pálido y desfigurado, y exclama:

—¡Oh! piedad! piedad!.... Se levanta.... para castigarme.... mi víctima... mirad.... ¡Oh Dios mío!....Isabel... ¡cuán desgraciado soy!.... huye.... ya se acerca... mira su sombra.... ¡Dios, defiéndeme!.... huye, Isabel.... soy criminal....

Isabel, fuera de sí, estaba como petrificada.

El bulto que Enrique vió salir de entre los sepulcros, era uno de los enterradores, que acercándose á los infelices jóvenes, les avisó que siendo muy tarde, debian retirarse.

Algunos momentos después ambos habían salido.

VIII

EXPIACIÓN

Pasado algún tiempo después de la escena del cementerio; en una de esas noches oscuras y silenciosas, en que sólo se distingue la débil luz de las estrellas, se oía á lo lejos el pausado sonido de una campana: era el toque de maitines que en un retirado convento llamaba á los siervos de Dios á la oración.

Por un angosto y dilatado tránsito, casi enteramente oscuro, pues sólo recibía la luz de una lámpara moribunda, se dirigía con paso grave al coro un religioso; llevaba la vista baja, calada la capucha y los brazos cruzados sobre el pecho: en todo su aspecto se echaba de ver al austero penitente del claustro.

Al despuntar la aurora del siguiente día, alumbrando con su apacible luz las elevadas cúpulas de los templos, una joven, vestida con el hábito de las esposas del Señor, oraba en el coro de un monasterio, postrada con modestia y humildad ante la imagen del Redentor crucificado....

Enrique é Isabel, expiando sus extravíos en el retiro de los claustros, encontraban un alivio á sus penas....

En medio del infortunio, no hay bálsamo más dulce para el mísero mortal que padece, como los consuelos de la religión.

JULIO Y ADELA.

Era una hermosa mañana de Abril: el cielo estaba limpio y despejado; gorjeaban las aves en los bosques, y se percibía el suave aroma del aura, que se embalsamaba al pasar por las florestas.

En una pieza contigua á un hermoso jardín, se hallaban jugando dos tiernos y graciosos niños. Era el uno una bella jovencita de agradable fisonomía, ojos azules y espresivos, boca pequeña y rubios cabellos; su traje era sencillo, pero de gusto. Esta niña se llamaba Adela; su hermano Julio, que era el otro niño, tenía casi las mismas facciones, con la diferencia de que su aire era más vivo y más picaresco que el de Adela.

La pieza estaba algo obscurecida por varias yerbas, que enredándose en las verjas de la ventana, formaban un verde cortinaje. En un lado de aquella especie de cenador estaba la puerta que conducía al jardín.

—¿No te dije, Julio, exclamó Adela; no te dije que todavía estaba cerrada la puerta? Seguramente no se ha levantado Doña Rita.

—¡Hum! contestó Julio; la tía Rita está volviéndose del otro lado; con razón, es tan ....vieja.

—Vamos, Julio, papá nos ha mandado que respetemos á Doña Rita.

—Pero ¿sabes por qué? Porque.... oye, Adela... y Julio, bajando la voz y ahuecando sus manos, dijo:—Porque papá.... también es señor grande.... como la tía Rita. Y soltando después una carcajada inocente, empezó á saltar por el cuarto.

—Calla, Julio, repuso gravedosa Adela; no sabes lo que hablas, eres un muchacho travieso no más.

—Como que si vieras la travesura que le he hecho á la tía Rita....

—¿Qué has hecho, Julio?

—Nada.... le cogí sus anteojos, y se los llené de tinta; de modo que ahora ha de ver negro hasta el jardín.

—¡Julio! ¡Por Dios! dijo asustada la niña.

—Pues hay más: sobre su silla he puesto un zapote prieto; ella no ve dónde se sienta,

y quiera que no, lo aplasta y.... já, já, já.... andará de parche... y sobre el túnico blanco....

—Pues mira, Julio; Dios te ha de castigar. Y además, entonces ya no te quiere esa señorita que viene á vernos.

—Sí me ha de querer, porque no le he entintado sus anteojos, ni le he puesto zapato prieto; y además, le voy á hacer un ramillete de flores, y le voy á dar mariposítas amarillas, para que las ponga en su florero.

—Yo también, gritó Adela, olvidándose de reprender las travesuras de su hermano; yo también voy á coger flores, sí, y muy bonitas. ¿A qué horas vendrá la señora Rita?

—Ya viene, ya viene, ¡qué gusto! dijo Julio saltando por el cuarto.

Adela corrió á encontrarla, y Julio se puso á cantar este verso:

Una vieja muy revieja
Se miraba en un espejo,
Y colérica decía:
Mal haya el vidrio tan viejo.

Después con voz muy cariñosa le dijo á su aya:

—Buenos días, señora; ¿qué dice la tos?

—Ya verás conmigo, diablito, contestó la tía Rita asomando á sus labios una risa afable. ¿Qué quieren tan temprano los dos angelitos?

—Ir al jardín, respondieron ambos.

—Mira, Adelita; á tí, porque eres tan humilde y buena muchacha, te ha mandado esa señora que los viene á ver, esta perrita.

Y descubrió una perrilla muy fina de la raza de Chihuahua. Adela la tomó en sus manos, la besó muchas veces, se la pegaba al pecho, y la llenaba de caricias.

Julio, un tanto envidioso, dijo á la señora poniéndose muy tieso: y á mí ¿qué me mandó esa señora?

—Nada, nada.

—Bien, contestó, ni yo le daré mariposas ni flores, hasta que no me envíe un perro galgo.

—Vayan, hijos míos, dijo la anciana abriendo la puerta; vayan á divertirse, pero sin correr mucho. Y tú, Julio, cuidado con destrozar las plantas.

Julio, enderezándose hacia su aya, le dijo:—Cuidado con la tos, querida señora.

Los dos niños salieron al jardín: Adela se sentó en una silla que había quedado olvidada junto á un árbol el día anterior, y Julio, apoyando su brazo en el hombro de su hermana, empezó á invitarla para que lo acompañase al extremo opuesto á coger mariposas.

II

Apenas habían comenzado á correr aquellas graciosas criaturas, cuando se presentó una joven bastante hermosa, aunque su semblante estaba desfigurado y recientes lágrimas acababan de inundar sus rosadas mejillas. Su cuerpo era alto y bien formado, y su andar firme y majestuoso. Su vestido era sencillo, pero decente y de buen gusto. Cuando entró esta joven (que era la que iba á visitar á los niños y que había regalado á Adela la perrilla) se puso en pie la buena anciana Doña Rita, cuyo venerable rostro y cuerpo agobiado por los años, ofrecían un contraste singular con la hermosura y gallardía de la joven.

Pasados los saludos, y habiendo tomado asiento, dijo la recién venida con voz débil:

—Señora ¿cómo están los niños?

—Muy buenos, señora, repuso la aya; y después que la tos le dió lugar de continuar, añadió: Adela está muy contenta con vuestro regalo, y el travieso de Julio está esperando que le mandeis un galgo.

—¡Pobres niños!.... Decidme, señora, ¿podré darles un abrazo?... Porque (agregó con voz cortada por el llanto) estoy.... de marcha.

—¡De marcha! ¡Santo Dios! ¿Cómo es eso?

—Señora, ya sabeis que vuestro amo Fernando es mi esposo... y padre de estas criaturitas; pero hemos tenido la dura necesidad de estar separados casi siempre, porque mi padre aún ignora nuestro enlace. Ya se ve, ¿cómo queríais que se lo comunicara, si cuando se ausentó hace ocho años por causa de la guerra, me dijo: "Hija querida, á mi vuelta te enlazarás con un amigo mio, que hará tu felicidad. No dispongas de tu mano, y si tal hicieses en favor de otro... ¡tiembla!" Y mi padre se ausentó. Yo, á pesar de su orden y de su terrible amenaza, me enlacé con Fernando... dí á luz á estos preciosos é inocentes niños... que teniendo madre no la conocen, porque estoy obligada á prodigarles caricias; pero caricias de amiga, no de madre. Hay más, mi buena señora: Fernando se ha ido á la guerra, y ayer he recibido carta suya, en la que me dice que está herido á consecuencia de un desafío que tuvo con.... un hombre odioso...

—¿Quién es ese hombre, señorita?

—¡Oh señora! no quisiera nombrarlo.

—No os insto.

—Su solo nombre hace temblar.

—¿Cómo?

—Al oírlo, enmudecen todos de temor y de cólera.

—¿Quién podrá ser, señorita?

—Ese hombre.... es....***

—¡Callad, señorita! Terrible es eso...

—Ya veis.... un duelo...

—Pero ¿qué motivo lo ocasionó?

—¡Oh, señora!.... Una venganza.

—¿Una venganza?

—Sí señora. Ese hombre era el esposo prometido por mi padre.... yo lo renuncié, después....lo desprecié....y hoy, sabiendo que Fernando es mi esposo, ha provocado un desafío, y lo ha herido....Pero además ha prometido vengarse en los inocentes niños....Cuidadlos mucho, mi buena señora, mientras yo vuelo á socorrer á mi esposo....

En este momento se oyeron en el jardín unos gritos que lanzaban los niños. Abrió la puerta la aya, y se precipitaron en sus brazos los inocentes, gritando:

—Unos hombres....por la tapia....se brincaron....y nos querían coger....

Poco á poco se fueron serenando, y con las caricias de su tierna madre, olvidaron el susto. El travieso Julio, volviendo á su humor acostumbrado, decía:

—¡Ay señora! corrí tanto, tanto, que hasta la tos me cogió....como á Doña Rita....¡qué tos! ¡qué tos!

.. ..

A poco rato, haciéndose un violento esfuerzo, y con sacrificio verdaderamente maternal, en medio de un llanto amargo y doloroso, se separó aquella madre de sus tiernos hijos.

III

Diez días habían pasado de este suceso. La buena anciana Doña Rita estaba en un aposento haciendo su labor de costura, cuando de repente se quitó los anteojos, y lanzando un suspiro, dijo:

—¿Quién lo había de creer? ¡Infames, con Dios lo verán!

Pasó un rato, y luego continuó:—¿Cómo tendré fuerzas para dar esta noticia? No, mejor será una carta.

Repentinamente la puerta se abrió, y presentóse la madre de los niños vestida de luto. Al ver á Doña Rita, se soltó llorando....y haciendo un esfuerzo dijo:

—Ya sabeis, señora, mi mal; estoy viuda.

—¡Dios mío!

—Sólo quedan mis hijos....

—Conformaos, señorita....pero....

—¿Qué sucede con ellos?

—No tengo fuerzas para decíroslo.

—Decídmelo por Dios, gritó la madre.

—Oid, señora....

—Pronto....pronto....hablad.

—Hace cuatro días....bajaron al jardín....y allí....

—¡Oh! decidlo pronto.

—Al cabo de dos horas bajé á buscarlos, y....¡gran Dios!....

—¿Y qué sucedió?....

—¡Estaban ahorcados!....

Difícil sería referir lo que pasó en el corazón de la desdichada joven en aquel instante: hay impresiones que sólo son para sentirse, y únicamente á una madre le es dado comprender la pérdida de los inocentes frutos de su amor.

Rosalía, que tal era el nombre de la esposa de Fernando, cayó en el acto desmayada.

IV

Algunos días habían pasado después de aquella triste escena. Rosalía, que quedó viviendo con la aya de los niños en la misma casa del jardín, lloraba continuamente sin consuelo, y sus sufrimientos y su inquietud eran más crueles, porque no había vuelto á tener noticia de Fernando.

En una noche oscura y tempestuosa se hallaba la infeliz en su habitación, entregada á los más tristes recuerdos, y de cuando en cuando se llenaba de pavor al oir el furibundo estallido de los rayos, cuya luz, al entrar por la ventana, corría con rapidez por la pieza en forma de una culebra de fuego. Repentinamente oye el ruido de un carruaje, que se detiene á la puerta de la casa: acude presurosa para ver quién llega en aquella hora, y apenas se dirige hacia fuera, cuando se presenta ante su vista en un corredor, Fernando acompañado de los dos niños.

En vano sería pretender pintar aquel súbito encuentro, el mutuo llanto y los continuos abrazos de aquellos esposos y aquellos hijos inocentes, en el instante de hallarse unidos después de haber perdido la esperanza de volverse á ver alguna vez. A poco se dirigieron todos al aposento de Rosalía.

Doña Rita estuvo también en la escena, y aunque se mostró sorprendida y muy contenta, se advertía, sin embargo, en ella una extraña inquietud y cierto aire de desconfianza, que apenas podía disimular.

V

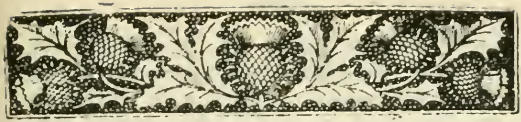
Es bien sabido que los desengaños en asuntos de amor suelen herir el amor propio de algunas personas, de tal manera, que las impelen á tomar de su ofensa una horrible venganza.

Tal sucedió al amante desdeñado por Rosalía, el que no satisfecho con haberse batido con Fernando, se propuso también vengarse de aquella. Al efecto hizo robar á los niños del jardín, y sedujo á Doña Rita para que hiciese creer á la madre que habían sido ahorcados; mas al ser conducidos por sus raptores al poder de*** los encontró en un camino Fernando, el que ya sano de sus heridas, y temeroso de al-

gún desastre en su familia, iba en busca de ella con inquietud. A fuerza de oro y de promesas logró que los bandidos le entregasen á sus hijos, y partió con ellos en busca de Rosalía.

A la mañana siguiente de aquella borrascosa noche en que llegaron, Julio y Adela corrían gozosos como antes, buscando mariposas en el jardín.

EUFEMIO ROMERO.



Los Ojos y el Corazón.

I

A lo largo de la afamada calle de Plateros, en la bullanguera y festiva México, rodaba suave y tan blandamente cuanto lo permitía el hoyoso empedrado, un bonito coche que á legua se conocía no ser propio, no ya por el testimonio del número reglamentario, pues no le tenía, ni por la traza del cochero, que no llevaba la azul librea generalmente usada por los de sitio, sino en resumidas cuentas, por la condición deplorable de las mulitas y el estado vetusto de las guarniciones, indicios, irrefragables de la calidad del carruaje, y suficientes para explicar el por qué del suave, por no decir á las claras lento rodar del vehículo.

Pasó éste las calles de San Francisco, del Puente del mismo nombre, entróse en la Alameda misma, y paró allí, obediente seguramente á una de las instrucciones de antemano dadas, junto á la vereda que conduce á la fuente del centro, la fuente mayor en medio de la cual, arriba de un pedestal soberbio para la vista de los humildes, se ostenta la Libertad, orgullosa de haber suplantado á las mil y quinientas al León de las Castillas.

No se abrió inmediatamente la portezuela del coche, como era de esperar y como sucede todas las veces que algo muy notable no lo impide. Este descuido, esta extraña desatención del cochero, no provocó el pataleo á que en tales casos se recurre para recordar al cochero su deber. Y á fe que hubiera sido trabajo en balde, porque el cochero, no bien hubo parado el carruaje, brincó en tierra y fuese corriendo hacia un sujeto que muy arrebozado con su capa se mantenía en ademán de aguardarle, al lado de los asientos de la derecha que se ven á la entrada de la Alameda. Llegado el cochero á donde el desconocido se hallaba, escuchóle unas cuantas palabras, otorgó de cabeza, recibió y se embolsó unas pesetas con una mano y un papelito doblado con la otra, y veloz como un pajecillo vivaracho y despierto, volvió al coche, quitóse el sombrero y abrió con profundo respeto la portezuela.

Las personas que encajonadas iban en el coche, fuese por ignorancia de los usos de la tierra ó por la casual distracción que produjera en ellas el espectáculo de la "remesa," (1) no dieron muestras de impaciencia ó desagrado por la desatención del cochero; por el contrario, en lugar de ponerse en actitud de bajar del coche, hablaron unas cuantas palabras á aquel, el cual, subiéndose al pescante, con algo que indicaba mala gana, echó de nuevo á andar, y á poco hizo alto á la puerta principal, la que mira á oriente, del pequeño pero precioso convento de San Diego.

Dos mujeres bajaron á su debido tiempo del coche.

Era la una, la de más edad por supuesto, la madre según las trazas, una señora que parecía tener unos cuarenta años de edad y que representaba no haber sido de malas bigoteras en sus lozanos días. La otra venía á ser una señorita de cosa de catorce años de edad, peripuesta y avispada, presumida y coquetuela como todas las muchachas de su edad (perdónesenos la expresión, pero ya se nos cayó de la pluma); por lo demás, en cuanto á su cara, hubiera pasado por decididamente fea, á no ser por el realce ó más bien por el atractivo que le daban y

1) Conducion de los malhechores y gente perdida, de la carcel llamada la "Diputacion," donde se depositan, á la carcel llamada la "Acordada," donde se encarcelan definitivamente.

que borraba todos los peros de su rostro, de su cuerpo y aun quizá de su alma, si es que tenía en ella algunos; á no ser por el atractivo, decimos, de un par de ojos negros, vivos, parleros y preciosos en suma como pocos.

Ambas mujeres, madre é hija á la cuenta, metiéronse en la iglesia.

Serían sobre poco más ó menos las ocho de la mañana.

Hacía una mañana serena, agradable; una de esas mañanas de primavera en que las flores con su fragancia, las aves con sus trinos, las aguas con sus murmurios, toda la creación en fin, atestigua la existencia de Dios, le ensalza y excita al alma á amar.

Concluída la misa, ya que los fieles parecían haber desocupado todos el templo y que el puntual sacristán aguardaba repicando las llaves, á que salieran los más morosos, hiciéronlo también las mujeres de que dejamos hablado.

Cualquiera que hubiera querido hacer en la ocasión el papel de observador, habría reparado que en uno de los ángulos del atrio estaba un hombre embozado en una capa.

Este hombre, como si aquellas dos mujeres ejercieran en él los dos opuestos efectos de atracción y repulsión, apenas percibió á las mujeres, ó mejor dicho su som-

bra, abalanzóse fuera del atrio, fuera del alcance de la vista de ellas.

El cochero registró con la vista por todos lados, encogió los hombros, aupó á las damas, colocóse en su puesto y guiando las mulas, tomó por el rumbo de San Cosme, hasta el afamado Tívoli, el jardín que sirve de punto de amable reunión á más de cuatro enamorados, diputados y ministros.

Ocioso nos parece agregar que también allí se encontró á poco el embozado, el cual, á una indicación harto inocente por cierto de parte del cochero á la más moza de las mujeres, logró ser visto, pero tan sólo de ésta, al tiempo de volverse ella y su compañera al coche.

II

Carolina Guzmán, una de las mujeres más bonitas de su tiempo, quedó viuda á los veinticinco años de su edad y diez de casada, sin haber tenido jamás, de su matrimonio, hijo alguno que le viviera.

A poco de haber enviudado vióse visitar su casa á Teodoro Chambelán, mozo de buena traza, de malísimos procederes y de mucho dinero: esto duró muy poco tiempo.

No estará demás que sepa el lector que

Carolina tenía un hermano, mozo de muy desarregladas costumbres, de quien hacía muchos años que ninguna noticia tenía.

Anastasia desde sus muy tiernos años fué puesta á educar en un colegio de monjas del cual acababa de salir, á los catorce años, para acompañar á la señora su mamá á México, á donde llevaban á ésta no podemos decir qué negocios misteriosos.

Plantar en México á una muchacha criada en una recusión, viene á ser poco más ó menos lo mismo que soltar á una oveja en una lobera.

III

Anastasia, en cuanto hubo acabado el paseo matutino, se retiró á su cuarto. Al desvestirse, cayó de su seno un papelito enrollado, que ella azogadamente recogió al punto.

Desarrollóle temblándole las manos, encendido el rostro, anudada la garganta, seco el paladar.

Era un billete amatorio, billete amatorio de un hombre que no había visto más que dos veces; la una en la casa de diligencias, la víspera, y la otra por S. Cosme, aquel propio día del paseo. Sin embargo, él decía que desde que la había visto se había prendado ciegamente, loca-

mente, frenéticamente de su peregrina y sin par hermosura y de sus extraordinarias virtudes.

El caso era para reirse.

Pero Anastasia que maldito cuidado le daba que fuera exageración galante lo del ciego, loco y frenético amor, así como lo del súbito enamoramiento, echó esto á otra parte y estúvose con alma, vida y corazón á lo que más deleitaba su amor propio, á saber..... ¿pero á qué decirlo, puesto que todos comprenden lo que es?

En resumidas cuentas, no llevó á mal Anastasia que la paladearan con su hermosura, ni pensó en ver con mala cara á quien hacia llegar á sus narices el suave humillo de ese género de incienso que todos conocen con el nombre de Lisonja.

IV

Al pie, en la acera de la Universidad, tienen sus despachos los "evangelistas."

Los que conocen á México saben muy bien lo que son "evangelistas;" pero en obsequio de los que no teniendo de México sino noticias más ó menos falsas, se sorprenderían creyendo que nosotros intentamos dar á estas horas por vivos á los respetables discípulos del MAESTRO y escritores de su vida, juzgamos convenien-

te decir que los "evangelistas" son unos hombres pobres, hez de la literatura, escritores del ínfimo pueblo y para el ínfimo pueblo, redactores de epístolas amatorias, y directores, de paso, de las tramollas de este género que ocurren entre domésticos y verduleras, bodegoneras y cargadores.

Un pie derecho con un petate extendido en el extremo superior, á semejanza del famoso quitasol de Robinson, forma á la vez su casa y su techo, debajo del cual están ellos desde por la mañana hasta la noche, sentados en un banquillo y delante de una mesita en que apenas caben un tintero, una salvadera y un rollo de papel en armonía con los demás arneses; están ellos, decimos, aguardando ocupación.

Junto á un evangelista, al rededor del cual había mucha gente agrupada, á los pocos días de lo que llevamos relatado, veíase á un aguador sentado en cuclillas y con la vista clavada en el papel de cartas, de color azul, en que el evangelista estaba escribiendo, esto es, redactando lo que le dijera el aguador.

El caso es que Anastasia no sabía escribir.

Y no sabiendo la pobrecilla escribir y teniendo necesidad, necesidad tan imperiosa como la que más, relativamente hablando, de escribir y contestar á una car

ta amatoria, preciso le fué pedir auxilio á la costurera de su casa, la cual, no sabiendo tampoco escribir, se valió de su marido, aguador el más honrado de la cofradía aguadora, el que estando también á oscuras en punto á conocimientos caligráficos, hubo de recurrir á su compadre don Gumersindo Mendoza, evangelista discreto y nada adocenado, como lo probaba la crecida concurrencia de marchantes que tenía diariamente.

V

Las cosas estaban muy adelantadas y sobre todo muy empeñadas.

La correspondencia entre Anastasia y su amante había llegado á tomar una actividad extraordinaria.

Anastasia, sin embargo, tuvo una vez uno de aquellos inevitables é irreparables descuidos que despiertan la adormecida atención de las madres, poniéndoles en las manos, por medio de un papel escrito, el hilo del negocio.

La señora mamá, que había leído en letras de molde que una madre debe conducirse con su hija de manera que su hija no tenga empacho en confiarle todos sus amoríos, lo cual, había ella leído, es cosa sumamente fácil de lograr; la señora ma-

má, pues, tanteó á su hija sin provecho, y puso por obra sin provecho también todo lo que aconsejan las letras de molde y la razón propia, como más eficaz para convertir á una madre en una confidente de su hija y á una hija en una simple amiga, ¡como quien no dice nada! de su señora mamá.

No es obra fácil, á nuestro entender por lo menos, trastornar el orden de las cosas, subvertir los afectos, cambiar arbitrariamente el carácter de los sentimientos humanos.

El caso es que Anastasia no solamente calló todo á la señora su mamá, sino que luego que se presumiera que su señora mamá había trascendido lo que ella traía entre manos, se recató más y más de aquella de tal suerte y tan bien, que nada logró la mamá volver á descubrir.

Y el caso es también que de simple efecto de amor propio engreído el sentimiento de Anastasia había llegado á tomar los tamaños de una pasión en toda forma.

VI

Hacía una noche horrenda.

Espesas nubes entoldaban el cielo, corría un airecillo tan penetrante y frío, que los guardas nocturnos, acurrucados en las

puertas de los zaguanes y aborujados en sus capotes, dejaban el campo, es decir, las calles á merced de los ladrones que, dicho sea de paso, no escasean en la capital del emporio mexicano.

No eran más que las diez. La calle Zuleta estaba sola.

Pero á poco, descúbrese un bulto que deslizándose cautelosamente, á semejanza del genio del mal, se zampa en una casa cuya puerta se abre á un ligero impulso de su mano, y en la que una hora antes había entrado un hombrbe de harta mala traza.

¿Qué va á suceder?

¿Qué intenciones llevan á aquel fantasma á aquella casa?

VII

—Hable usted quedo, hable usted pronto por el amor de Dios, decía una joven á un hombre de unos cuarenta y tantos años, en cuyo rostro, por más que disimulara, se leía una infame intención.

—Sí, vida mía; no tengas miedo, no tiembles tanto....

Y diciendo así, tomóle una de las manos que sintió helada.

—¡Teodoro! exclama de repente una mujer que se presenta en la escena, con li-

vido semblante, relampagueándole los ojos y temblando de ira.

Teodoro se queda estupefacto, como herido de la mano de Dios, con fuerza apenas para pronunciar entre dientes:

—¡Carolina!

—¡Conózcame usted, ¡inf.... caballero! agrega la dama con voz convulsa, y sépase usted, ¡infame! que esta es hija de vd.

Vuelve la vista Teodoro al percibir un extraño jadeo, y ve cerca de sí á un hombre con un puñal levantado, un hombre que algunas veces viera con los atavíos de evangelista.

—¡Ese es mi hermano! dice Carolina reparando el ademán de Teodoro con la presencia del extraño, cuyo brazo contiene ella....

No creemos pecar de exageración si afirmamos que no fué el pavor de Teodoro menos grande que el que se apoderó del rey Baltasar á la vista de la fatal sentencia escrita con letras de fuego y por mano del Señor, en los muros de su magnífico palacio....

VIII

En efecto, el evangelista era hermano de Carolina. Su mala cabeza le había llevado á mantenerse con la industria de evange-

lista. En calidad de astuto director de las tramas amorosas, había sabido imponerse en la de Anastasia por medio de las revelaciones del aguador, quien por la costurera, confidente de Anastasia, estaba al tanto de todo, y en la noche de la cita, habiéndose dado á conocer á Carolina, la había puesto al corriente de lo que pasaba.

Teodoro creía como tantos otros miserables, haber impunemente abusado de una infeliz viuda; pero plugo á Dios disponer de otra manera las cosas.

A poco tiempo Carolina se desposó con Teodoro.

Anastasia pasó á vivir con una tía, de cuya casa salió al año, para casarse.

ANITA.

I

APUNTES

Era una noche de norte.

Obscuro estaba el cielo, sin iluminarle siquiera la luz de intermitentes relámpagos; copiosa lluvia, no de agua, sí de menudos pedriscos y gruesa arena azotaba con furia las paredes de los edificios, produciendo en las vidrieras de los balcones y de las iglesias un sonido semejante al rechino de dientes y un agudo silbido, al herir los ángulos de las calles, las cruces de las torres y los cables de las embarcaciones surtas en la bahía. A esta extraña sinfonía uníase el crugido de los goznes de

todas las puertas de la ciudad, crugido semejante á un gemido ligero y doliente, y el mugido del embravecido mar. Y todo, así el golpeo constante de las piedras y la arena como el retintín de las vidrieras, así el silbo como los crugidos y los rugidos; todo, decimos, se percibía distintamente, de la manera que se perciben los instrumentos diversos de una inmensa pero bien ordenada orquesta.

Si con ruido tan descomunal hubiera sido posible oír otro menos estrepitoso que el del trueno, habría quizá herido algún oido atento á pesar de la borrascosa, el sordo rumor de unos remos.

Serena en medio de la tormenta, Veracruz parecía un gigantesco fantasma visto á través de un mágico velo, arropado con un transparente sudario negro.

En una calle cuyo nombre no recordamos, de una casa situada en el centro de la acera, frente á frente de un café conocido con el nombre de "café de la Paloma," se abrió un balcón. El reloj del palacio municipal dió una hora.

—¡Ave María Purísima! cantaron los serenos; ¡las once y nublado!

Al balcón de la casa de que hablamos, abierta que fué una de las hojas de la puerta, asomóse un bulto. Colgó la cabeza, apoyándola sobre el brazo y mantúvose largo rato así, como embebecido en una profunda divagación.

¿Qué hacía por aquellas horas allí aquella persona, aquella mujer, diremos, pues bien daba su traje á conocer su sexo; qué hacía, decimos, aquella mujer en aquel sitio; á aquellas horas, con el tiempo que hacía, sin asustarse de la obscuridad, sin amedrentarse de la soledad de la calle, sin incomodarla el impetuoso viento?

Tristes y pesados pensamientos cruzaban su mente, á la manera de esos espesos celajes que atraviesan el firmamento poco á poco, impelidos de un aire que no se siente en la tierra.

Entre tanto, un embozado, viniendo por la recova, pasó á la acera opuesta, y ya que hubo llegado frente á frente del consabido balcón, dió una estrepitosa tosidura y se paró.

La mujer del balcón levantó la cabeza é hizo un movimiento, indeliberado al parecer, como para retirarse; pero no se retiró sin embargo: por el contrario, quedóse mirando de hito en hito al embozado.

Este, una vez persuadido de que le habían reparado, echó á andar, cruzó la calle é hizo alto al pie del balcón.

Allí plantado, cuando por la cuenta iba á trabar conversación con la mujer que arriba estaba, oyóse un tiro, prorrumpieron los serenos pitando, y á poco vino un bulto á caer á los pies del embozado.

—¡Jesús! clamó la mujer del balcón,

escapándosele con el susto un pañuelo blanco que en la mano tenía. Y desapareció.

El embozado se fué de allí á todo escape.

Y á poco unos serenos llegaron y cargaron con el bulto.

Y después la calle quedó tan desierta y silenciosa como antes, más desierta y silenciosa todavía.

II

EL PAÑUELO

El día de la noche de que acabamos de hablar, ya pardeando la tarde, la campana del muelle tocó vela, y el telégrafo de San Juan de Ulúa señaló á poco rato una fragata angloamericana mercante, la cual, en alas del norte que comenzaba á picar, no tardó en echar anclas en el puerto.

Más tarde, á cosa de las once de la noche, desatracando un bote del costado de la fragata, bogó, no hacia el muelle sino hacia uno de los recodos de la playa, en donde dos hombres del bote desembarcaron una cajita. Estos dos hombres pasaron á duras penas la carga por encima de la muralla, salvándola también ellos; pero avistados por el centinela del baluarte de Concepción, disparóseles un tiro trás tres "¿quién vive?" que no fueron oídos. El tiro alcanzó á uno de los dos hombres que de-

sembarcaban de una manera tan poco regular y el hombre herido fué á caer al pie de un balcón, á un paso de un embozado. Habiendo acudido al ruido los serenos, vendáronle la herida con un pañuelo que sobre él se halló y por pronta providencia, interin condujéronle al hospital San Carlos.

Al otro día se habló mucho en Veracruz de un buen contrabando aprehendido.

El herido no lo había sido mortalmente. Antes de hacérsele la primera curación, había recobrado sus sentidos, con harta pesadumbre para el practicante mayor Leiva y sus colegas, que hubieran deseado no tener el trabajo de desvendar, reconocer, aplicar suturas y volver á vendar.

En la mañana siguiente al suceso, presentóse el juez competente en el hospital, é interrogado el herido por medio del escribano, dijo llamarse Pedro Ponz, ser natural de la Habana, casado, de treinta y siete años de edad, católico, apostólico romano; pero sin embargo de su dicho, su acento acusaba un legítimo hijo de Castilla, es decir, un individuo de una casta proscripta, por lo que el juez asomó una maliciosa sonrisa á los labios acompañada de un meneo de cabeza muy significativo al oírle afirmar que era natural de la "siempre fiel" isla de Cuba.

Y cierto que sobraba con esta circunstancia, la del origen del preso, para que fuese juzgado con toda la imparcialidad del odio.

Interrogado acerca del contrabando y del salto de la muralla, delitos ambos graves, pero menores en concepto del juez que el del origen, negó todo.

Interrogado acerca de un pañuelo con que se le había vendado la herida y que encontraron sobre su cuerpo los serenos cuando lo levantaron de la calle N, debajo del balcón de la casa de Don Fernando Altamirano, no supo qué responder; mas se le pusieron á la vista, arrebatóle con afán y guardósele diciendo que sí era suyo.

El juez no reparó en el ademán del reo, ni tampoco lo advirtió el escribano: tan preocupados estaban con la persuación del delito de origen, que ya no hacían caso de si el herido podía tener sobre sí otro.

Ello es cierto que el pañuelo, que era blanco y de cambray, tenía una cifra: en una de sus esquinas se leía, formado con seda negra, A. Z.

La suerte que aguardaba al reo no era difícil de prever; pues la pena de todo español que llegaba á la república mexicana, era el inmediato reembarco, si no tenía documentos comprobantes de un fingido origen y sobre todo, oro. El sujeto de que ha-

blamos no parecía tener ni lo uno ni lo otro. Pero la esperanza, ídolo de tontos y discretos, nunca se pierde, ni en las más apretadas coyunturas.

III

EL Y ELLA

A la noche siguiente de aquella de que tenemos hablado en el capítulo I, volvemos á encontrar á la misma mujer en el propio balcón de la misma calle, á cosa de las diez y media.

Poco llevaba ella de estar allí, cuando se vió caer á sus pies un envoltorio pequeño. Asustóse aquella, pero sojuzgada por el diablo de la curiosidad, tan poderoso en el sexo femenino, después de buscar en vano con la vista quién había tirado aquello, alzólo, y al tiempo que trataba de desatarlo para ver lo que contenía, el ruido de una tos conocida la hizo guardárselo precipitada pero disimuladamente en el seno, depósito tan sagrado como seguro de las hijas de Adán y Eva.

En efecto, el sujeto de la noche anterior estaba allí, plantado frente á frente de ella.

—¿Me oye usted, Anita? preguntó con acento inequívocamente español el desconocido.

—Oigo á usted, Hierro, contestó la mujer con la naturalidad y el sonoro acento de las agraciadas y garbosas hijas de Veracruz.

—¿Qué determina usted por fin?

—¿Qué fué lo de anoche, dígame vd? dijo Anita tratando quizá de descartarse con la curiosidad, de la pregunta.

—Yo no sé... una muerte... creo que algo de contrabando....

—Pues qué, ¿no vió usted?....

—¡Yo no! Al punto me retiré por no verme luego en declaraciones como testigo.

—¿Entonces usted no recogió el pañuelo que se me voló.... con un anillo amarrado en una esquina? ¿no lo vió usted, no lo vió usted caer?

—¿Se le voló á usted un pañuelo?

—¿No lo vió usted?

—No ví nada: como luego luego me fuí.....

—¿De veras no lo alzó usted?

—De veras, ni le ví. Pero deje vd. eso á un lado....

—¿El qué?

—Acabe usted de determinarse, vida mía. Se va el tiempo, y quién sabe....

—Han salido, no estoy más que con la vieja que está rezando.

—Ya podía usted bajar, ahora es ocasión....

—¡Ay, no! exclamó con denudada voz Anita.

—¡Oh, sí, cielo mío!

—Deben no tardar ya, replicó la dama tartaleando.

—Por lo mismo, tornó con instancia el galán.

Anita no replicó. Clavó la cabeza entre sus manos, en ademán de entrar en cuentas consigo.

—¡Mañana! dijo después con sofocada voz al hombre que continuaba estrechándola con amantes ruegos.

—¡Mañana! repuso Hierro que habiendo notado la perturbación de su amante tomaba á pechos aprovechar la ocasión. ¿Y si no hay ocasión mañana? Echate con toda confianza en mis brazos ahora, dueño mío; mi palabra te quita todo escrúpulo. Ahí, ya ves, no estás bien; á mi lado, yo que te adoro....

Sintió Anita subírsele quién sabe qué á la cabeza, zumbáronle los oídos, helósele la lengua....

A punto de tomar una determinación, tal vez una de esas determinaciones que sugiere el despecho y el amor apaña, determinaciones, ¡ay! que casi siempre se lloran toda la vida sin poder nunca el eterno llanto ni el agudo arrepentimiento borrar sus mil horrendas consecuencias; á punto, pues, de tomar una determinación quizá loca, vió desparecerse al galán.

Era que la familia venía desembocando por la calle.

IV

DOS NOVIOS PARA LA NIÑA

Tenía Anita unos diecisiete á dieciocho años.

Era más agraciada que bella, más bien trigueña que blanca; largas trenzas de un pelo negro como el más hermoso azabache y con visos como el más rico terciopelo; labios no delgados ni tampoco gruesos, pero sí sumamente encarnados; ojos negros como las alas del cuervo, vivos como un relámpago.... Anita era en suma el tipo más perfecto de las deliciosas hijas de Veracruz.

No era la joven de la familia de don Fernando Altamirano, mexicano hasta la médula de los huesos, hombre de unos veinticinco años, de un carácter tenaz y rencoroso, á cuya casa había venido á dar la joven, huérfana y desvalida, por disposición de la autoridad, con el carácter de depositada.

Don Fernando Altamirano, contratista del Hospital San Carlos, era sujeto de proporciones. Tenía á su cuidado una madre avanzada en edad, pero de mucho espíritu, muy rígida en punto á honradez, y tan acérrima enemiga del nombre español como su hijo; en suma, completaban la fami-

lia dos mujeres, hijas de la señora y hermanas de don Fernando.

Don Gumersindo Hierro, sujeto á quien conocía Anita y que en los primeros dias de la entrada de ella en la casa tuvo licencia de visitarla, para darle noticias de su padre proscripto, fué en breve despedido.

Don Fernndo, el día menos pensado viniendo á reflexionar quizá que el anatema de origen no podía humanamente alcanzar á una muchacha bonita y nacida en suelo mexicano, tomó un día á pechos ganarse su voluntad.

Pero don Gumersindo habiendo una ocasión parado bien la atención en Anita, advirtió que no era mal carada la chica; y como una idea trae por lo regular otra, ocurrióle oportunamente que con llegar á tener un empeño con ella se le proporcionaba saldar cierta cuenta de honor, conciencia y provecho que tiempo hacía tenía pendiente: aplicóse, pues, á cocar á la joven.

Anita, cansada de vivir entre personas extrañas, deseaba con ansia casarse; pero resentida del mal trato que había recibido en casa de don Fernando, aun por parte de éste, en los primeros meses de hallarse en ella, y tomando en cuenta el riesgo que corría con la proximidad del mismo don Fernando, tornó las espaldas á éste.

A la hora que don Gumersindo saltó á la palestra, Anita le admitió.

Hierro, como otro cualquiera en su lugar, no dejó de atribuir este resultado á su propio mérito personal; un hombre muy modesto le habría achacado á coquetería de ella.

Sin embargo, ninguna de las dos suposiciones era acertada. Anita, ya lo dijimos, ansiaba por verse libre, primero del triste pupilaje en que vivía y segundo de las molestias y los riesgos del amor de don Fernando. Por esto le había la joven admitido, no sabiendo por otra parte de él sino que había conocido á su padre de ella y que á su madre le había pasado una reducida mesada mientras vivió: ¿acaso todos los padres de familia tienen la eficacia de imponer á sus hijos en sus negocios?

Entre tanto don Gumersindo no se presentaba á pedirla en casamiento, porque no era bien á bien casarse con ella su legítimo intento, por más que aseguraba que sí.

Por último, lo que hay de cierto es que Hierro se pasaba muy buena vida, estaba muy bien relacionado en Veracruz y se encontraba á punto de saldar su cuenta pendiente y ver así su postrera esperanza coronada del éxito más completo.

V

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Trastornada la cabeza y latiéndole con extraordinaria violencia las sienes y el corazón, por la crisis en que se había encontrado, Anita se retiró aquella noche á su cuarto más temprano que de costumbre, y pasó una hora torneando en su situación.

Al ir á acostarse, sin advertir cerrar la persiana del balcón, requisito poco usado en Veracruz por los hombres, pero que allí y en todas partes practican las mujeres, sin advertir tampoco cerrar de firme la puerta interior de su recámara; al ir á acostarse, decimos, acordóse del envoltorio que de una manera tan extraña había recibido pocas horas antes y de que había estado hasta entonces olvidada.

Sacóle del seno, desatóle, desenvolvióle

Un pañuelo, suyo propio, y un papel esquela seguramente, era todo lo que contenía, lo que formaba el misterioso lío.

Sobre el pañuelo, no hay nada ya que decir. En cuanto al papel, imagínose Anita al punto que sería un "billet doux," como dicen los enamorados, una "esquela amatoria," como decimos nosotros los que no tenemos parte en el negocio.

Anita, sentada á la orilla de su cama

desdobló el papel y leyó en él estas palabras, escritas con malísima letra:

Anita, su padre está aquí Hospital San Carlos Zumárraga.

Frío trasudor cubrió el cuerpo de la joven, ofuscósele la vista, andúvosele la cabeza. Al leer por la tercera ó cuarta vez aquel milagroso, aquel increcible aviso que dilataba tanto el alma y que tanto sobrecogía al espíritu, percibió un ruido cerca de sí. Volvió prontamente los ojos y encontróse con los de don Fernando.

—Anita, dijo él con severo acento, ¿qué papelito es ese?

La doncella, asustada de aquella repentina aparición, no acertó á proferir una palabra: tan sólo se quedó con los ojos, con sus hermosos y locuaces ojos clavados en don Fernando.

Pero Dios que presta su poderoso auxilio á las criaturas, Dios que da inspiraciones maravillosas en los momentos de mayor conflicto, sugirió de pronto á la joven una salida eficaz.

—Esta carta, dijo, es de mi padre. A muy buen tiempo ha venido usted aquí, don Fernando: pues estaba yo pensando si usted sería hombre de valerme en este lance apurado.

Don Fernando la miró con una expresión manifiesta de incredulidad.

—¡Alguna patraña! dijo entre dientes al tomar el papel que le alargaba Anita.

Dos ó tres veces pasó la vista por él, siempre con gesto de desconfianza.

—¿Y qué? dijo al fin.

—¿Y qué? replicó la joven. Que mi padre se halla en Veracruz y usted, señor don Fernando, puede proporcionarme verle y....

—¿Y el hombre ese con quien hablaba usted "endenantes?" ¿Quién es?

—No sé de quién dice usted.

—¡Mentira! Por ese hombre me desaira usted, por ese hombre ha recibido vd. mal mi cariño, por ese hombre se burla usted de verme enamorado.

—Yo no pienso en ningún hombre.... Yo no pienso más que en mi padre y... en lo mal que me han tratado en la casa.

—¿Quién la trata á usted mal, Anita?

—Ahora no, pero.... Pero lo que me importa es ver á mi padre.

—¡Un "gachupin!".....

—¡Don Fernando, por el amor de Dios!

—¡Y en pago, los desprecios de usted!

—¡No! ¡no! ¡Mi agradecimiento eterno!

—¡Gran cosa!

Anita clavó los ojos en don Fernando como para ver si descubría en su semblante la explicación de su intento. El semblante era adusto, en los labios había una sonrisa irónica.

—¿Pues qué?.... murmujeó ella bajando la vista.

—¿No lo sabe usted? ¿no lo considera usted?

—¿Mi a-mor? preguntó la joven tartajeando.

—¡Sí!

—¡Salve usted á mi padre! exclamó Anita rompiendo en llanto.

—¿Y usted?

—¿Y usted?

—Lo salvo, Anita, y me caso con vd.

Anita, llena de entusiasmo, sin atender á lo que hacía, le alargó la mano, que don Fernando, lleno de amor, besó repetidas veces.

En esto, una tercera persona se presentó en la escena, la madre de don Fernando.

Anita y don Fernando se quedaron yertos.

—¡Bueno!... —exclamó la anciana.—¿Qué escándalo es éste? agregó con severo acento.

Don Fernando se retiró. Siguióle la señora después de lanzar á la joven una mirada furibunda.

VI

UN BUEN AMIGO

Cinco años hacía, si no nos engaña la memoria, que en la república mexicana se había expedido el decreto de expulsión de españoles.

Encomienda es de la historia juzgar á las naciones y pronunciar el fallo sobre sus hechos; á nosotros tan sólo nos cumple consignar aquí, para la inteligencia de los que no lo sepan, que la expulsión produjo lástimas sin cuento.

Don Gregorio Zumárraga, tendero acomodado de Veracruz, pero muy poco relacionado, se vió envuelto en la proscripción como el ave que á la hora menos pensada se encuentra cogida en una red de la cual, si Dios no lo remedia, tiene de pasar indefectiblemente á una jaula, donde ha de permanecer encerrada toda su vida, ó al estómago del voraz bípedo llamado "hombre."

Con todo, don Gregorio no se dejó morir. Con un poco de oro á buen tiempo y discretamente repartido, se consigue todo ó casi todo, lo mismo en la república mexicana que en la más insigne monar-

quía europea: toda la diferencia estriba en la cantidad.

Había en Veracruz un español, don Gumersindo Hierro, hombre trapacero como pocos, capaz como el mejor, de captarse la voluntad de cualquiera. Sea por desidia ó desarreglo, Hierro, mozo de unos dieciocho años y un si es no es feo, no tenía bienes ningunos, ni giro, ni nada, lo cual le apuraba muy poco, pues tenía metido en la cabeza que había de llegar á ser rico sin necesidad de trabajar.

Don Gumersindo, amigo de don Gregorio, como de todo el que podía darle provecho, se ofreció ponderando su habilidad y valimiento, á conseguir una excepción en favor de Zumárraga, á quien de contado pidió para las primeras diligencias, oro; más oro para las segundas; más y más oro para las postreras, achacando siempre lo fuerte de los desembolsos á la avaricia y mala fe de los mexicanos.

Pero el caso es que el oro de don Gregorio sirvió todo para que Hierro se consiguiese una magnífica excepción primero, para que impidiese á su amigo conseguir otro tanto y para derrochar después; y en último resultado Zumárraga no logró nada absolutamente nada.

Y el infeliz don Gregorio tuvo que hacerse ánimo de marcharse á Europa, dejando á su mujer y una hija recomendadas á la primera familia que le recomendó

Hierro, y sus bienes al cuidado de éste, que tan celoso se había mostrado por sus intereses y tan profundamente condolido de su suerte: ello sí, Zumárraga, confiado en las promesas de su amigo, partió con la persuación de que no tardaría ni un año en volver, merced á lo cual no se había determinado á llevar consigo á su familia.

He aquí de qué suerte vino don Gumersindo Hierro á ver cumplido su deseo, es decir, á quedar dueño de un caudal regular.

En cuanto á la esposa de don Gregorio, dos años después, no viendo volver á su marido, privada aun de noticias de él, murió de pesadumbre.

VII

DESENLACE

Hacía una mañana apacible y serena. Las hermosas campanillas lucían su morado pétalo; los vistosos leles hacían alarde de sus numerosos estambres purpúreos, y la nerviosa sensitiva garbeaba con sus preciosas borlas blancas y rosadas.

Dos personas, hombre y mujer, salían muy de mañana de la casa que queda frente á frente del muy conocido "café de la Paloma."

Llevando él á ella del brazo, tomaron

la calle de la Alhóndiga, pasaron por el costado de la Parroquia, luego por enfrente de esta, después por Santo Domingo, en fin, cruzando calles y más calles, llegaron al hospital San Carlos.

Ya que estuvieron á la puerta de este edificio, que no tiene por cierto nada que llame particularmente la atención, el hombre mandó llamar al señor administrador de parte de don Fernando Altamirano. Presentóse á poco un hombre, chico de cuerpo, regordete, rubio, de complexión escocesa: saludó con empacho y murmujeó por entre sus "apócrifos" dientes las palabras corrientes de una buena crianza.

—Señor don Vicente, díjole el acompañante de la dama, después de la cortesía y el apretón de manos de estilo, vengo á ver si usted me hace el favor de que veamos á un señor Zumárraga, un español que tiene usted aquí.

—Sí señor, lo que usted guste, don Fernando.

Y así diciendo, el administrador condujo á don Fernando á la pieza donde se llevaba el registro de entradas, en el cual registro, con indecible sorpresa para Altamirano y Anita no se halló ningún apellido de Zumárraga.

Sin embargo, tanto insistieron y preguntaron, que fué preciso conducirlos á la presencia de un español herido llamado Pedro Ponz, único que hubiera allí.

Don Pedro Ponz se llamaba, como tal vez lo pensaba ya el lector, don Gregorio Zumárraga.

¡Contemplese el contento de la hija y del padre al verse, al abrazarse después de cinco años de ausencia! Este contento, este júbiblo supremo, es de la media docena de cosas que nuestra pluma no sabe describir: luego, ¿hay por ventura una hija ó un padre que no sea capaz de hacerse cargo de de él, de una manera más cabal que con la descripción más natural y patética del más diestro de los escritores?

Como íbamos diciendo, la hija halló al padre, el padre encontró á la hija.

Por demás nos parece agregar que Anita impuso á don Gregorio de su compromiso y de sus esperanzas con don Fernando; pero no consideramos que también esté demas informar al lector de que don Gregorio se había mudado nombre y origen por justa precaución, que no era él en realidad contrabandista y que no tenía noticia de lo que había hecho Hierro de sus bienes. De suerte que al saber que su hija no era atendida con cantidad alguna de dinero y que apenas había recibido su mujer unas reducidas mesadas después de haber vivido sin saber su paradero advirtió don Fernando que Hierro había apropiádose de sus bienes, y que convenía sacar cuanto antes un testimonio de la escritura que él, don Gre-

gorio, había mandado extender antes de su partida.

EPÍLOGO

Don Gregorio Zumárraga, por las diligencias de don Fernando Altamirano y sus amigos, logró una excepción.

Don Gumersindo Hierro perdió los bienes que se había apropiado, y sólo á la clemencia de Anita debió no ir á presidio, por el abuso de confianza de que era reo.

Anita se desposó con don Fernando y vivió muy feliz en unión de éste y de su padre.

Jugar con dos Barajas.

I

QUIEN ES ELLA

En los días de la invasión extranjera, cuando todavía el ardimiento desplegado por nuestros generales en las reyertas intestinas daba margen á esperar algo provechoso del ejército, si no por la conciencia del deber, á lo menos por el instinto de propia conveniencia, vivía en México una familia, ni rica ni pobre, pero respetable, oriunda de Jalapa.

Componíanla un anciano, de antecedentes tal cual equívocos en la carrera de Marte; su mujer, legítima consorte, á cuya conducta indefinible se atribuía la prematura é irregular emancipación de una de las hi-

jas, y otra hija, la menor, que por acaso conservaba los atractivos de las vírgenes.

Esta, que se llamaba Concepción, había traído entre manos, desde los doce ó trece años de su edad, varias intriguillas de esas que se titulan compromisos amorosos, las cuales no habían tenido, por fortuna para ella, más consecuencias que viciarle un tanto el corazón y dar á lo que se llama sentidos una preponderancia que notoriamente pasaba los límites de lo razonable.

Pero en la época del presente relato, pocos meses hacía, los insulsos amoríos habían cedido el puesto á relaciones muy cordiales, muy serias con un joven forastero, de familia rica y decente, á quien el deseo de saber, que no se satisface por cierto en México, había traído á la hermosa capital de la segunda confederación democrática del mundo, como si dijéramos una túnica hecha con diecisiete ó dieciocho retazos de telas de diferentes dibujos, calidades y tamaños, hilvanados unos con otros.

Criado bajo el influjo de un cielo puro, á la vista y con el ejemplo de unos padres honrados y sencillos, Eduardo había cedido desde luego, sin luchar ni resistirse, sin segunda intención ó mal pensamiento, á los primeros embates disimulados, pero fuertes de una muchacha, Concepción, que al atractivo de una cara bonita, de un talle airoso reunía una rara gracia en la gesticulación.

Concepción tenía dieciseis años: había conocido á Eduardo tres ó cuatro meses antes, en una repartición de premios en que él se había ganado con justicia por casualidad, el mayor de todos, y como esto excitara las ambiciones de la parte más considerable de las niñas presentes al acto, ella juzgó conveniente á su vanidad entrar en la competencia. Ya hemos dado á entender que salió victoriosa.

Esta era la situación de las cosas al tiempo de la presente introducción.

II

POLÍTICA

A principios de 1,847, año fecundo en sucesos memorables para las repúblicas cuñadas, pero más particularmente para una de ellas, un gobernante lunático sublevó todos los intereses, todas las preocupaciones sociales contra el poder público.

Entonces fué cuando la prensa ministerial, el órgano declarado de la magistratura suprema, predicó á la faz de nacionales y extranjeros lo que hoy se titula "expropiación."

Por aquellos tiempos fué cuando el partido reinante pudiendo aprovechar la exaltación de los ánimos y dirigirla en un sentido patriótico, tan sólo supo, si no es que así lo

quiso, apurarla en mezquinas disputas. Debates sobre la conveniencia del matrimonio civil, sobre la extinción del orden sacerdotal.....

¿Los hombres perdieron acaso el juicio?.....

El lunes 10. de Marzo, día de San Albino obispo, hubo grande holgorio público en México. Sublevados, puros y no puros, todo el mundo concurría, poniendo por un rato aparte los enconos de partido, á celebrar con salvas, cohetes, repiques á vuelo y aclamaciones un acontecimiento de los más faustos: la victoria de la Angostura. ¡Ay! era la última decepción de honor y gloria que debía paladear el patriotismo!

Ese día como á las doce, cruzando por entre las festejosas balas con que los entusiasmados contendientes celebraban el triunfo de las armas nacionales, un joven salvaba sin mucha precaución los parapetos de polcos y fariistas y enderezaba sus pasos hacia la calle de la Moneda, punto central de los menoscabados dominios del gobierno.

Llegando á la esquina de la diputación antojósele al jefe del destacamento, coronel de veinticinco años, que el joven era del bando polco. En consecuencia, mandó arrestarle, toleró que le maltrataran sus desharapados mites, y aun estuvo muy tentado, como Rangel con Pedraza, de fusi-

lar á su prisionero; pero influencias poderosas de aquellas á que nadie resiste salvaron por fin al joven como á Pedraza, después de nueve horas de rigurosa incomunicación.

III

LAS DOS TORTAS

Empeñábase Concepción en una lucha comprometida y azarosa, uno de esos juegos de agilidad y destreza en que va todo un porvenir de por medio, y de cuyo resultado viene de ordinario, entre otras cosas, la rechifla de las gentes malignas sobre cualquiera de los jugadores que pierde.

Como á las diez de la noche del propio día en que nuestro Eduardo, por ir á visitar á su amada, fué tan villanamente detenido por las tropas del gobierno, un individuo del sexo masculino pasaba por la calle de la Moneda, y al divisar una mujer en el balcón de un entresuelo, sito frente á frente de la casa de amonedación, atravesó paso á paso la calle y fuése á plantar en línea perpendicular con la desconocida.

El primer movimiento, menos instintivo que calculado, de una mujer en coyunturas de semejante naturaleza, es huír el cuerpo.

El bulto apostado en el balcón desapareció, pues, como una sombra.

Mas el temerario agresor, que al parecer tenía sus puntas de ladino, se trasportó á

la opuesta acera, encaramóse sobre el pedestal de una de las dobles columnas laterales de la puerta de la Moneda, y como desde allí columbrara, recatada junto á un ángulo interior del balcón, la forma femenil que había fingido rehusar el combate, volvió apresurada, pero cautelosamente, á su primitivo puesto, en donde fijó su mansión, después de haber dado á entender, por medio de unos cuantos pasos, que había sido leal y sincera su retirada.

El centinela del baluarte septentrional del palacio federal, corrió la palabra con su destemplado, soñoliento y pulcoso "¡mueran los pol-cos!"

La forma mujeril apareció de nuevo, hizo ademán de buscar el objeto que había motivado su instantánea fuga, y al ir, tal vez á darse cuenta, quién sabe si con más desagrado que satisfacción del éxito de su pesquisa, oyó subir de la calle una voz que salía del pie del balcón, el cual distando muy pocas varas del suelo, favorecía maravillosamente la trasmisión distinta, clarísima de las palabras.

Ella hubiera querido acaso retirarse de nuevo, pero el recelo de que se le atribuyese á temor infantil, el escozor de la curiosidad, la vergüencilla de confesarse vencida, la indujeron á tomar la resolución varonil, aunque imprudente, de permanecer en el sitio, sugiriéndole de paso un concepto ventajoso de la destreza del agresor.

—Perdone usted, señorita, dijo éste con un acento meloso con sus resabios de extranjero; ¿está en casa el señor su papa de usted?

—¿Mande usted? preguntó con voz notoriamente femenina y grata al oído la "locataria" del balcón, la cual no pudo humanamente negar su atención á quien la invocaba poniendo de por medio un nombre tan respetable.

—Preguntaba, contestó el desconocido articulando muy despacio los vocablos, si se halla en casa el señor su papá de vd., señorita, porque.....porque lo busco para asuntos del servicio, de orden del señor comandante general, el señor general don Valentín Canalizo.

—No señor, papá anda fuera; fué á palacio, me parece.....pase usted.....le..... avisaré á mamá.....y.....

La interlocutora hizo el ademán de irse.

—Oiga usted, señorita, dijo precipitadamente el desconocido.

La señorita, entorpecida por esta interpelación su media vuelta comenzada, la completó en opuesto sentido, viniendo así á quedar en la postura y en el sitio de que había estado á punto de cambiar.

—¡Oh! señorita, prosiguió aquel en cuyo obsequio se había hecho la evolución que se acaba de describir; no....es importante...no se moleste usted.....solamente

que si me hace usted el favor de tomarse la molestia.....perdonándome la libertad de que le diga que la adoro á usted como á la más preciosa de las criaturas, que no puedo tolerar por más tiempo el suplicio de callarle á usted la pasión que me devora, y que sería el más feliz de los mortales si ustd se dignara corresponderme.

La persona que así hablaba, conocía seguramente, á más de algunas otras cosas, el valor del tiempo y el poder de la sorpresa, pues, profirió su retahila de amorosos conceptos con tal precipitación y presteza, que la dama del balcón no supo ni qué hacer si no escucharle, ni qué responder al pronto.

Ella hubiera querido por lo menos hacerse creer ofendida, ya que no estaba en su arbitrio sentirse agraviada con la insólita declaración que le habían espetado; pero se agolparon á su mente ideas tan multiplicadas, complejas y variadas, que no tuvo cabeza para pensar ni en volver las espaldas al peligro ni en manifestarse lastimada de la ultrajante demasía del hombre que deliso en llano se prevalía de la buena crianza para requerir de amores á una niña decente y honrada. Una cosa sí resaltaba en el fondo de la oscurecida mente de la doncella, á saber, que el novelesco lance había estimulado sobre manera su curiosidad, y que de consiguiente no le disgustaba mu-

cho ni figurar en él ni seguirle hasta donde la casualidad le llevara.

Sucede con frecuencia en casos como el presente, que la mujer calla, y el hombre, pendiente de una respuesta cualquiera, decisiva ó no, aguarda con una congoja indefinible las primeras palabras de su pretendida, palabras que se imagina más y más crueles á medida que se prolonga el fatídico silencio de la bella.

El cortejo de que hablamos, callaba pues como la joven, y no provenía su repentina mudez de que se recelase mal resultado de su atrevimiento, sino sí de que habiendo ya dicho todo lo que tenía preparado para el caso urgente en que se hallaba, encontrábase sin acopio de palabras adecuadas á la situación, á una situación que no tenía prevista.

Sin embargo, estábase él ocupando en reparar su imprevisión.

De súbito el balcón quedó despejado.

Y al ruido de una gruñidora puerta vidriera que se cerraba con estrépito, vino á mezclarse el de los pasos de un hombre que cruzaba la calle, silencioso y arrebozado en su capa, á corto trecho de la casa propietaria del consabido balcón.

El galán barbotó media docena de pacíficas maldiciones, y silbando una canción que ni está escrita ni ha sido jamás conocida de nadie fuera de él, tomó el rumbo

derecho, mientras tirando el otro sugeto por el lado opuesto, se metió en la calle del Indio Triste.

—¿Quién vive? gritó un centinela del palacio.

—¡Militar! contestó el interpelado.

IV

PRIMER TOQUE DE MARCHA

Por los tiempos de que vamos hablando había como ahora en México varias casas de hospedaje sobresalientemente incómodas casi todas y expléndidamente mal servidas la mayor parte: lenguas malignas habrá, con dolor lo presentimos, que dando á nues tros inocentes conceptos una latitud que notoriamente no tienen agregarán allá para sus adentros, que en materia de casas de hospedaje nada se ha mejorado en la capital de la confederación mexicana; pero tenga en cuenta el benévolo lector que no dice otro tanto este relato.

En uno de los cuartos ó más propiamente celdas "á la penitenciaría" de la famosa Gran Sociedad, dos mozalvetes aguardaban, el día 7 del mes y año que citados dejamos, á cosa de las diez de la mañana, que les fuera servido, cuando al dueño de la casa le viniese de ello el antojo, un almuerzo extraordinario, pedido con muchas horas

de anticipación, en obvio de los inconvenientes y perjuicios de una improvisación. culinaria.

El uno de los jóvenes, riguroso elegante, tendría unos diecinueve ó veinte años. Era más bien alto que bajo de cuerpo, de boca pequeña, labios tal cual gruesos, pero asentados, nariz aguileña, ojos verdiazules y dormidos, frente larga poco saliente: su rostro demasiado largo para un óvalo, acusaba por entre el mentis ineficaz del colorete la vida desordenada de su portador, quien por otra parte daba realce á sus gracias naturales con una cabellera de brillante color pardo, muy esmeradamente peinada á la novísima, corsé muy bien ajustado, guantes nuevecitos, casaca oscura de última moda, bota de charol perfectamente "confeccionada," pantalón blanco de esmeradísimo corte; y por complemento de tanta selección, participando de lo natural y lo figurado, enlazando primorosamente la naturaleza con el arte, descollaba ostentando sus galas un bigotito de los más chicos, capaz de competir en calidad y figura con el famoso bigote del marqués de Río Santo.

El otro mozo dejaba descubrir ciertos resabios de lo que llaman los hijos de México "payo:" tenía poco más ó menos la misma edad que su compañero. Trigueño rosado, regordete, musculoso, de boca dilatada y labios gruesos pero muy encarnados, nariz recta, ojos grandes, negros y expre-

sivos, frente ancha y prominente, llevaba en su rostro, más bien ancho que largo, la expresión pura y franca de una alma candorosa y de una vida arreglada. Por lo demás, su traje que consistía en un chaleco de raso aplomado, saco de paño pardo, corbata negra de seda, pantalón de casimir azul oscuro y botas muy limpias, revelaba lo modesto de las aspiraciones del personaje que le traía, por más que su largo cabello fino, peinado pero no rizado, pudiese inducir en el error de que hubiera más estudio que naturalidad en aquella visible negligencia.

Levantáronse ambos, obedeciendo á un simultáneo impulso de impaciencia, de la misma mesa redonda junto á la cual habían ya estado un largo trecho sentados, para dejar que maniobrase con libertad completa el criado que debiendo no tardar en presentarse, se dejó en efecto ver en el cuarto celda conduciendo los utensilios precursores del almuerzo tantas horas antes anunciado y esperado.

—¡Hombre!... exclamó el elegante comensal cuya indignación gastronómica sublevó la presencia del fámulo: ¡hombre! qué bien que lo haces!.... Llevamos un año de estar aquí hechos unos.... ¡pelícanos!.... ¡Bah, bah, bah!....

—Pues si no se ha podido despachar más antes, respondió gruñendo el doméstico al tiempo que secaba con su delantal los platos.

—Lo peor es, prosiguió aquel dirigiendo la palabra á su compañero, previa una mirada de inequívoco desprecio al sirviente, que hoy te se hará malaobra para la misa de la Profesa.

El interlocutor, al decir esto, descolgó á sus labios una significativa sonrisa, y comenzó la faena de pasar por entre sus cabellos los dientes de un primoroso peine de marfil que para el efecto sacó de la bolsa "pechera" de su casaca.

El compañero barbotó, desde la puerta del estrecho aposento, algunos vocablos ininteligibles y al percibir el sonido compasado y ligero de las peinadas de su "conlocatorio," volvió hacia él la vista. Pudo entonces juzgarse que si bien había en su rostro una expresión de tranquilidad, había sin embargo en su alma una impresión de tristeza.

—¡Y después de tanto tanto tiempo sin verla!.... añadió el elegante, agregando á la primitiva sonrisa un acento de zumbona compasión, y componiendo, á presencia del cuco espejito que sacó de la mismísima bolsa en que guardaba el peine, su ya bien puesta corbata.

—¡Bah! contestó con tono breve y aparentando indiferencia el socio. Pepito, continuó, ¿crees tú que eso me puede tanto?

—Según, Eduardo. Sólo que ya estés desengañado....

—¡Yo!.... Quién sabe... Porque en fin, no la he vuelto á ver después....

—Siete, sí, van ya siete días que pasó... En resumidas cuentas, tal vez yo me figuro lo que no sea... ó... tal vez sea más de lo que yo me figuro. ¿Qué dices tú?

—¡Qué mano que te has chasqueado! exclamó con mímica seriedad. Pepito, clavando en Eduardo la vista como quien pretendiese buscar, deletrear así un misterio, é interrumpiendo la interesante operación de acepillar su brillante casaca.

—¡No! exclamó Eduardo con el acento de la convicción.

El sirviente, concluída ya su obra preparatoria, se retiró.

Y la mínima mesa se ostentó entonces ataviada con un mantel de alemanisco, sobre el cual, distantes cuanto el espacio lo permitía unos de otros, posaban tranquilos, pero desdichadamente vacíos, cuatro platos de fina porcelana, sustentando otros cuatro también vacíos.

Y en torno de la tal venturosa mesa, aparecieron cuatro sillas de composición anfibológica, inclinadas hacia ella como en ademán de confiarle un gustoso é íntimo sentimiento de irresistible simpatía.

—Ví muy bien, prosiguió Eduardo acercándose á su amigo, un hombre que estaba parado debajo del balcón. No distinguí su cara, se me oscureció la vista, pero divisé al volver la esquina del pala-

cio, un bulto, una mujer segurísimamente, ella sin duda ninguna.... estaba en el balcón.... ¡Oh! de esto no me cabe duda.

—¡Hu! hizo Pepito continuando la acepilladura interrumpida.... Y ¿qué harán los muchachos? añadió de improviso.

—Yo quisiera persuadirme, prosiguió Eduardo sin hacer alto en la extravagante transición de su compañero, de que ella me..... de que quiere á otro. A pesar de la prueba que creo tener y que nunca he pensado en desechar, dudo todavía. ¿Creerás que mi corazón me dice que no debo creer nada malo de lo que ví?.... No sé lo que haga... La veré hoy... hoy por la última.... ¿No te parece que la vea... por despedida?

—¡Siiiii! contestó el petrimetre con una entonación de voz que terminaba en silbido, el cual silbido sirvió como introducción á una cancioncilla que silbó, "talareó" y cantó formalmente mientras peinaba su codiciable bigote, y de la cual cancioncilla reproduciremos aunque en extracto la letra:

Mazurca querida,
de mi poco amor,
mis bolsas liberta
de "puro" agarrón.

Eduardo, mientras el "lion" de Indias se daba todo entero á su accesión de filar-

monía, permanecía silencioso y pensativo.

—Luego, dijo aquel cuando hubo acabado su canto, es necesario meter el buen día en casa, y ya que los "pureños" no están ahora fastidiándonos con sus fusilazos como ayer.... A propósito, ¿no sabes el susto que llevó ayer Chuchito Flores? Al venir por la calle de Vergara para la Monterilla á cosa de las doce, rompieron el fuego los descamisados de Regina sobre el Colegio de Niñas... Allí fueron los apuros... creyó que lo fusilaban sin remedio... ¡Já! ¡ja! ¡ja! ¡ja! Pero lo que es por hoy no tendremos novedad sino hasta las tres de la tarde; me lo ha dicho Pepe Lémus.

Eduardo iba seguramente á decir algo, á tiempo que dos nuevos personajes invadieron el cuarto.

Dejamos al gusto del pintor los retratos de ellos y á la fantasía del curioso lector el "ideal" de sus prendas morales.

Nos limitamos á decir que uno de los dos tenía ya conquistado el título glorioso de fistol.

Después de las salutaciones cordiales de estilo, aprestáronse los convidados, que con mil trabajos cabían en el retrete, á cerrar con el almuerzo apetitoso que acababa de poner en la mesa un sirviente de tez cobriza, pelo "lacio," pantalón negriparado, chaqueta blanquinegra y mandil amarillo.

—Vamos, chicos prorrumpió uno de los

recién llegados, enristrando el tenedor y el cuchillo con la más asombrosa resolución; "sans facons, sans cérémonie," como quien engulle puros, "sacrrrrre nom!.... Hell and heaven!".... ¡Eh, Pepito! "en avant," tan tan....

—Siempre como siempre, este Chuchito; siempre tan calavera, tan "atravancado," tan.... ¿Qué dices, Perucho?

—¡Ja, ja, ja!... ¿Qué quieres que diga, chico? Ya sabes.... Pero ya no es tanto, se va enmendando.

Una carcajada unánime, simultánea, estrepitosa partió de la boca de los concurrentes: una sola de las cuatro era notoriamente forzada.

Esto llamó, como era preciso, la atención del riente trio, y de consiguiente provocó las cargas más ó menos tenaces, más ó menos pesadas.

A poco, el Burdeos, auxiliado del Champaña y reforzado con el Marraschino se conjuraron contra la cauta reserva, la derrotaron y abrieron á las confidencias una amplia entrada. El mismo Eduardo, arrastrado por el ejemplo, por las excitativas cordiales de sus compañeros, hubo también de ser más comunicativo que de ordinario, y tanto lo fué al cabo que desembuchó sus amoríos y aun el incidente nocturno que ya tenemos referido.

Y sus compañeros hicieron voto, con báquico entusiasmo, de ser desde aquel día

el propugnáculo del amante desventurado.

Como lo había dicho Pepito, al anunciar la campana mayor de Catedral la hora de las tres de la tarde, el cañón abocado á la calle de Plateros recordó á los pronunciados que los "puros" no perdían las esperanzas de rendirlos combatiéndolos desde lejos.

Antójasenos que venía como de molde aquí precisamente una digresión política sobre el pronunciamiento llamado de los polcos. (1)

Pero tenemos el sentimiento de no poder, por algunas razones muy nuestras, distraernos en este lugar con la política.

V

TEN CON TEN

Poco antes dijimos que Concepción se empeñaba en una lucha comprometida y azarosa: vamos á explicarnos.

El paciente lector está ya impuesto del motivo que determinó á Concepción á engatusar, como vulgarmente se dice, al candoroso Eduardo, con el cual mantenía una correspondencia amorosa tanto más

(1) Hay en México un pobre almanaquero que, dándola de cronista, ha publicado un relato tan parcial como disparatado del pronunciamiento á que nos referimos. Para dar una idea del tal escrito y de su autor, bastará decir que en el primero no se encuentran más que injurias groseras, y que el segundo se ha dejado decir que los calendarios, como obras destinadas al pueblo, no requieren buena ortografía.

grata cuanto que, menos embelesada que él, podía manejar ella con táctica y á su sabor el cetro que ponía este accidente en sus manos; pues en amor, harto sabido es que el papel de víctima está por lo común destinado á la más leal de las dos partes.

Pero en el curso de sus amoríos, la práctica la había enseñado á mirar á los hombres con recelo, y á ponerse á cubierto de los funestos efectos, es decir del ridículo que acarrea la versatilidad varonil, á efecto de lo cual tenía ella la costumbre de admitir un segundo empeño, por vía de precaución, al que hacía seguir las mismas fases que alternativamente presentaba el primero: de manera, que si este descubría los caracteres de un petardo, sustituyéndole oportunamente con el otro se libertaba del papel bochornoso de chasqueada.

Conocemos una voz francesa que la malignidad se ha salido con hacer adoptar por la real Academia española y que no dejará el honrado lector de querer aplicar, con motivo de lo que dejamos enunciado, á nuestra recomendable heroína; pero seános lícito decir en honra suya que entre los manejos de una mujer que procura por vanidad agradar á muchos y los procedimientos de una mujer que procura ponerse á cubierto de chascos pesados, hay una diferencia palpable.

Desde la noche aquella en que aguardando Concepción á su amante había sido sorprendida por una declaración amorosa nueva é inesperada, altercaban en su mente dos pensamientos capitales.

Aceptar lisa y llanamente hasta donde la prudencia lo permitiese la situación á que la condujera el curso natural de los acontecimientos, de acontecimientos á que no había dado ella lugar en lo más mínimo, era simplemente dejarse llevar por una senda desconocida, sí, pero que debía según todas las probabilidades, ofrecer novedades, y acaso también provecho; era por otra parte obrar conforme con sus principios de saludable precaución.

Pero burlar la buena fe y confianza del hombre de quien recibía homenajes respetuosos, leales y fervientes, precautelarse sin el menor motivo fundado, de un amante en quien ejercía el más absoluto dominio, era un proceder tanto menos justificable cuanto que la exponía muy seriamente á perder el fruto de sus empeñados trabajos, es decir, la esperanza de salir de su tedioso solterismo, de llegar á mandarse sola, de tener su casa y su familia, y todo esto en cambio de sabe Dios qué expectativa de tormentas é infortunio.

Luego también, ella quería á Eduardo, y le quería por conveniencia primeramente, por vanidad después, y por la fuerza del hábito últimamente. El "otro" no

era bien á bien más que un aparecido por una feliz casualidad, el cual no era fácil determinar el provecho que daría.

¡Bien, muy bien!

Pero y si, como era sumamente probable, casi indisputablemente cierto, Eduardo había visto al hombre al pie del balcón, á la dama escuchando, si no cambiando con él, palabras que ningún enamorado hubiera creído inocentes.... ¡Ay Dios! si Eduardo había juzgado infame veleidad lo que á todo rigor no había sido más que una imprudencia.... una imprudencia..... inocente.... Cómo, si no, había interrumpido las visitas diarias, él que siempre decía con una verdad que los hechos comprobaban, que no contaba la vida sino por los deliciosos momentos que pasaba al lado de su preciosa Conchita....

Pudiera creerse que el tiroteo se lo había impedido.... ¡pero no! El jueves casi no había habido nada en toda la mañana, el viernes habían estado suspensos hasta después de las doce del día los fuegos, el domingo no había ocurrido novedad sino hasta las tres de la tarde.....

¡Oh! sin remedio él estaba enojado, sentido; sin remedio estaba determinado á dejarla plantada.... y ella.... ella, con una conducta equívoca mantendría definitivamente cerca de sí al pretendiente nocturno, para obrar según conviniera.

.. ..

VI

EL NÚMERO 4

A pesar de su resolución, á pesar de sus vehementes deseos, Eduardo no había estado á ver á su amada el día del referido gaudeamus, por una razón sobremanera sencilla.

La intemperancia á que, como los demás convidados, él también había dado rienda suelta, le puso en tal estado á la conclusión del banquete, que no hubiera sido ni provechoso ni prudente presentarse así en casa extraña.

Dejando, pues, para mejor ocasión la visita proyectada, juzgó Eduardo más conveniente por entonces gastar el día en dormir la zorra al dulce arrullo de las balas de fusil y de cañón que con desaforado afán disparaban los fieles y denodados defensores del gobierno.

Empero al día siguiente, el enamorado joven, hechos los aprestos necesarios de cuerpo y alma, plantóse de liso en llano en la calle, á despecho del enérgico tiroteo que desde muy de mañana sostenían las fuerzas beligerantes.

Dslizóse por dentro del portal de Tlapaleros é hizo alto en la esquina del de

Agustinos y Mercaderes. ¡Ay! No eran entonces aquellos tiempos felices en que el venturoso don Antonio de la Torre, embutido en su modesto nicho, nicho histórico, solazaba su vista, su espíritu y su bolsillo, todo á la vez, con el flujo y reflujo de los transeuntes, con las doctas pláticas de los Cortinas, Peredas y compañía flor y nata de la literatura, de la diplomacia, de la parlería en fin, y con la incesante afluencia de compradores. A la sazón la guerra civil tenía desterrados, encerrados en sus casas á los ilustres miembros de aquel famoso cónclave que con frecuencia se agrupara en mejores épocas junto á la celdilla de don Antonio de la Torre!

Eduardo hubiera querido de buena gana poder tomar á la izquierda por el portal de Mercaderes, el Empedradillo, las calles de Santo Domingo hasta la garita de Guadalupe; ó bien por el rumbo opuesto, dejarse ir por las Monterillas, los Bajos de San Agustín, la Joya, Puente de la Aduana, San Gerónimo, Necatitlán, derecho derecho hasta la nauseabunda é invadeable acequia.... aunque hubiese empeñado su vida en el camino.

¡Cuánto no hubiera él dado por sentirse plenamente convencido de que ya no le amaba ella, ó de que positivamente amaba también á otro! ¡Y sin embargo, es muy probable que hubiese muerto de rabia, de humillación si por un momento,

por un sólo momento, hubiera tenido la conciencia de su afrenta!

Bregando consigo mismo y cavilando en los inconvenientes de su regreso á la casa de su amada, pasó el enamorado la Diputación, el portal de las Flores, la calle del Volador y Meleros, (1) torció para la del Puente del Correo Mayor, torció de nuevo á la izquierda y de repente encontróse no ya tan sólo con la calle de la Moneda, sino lo que es más, frente á frente del fatídico número 4.

—¡Ay! exclamó el pobre amante, y atravesó dentelleando el umbral de la casa.

Eduardo saludó entre dientes á las personas que se presentaron á su vista en la pequeña sala de la casa.

Eran éstas una señora de cuarenta años, enjuta, de rostro largo y, por beneficio de los cosméticos, colorado y relumbroso, nariz remilgada, ojos que conservaban el calor de un fuego gastado pero no extinguido todavía, y pelo rubio: la otra venía á ser una costurera, aya de la niña, criada de confianza ó semi-amiga de la familia, una de esas personas, en fin, que logran engatar á sus amos, hasta el punto de hacerse dueñas de la honra de las madres, de los padres y de las hijas sin que la tierra lo sienta.

—¡Hola, Eduardito! dijo la señora al ver al joven.

---

(1) En México hay calles que en cada acera tienen distinto nombre.

La costurera murmujeó una docena de vocablos al oído de su ama.

Eduardo no oyó las palabras de bienvenida de la señora ni reparó en la acción de la criada; pues de súbito hirvióle la sangre en las arterias, zumbáronle los oidos y sintióse como si un vértigo le acometiera.

Levantóse luego maquinalmente y a riesgo de dar consigo en tierra, del asiento en que estaba, para saludar con estúpida amabilidad á una señorita que se presentaba en la sala, niña de dieciséis años regularmente formada, en cuanto se podia juzgar por encima, no mal parecida y de gallarda apostura.

Al clavar ésta en Eduardo sus ojos hermosos, sus rasgados parpados, pudo haberse adivinado en ellos, con el auxilio de una perspicacia refinada, emoción, sorpresa, incertidumbre; pero esto fué tan rápido, tan fugaz, que nadie hubiera ni aun sospechádolo al observar la esperanza que vino á posarse en su expresiva fisonomía.

—¡Qué milagro! dijo asomando á sus frescos, encarnados y finos labios una sonrisa inefable, sonrisa que hizo trasudar á Eduardo.

—¡Conchita!.....tartaleó el atarantado mancebo.

—Mamá, prosiguió Concepción manifestando en su rosado rostro un extraor-

dinario contento, vamos haciendo una raya en el pozo.

—¡Quién sabe por dónde sopla hoy el viento! contestó la mamá con acento zumbón.

—Por donde siempre, señorita, repuso Eduardo tomando las palabras en el sentido metafórico que les daba la mamá.

—Ya creíamos que se había usted muerto ó ido, dijo Concepción buscando con los suyos en los ojos de su amante una señal de tierna inteligencia, algo por lo menos que pudiera servirle de norma en su conducta.

¡Cosa extraña! La cara del joven revelaba enojo; y en efecto él, cediendo á la primera impresión que acometiera á su mente, se mostró enojado tan maquinal é irreflexivamente, como se hubiera mostrado contento.

El hielo del desaliento se infiltró en las arterias de Concepción, en términos que cualquier observador, menos el amante, habría echado de ver en su semblante que algo nuevo y desagradable pasaba en el fondo de su alma.

—Pero sea lo que fuere, prosiguió ella, me acompañará usted, ¿verdad, mamá? á casa de Tonchita, aquí, á un paso.....La pobre me está aguardando desde ayer.... No hay tiroteo por la Santísima....Voy á acabar de vestirme.

—¿Y qué novedades nos trae usted, ca-

ballero? preguntó la mamá después de haber otorgado de cabeza, y cuando en virtud de esto se hubo ausentado su hija.

—Primeramente, señorita, mi viaje.

—¡Qué me dice usted! exclamó la señora, mirando asombrada á Eduardo.

—Sí, me voy en la diligencia que sale en la madrugada del viernes; vengo á despedirme de usted, y....

—¡Con que!....Me ha dejado usted con la boca abierta....

—Me han escrito de mi casa que hago allí falta, que precisa que vaya pronto....

—¡Vaya, vaya!....Y dígame usted, ¿es cierto que en la Profesa han matado hoy á un español, mentado Guadarrama?

—Sí, señorita. Un soldado apostó desde la puerta principal de Palacio, á que lo "doblaba." Le apuntó estando Guadarrama en la torre de la Profesa, y le pegó el balazo. Recibió la apuesta y un ascenso; pero á poco después, por querer ganar otra apuesta, lo "doblaron" de la Profesa á tiempo que le apuntaba á otro polco.

—¡Qué tal!.....Y ¿no sabe usted que Rangel ha "pescado" á la buena maula de Pedraza, hoy al ir á Tacubaya?

—No, señorita.

—Pues sí señor. ¡Y el general Rangel, ya sabe usted quien, que se ha encaprichado en fusilarlo! Dicen que van sus amigos á echar de empeño á Trigueros,

para sacarlo del apuro. Y si Trigueros, que es el ojo derecho de don Antonio, y que tanto considera por eso Rangel, no le vale...

La locuaz interlocutora acompañó sus últimas palabras con un gesto, semejante al que hacían en la revolución de 1,793 los jueces del pueblo que instituían sus horribles tribunales en los montones de cadáveres.

—Cuando usted guste, dijo Concepción, presentando su linda figura en la sala, y haciendo un mimito, un gestito capaz de sacar de sus casillas al mismo Diógenes Laercio.

¡Oh! Cuán bella, cuán pasmosamente seductora estaba en aquel momento á los ojos de su embelesado amante, aquella criatura querida! Jamás, no, jamás le había parecido tan soberanamente linda como entonces, después de tantos días, ó acomodándonos al hiperbólico lenguaje de los enamorados, después de tantos siglos de ausencia. Pero también, debemos confesarlo en descargo de nuestra conciencia, jamás había la joven consultado con tanto escrúpulo su espejo, ni estudiado con mayor aplicación el efecto de las gracias, pocas ó muchas, chicas ó grandes, que le diera el cielo.

No nos atrevemos nosotros á describir su traje ni su peinado, pues no lograría-

mos dar una idea de lo bien que todo estaba calculado para el objeto, con decir que vestía un "túnico" (vestido) oscuro y gayado, calzaba un zapato negro de raso, muy ajustado á su precioso pie, etc.

Eduardo presentó su brazo á la soberana de su corazón, y seguidos de la criada de confianza, se plantaron los enamorados en la calle.

Fuese por lo corto de la distancia que mediaba entre la casa de donde salían, ó por otro motivo que nos interesa muy poco determinar, no pasó entre los amantes cosa que merezca la pena de ser aquí relatada mientras caminaban por la banqueta de las calles que van á la de Vanegas, en un entresuelo de la cual se entraron.

VII

. . . . . .

. . . . . .

El martes 9 de Marzo del año de 1,847, día de santa Francisca, viuda romana muerta en 1,440, hablando de la cual dice el bonazo de Baillet que la traslación de sus huesos, encontrados doscientos años después de su fallecimiento, tuvo que hacerse en secreto por temor del peligroso celo del pueblo, este día, pues, recordarán nuestros lectores que como á las cinco de la tarde hubo

un ruidoso combate, más ruidoso que sangriento, en la calle de la estampa de Nuestra Señora del Refugio, entre "polcos" y "puros," á consecuencia de haber intentado los primeros tomar por sorpresa la batería de los segundos situada en la esquina de la Diputación.

Buenas ó malas lenguas refirieron en aquel tiempo que el único intento de los "polcos" había sido apoderarse del cañón que allí tenían las tropas del gobierno, para lo cual habían de antemano cohechado al oficial que mandaba el punto; y aun no faltaron gentes que aseguraran que un extranjero oficial de las tropas del ejército mexicano se llegó á comprometer á entregar, mediante una buena propina adelantada, el parapeto con todo y destacamento, pero habiendo faltado á su promesa se desapareció de México desde el mismo día del tremendo combate.

Como quiera, el hecho es que algo hubo de muy malicioso en el repentino ataque de los unos y en la floja defensa de los otros, tanto así que á no haber intervenido don Miguel María Echegaray, de presumirse es que los pronunciados hubieran logrado poco más ó menos sus miras.

Y entonces, ¡Jesús nos valga! el aspecto de las cosas hubieran cambiado notablemente, porque los "polcos," dueños que hubiesen sido de un parapeto enemigo que los

plantaba muy lindamente en el centro de las posiciones de los "puros," habrían sin duda, bajo la inteligente dirección del generalísimo Matías Peña y conducidos por el insigne literato D. José Gómez de la Cortina, habrían, decimos.....tocado retirada á sus pacíficos domicilios, cargados, abrumados de la admiración del universo. Por seguro tenemos que en cualquier caso no hubieran sido ellos, ni tampoco sus contrarios, los que habrían derramado sangre humana.

¡Y bien sabe Dios las ganas que de verle el fin al cuento tenían no solamente los dos bandos contendientes sino también la generalidad de la pobre población de México!

Pero desgraciadamente para todos estaba escrito en el misterioso libro de los destinos que la obra del filósofo Gómez, el vociferado pronunciamiento del 27 de Febrero no debía llegar á su terminación hasta el 21 de Marzo, día en que los repiques de todas las campanas y las salvas de todos los cañones de la capital del Distrito Federal anunciaron á "polcos" y "puros" la llegada del general D. Antonio López de Santa Anna.

Era de verse y de describirse el pasmo con que los habitantes de México llevaban sus pasos hacia la plaza de la Constitución, á donde los llamaba la curiosidad de ver desfilar algunos centenares de engolondri-

nados lanceros, y de oir en la lóbrega catedral el solemne Te Deum con que festejaba la iglesia no sabemos bien á bien qué.

Ocioso nos parece decir que la llegada del Unico dió punto á la revolución, agregando con esto nuevos y más verdes laureles á la corona triunfal que había recogido, abandonando el campo de batalla en la famosa Angostura.

Pero lo que sí no podemos pasar en silencio es que no hubo reparación alguna para el gobierno, pues el vicepresidente se fué con cajas destempladas á su casa; y en cuanto á los pronunciados, tampoco ellos lograron aquello de que habían hecho punto, á saber, destituir á Farías sin rendir palias al Presidente don Antonio.

Ello, preciso es confesar que éste se condujo en el caso con su acostumbrada clemencia, como lo prueba el hecho de que sin embargo de la indignación que manifestó al saber la noticia del pronunciamiento, no mandó empalar á ninguno de sus motores.

VIII

¡BALDON!

El infortunio de la nación mexicana se había consumado!

Esperanzas é ilusiones, todo cuanto podía inspirar aliento ó consuelo se había

desvenecido para ella en presencia del afortunado invasor, el cual después de haber triunfado en el valle de México, ocupaba pacíficamente la capital de la confederación mexicana.

Y mientras él festejaba con torpísimas bacanales y brutales atentados sus maravillosos triunfos, gemían los buenos ciudadanos; ¡porque tan sólo gemir supieron!

¿Qué se había hecho la benemérita clase del ejército, qué era de tantos belicosos patriotas, y cómo había podido un puñado de bandoleros abatir y sojuzgar á una nación afamada por sus proezas en la primera guerra de independencia y en sus contiendas domésticas?

¡Ay!.....

Vencido en todos los encuentros, el ejército había venido á parar en desbandarse ó juramentarse. La gente de arraigo, ¡oh! esa gente, ¿cómo había de sacrificar sus intereses ni mucho menos su vida por una preocupación, por patriotismo, palabra tan vacía de sentido? ¡Disparate! La comodidad y el dinero no tienen patria.....

.....

.....

.....En cuanto al pueblo, eso que Thiers llama la VIL MULTITUD, juzgando en su ignorancia que la voz patriotismo tiene un significado y comprendien-

do lo que quiere decir "baldón!" había resistido la infamia hasta donde había podido.

Había, pues, doblado la cerviz al anglo-americano, Veracruz, Cerrogordo, México, etc., desde que Eduardo Gutiérrez había marchado de esta última ciudad para Chihuahua al reclamo de sus parientes; mas antes de partir juró solemnemente á su amada, en presencia de respetables testigos y ante la imagen del Justo crucificado, que con ella se casaría indefectiblemente tan luego como hubiera puesto en orden los intereses que por muerte de un deudo suyo debía heredar. Inútil parece agregar que los recelos del encantado novio quedaron destruídos del todo con las tiernas explicaciones y las persuasivas garatusas de la hechicera novia. Por supuesto para dar más valor, más peso á la solemne promesa espontánea de casamiento, no se había escusado nada, ni aun el competente aviso á los padres de la futura, los cuales otorgaron de buena mente su venia, considerando quizá, 1o. que una doncella es difícil de guardar; 2o., que un matrimonio no es negocio de echarse á puerta ajena, y 3o., que un excelente muchacho no es cosa que se encuentre tirada en la calle. He ahí lo que había pasado desde mediados de Marzo hasta después del miércoles 15 de Septiembre, día de la

entrada de las tropas invasoras allí donde en tiempos mejores, dos emigrados, jefes de tribus valientes y aguerridas, vieron posarse una águila soberbia.

Con las tropas extranjeras llegó á México un sujeto del cual un periódico mexicano dijo entonces lo que sigue:

"Sabemos de una manera positiva que el llamado Blackheart, que ahora está al servicio de los enemigos con el empleo de capitán y de intérprete, es el mismo zángano á quien se tildó de cohecho en el tiempo de la guerra de los polcos y los puros, etc."

El capitán intérprete se presentó en la casa de don Luis Vidáurraga con el carácter de oficial del ejército de ocupación, que buscaba alojamiento: sabido es que el pretexto de alojar á la oficialidad fué un inagotable manantial de tropelías de todos géneros.

No estaba en casa "el cabeza de familia;" pues siendo militar fué de los pocos individuos de la benemérita clase que emigraron por no envilecerse con un juramento oprobioso.

Una señora de unos cuarenta años, enjuta, de rostro largo, colorado y relumbroso salió á recibir al capitán.

—Señorita, dijo éste después de una salutación muy respetuosa, se me ha designado esta casa de usted para mi alojamiento.....Usted habrá de disimular.....Yo

estaré muy contento, porque no somos desconocidos enteramente; yo me honro de respetar y estimar á usted, con quien me ligan las simpatías de una misma religión, pues soy católico, y además quiero sobremanera á los mexicanos.

—No está aquí mi esposo, contestó la señora tartaleando, y yo no puedo deliberar.....

—¡Oh, señorita! tanto mejor. El ser el señor su esposo de usted militar y el no hallarse juramentado, podría exponer á usted á disgustos de que yo puedo librar á ustedes estando alojado en la casa, y espero que ustedes nunca tendrán motivo de queja.....Yo no seré molesto..... Les seré útil á ustedes en cuanto se les ofrezca, en cuanto gusten ocuparme.

¿Qué medio de resistir ni de excusarse en tal aprieto?

Y luego también ¿no traía su cierta ventaja en aquellas "alturas" el tener uno un huésped americano? ¡De qué ultrajes no preservaba el respeto de un oficial invasor aposentado en la casa de un mexicano ó extranjero, á los primitivos inquilinos ó propietarios! ¡Casi, casi podía tenerse á buena suerte el albergar uno bajo su techo al enemigo de su patria!.....Podemos afirmar que muchos compatriotas nuestros discurrían de esta manera y si pudiéramos sobreponernos al bochorno, á

la profunda vergüenza que semejante confesión nos causa, diríamos francamente que aun hubo paisanos nuestros, gente, eso sí, copetuda, que solicitaron el amparo de los nemigos para su dimicilio.....

La señora de la casa, cediendo á estas ú otras consideraciones, no pudo menos de resignarse á vivir hermanablemente con el yankee.

De lo que resultó lo que de esperarse era, conocidos los antecedentes de cierta "sujeta," sabiéndose, como vulgarmente se dice, del pie que cojeaba cierta criatura.

IX

SAINETE Y DRAMA

El ajustado casorio de una linda mexicana con un yankee, capitán intérprete del ejército de ocupación, era un suceso digno de llamar la atención de todo el universo, de correr de uno á otro polo, de llenar de inaudita estupefacción al puñado de millones de habitantes que el globo terráqueo pisan. Y con toda sinceridad declaramos, antes de pasar adelante, que de intento hemos preferido en este caso la voz "casorio" á la de "matrimonio," "enlace ó desposorio," por considerarla más adecuada y significativa que la de matrimonio, que es demasiado decente, "enlace," demasiado

noble, y "desposorio," demasiado sagrada, tratándose de dar á entender un matrimonio hecho á la diabla.

Pero volviendo á nuestra historia, no se hablaba de otra cosa en todo México. ¡Como que no había habido ejemplar de ello!

La preciosa Concepción Vidáurraga, la hechicera moradora del número 4 de la calle de la Moneda, se casaba, pues, sin género alguno de duda, y con un extranjero, con un extranjero que había contribuído á humillar la patria de la linda novia, á verter la sangre de los compatriotas de la primorosa novia, y quien para decirlo todo de una vez había vendido, á lo que más de cuatro aseguraban, el parapeto de los "puros" durante la lucha entre éstos y los "polcos," de la cual dejamos dichas unas cuantas palabras.

Es verdad que Conchita tenía sus cuentas pendientes y muy formales, con otra persona; pero ¿quién se acordaba ya de Eduardo? "A muertos y á idos"..dice el refrán.. Y luego también, ¿trataba acaso Conchita de perder el tiempo, de darse por satisfecha con cartas que por mucho amor que pintaban no pasaban al fin de cartas, y cartas escritas desde Chihuahua, como quien dice desde el cabo del mundo, para quien vive en México?

¿Pero y los padres de la niña?....¡Oh! el padre, fiel á sus deberes, andaba quién

sabe por dónde, mientras los pobres vecinos de México comían el amargo pan de la emigración en Querétaro; y en cuanto á la madre, ya la dijimos, ¿qué había de hacer en el grave aprieto sino tomar lo cierto por lo dudoso?

Por la época de que hablando vamos, un hombre, sobreponiéndose á las habillas, ahogando sus más nobles sentimientos, y avasallando las opuestas opiniones, concertaba un tratado de paz, el que más adelante se consumó en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, con la sanción de los respectivos plenipotenciarios.

Líbrenos Dios de meternos aquí, á estas horas, á discurrir sobre el tratado consabido: impertinencia, tontería fuera sin disculpa entrarnos en el espinoso campo de la política, empeñarnos voluntariamente entre los abrojos de la diplomacia, para salir á buen librar espinados.

Entre tanto, la diligencia de tierradentro conducía el cuerpo y el alma de un enamorado, si es que en el lenguaje ó jerigonza de los enamorados no es un solemne pleonasmo decir que haya otra alma fuera de la del dueño adorado, que viene á ser común de dos.

Sucedió aquella vez, como tantas otras, que la diligencia llegara muy tarde.

El sugeto hacia el cual hemos llamado la atención de nuestros lectores en el pe-

núltimo párrafo, se apeó azogadamente del carruaje, púsose á arreglar con sumo atropellamiento sus cosas, pero por más que hizo no pudo lograr ponerse en la calle antes de que estuviera muy entrada la noche; y tanto que á no estar acometida de la fiebre que padecen con frecuencia tanta los enamorados, nadie hubiera alcanzado á creer que el anhelo de ver á su adorado tormento fuese lo que moviera sus pasos.

Caminaba él, pues, velozmente derecho, derecho, cuando al cruzar por la bocalle de la Palma, oyó partir un tiro, vió correr alguna gente, y arrastrado él también por la curiosidad, se dejó ir por la calle de la Palma, en donde dándose de ojos con un hombre que corría perseguido de las voces "¡cójanlo! ¡cójanlo!" echó garra del tal hombre y poniéndole una pistola á los pechos, paralizó su resistencia.

Al otro día de este suceso, en un periódico de la capital se leía lo que sigue:

Se asegura que anoche unos individuos del ejército de ocupación asaltaron la casa de un mexicano, comerciante de esta capital con ánimo de robar, lo que advertido á buen tiempo fué impedido por algunas personas que acudieron. Parece cierto que quien acaudillaba la partida era un oficial nombrado Blackheart, capitán intérprete de las fuerzas angloamericanas, muy conocido en México.

presunto esposo de una preciosa compatriota nuestra, el cual fué aprehendido por un joven mexicano llamado Eduardo N..... que acababa de llegar de tierradentro.

X

EPÍLOGO

Eduardo tuvo una fiebre cerebral de que se vió á pique de perder la vida.

Conchita, acosada del bochorno, abrumada del desprecio universal, agobiada de la execración de su padre, marcada su frente con un sello imborrable de infamia, fué á expiar su yerro lejos de las gentes.

El capitán intérprete fué condenado á la horca por robo á mano armada.

México, la bella sultana, la preciosa joya de las Américas, vió á poco ataviada de nuevo su primorosa frente con el vistoso gorro de las tres garantías.

LA POBRE VIUDA.

Era Cristina la hija única de un matrimonio honrado, pacífico, bienquisto entre los vecinos del pueblo, de no escasos pero tampoco abundantes medios.

No diré que Cristina era una criatura preciosa como la "hija favorita del serrallo;" no seré yo por vida mía quien se tome la molestia de remontarse hasta las nubes para buscar en la región celeste "querubes" ó serafines con que comparar á la pobre Cristina. Confórmese quien estas líneas de leer se dignare, con saber que Cristina, como toda mujer, tenía bueno y malo entre sus físicas dotes, si bien es verdad que lo malo y lo bueno estaba repartido en ella de manera tal, que aventaja-

ba á lo primero lo segundo; de suerte y manera que venía á ser cosa de no deberse echar á puerta ajena. Ahora, por lo tocante á sus prendas morales, con decir que le habían infundido buenas inclinaciones y dádole sus padres buen ejemplo, me parece que lo sobrado es para dejar entender lo que sobre el particular habría.

Impertinencia fuera de gran tamaño, loable en Dumas y comparsa tan solamente, que yo perdiera aquí mi tiempo, caudal dizque muy precioso, y se le quitara al lector, contando la vida y milagros de los padres de Cristina.

No conduciendo esto á mi objeto, déjomelo en el tintero.

Cristina se casó llanamente, sin lances novelescos, sin episodios dramáticos en sus honestos y sencillos amoríos, tocándole en suerte, lo que por estos tiempos y los otros no es poca fortuna, un maridito tan guapo como ella.

Diez años vivió casada Cristina, y tan feliz cuanto cabe en humana condición; de suerte que no parecía sino que ella había nacido para probar tan sólo las dulzuras de la vida.

Pero sucedió que á los diez años, el día menos pensado, vino el dolor á eclipsar su apacible y venturosa existencia, con la muerte de su marido. Grande fué la pesadumbre de la pobre mujer al verse pri-

vada de su esposo, al mirarse sola y desamparada en el mundo; mas habiéndo'a criado muy religiosa sus padres, se conformó con la voluntad del árbitro Supremo de todas las cosas.

La viuda Cristina quedó con los recursos suficientes para mantenerse ella y una prenda de su casto y feliz matrimonio, una hija, Carmen, preciosa criatura, á quien educó tal como habían educado á ella, y á quien amó como la habían amado á ella.

Crióse, pues, Carmen sin apartarse un momento del lado de su mamá, en cuyo regazo pasaba las horas que no empleaba en cultivar sus florecillas, en juguetear con las cristalinas aguas de las fuentes, en corretear en pos de las primorosas mariposas, y ya más grandecita, en su labor y oraciones.

Así, sin sentir pasar el tiempo, llegó Carmen á sus quince abriles.

Ahora bien, había en el pueblo un mocito llamado Gil García, muy conocido de todos por sus travesuras, muy envidiado de los de su edad y muy malquisto entre las personas de seso, así por su mala cabeza como por su decidido amor á la vagancia. Era Gil bien parecido, sabía música, tocaba bien la flauta y tenía afición á la lectura. Con toda esta letanía de prendas vivía el mozo pagadísimo de sí propio, creyéndose superior á todo el mundo.

En medio de su ociosa vida, no pudo menos de parar la atención en Carmen, que bien lo valía ora por su lindura, ora por lo poco que poseía su madre. Por principio de cuentas, tomó la florecita de pasar cada vez que volvía de la caza ó pesca, por la casita de la viuda; entrábase en ella con culquier pretexto y regalábale lo mejor de lo que llevaba; luego, dió en visitarla de parte de noche, entreteniéndola á ella y á su hija con la lectura y no pocas veces se oyeron las notas de su flauta acompañadas con la voz clara y gozosa de Carmencita, á quien pareció en breve aquel mozo un sujeto á pedir de boca.

Llegó el caso de que Carmen le tomara una profunda y tierna afición, sintiendo por él en su alma una de esas inclinaciones que no se prueban dos veces en todo el curso de la vida; lejos de ver en su amante imperfección alguna, lejos de advertir los graves defectos que tenía, miróle como lo más acabado de las obras del Creador. ¡Pobre tontuela!

Cristina descubrió con pesar el sesgo de los afectos de su hija y no perdonó diligencia por desentrañarle aquel amor. Hízole presente la dulzura de la vida tranquila que á su lado había pasado, y los disgustos que le acarrearía su pasión; díjole que no podía ser un buen esposo el hombre que no sabía trabajar ni tenía in-

clinación más que á la vagancia, el hombre que hacía alarde de mofarse de las cosas más sagradas, que estaba tan pagado de sí por acciones vituperables.

Escuchóla llorando Carmen, porque era aquella la vez primera que daba en que sentir á su madre, la vez primera que á su entender iba errada su madre, la vez primera que no podía darle gusto sin partírsele el alma; el caso era arduo, pues habiendo un afecto arraigado de por medio, tenía que luchar á brazo partido el amor con el deber.... ¿Para qué decir cuál de los dos se llevó la palma?

Sabedor Gil de que Cristina nunca consentiría en verle unido con Carmen, indujo á la apasionada muchacha á huirse de la casa materna y á desposarse con él de secreto. Esta primera desobediencia de la jovencilla comenzó en breve á producir sus efectos.

Pesóle á Carmen tanto de haberle faltado á su madre, que no tuvo un momento de gusto ni sosiego, considerándose como indigna de perdón por ello. Cristina por su parte, dió rienda suelta al llanto; pero su triste suerte y la desgracia de su hija las lloró en secreto, sin cesar pidiendo al Soberano consolador conformidad y resignación.

No teniendo Carmen fuerzas para seguir viviendo separada de su madre, vol-

vió arrepentida á su seno. Recibióla ella con los brazos abiertos y un tanto se alivió su aflicción.

En medio de todo esto, Gil varió completamente de conducta. Creyendo Cristina que se había convertido á la virtud, le otorgó su confianza y cariño en términos de poner en sus manos cuanto poseía con la esperanza de que trabajando con afán, lograría hacerse de un caudalito con que viviesen desahogadamente él y su esposa; pero la inexperiencia, el abandono, la poca aplicación de Gil frustraron á la par las esperanzas de Cristina, viniendo en breves días á reducir á nada los medios que franqueó al joven. Por consecuencia, la viuda, su hija y su marido cayeron en la más completa pobreza; y mientras la desventurada Cristina, obligada á recurrir á sus propias habilidades, se empleaba en dar lecciones en una amiga que abrió, García se entregaba á pierna suelta á sus vicios favoritos.

Tenía Carmen un hijo de unos dos años de nacido cuando Gil, al volver de sus disipaciones, mal humorado y cargada la cabeza, queriendo jugar con la criatura, la arrebató de los brazos de su madre y dando traspiés fué á tener con su cuerpo al suelo, cayendo encima del niño. Desde este día, la criaturilla que prometía ser lo que todos los padres esperan ver en su primer hijo,

quedó hecho un idiota; Gil, apesarado desde entonces por la irremediable deformidad mental del niño, de la que él solo tenía la culpa, se volvió melancólico; y al contemplar día á día el estúpido mirar de su querido hijo y el dolor mal disimulado de su mujer que paso á paso la llevaba al sepulcro, y la constante lucha entre la resignación y el despecho que destrozaba de continuo el corazón de la viuda, determinó él apartarse para siempre de aquel espectáculo de desolación.

Abandonada de su marido y reconviniéndose á sí propia por las pesadumbres que su desobediencia había acarreado á su madre, Carmen caminaba precipitadamente al sepulcro; en los cortos días que le quedaron de vida, no se le volvió á ver emplear el tiempo más que en yacer como una estatua á la cabecera de su cama durante las horas enteras, hablando siempre muy rara palabra, sin jamás asomar una sonrisa á sus labios.... ¡hasta su postrer suspiro! Así acabó Carmen, pagando con horrendos tormentos la falta que había cometido.

Cristina, con la muerte de su hija quedó nuevamente sola en el mundo, mas no por eso se desesperó. Dedicóse exclusivamente á su escuela de niñas y á ver de alumbrar el entendimiento de su inocente nieto. A fuerza de fuerzas logró por fin que profiriese algunas palabras; llevóle re-

petidas veces al sepulcro de Carmen, enseñóle á pronunciar el nombre de "madre," á hincarse de rodillas en actitud de invocar la bendición, y á repetir el Padre Nuestro y otras oraciones, las que si bien no tenían sentido ni importancia alguna para él, eran con todo su primera ocupación al despertar y al acostarse, rezándolas con tanto fervor como el más cumplido cristiano.

Pasaron unos cuantos años.

Una tarde, estando el muchacho tributando su acostumbrado homenaje á la tumba de la que el ser le diera, vió al pararse, un hombre á su lado.

—¿De quién es ese sepulcro donde estabas arrodillado?

—Ahí está durmiendo mi madre.

El desconocido se acercó, leyó la inscripción de la sepultura....

—¿Quién es tu padre? preguntó temblando al muchacho.

—Padre nuestro, que estás en el cielo, fué diciendo éste levantando sus ojos y manos.

—¿Y su nombre?

—Santificado sea tu nombre.

—Te pregunto por tu padre.

—¿Acaso tengo otro?

Esta pregunta tan sencilla dejó al desconocido como si un rayo le hubiera herido.

—Vamos, vamos, repuso el muchacho agarrándole de la mano con dulzura y llevandosele consigo; venga usted.

El desconocido, desencajado el rostro, pálido como un difunto, siguió con trémulo paso á aquella criatura, obediente al influjo de la voz de ella y al impulso de su mano, como si le condujera una fuerza potente, irresistible.

A poco andar, introdújole el pobre idiota en una humilde casita donde todo acusaba la pobreza y el dolor, y de donde vió salir infinitas parejas de inocentes niñas, gozosas y juguetonas, que le arrancaron á él del alma un suspiro adolorido.

Apenas hubo puesto la planta el desconocido en la pieza principal de la casita cuando se presentó á sus ojos Cristina, la cual, volviendo hacia él la cabeza, conoció á.... ¡Gil!....

Gil quedó estupefacto, trabada la lengua, ante la presencia de aquella mujer, aquella mártir madre.... Reclinóse contra una esquina de la pared, para no caer al suelo, pues sintió írsele la cabeza... y echóse á llorar como un niño.

Mientras, el chicuelo que al ver á Cristo había corrido á sus brazos, arrodillado á sus pies decía:

—¡Madre! rezo como Cristo rezaba.

Luego, enclavijadas las manos y clavados los ojos en el techo, comenzó sus ora-

ciones de todas las noches; al proferir el "Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores," que la viuda le había enseñado á decir con la solemnidad debida á su sublime importancia, Cristina levantó los ojos á contemplar á Gil; y el aspecto de Gil humillado, lloroso, arrepentido, contrito, no pudo menos de atravesarle el corazón.

García fué, pues, perdonado.... perdonado hasta donde puede perdonar la flaqueza humana.

Tendióle Cristina sus brazos, confundiéronse aquellas dos almas desdichadas en un mismo dolor, en un propio llanto, y desde aquel día Gil se esmeró en borrar cuanto era dable el triste efecto de su conducta pasada.....

Melancólica, ya lo veo, es la conclusión de esta historia, que acaba por donde la mayor parte de las novelas comienzan, es decir, por muertes, pues el idiota niño y la desventurada Cristina murieron á poco de la conversión de García; pero yo que no hago aquí más que referir al pie de la letra un suceso verídico, no he podido trastornar el desenlace en obsequio del lector.

LA TAZA DE TE.

I

No hay efecto sin causa.—EL LIBRO DEL MUNDO.

—Guadalupe, no se te pase traerme temprano mañana, á cosa de las seis, una taza de té, pero que esté bien caliente.

La persona á quien iban dirigidas estas palabras, era una muchacha trigueña y fresca, criada según el pelaje, de unos diecisiete á dieciocho años y no mal parecida.

La persona de quien recibía la otra la consigna, era una mujer de veinte años poco más ó menos, de facciones delicadas y muy bien formada de cuerpo.

La criada, después de haberse cerciorado de que á la señora su ama no se le ofrecía ya por la ocasión ninguna otra cosa

que mandar, se retiró paso á paso del aposento.

La ama, luego que hubo dado la vuelta Guadalupe, se sentó en un cómodo sillón, se restregó con ambas manos los ojos, bostezó sin santiguarse, prueba patente de que no estaba educada á la antigualla ó que se había reformado si lo estaba, se desperezó, y después que se hubo desnudado, ya que quedó en paños menores, se tiró sobre una suntuosa cama de bronce con vistoso cortinaje. Apenas cubrió su cuerpo la sábana, cuando el sueño embargó sus sentidos.

Durmió apaciblemente la joven hasta cerca del amanecer. Pero ya que estaba próximo el día, no sé si el calor ó el fresco, si los nervios ó la sangre, no sé, en fin qué le causó un sueño que vino á parar en eso que se llama pesadilla y del cual con el privilegio que yo, como todo historiador tengo de saber lo que pasa aun en la mente humana, voy á dar conocimiento al lector.

Soñaba, pues, la dormida señora, que allí al lado de su cabecera, sobre su elegante buró, en una taza de porcelana harto conocida por sus filetes dorados y sus finísimas pinturillas, humeaba el té exquisito, trasparente, con su rico color de topacio, excitando el apetito de beber con su suavísimo aroma.

Quién había entrado en su aposento y

puesto allí la taza de té encomendada tan especialmente á Guadalupe, no lo sabía la dama: en todos los sueños hay una parte de los sucesos que ocurre entre bastidores, como quien dice, y seguramente todo lo que era anterior á la colocación de la taza sobre el buró había pasado mientras el telón de la imaginación de la soñante señora estaba corrido.

Como quiera, en tanto que el té estaba allí convidando á que le gustaran y que la dama con ansiosos ojos se aprestaba á embocársele, condénsase de repente el humo, toma humana y carnal figura, y con grande asombro para la dama, vese delante de los ojos, salido como de la taza, un hombre hecho y derecho.

Hasta aquí no había nada que en justicia pudiese causar miedo ni disgusto, pues un hombre no es capaz por sí solo de disgustar ni espantar á una mujer, en circunstancias comunes, á no ser que esté adornado de algún "chocante" atavío. Y con tanta menos razón podía la soñante señora tener miedo, cuanto que la visión aquella era un sujeto bien parecido y bien puesto, de halagüeño semblante, y que en cuanto se le apareció asomó á sus labios una sonrisa de suma afabilidad por no decir de infinito amor.... En resumidas cuentas, el fantasma era en cuerpo y alma, si es que un fantasma puede tener cuerpo y al-

ma, una persona bastante conocida, si no de todo el mundo, sí por cierto de la persona ante quien se hacía presente en sueños. Sí, la visión era la representación corporea de una de esas tentaciones que en hora menguada acometen á las mujeres, y contra las cuales luchan á brazo partido unas, es decir las que aprecian su propio decoro, su conveniencia y su buena fama, y á las cuales se rinden de buenas á primeras otras, es decir las que no quieren tomarse el trabajo de sacrificar un capricho ú antojo de negras consecuencias al bienestar de toda su vida. Esto va en gustos, y como sabemos todos, de gustos no hay nada escrito; en cuanto á los resultados de la lucha, esos dependen de la voluntad, pues no queda vencido quien no se pone en ocasión de serlo.

Pues, como iba yo diciendo, el objeto aparecido á la durmiente dama, no era desconocido para ella. Con halagüeño semblante, una amorosa sonrisa en los labios y una expresión de inefable contento en los ojos, él se quedó contemplando, como embebecido, á la preciosa mujer.

—¡No! díjole con acento rendido; no tape usted, no me robe usted de la vista su brazo, ese tesoro de perfección y maravillosa hermosura, capaz él solo de servir á Venus de título suficiente para ser proclamada la primera entre las beldades.

Parecióle á la dama ver demasiada llaneza, demasiado atrevimiento en estas razones, y sin embargo de no disgustarle que así mereciera elogios su brazo, que era, ya lo tengo dicho, de lo más hermoso que se conozca en su género, juzgó propio tapársele, no tanto por recato, como porque el sujeto que le hablaba tenía trazas de querer impedir á todo trance que el objeto de su admiración é idolatría le fuese quitado de la vista.

Mas al ir la propietaria legítima del maravilloso brazo á cubrirle con su pañuelo, finísimo pañuelo de batista que si bien dejaba trasparentarse lo que debajo de él había, y exaltaba así más el deseo, no salvaba menos por eso las apariencias, que tanto importan en este mundo de mentiras y gazmoñería; al ir ella á cubrir el maravilloso brazo, enredósele en una como red la opuesta mano, y bregando por desasirse del estorbo en tanto que la mano del hombre se adelantaba rápida á descansar sobre el repetido brazo, de tal suerte manotcó, y se agitó con ansia tal, que dando un golpe en la taza de te la volcó, bañándole el hirviente líquido el brazo.

En este punto despertó la dama.

Lo del hombre era fantasía, puro sueño.

¡Mas no así lo de la taza de té y lo de la quemadura!

Guadalupe, puntualmente obediente á

la orden de su ama, había entrado en su aposento, minutos antes del sueño, había llamádola muy quedo y sin cerciorarse de si había recordado, había vuelto la espalda.

La dama, despertada con sobresalto por efecto de la quemadura, vió lo que había pasado y al contemplar su brazo escaldado y rojo y al sentir el ardor que aquello le causaba, llamó con la campana de la cabecera de su cama, y con todas las demás que en la pieza había!

¡Era en verdad una desgracia para llorarse con ambos ojos y hasta la consumación de los siglos, la catástrofe que había acontecido á la desventurada mujer! Su brazo, su primoroso brazo, el brazo más lindo, por todos cuatro costados, que jamás viera el mundo, el brazo adorable y adorado, ¡santo Dios! escaldado, y en vía de ostentar una ampolla capaz de afligir mortalmente al corazón más duro. Aquello venía á ser más sensible que las manchas de pecas, tan lamentable, más lamentable todavía que el estrago de las viruelas en un lindo rostro.

Guadalupe, la fiel y afectuosa Guadalupe acudió al punto y trás ella toda la servidumbre mujeril, pues como sabe mejor que yo la amable lectora, el dormitorio ó "recámara" de una señora es un santuario donde no es permitido penetrar si-

no á los hombres iniciados en ciertos especiales misterios.

Guadalupe se quedó de una pieza al ver la taza volcada, y sobre todo el brazo maravilloso extendido, y con un manchón largo, ancho y colorado. Esto y los dolientes ayes de su señora le arrancaron un par de lágrimas del par de hermosos ojos que Dios le había dado entre otras cosas.

—¡Señorita!... exclamó Guadalupe después de un breve rato de silencio contemplativo, ¡señorita!.... ¡válgame la preciosa sangre de Cristo!

La "señorita" no habló una palabra; las lágrimas que corrían á torrentes de sus ojos, arrancadas por el ardor de la piel y por la pesadumbre del suceso, le tenían embargada la voz.

Por fin, merced á los cariñosos consuelos de todas sus criadas y más particularmente de la afectuosa Guadalupe, acertó á proferir algunas palabras.

—¡El médico!.... Vayan corriendo á llamar al señor doctor, al señor don Guillermo, ¡ay! que ya me muero de dolores...

En la hora, la orden, comunicada al mozo, al galopín, al lacayo, puso á tres ó cuatro hombres en la calle y antes de diez minutos ya estaba el doctor, uno de los médicos más hábiles y justamente afamados de México en la casa, á la cabecera de la doliente.

—¿Qué tiene usted, Carlotita? preguntó asustado.

Carlota, por toda respuesta, le puso delante de los ojos, con afligido semblante, el brazo portentoso, indicándole la quemadura con la vista.

El doctor se quedó asombrado, estupefacto en presencia de aquella obra maestra del Creador. Es seguro que ni en el tiempo de su curso de anatomía, ni en el dilatado período que llevaba de ejercer la profesión que tanto asimila á los hombres con Dios, había el doctor visto ni aun soñado como posible una cosa tan perfecta, ora respecto del buen gusto, ora respecto de la ciencia, pues con los ojos de la ciencia contemplaba él aquel brazo.

Yo, que á trueque de ser notado de ponderador he dicho ya bastante acerca del maravilloso brazo, juzgo conveniente dejar al doctor que á su sabor le contemple y le toque y prescriba al fin lo que juzgue conveniente para la curación de la quemadura.

II

En la famosa Junta de notables de la no sé si República Mexicana, pues á la sazón los que sueñan testas coronadas, cetros é inquisición para la patria de los az-

tecas, tenían convertido al país, en virtud y por consecuencia del triunfo de una vergonzosa asonada, en una sociedad sin gobierno de nombre conocido; en la famosa Junta de notables se discutía la cuestión por demás grave, de la estructura política que se daría á la sociedad mexicana, sin que corrieran riesgo alguno en cualquiera reacción probabble y posible los formidolosos constituyentes: ¡siempre es bueno nadar y salvar la ropa!

Ahora bien, uno de los dignos y graves legisladores notables, á quien solamente faltaban la peluca y el calzón corto para que más á la perfección remedasen los tiempos heróicos que con tanto deleite se representan y con tanta ansia desean nuestros monarquistas; uno de los tales notables, embazado de la discusión, en que á decir verdad no entendía palabra, fuera de lo que se dignaba explicarle el hinchado director del partido, se retiró del salón y del palacio también, y fué á meter su respetable persona en la casa de una mujer á quien nunca había hecho nadie el ultraje de reputar por honrada, si se exceptúa á su marido.

—Mal día nos hace hoy, díjole á él ella, cuando le vió; pues Vicente está en camino para México.

—¡Tu marido! ¡es posible! exclamó el hijo de la monarquía abriendo tamaños ojos.

—¡Sí! ¿qué quieres? Ya cumplió su comisión y no hay nada que pueda entretenérnosle por allá. Y me dice que pronto estará de vuelta, pues al cabo de un año que lleva de estar ausente, está deshaciéndose por verme.

—¿Y cómo nos componemos? El no es hombre que deje de armarme una de Lucifer.... y á mí no me gustan esos quebraderos de cabeza....

—Solamente un arbitrio hay: déjamelo de mi cuenta.

Y diciendo esto la mujer, levantóse como impulsada por una feliz inspiración, vistióse con todas sus galas, consultó repetidas veces el espejo y después de pasarse por la cara quién sabe qué cosa que la pintó de un pálido muy agraciado, se puso en actitud de tomar la calle.

—¿A dónde vas, Julia?

Volvióse ella á esta pregunta, y habló á su galán unas cuantas palabras en voz tan baja que aun yo, con ser historiador, no puedo referirlas.

—Adiós, Jorge! dijo después, tomando la escalera.

Más tarde el lector y yo sabremos á dónde va y á qué Por ahora contentémonos con seguirla con la vista hasta entrarse en el palacio nacional, á que algunos dan el sobrenombre de la cueva encantada. Ello sí, yo sería capaz de apostar á que entre

los que le aplican este apellido, no todos se le dan con el mismo sentido, pues cada quién habla de la feria conforme en ella le va. Por ejemplo, ¿cómo puede dar á entender lo mismo el que á título de presidente, ministro, diputado, senador ó mequetrefe ha sacado su barriga de mal año y el simple particular, el hombre honrado que no encuentra allí más que vejaciones y trapacerías?

III

Carlotita, trás breves días de crudo padecer, había, gracias á Dios, recobrado su salud, y las tertulias de más "tono" y elegancia de la capital, habían vuelto á su antiguo explendor con su presencia.

No juraré yo que no haya una poca de ponderación en esto, pero así lo aseguraban con toda formalidad á ella misma algunos elegantes "attachés" á su persona.

Pero el brazo, el brazo hechicero, no había podido sanar sin quedar con la fea señal de la quemadura. Por lo tanto, habíale condenado su dueño á estrecha y perpetua reclusión entre un manguillo de fina pero tupida tela y una manga superior perteneciente al vestido.

Por demás me parece decir cuán inconsolable se sentía Carlota con su quemadu-

ra y cuánto extrañaban las personas de confianza que el brazo portentoso cuyo primor se recreaba en ostentar de vez en cuando su dueño, no saliera ya á la luz, haciéndose esto más y más extraño cuanto que nadie acertivamente sabía la causa, pues ella había recomendado á las personas de su servidumbre que estaban impuestas en el deplorable suceso, que le conservaran secreto.

Hay acontecimientos que lloramos, necios de nosotros, como una negra desdicha y que allá á la larga dan una prueba patente de la sabiduría del Arbitro supremo. No es decir que yo sea partidario de los que creen que todo está bien como esta ni de los que sostienen, por lo contrario, que todo está mal; pero ¿no es verdad que nadie puede afirmar de pronto que un suceso fausto no traerá consecuencias aciagas, y vice versa?

Como quiera, Carlotita cada vez que contemplaba su brazo se soltaba en amargo y copioso llanto y juraba no volver á tomar té en los días de su vida, como si el inocente líquido tuviera la culpa de que pensamientos locos hubieran ido en mala hora á tomar asiento en su imaginación, trastornándola de manera que le hizo cometer el desaguisado de volcar la taza y derramar la infusión en ella contenida.

La reclusión del brazo estupendo hizo

novedad, como acabo de tener la honra de decirlo, entre las personas de confianza de Carlotita y cada cual se echó á pensar lo que habría acontecido que había causado aquel inesperado eclipse del astro más "explendoroso" de México.

Entre los hombres que más se devanaban los sesos por saber lo que en el particular pasaba, hallábase uno, joven atronado, de lo más lucido de la elegancia y amigo de andarse á picos pardos. Este, visita frecuente de Carlota y que ella recibía con tanto agrado; por efecto de simpatía, que el público, siempre malicioso y murmurador, comenzaba ya á verle como el galán y galán afortunado de ella, habíase atrevido varias ocasiones á preguntarle entre chanzas y veras aunque en balde, qué motivaba el que ya no se viera su brazo. Mas cansado de emplear sin provecho los medios indirectos y de dulzura, picado de no salirse con su intento y azazado por sus amigos, determinóse á descubrir la verdad á todo trance.

Carlota, joven, casada pero sin hijos, esposa pero sin recibir atenciones de su marido, ella que siempre había sido cocada y por lo mismo no podía pasar sin que le dijeran mucho de su hermosura y de las pasiones volcánicas que su beldad engendraba en cuantos la veían; Carlota, pues, no miró con malos ojos al elegante desde

la vez primera que le topó. El tiempo y el trato, ayudados de la ociosidad, fueron labrando en ella: él de simple visita de la casa que al principio fuera, se remontó á pretendiente, y el día que Carlota había tenido el sueño de que hablé poco hace, las cosas habían llegado al punto en que las mujeres y particularmente las casadas, consienten allá en sus adentros en echarse tarde ó temprano á rodar á un precipicio en que nunca se encuentra fondo. El hombre, fingiendo amor, un amor de esos que se apellidan iresistibles, volcánicos, inmensos, había soltado una docena de palabras que todo el mundo sabe y que toda hembra comprende, y la mujer, sin prometer nada ni contestar categóricamente, había dado significación á sus ojos y á sus labios, á su turbación y á su silencio. ¡Carlota no se había comprometido, puesto que se había quedado con la boca cerrada!..... Pero en ciertos lances ¿no es harto consentir el callar? ¿No es el hablar un deber imperioso en varios casos? Y una señora casada ¿no debe por ventura tener siempre expedita la lengua para toda ocasión en que se le requiera de amores, una vez que toda manifestación de esta naturaleza es un ultraje patente hecho á ella?

¡Carlota no tenía hijos! Y los hijos preservan de las malas tentaciones y ameni-

zan el matrimonio, harto monótono y desapacible de suyo.

¡Carlota se creía desairada de su marido! Y el marido debe ser un cortejo de su esposa, para borrarle de la memoria el tiempo en que era galanteada.

El caso es que el hombre consabido, como ya lo he dado á entender, de simple conocido había llegado á ser cortejo, y que la dama estaba en camino de perdición.

Determinado, pues, el galán, á descubrir lo que había de real y verdadero en lo del brazo, se presentó un día con este ánimo en la casa de Carlota.

No quiero transladar al papel las palabras y obras de que juzgó él conveniente valerse para lograr su intento. Solamente diré en resumen que habiendo dado á entenderse más de lo que convenía, la dama se vió estrechada á darse por ofendida, con lo cual, advertido aquel de que estaba á pique de perder todo lo que ya tenía andado, cambió de rumbo, y en medio de las atenciones que para aplacarla y satisfacerla tuvo que poner por obra, al servirle un braserillo para que encendiera su pulido cigarro, saltó una chispa y prendió la delicada manga del vestido, arriba de la sangradura. Para la debida inteligencia del lector importa decir aquí que Carlota, para lucir lo bien formado de su brazo, ya que no podía ostentarle desnu-

do, usaba unas mangas angostas, pegadas á la carne.

—¡Me abraso, don Luis! gritó despavorida Carlota.

Y don Luis sin aturdirse ni perder tiempo en llamar, tiró de la manga y de tal suerte la desgarró, no sé si por satisfacer su curiosidad ó por impedir que cundiera el fuego, que puso á descubierto el brazo, el maravilloso brazo, el brazo único sobre la tierra en perfección y primor.... ¡y al mismo tiempo la señal, la fea mancha de la quemadura!

¡Cuento! exclamará tal vez aquí la amable lectora.

¡Cuento!.... ¿No suceden todos los días cosas que nos hacen decir: Parece cosa de novela?.... Y, por último, créase lo que se quiera, esto que yo estoy relatando no es una pura invención.

Don Luis, á la vista de aquella como llaga, como señal de herpes sintió cuajársele la sangre: ¡en lugar de arrobamiento amoroso tuvo asco!

Carlota vió cruzar rápida por su mente la memoria del sueño fatídico con la representación del mismo hombre de entonces y ahora. Asustada y confusa al advertir que don Luis había descubierto su brazo y visto la onimosa quemadura, quedóse con los ojos clavados en el suelo, y á poco, cuando al levantarlos se encontró con la

expresión de profundo asco que resaltaba en el semblante del joven, paróse azogadamente del muelle sofá, y retiróse á lo más escondido de su casa, donde se mantuvo todo el resto del día lamentando su negra estrella.

. . . . . .

IV

Julia se presentó ante uno de los Secretarios de Estado, quien la recibió con la afabilidad propia de todo caballero.

Después de los primeros remilgos, Julia enteró á su excelencia del asunto que allí la conducía.

Viendo lo comprometido de la situación de la dama y su perplejidad, el señor ministro tomó por su cuenta sacarla del atolladero, con lo cual ella se retiró muy satisfecha.

Es una verdadera dicha el verse uno en aptitud de dispensar gracias, gracias de todas calidades.

Al día siguiente un expreso partió de la administración general de correos, conduciendo una orden para que don Fulano de tal fuese aprendido y reducido á prisión hasta nueva orden por ser sospechoso de conatos revolucionarios. Mas el empleado público á quien fué encomendada

la ejecución de tal orden, siendo amigo del perseguido, le dió secreto aviso de la suerte que le estaba deparada y éste apresuró su viaje á México.

Entre tanto, Julia, sabedora de lo que se había dispuesto para retardar el regreso de su marido y confiada en el efecto de la medida adoptada, de acuerdo con don Jorge concertaba la manera de ocultar á su esposo las consecuencias de su perversa conducta.

Un día se presenta en la casa de Carlota un caballero, solicitando hablar con su marido. Este recibe el recado, sale á la pieza de recibimiento y al ver á la persona que le busca quédase atortolado.

—Acérquese usted, don Jorge, díscle el forastero. Tenemos que hablar en lo reservado.

—Mande usted.

Sentados silla contra silla, los dos actores entablaron una conversación, pero en voz tan baja, que yo no puedo dar cuenta de ella; pero juzgando por la fisonomía de ambos y por su gesticulación, fácil es presumir que hubo reproches muy vehementes de parte del extraño, abatimiento y culpa por parte de don Jorge. En fin, acalorándose más y más aquel, fué alzando más y más la voz, hasta el grado de llegar á los oídos de Carlota la gresca.

Sobresaltada Carlota y temerosa de que

á su marido sucediera alguna desgracia, se hizo presente, y al querer ó no hubo de imponerse, con mengua para su esposo, de que éste gastaba mala conducta y que las resultas de sus últimas torpezas eran la provocación á un desafío por parte del marido ultrajado.

¡Tontería! El desafío, cualquiera que sea su término, ni sirve para restituir la honra empañada ni para proporcionar una venganza: sobre quedar hecha, consumada la ofensa sin remedio, el ofendido corre riesgo de quedar en el sitio.

—¡Ah! ¡pero manifestó que era hombre de honor! exclamarán los partidarios del desafío.

¡Famosa salida! El desafío no tiene virtud de dar ni de quitar la honra, y ya se van persuadiendo de la ineficacia de esta bárbara y antisocial usanza todos los hombres de seso.

Como quiera, el desdichado notable se alegró no poco de que su mujer se impusiera de lo que pasaba, para que la mediación femenil apartara de su cabeza el golpe que le amenazaba.

No trataré yo de trasladar al papel todo lo que ocurrió: sólo sí diré que hubo en el lance más dosis de ridículo que de otra cosa para el hijo de la monarquía.

El ultrajado marido, á súplicas de Carlota, que no dejó de ostentar su brazo

bueno, dignísimo compañero del otro, desistió de su sanguinario empeño, después de haber abrumado de improperios al notable personaje, quien á no haber su adversario quitado el dedo del renglón, hubiera ido á denunciarle á los jueces.

V

Don Jorge, escarmentado con la ocurrencia á que había dado lugar su mala conducta, pidió consejo á un amigo suyo, quien le hizo advertir que no hay felicidad permanente y sólida para un hombre casado, fuera del regazo de su esposa.

Carlota, recordando siempre el crítico lance que había tenido con don Luis, quien había divulgado por todas partes lo que tenía ella en el brazo; Carlota que al recordar el crítico lance conocía el precipicio en cuyo borde había puesto locamente la planta, se guardó muy bien de ponerse en coyunturas comprometidas.

Julia quedó para siempre abandonada de su marido, y hecha la hablilla de las gentes.

En cuanto al esposo ultrajado, se ausentó de la República.

EL PAROXISMO.

I

> Pues ese cielo azul que todos vemos
> Ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
> Que no sea verdad tanta belleza.
>
> ARGENSOLA.

Ya lo ves, lectora mía; profundo é indecibble quebranto debe reinar en esa casa de donde acaba de salir el viático. ¿Qué importa, no es verdad, que el edificio, así por el elegante cortinaje de sus balcones, como por su primorosa arquitectura y su ancho zaguán y sus preciosos coches acuse abundancia en riquezas y comodidad; qué importa esto, digo, para el dolor de los que le habitan? ¿Quién sabe si es un hijo, única y carísima esperanza de una madre que en él idolatra, ó una hija dotada de sobresalientes virtudes, ó un padre, ó...

Quién sabe quién es la criatura que está en el trance postrero?

Lectora mía, déjale que muera, puesto que no está en tu mano prolongarle la vida y que tal vez el moribundo ve sin pena llegarse la muerte á su cabecera. Rézale lo que tu piedad te dicte y pasemos á otra cosa; quiero referirte cosas que te diviertan.

II

El cielo estaba triste; espesos nubarrones le cubrían, negros como la tentación del parricidio.

Bien á pesar de la lobreguez del cielo, en una casa no sé de qué calle de México hay en este mismo día una fiesta brillante: una boda.

Muchas personas han concurrido á celebrar el enlace, y así en los adornos del salón como en el traje de los circunstantes se echa de ver que los novios son bajo todos aspectos de lo más lucido de la sociedad; ahora, por lo alegre de los semblantes de cuantos aquí se hallan no puede menos de entenderse que Himeneo ha entrado en la casa bajo los más dichosos auspicios.

¿Qué importa que el cielo esté cubierto? ¿Acaso la atmósfera tiene nada que

ver con las alegrías ó los dolores del mundo? ¿No sucede más bien que uno sienta el día ligero y pesado, según está ensanchado ó comprimido el corazón? El día tan horroroso hace hoy! Pero también mento, hay una catástrofe, y el que de ella reporta las consecuencias exclama: ¡qué día que está triste y nebuloso el firmaocurre un suceso próspero tal vez á la misma hora, en el propio instante, y aquel á quien redunda provecho, exclama sí, pero con muy otro acento: ¡qué día tan apacible hace hoy!

Sin duda, bien á pesar del cielo, la novia, linda muchacha rubia como nos pintan á los querubines, está rebosando en júbilo. ¿Y el novio? ¡Oh! no hay palabras con que explicar su gozo de una manera que sea bien comprendido. El es muy bien apersonado, lo mismo que ella; él está muy bien plantado, lo mismo que ella, y no hay en toda la sala, llena como está de buenas caras y de lujosos atavíos, quien sea capaz de competir con los novios ora en gracias personales ora en compostura.

¡Gozad, felices hijos de Adán y Eva!

Paladeaos con la dicha que disfrutáis, pues la vida es el banquete del cuitado Damocles....

III

Un "pronunciamiento" está en visperas de estallar. Los conjurados se agitan, la población se mueve de aquí para allí.

Entre tanto, una partida de soldados se introduce en una casa de la calle del Coliseo Viejo, sorprende al que ayer celebró sus bodas, y á pesar de la resistencia ¡débil, ay! de su atribulada y amante esposa se le llevan consigo, arrebatándole de sus brazos.

¡Cuán profundo, cuán agudo es el dolor de la pobre mujer, de la infeliz consorte! Quiere gritar, esfuérzase por pedir auxilio de los fuertes, compasión siquiera de los débiles, pero no puede ni aun proferir sus lamentos, tiene añudada la garganta. Sin embargo, corre desolada, tropezando y cayendo en pos de los que aleves le llevan la mitad de su alma, y después de atravesar con ellos dilatadas serranías, vélos entrarse en un lóbrego castillo que no conoce y de que nunca ha oído hablar.

¿Qué van á hacer allí con su marido, con el compañero que Dios le ha dado para atravesar este valle de lágrimas? ¿Cómo es posible que á la voluntad criminal de un hombre, se arrebate á un marido de

su mujer y sean así separados los que Dios y el mundo han declarado indisolublemente unidos para toda la vida?

La desconsolada esposa se retira á pedir al supremo dispensador de todo consuelo, el consuelo que tanto ha menester en su tribulación profunda. Entrase en una iglesia.

Trás un momento de fervorosa oración, levántase y recordando que su desdichado esposo carece quizá de alimento, provéese de unos sustanciosos panecillos que al paso encuentra, y vuélvese al punto donde ha sido encerrado su marido.

—No se oye aliento humano, dícese para sí la joven, pegando su oído á las verjas del sótano. ¡Dios mío! ¿qué será de él?

Percíbese en esto un lánguido quejido que ella conoce y que le traspasa el alma.

—¡Dueño mío de mi vida! exclama con ahogada voz y tiernísimo acento; ¡aquí estoy yo, aquí está tu esposa querida! Aquí te traigo, alma de mi alma, alimento para que no desfallezcas de necesidad y que así te preste Dios espíritu para....

—¡Ah!.... ¡estoy muriéndome!... Mas no desespero....

—Aquí tengo con que te sustentes, ¡vida mía!... Pero ¿cómo te lo pasaré?..... ¡Ah! aquí, con esta rama de sauce....

Arranca la joven una rama de sauce, clava el pan en un extremo y descuélgale por entre los barrotes de hierro.

Mas de pronto hieren sus oidos voces desaforadas que claman ¡Muerte!. . Oye gruñir por encima de su cabeza un horrenda tempestad, deshecho huracán cimbra los árboles, y como en el dia terrible del juicio siéntese un terremoto terrorifico.

IV

—¡Ay! exclama Eulalia volviendo del paroxismo.

Y abriendo trabajosamente los ojos, percibe en derredor suyo semblantes llorosos y afligidos, y siente sus brazos cruzados y atadas las manos....

Eran las doce de la noche.

V

En el mes de junio del año 1,850, el cólera-morbo asiático esparcía la consternación y la muerte en México.

Eulalia Ferriz, doncella preciosa, de una familia rica de que era la idolatria por sus prendas físicas y morales, apalabrada en casamiento con un joven que la merecía.

la víspera de darse las manos fué acometida de la epidemia.

Desde un principio, lo azulado de la lengua, lo vivo de la sed, lo apagado de la voz, lo frío del aliento, todos los síntomas en fin que caracterizan el período álgido de la enfermedad y que determinan un ataque fulminante del cólera, habían quitado toda esperanza al médico de la casa, el cual era uno de esos hombres sumamente pobres de espíritu cuando se trataba de combatir la epidemia asiática y luchar á brazo partido con ella. En consecuencia, mandóla disponer para recibir la muerte como cristiana, y cada vez más asustado con los síntomas que veía tornarse más y más graves, declaró á los deudos de la enferma que no había en lo humano esperanza de salvarla.

En este punto, es decir cuando acababa de recibir el viático Eulalia, hemos comenzado este relato.

Entre tanto, un paroxismo acometió á Eulalia. Llamóse inmediatamente al facultativo, y éste en vista de aquel símil tan perfecto de la muerte, la declaró bien y debidamente difunta. Y la desconsolada familia, en virtud de la declaración del discípulo de Hipócrates, procedió á vestir y tender á la muerta para mandarla conducir al cementerio.

Pero Dios que sabe un poco más que los

médicos más hábiles y que en el cólera-morbo asiático particularmente, se complace en dar á conocer de una manera patente cuán vana é ignorante es la humana ciencia; Dios dispuso que aquella muerte de Eulalia no fuera sino una suspensión larga y engañosa, pero aparente de la vida.

VI

Eran, pues, las doce de la noche cuando Eulalia volvió de su paroxismo.

Al punto que las personas de la familia percibieron el quejido de la joven, mandaron buscar á un médico.

Hacía un tiempo malísimo: llovía á torrentes.

El médico que había desahuciado á Eulalia, se guardó muy bien de levantarse de su cama, donde muy bien arropado, y temiendo á cada rato ser acometido de la sensible epidemia, no podía conciliar el sueño. Otros varios facultativos se solicitaron en vano, de suerte que á no haber sido por la feliz inspiración de una persona muy allegada á la familia, Eulalia hubiera carecido hasta el día siguiente de todo auxilio médico.

La persona, pues, de que hablamos, ocurrió inmediatamente al hospital de Je-

sás y de allí regresó á la casa de Eulalia acompañado de don Luis Prieto, cursante en medicina habilitado para ejercer entonces.

Don Luis, el modesto pero excelente médico, luego que hubo llegado á la cabecera de la enferma, al advertir en ella un pulso ya perceptible, al ver ir desapareciendo la "cianósis," (1) ir tomando color el rostro, é irse inyectando los ojos, conoció que el período "álgido" (2) cedía su lugar al de la reacción, y mandó al punto aplicar enérgicos estimulantes. Y la Providencia favoreció de tal suerte los esfuerzos inteligentes del modesto cursante, que á la vuelta de ocho días la difunta Eulalia Ferriz se encontraba completamente restablecida, á despecho de la declaración del médico de marras y del fulminante ataque por que había pasado.

Y don Luis, satisfecho de haber arrancado otro semejante suyo de las garras de la mortífera epidemia, modesto y activo siempre, volvió á prestar su eficaz auxilio á los pobres, á los necesitados, para quienes estaban siempre cerradas las puertas de los médicos pusilánimes ó de los médicos que vendían su ciencia á peso de oro.

---

(1) "Cianósis;" color azul.
(2) "Algido;" frio ó de enfriamiento.

VII

Eulalia con su familia buscó en el Pedregal refugio de la epidemia asoladora.

En agosto, cuando la ausencia del cólera-morbo, de México, hubo tranquilizado los ánimos, la joven se desposó con su amante y vive feliz con él.

LA ADIVINACION.

—Vamos, bella gitana, decidme la buenaventura.

—Vida mía, mirad que hay en los horóscopos cosas que suelen espantarnos hasta á nosotras.

—¡Ay, Dios! ¿Pues qué, os parece que habrá algo malo en mi porvenir?

—Tal vez....

—Bueno, bueno; decidme, decidme siempre la buenaventura.

Y así diciendo, la joven que tanto afán manfestaba por saber lo que el porvenir encubre bajo con su gruesa y negra capa y que solamente á Dios es dado ver, extendió, entre temerosa y resuelta, poniéndosele ora encarnado, ora amarillo el ros-

tro, su primorosa mano, muy más propia para excitar pensamientos de amor que no ideas quiromantescas.

¡Oh, felices tiempos! ¡Felices tiempos aquellos en que la superstición y el absolutismo dominando á la par en el mundo, disponían á su sabor de la suerte del género humano! ¡felices tiempos aquellos en que se creía en brujas y encantamientos, en aparecidos y en milagros! ¡Felices tiempos, feliz edad en que á nombre del cristianismo, se quemaba á las criaturas de Dios, y á nombre del monarca, el ungido del Señor, se cometían todo género de violencias y atrocidades! ¡Ay! ¡La filosofía y la civilización lo han echado todo á rodar: tronos, supersticiones, barbarie, absolutismo, nada ha dejado en pie su atrevida, su temeraria mano!

La joven, pues, que se desvivía por saber su horóscopo, extendió su manecita y aguardó con miedo é impaciencia que la gitana pronunciara sus agüeros.

La gitana, con arreglo á las fórmulas de la quiromancía, (1) tomó entre una de las suyas, la mano de la que invocaba su ciencia y con aspecto grave, y mirando de vez en cuando á la cara de la doncella, púsose en aptitud de ejercer su terible ministerio.

No infundía terror la gitana, pues era

(2) Arte de adivinar por las rayas de la mano.

joven y bonita, y no tenia espejuelos, y los espejuelos contribuyen poderosamente á dar á la fisonomía una expresión de extraña gravedad que no pocas ocasiones asusta y desagrada.

Examinó sucesivamente la línea de la vida de la joven, la de la salud, la de la fortuna, el monte de Júpiter, el de Saturno, el del sol, etc.

—Ahora bien, señorita, dijo después de un largo rato de meditación y examen, contando los vocablos que profería y abriendo en toda su extensión sus hermosos ojos y clavándolos en la joven; ahora bien, señorita, vos teneis de ser muy cortejada de apuestos galanes, teneis de amar con mucha ternura, teneis de pasar por más de cuatro desengaños y.... pero ¿veis este color subido del monte de la luna? pues bien, niña de mi vida, ahí está la señal de que vais á tener muchos pesares.... tal vez no casaros con quien querais más, tal vez....

La joven al comenzar á oir esta serie de adverbios de duda, que en su mente se representaban como un acompañamiento de fantasmas vestidos de luto que van pasando por delante de nuestros ojos uno por uno y el último de los cuales trae tal vez á cuestas un cadáver, la joven, pues, retiró presurosamente su mano, como si se la hubiera abrasado, interrumpiendo así á la gitana.

Y por cierto que, sea dicho entre nosotros, nada tenía de pasmoso la predicción de la quiromántica. Que la doncella debería ser muy cortejada, bastaba ver cuán hermosa era para pronosticarlo, y en cuanto á que lo sería por apuestos galanes, harto lo daban á esperar su calidad y sus atavíos; que había de amar con mucha ternura, bien lo advertían lo dulce de su voz, lo apacible de su semblante; en cuanto á desengaños, ¿quién no pasa algunos en esta vida? y por lo que hace á los pesares, ¿no son ellos por ventura la herencia que nos legó nuestro primer padre á todos los que vestimos carne humana?

No fué, según esto, la mano, ni fueron tampoco sus rayas, coyunturas y eminencias, las que sirvieron de motivo para los agüeros de la quiromántica, la cual no pronosticó penetrando en el sancta santorum del corazón de la joven; fué sí, y así sucede siempre, examinando su fisonomía y tomando en cuenta su edad y sus hechizos. Algo pudo haber dicho que tuviera verdaderos visos de profecía y quizá iba á dejar escapar de sus labios ese algo, al tiempo que la doncella retiró su mano.

La gitana se quedó mirando á la joven con cara entre compasiva y adusta.

—Id pues, con Dios, díjole después de un rato, y consuéleos el pensamiento de que hay en el cielo quien pueda torcer los decretos del destino.

Dichas estas palabras, arrancadas quizá por el profundo abatimiento que se advertía en el semblante de la doncella, la quiromántica se ausentó, y la joven viéndose sola, considerando en lo temerario del paso que había dado, tomó el camino de su casa.

II

A los cinco años ama uno á sus juguetes, á los diez á sus amigas, á los quince á su amante: en el intermedio de un año á quince, lo mismo que de sesenta para adelante, tocándose los extremos, no ama uno á nadie.

Loiska amaba; pero no á sus juguetes ni á sus amigas: á lo menos si es que amigas tenía y si es que profesaba afecto á sus amigas, no era por amistosa curiosidad por lo que se había arriesgado á ir á interrogar el porvenir.

Digámoslo de una vez, pues ya lo adivina la amable lectora: Loiska tenía un amante, apuesto doncel, "é pluribus unum," elegido entre muchos. Y este amante, este apuesto doncel, este elegido entre muchos, la amaba hasta la idolatría, si es que no mentían las apariencias.

No sabían los padres de Loiska que estaba enamorada la doncella: menos aún

quién era el objeto de su amor. Entre tanto Loiska vivia contenta sin esperanzas ni deseos; pero una noche ocurrióle al demonio que nos sopla los sueños infaustos, representarle su enlace de ella con Ludovico como una cosa irrisoria, como una cosa imposible.

Grande fué la impresión que el tal sueño hizo en la imaginación de la doncella, y á fuerza de cavar en él vino á determinarse á consultar á una agorera, casta de gente que abunda en todos tiempos y en todas partes y que no se extinguirá mientras la razón esté ofuscada por la credulidad, mina inagotable de los charlatanes de todo género.

Loiska después de haber pretendido recurrir á la adivinación para saber si era posible que fuese cierto lo que soñado había, después de no haber tenido valor para escuchar hasta el fin el pronóstico de la gitana por temor de que la quiromancia confirmase el sueño, regresó triste y pensativa á su casa, donde á poco de reflexionar, hubiera dado la mitad de los días de su vida por no haberse apartado de la agorera sin lograr el objeto que se había propuesto. Había remedio todavia, pues de la propia suerte que había conseguido verse una vez con la quiromántica podia volver á consultarla, á la misma ó á otra cualquiera; pero hay casos en la vida en

que por insoportable que la duda sea, tal terror causa uno de los extremos del dilema que nos presenta la imaginación, que no tenemos valor para sustraernos del tormento de la incertidumbre.

III

Terrible cosa es el odio.

Un odio bien amasado, bien nutrido, bien fermentado con la memoria constante del agravio recibido, se comunica de padres á hijos, se vuelve una enfermedad hereditaria é incurable como la tísis. Verdad es que hoy día casi no se ven de estos odios más que en el teatro, en esos dramas de puñal y veneno que llenan de grato terror el alma de los espectadores; pero no por eso deja de haberlos en el mundo, que también es un teatro. Ahora, si el hijo ó la hija, el nieto ó la nieta por acaso se libró del contagio, no tuvo parte en la funesta herencia, ¡dedichada de ella!.....

Completa discordia reinó siempre entre la familia del conde Astolfo y del barón Rodolfo: opuestos en opiniones políticas, rivales en intreses sociales, contrarios en creencias religiosas, no parecía sino que el demonio de la discordia tenía sentado el real entre ambos. De este desacuerdo, de esta oposición absoluta y constante re-

sultaron agravios recíprocos, y los agravios engendraron odios, y los odios cada día más y más encrudecidos acarrearon rencores mortales.

El barón Rodolfo invadió una vez los dominios de su enemigo, con pretextos al parecer justos, cometió violencias en las personas de los siervos y de las siervas, é hizo en fin, cuantos daños pudo: en desquite, el conde Astolfo deshonró á una hija de su contrario. No es fácil presumir hasta qué punto hubieran llegado las cosas entre el barón y el conde si la autoridad del emperador no se hubiera interpuesto.

Un día, en el castillo de Rodolfo se presentó él, llamado por un caballero de poca edad, quien, introducido que fué á la presencia del barón, el cual se hallaba próximo á rendir el alma, ordenó, por consejo del sacerdote pío que le agonizaba, que fuese puesto en poder del doncel un pergamino cerrado, á condición y bajo estrecho juramento de que no había de abrirle sino hasta el día en que cumpliese los veinticinco años de edad.

Entre tanto, el doncel, en medio de la vida aventurera que llevaba, fué á parar de paje de Astolfo. Acompañaba á la hija de su señor á las cacerías, y una vez que asustado el corcel de ella estuvo á punto de desbocarse, el joven con temerario

arrojo, contuvo al animal y salvó la vida á su señora.

Esto y el continuo trato produjeron el amor entre ambos, amor muy casto y puro, amor muy reservado y cauto, que al cabo, á despecho de la desigualdad de linajes, no era poco probable que triunfase de la repugnancia del conde, pues éste cada día cobraba más cariño al paje.

IV

—Vida mía, no te creas de agiieros. ¿Acaso es cierto siempre lo que se sueña?

—Sí, ¿pero y lo que me dijo la gitana?

—Loiska, señora mía, no hagas caso de gitanas. Y luego, prenda mía, ¿qué fué lo que te dijo aquella mujer, para que así esté tu pensamiento cavando en ello?

—Ludovico, tú eres muy confiado, tú eres muy incrédulo. ¿No has oído algunas veces estando á solas... no oyes ahora mismo que conmigo estás esa ave que entona un ronco y triste canto, y no ves esa otra ave que pasa y vuelve á pasar, volando como una exhalación por encima de nuestras cabezas? ¡Ay, bien mío! ¿piensas que eso no significa nada, crees que esas cosas no son agoreras de mil males?

Ludovico escuchaba con tristeza á su amada.

—Ayer, prosiguió ella, mi padre y señor, estando yo con él á la mesa, habló largamente de su odio á la familia del barón Rodolfo, odio que yo también tengo, y sin embargo en medio de su conversación se interrumpió de pronto y quedóseme mirando con adusto semblante.... ¿Qué puede ser eso, Ludovico; díme, qué puede ser eso?

—Nada, nada, cielo mío. Desecha todos tus temores. Es verdad que yo, pobre de mí, no soy tu igual; pero mañana, mañana, ¿lo oyes, Loiska? mañana es el día crítico....

—¿De qué? preguntó la doncella con terror.

—¡Oh! mañana cumplo veinticinco años.

—¡Ah, sí! y mañana verás á mi padre, te presentarás á él con ese pergamino que no puede menos de revelar cosas muy faustas.... ¡Oh, sí! ¡seremos felices!

Rebosando júbilo y esperanza sus corazones, separáronse los jóvenes, no sin hacerse nuevas protestas de amor, fidelidad y constancia eterna.

Este ha sido el uso, y de muy antiguo, entre los enamorados. No hay sin embargo nada eterno en la tierra. Todo es perecedero en el hombre y el juramento dura á veces tanto como la existencia de la rosa.

V

¿Por qué está Loiska en su aposento bebiéndose con amargo dolor sus lágrimas?

¿Qué se ha hecho el rendido amante, el apuesto doncel que ayer albergaba tantas y tan halagiieñas esperanzas en su pecho?

¡Ah! ¡decía bien el sueño! ¡Ah! razón tenía la gitana.

Ludovico era hijo del barón Rodolfo.

Y el conde Astolfo que había jurado y hecho jurar á su hija que nunca se uniría la familia del barón con la suya, nunca jamás se prestaría á que tuviera efecto el enlace de Loiska con el doncel que ella amaba.

Astolfo, confiado en el amor que le profesaba el conde, le había puesto de manifiesto su origen. Este paso había sido lo suficiente para que Astolfo le despidiera de su servicio, cerrándole para siempre las puertas del castillo....

LUCIANO MUNOZ.

EL FRATRICIDIO.

I

LA CASITA

Era de noche: la luna se elevaba magestuosa entre un trono de blancas nubes, y con sus plateados rayos, doraba la pequeña fachada de una casita que estaba casi oculta entre un bosque formado de pequeños árboles. En todo aquel lugar reinaba un profundo silencio, el cual sólo era interrumpido por una ligera brisa, que meciendo las ramas de los árboles, remedaba el aliento de alguno que duerme profundamente. A pocos momentos se oyeron á lo lejos las pisadas de un caballo que galopaba con demasiada prisa: el ruido se acercó, terminan-

do á la entrada del pequeño bosque. Una luz brilló en la estancia, la puerta se abrió, y se percibieron dos bultos que se estrechaban.

II

EL RAPTO

Las diez sonaban en un reloj colocado en el costado de una espaciosa sala que el lector conoce; en el fondo de ella se encontraba un magnífico sofá, al frente de un espejo, en el que se dibujaban dos figuras bien distintas; una de ellas era una joven de dieciocho años á lo más: su rostro era bellísimo, y su rubio cabello descendía por su mejillas sonrosadas, en largos rizos; su cabeza estaba reclinada en el seno de otro joven de una fisonomía varonil, pero hermosa, sus brazos estaban entrelazados, y permanecían en un profundo silencio. Estaban dormidos. El ruido ocasionado por el reloj llegando á sus oídos, los sacó de aquel dulce letargo.

—Las diez han dado, bien mío, dijo Carlos (este era el nombre del joven) á Catalina que se incorporaba, hora en que tenemos que separarnos.

—¿Te vas tan pronto? exclamó Catalina con un acento demasiado triste. ¡Ah! qué cruel eres.

—No, bien mío, no me acuses de cruel, cuando bien sabes que no está en mi poder el permanecer por más tiempo á tu lado: sabes también cuán gratas me son las horas que gozo de tu vista, y que disfruto de tus encantos; pero el destino, persiguiéndome me condena á no tener sino ligeros instantes de dicha. ¡Oh, cuán desgraciado soy Catalina! ¿y aún me acusas de cruel?

—Perdóname, Carlos, perdóname si te ofendí; pero sabes cuánto te amo, para dejar de entristecerme cuando te ausentas. Son para mí las horas sin tí, un siglo de amargura, el prado pierde todos sus encantos, y aun la naturaleza parece que llora tu partida.

—¿Y tú me pides perdón, exclamó Carlos, tú que eres la misma virtud, tú que padeces por amarme? No, yo soy el culpable, yo que te he entregado en brazos de la desgracia porque me ames, yo soy el que debo implorar tu perdón.

—¡Ah! calla por Dios, calla, dijo Catalina, y los sollozos le impidieron continuar; ambos se levantaron, se estrecharon tiernamente, el crugido de un beso sonó en la estancia, y Carlos se dirigió hacia afuera.

Catalina quedó sola, inmóvil, y cual si un rayo la hubiera herido; sus hermosos ojos, fijos en el suelo, derramaban copiosas lágrimas, y sus blancos y torneados brazos cruzados sobre su pecho. El ruido de un ca-

ballo que se alejaba la sacó de aquel letargo, y exclamó dirigiéndose á la ventana ¡ya partió! Todo quedó en silencio, cuando un nuevo ruido llegó á los oídos de Catalina, y una puerta se había abierto, un hombre penetró en la habitación. Era éste de una estatura elevada, y todo vestido de negro; se adelantó apresurado y tomó á Catalina entre sus brazos, ella dió un grito agudo y se desmayó.

III

EL SUBTERRANEO

Iba la luna en la mitad de su carrera; un viento suave mecía la cima de los árboles, y sólo se escuchaba el canto lúgubre del buho que vagaba en los aires.

Al través de la arboleda que ya el lector conoce, caminaba un hombre con un bulto á cuestas, era Leonardo: su rostro era macilento, sus anchas cejas venían á unirse sobre una nariz corta y remangada, sus ojos eran pequeños y verdosos, y parecían quererse salir de sus órbitas, su mirada era amenazadora, y una risa sardónica aparecía en sus labios gruesos y amoratados; tal era el conjunto de las facciones del hermano de Carlos.

Acostumbrado desde su tierna edad á satisfacer sus menores caprichos, y amando á

Catalina sin haber logrado nunca ser correspondido, no había podido ver con indiferencia que su hermano gozara esta satisfacción, y se había propuesto robarla, en la primera oportunidad que se presentase.

Para este fin procuró á toda costa hacerse de una llave, con la cual pudiera entrar por la puerta del jardín; hecho esto penetró en la casa hasta llegar donde se encontraba Catalina. La robó como antes se ha dicho, y él era quien atravesaba el pequeño bosque con Catalina aún desmayada. Caminó algunas horas por estrechos senderos hasta llegar á un lugar donde algunas ramas cubrían la entrada de una cueva subterránea, tendió su carga sobre el pavimento, separó las ramas, y una abertura se dejó ver; volvió á levantar á Catalina, y se introdujo en aquella mansión de oscuridad.

Pocos instantes después, Catalina recobró el sentido, y se halló en un magnífico lecho con colgaduras de seda, y á su lado Leonardo, que con la mano en la mejilla, esperaba impaciente la hora en que ésta debía despertar de su letargo. La vista de una serpiente hubiera hecho menos impresión en Catalina, que la vista de aquel hombre á quien tanto aborrecía; se incorporó prontamente queriendo salir de aquel sitio, pero él la detuvo con una mano de hierro diciéndole:

—Por fin, estais en mi poder, señora, y no

saldreis sin haber satisfecho mis deseos; si como lo espero, consentís, esta negra habitación se convertirá en otra brillante, y sereis mi esposa, pero si no es así.. .. ..

Catalina no le dejó concluir, diciéndole:

—No creas, hombre cruel, que tus amenazas me intimidan, mira aquí mi pecho pronto á recibir la muerte, pero nunca consentiré en manchar mi honor: sólo á Carlos he jurado eterno amor, y jamás seré de otro

—Es en vano que os opongais para resistir, exclamó Leonardo, pues una prisión perpetua y un continuado ayuno, os harán desistir de esa heroica firmeza.

—¡Oh! monstruo despiadado, jamás me verás sucumbir á tus horrorosos designios, primero la muerte que ser infiel.

—Bien, bien, prosiguió Leonardo, meditad lo que debeis hacer, yo me ausento, pero nunca lograreis evadiros, pues una enorme piedra cubrirá la entrada, y todos los esfuerzos que hagais para levantarla, serán en vano.

Dicho esto, se alejó demasiado pronto, para que Catalina no pudiera haber visto el lugar por donde había salido.

Quedó sola y meditando cuál debía ser la suerte que la aguardaba en aquella mansión de tinieblas; mas sin embargo, de repente cobró ánimo, y quiso escudriñar si había algún sitio, por el que, aunque á fuerza de trabajo, pudiera escaparse; unos gol-

pes dados en la bóveda la dirigieron, se acercó allí, y á muy pocos momentos escuchó una voz que la llamaba por su nombre.

Era Carlos, pues había reconocido ser suya la voz que la llamaba y no le quedaba duda alguna de que iba á ser libertada, y así llena de júbilo exclamó:

—¡Carlos, Carlos!

Dentro de breves instantes éste descendió, y se hallaban en los brazos uno de otro. Al momento, con gran placer, se dirigieron hacia afuera de aquella mansión de luto.

IV

EL CONVENTO

Iba el sol apenas elevándose en el horizonte, y sus dorados rayos doraban la superficie de la tierra. Los pintados pajarillos gorjeaban meciéndose en las ramas, que débilmente agitaba un viento fresco y agradable. La fragante rosa abría sus rojos pétalos, cubiertos de pequeñas esferas plateadas, que el rocío había depositado en su seno: todo era hermoso en esta mañana.

Por un pequeño prado caminaban contentos Catalina y Carlos, de aquel espantoso sitio, en que la primera debía haber sucumbdio al hambre y á la desesperación. Des-

pués de algunas horas de camino, se hallaron á la entrada del pequeño bosque que rodeaba la casa que Catalina habitaba, entraron en ella, y entonces Carlos contó á su amada, por qué extraña casualidad había sabido que su hermano la había robado y conducido á aquel sitio, en que la había encontrado.

—Me alejaba, le dijo, cuando observé que Teodoro mi criado no me acompañaba; retrocedo por averiguar la causa que lo había detenido, cuando lo encuentro que venía hacia mí, le pregunto la causa de su tardanza, y sólo obtengo por respuesta: han robado á la señorita Catalina. ¿Y quién?—Lo ignoro, me respondió Teodoro. Sin averiguar más, me dirijo otra vez á tu habitación, la recorro toda sin encontrarte, salgo precipitado, y al través de la arboleda distingo un bulto; me acerco un poco, y reconozco á mi vil hermano. La desesperación se apoderó de mí en aquel instante, quise acercarme, pero me detuve, temiendo que por no perderte te atravesara antes el impío con un puñal. Considera qué horrorosos tormentos padecería mi alma; mas de repente me ocurrió un medio, que adopté, y al que debes tu libertad; procuré seguirlo á gran distancia, y averiguar de este modo el lugar á que te conducía.

El, decía yo, alguna vez deberá alejarse, y aprovechándome de su ausencia, libertaré á Catalina sin exponerla á su barbarie.

Llegó por fin al subterráneo, lo ví depositarte sobre el césped, apartar las ramas que cubrían la entrada, y después introducirse contigo, quedando yo solo, y entregado á las más espantosas reflexiones.

Pasé toda la noche en la más terrible angustia, esperando con ansia la venida del nuevo día: llegó por fin, y apenas comenzaban á percibirse los objetos, oí un ruido sordo á la entrada de la caverna, dirigí allí mi vista, y ví á mi hermano que salía, colocando después dos grandes piedras en la abertura; hecho lo cual se alejó con presteza; no perdí ni un momento, y ayudado de Teodoro, logré quitar las piedras que cerraban el subterráneo.

Catalina, después de haber escuchado esta relación, contó también lo que había pasado en aquella noche tan terrible para los dos amantes; y cuando consideró que quedaba expuesta al mismo peligro, dos gruesas lágrimas corrieron de sus ojos, y dijo á Carlos:

—Ya para mí acabó la tranquilidad, pues continuamente me veré asaltada por este hombre á quien tanto aborrezco.

—Nada temas, bien mío, contestó Carlos, en lo sucesivo no me separaré de tí; mañana nos uniremos con indisolubles lazos, y no habrá poder que nos haga separar; por ahora me ausento, pero Teodoro cuidará de tí durante mi ausencia, y pron-

to abandonaremos este sitio, en el que no podríamos vivir con sosiego.

Ambos se estrecharon, y Carlos partió, prometiendo volver en esa misma tarde.

V

EL CASAMIENTO

Iba el sol á ocultarse en el ocaso, y con sus últimos rayos doraba las nubes que, rodeando al occidente, presentaban á la vista un vasto incendio.

Las aves gorjeando saltaban en las ramas, buscando el pequeño nido que abrigaba á sus hijuelos, y en el que debían permanecer durante la noche.

El reloj de la pequeña casa daba las seis, y un magnífico carruaje se paraba ante la puerta: Catalina se presentó á la ventana, y vió bajar de él á Carlos, que daba la mano á una señora de edad avanzada, pero de fisonmía amable; era ésta Teresa, madre de Carlos. Su rostro, aunque rugado por la edad tenía cierto atractivo; traía un vestido color de pasa y una cofia, traje sencillo, pero que correspondía perfectamente á su carácter.

Catalina se adelantó á recibirlos, y luego que Carlos la percibió, dijo á su madre:

—Aquí teneis á la mujer á cuyo lado lograré la felicidad.

Esta se ruborizó, é hizo una modesta

cortesía, pero Teresa se dirigió á ella tendiendo los brazos, y le dijo:

—Ven á mi seno, hija querida, tú cuidarás de mi vejez.

Ambas se estrecharon y Carlos, que presenciaba esta escena, no podía ocultar su regocijo. Desde aquel instante sólo se trató de abandonar aquel sitio que tanto tiempo había sido testigo de las caricias de los dos amantes.

Una hora después todos entraron en el carruaje que se alejó velozmente, y Teodoro lo seguía en su hermoso alazán. Caminaron algún tiempo, y ya era bien entrada la noche, cuando el coche se detuvo delante de una soberbia casa, situada en una de las mejores calles de México; entraron en ella, y Catalina se sorprendió al saber que una numerosa concurrencia los esperaba; le hicieron entrar en una alcoba, donde se hallaba junto al tocador un rico vestido de boda, y Carlos le suplicó se cambiara aquel por el que traía, pues en esa noche debían unirse para siempre.

Catalina, enagenada de placer, se adornó con aquel traje, y otras alhajas de gran precio, mientras Carlos hacía otro tanto, y ambos se presentaron en la sala, donde se les esperaba para dar principio á la ceremonia; concluída ésta, los concurrentes se retiraron, y ellos se fueron á descansar de las fatigas pasadas.

VI

EL FRATICIDIO

Un año había transcurrido, en el que los dos amantes gozando de una tranquilidad perfecta, habían olvidado los acontecimientos pasados. Un hijo, fruto de su amor, era el único objeto de sus desvelos, y nada tenían que perturbara su dicha.

Un día se presentó en su casa un hombre que solicitaba hablar á Carlos, éste convino, y Leonardo entró en la sala. Ya no era aquel Leonardo envidioso y terrible, sino un hermano amable, moderado, que venía á suplicar á Carlos le perdonara sus faltas, y ayudara con sus ruegos para que Catalina hiciese lo mismo; Carlos era generoso, no tuvo embarazo alguno en perdonarle, y Catalina persuadida por él, accedió con gusto. Leonardo enternecido manifestó su reconocimiento, ocultando cuanto podía sus siniestros proyectos, y conviniendo pasar con ellos el resto del día.

Llegó la noche, y Carlos se sentó junto á una mesa, á arreglar algunos papeles concernientes á asuntos de familia; había pasado media hora en aquella ocupación, cuando Leonardo le habló de esta manera:

—¿Recuerdas, hermano mío, aquella fa-

tal noche en que te había privado cruelmente de tu querida esposa? pues bien, desde esa noche terrible que siempre ha estado en mi memoria, hice un juramento que no he cumplido aún, y que no descansaré hasta cumplirlo.

Mientras hablaba así, había sacado un puñal que traía oculto, lo que no había percibido Carlos, por estar ocupado como antes se ha dicho, y sin dirigir preguntó:

—¿Cuál es ese juramento?

—El de matarte, contestó Leonardo, hundiéndole al mismo tiempo el puñal en el pecho. Carlos cayó de espaldas revolcándose en su sangre y exclamando:

—¡Asesino de tu hermano, yo te perdono!

—¡Muere! ¡infame! gritó Leonardo, en cuyos labios retozaba una sonrisa convulsiva; muere, y no me perdones, que poco me importa, sólo quiero advertirte, que yo seré el poseedor de Catalina, á la que haré sufrir espantosos martirios para que mi venganza sea completa.

—¡Por compasión, ten.... piedad.... de..... ella! fueron las últimas palabras que Carlos pronunció, y exhaló el postrer aliento. Catalina se presentó en aquel instante en la sala, y á la vista de aquel espectáculo lanzó un agudo grito, sus fuerzas la abandonaron, y cayó desmayada junto al cadáver de su esposo.

Leonardo la tomó en sus brazos, iba á huir tal vez con ella, cuando á los gritos que se habían escuchado un rato antes, los criados alarmados acudieron, y encontrando al asesino con el puñal ensangrentado en la mano, y á Catalina desmayada en sus brazos, lo rodearon al momento preguntando:

—¿Quién ha sido el asesino?

Y él en medio de su delirio exclamó:

—¡Yo! ¿y qué quereis?

—Poneros en manos de la justicia, contestaron indignados.

—Pues bien, replicó, llevadme; pero antes no dejaré con vida á la que adoro, dijo, y hundió el mortífero acero que aún tenía en su mano, en el pecho de la desgraciada Catalina: ésta hizo un sólo movimiento convulsivo, lanzó un ahogado gemido y expiró.

Los que estaban presentes bien hubieran querido evitar este segundo asesinato, pero no les fué posible por tener Leonardo en sus brazos á Catalina. Al momento todos los vecinos acudieron, y á pesar de su resistencia lo condujeron ante la justicia.

Pocos días después se escuchaba por todas partes el grito de "El diario del ahorcado" y en un cadalso situado en el Egido se hallaba el cadáver de un ajusticiado. Era Leonardo.

M. TREJO.

El Martir de la Angostura

Era de noche, y la luna estaba oculta entre las pardas nubes que con lentitud marchaban al occidente, dejando ver de cuando en cuando parte de su disco por algunos intersticios orlados de un color amarillento, que daban paso á la luz que trémula bañaba los bajíos de una árida montaña: su lúgubre silencio era perturbado tan sólo por el silbido de un viento húmedo, que se media entre los arbustos; ningún pajarillo osaba desplegar su canto, ni el murmullo de las fuentes se escuchaba ahí; el ahullido lejano de un perro fué repetido en las desnudas rocas y después resonó de nuevo, aunque fuerte pero distante, disminuyendo gradualmente y con lentitud.... no se oyó

más; el viento soplaba con mayor fuerza y sus ráfagas entraban hasta los estrechos valles: la luna no asomaba ya, pero se advertía en dónde estaba por una aureola plateada que se formaba en las nubes, de donde salía una luz aplomada que, alumbrando apenas los escarpados declives, hacía su perspectiva más silenciosa: al pie de una cureña rota despedía sus últimos rayos una luz pequeña, casi cubierta por las cenizas de una mecha, que iba a consumirse: no se hubiera creído que algun racional había de presenciarlo, porque aquel campo sólo estaba ocupado de cadáveres insepultos: mas sin embargo, del pie de un tronco carcomido por el tiempo, salió una voz sorda cuyas palabras no se distinguieron: yacía ahí un hombre desnudo á cuyos pies parecía estar otro medio cubierto con una jerga

—Qué frio tengo, estoy helado, dijo el desnudo entre los dientes con voz trémula, y después de un corto silencio durante el cual había hecho esfuerzos inútiles para incorporarse, dijo con voz algo más clara pero agitada:

—Me devora esta sed, es insufrible.

Hubo de apoyarse con mucho trabajo en uno de sus codos, y se sosegó para descansar un momento.

—Qué cabeza tan pesada, no me deja mover, decía levantando con mucha pena sus pesados párpados y dirigiendo estúpidas

miradas lateralmente. Pero ¿en dónde me encuentro? repuso lleno de confusión, quedando silencioso y como en actitud de arreglar sus ideas; en esto fijó un tanto los amortiguados ojos junto á sus pies, donde veía blanquear, hizo un esfuerzo para acercarse ahí y reconociéndose con fuerzas mayores, se estiró más y atrajo á sí la jerga que puso sobre las piernas sin perder su postura inclinada, bajó aún su brazo para palpar lo demás que veía ahí, pero ¡cuál fué su sorpresa, al sentir que sus dedos se enredaron entre los sangrientos cabellos de un cadáver! no pudo contener un ronco y ligero grito de terror.

—¡Quién es este hombre! dijo horrorizado retirándose de aquel objeto y sentándose con más facilidad, sintió sofocarse su pecho, helarse la sangre en sus venas, y quedó en un ademán de miedo, que daba á su semblante cárdeno la expresión más imponente; algunos momentos después apoyó una rodilla y sus dos manos sobre el suelo para hacer impulso á pararse, lo que consiguió á pesar de la dificultad que se le puso, tal era el deseo de apartarse de aquel lugar de espanto; dió algunos pasos llevando consigo la jerga que puso maquinalmente sobre su hombro: no siéndole suficientes las fuerzas, cayó sobre sus rodillas, puso una mano en la tierra y pudo sostenerse mientras tomaba aliento para pararse de nue-

vo; lo hizo, y andando con pasos descompuestos no sabia dónde dirigirse; pero viendo cerca un antiguo roble, llegó á su tronco y apoyándose en él, se sentó al pié muy fatigado; después de haber respirado con avidez, tendió una parte de la jerga para reclinarse, dejando la otra sobre su desencajado cuerpo.

—¡Qué debilidad, ya no tengo fuerzas! dijo en tono confuso.

—¿Y en dónde por fin estoy? prosiguió después de haber recorrido la parte izquierda con una mirada lánguida, la que terminó con bajar la cabeza como cediendo á su peso; después la levantó y moviéndola con dificultad decía: ¿mas por qué tan abandonado.... ¿y mis compañeros?.... no hace mucho estaban cerca de mí....¡ah! y también los enemigos.....¿pues no tan encarnizados?..Sí, ya lo comprendo, ya recuerdo prosiguió con pequeños intervalos de reflexión y saliendo cada vez más de su aturdimiento. Pero, según esto yo estaré.... sí, sí estoy herido, dijo acobardado al sentir que un dedo de la mano con que recorría su mejilla izquierda se hundió en parte en el agujero que había hecho ahí una bala.

—¡Oh miserable de mí! exclamó, y solo enteramente solo; parece que he vuelto de mi letargo no más para sentir el peso de mi desventura; mejor me fuera haber quedado sumergido en él para siempre.

No pudo continuar, le interrumpió un suspiro que se escapó de su oprimida garganta, y algunas dágrimas se asomaron á sus empañados ojos; tal era en aquella situación deplorable el abatimiento de su alma rodeada de padecimientos y tétricas reflexiones! mas no se exasperaba aquel patriota porque aún había valor en su pecho.

—¡Qué infeliz es el hombre, y casi siempre se hace de por sí! continuó diciendo interiormente, nace y aún no se desenvuelven sus pasiones cuando siente el corazón herido de ellas, no deja de sorprenderse á las primeras impresiones por serle desconocidas, y éstas estimulándole las esperanzas sedientas de un porvenir lisonjero, le hacen cultivarlas, crecen, les da rienda suelta, se exceden y son por fin monstruosas.

El amor propio es la primera que en el alma nace, pero si se dominara desde sus principios sería virtud útil y freno aun de las pasiones más terribles; mas como está siempre unida al instinto de conservación y procurarse el bien, engendra á la ambición, que como prometedora y lisonjera, el alma le da pábulo y lo da también á tantas que de ella se originan. Se encuentra el hombre en medio de esta borrasca incontrastable, cubre su vista á la razón, sólo mira la ilusión de alcanzar sus ambiciosos deseos.

El atrevido conquistador, esclavo de sus pasiones, arrebata un pendón, desnuda su brillante espada y adelantando un paso dice á su país, disimulando con hipócrita virtud sus siniestras miras: Mi patria, mi cara y adorada patria, digna de una gloria sublime y eterna, necesita un héroe, que con su valor abra paso á los rayos resplandecientes de su nombre para que deslumbre al mundo; yo, yo soy un hombre sabio, tengo valor, y mi brazo es suficiente no sólo para vengar las injurias que se le infieran, sino para rendir á su poder á todas las naciones; mas para esto sólo necesito enormes sumas de dinero, porque valor no. Con estas hinchadas palabras halaga la ambición de sus compatriotas; todo se le aprontа, y bajo cualquier pretexto vuela á otro país; ahí desata enteramente sus pasiones, tala los bosques, incendia las ciudades y todo cuanto toca lo destruye; consigue al fin un triunfo efímero, y ciego de soberbia ya cree que todo está bajo su imperio: colocado sobre una montaña de cadáveres ve con indiferencia que ha dejado sus huellas cubiertas con cenizas y escombros: vuelve á otra parte la cara, y sonriendo ve rodar las lágrimas en las mejillas de las viudas y los huérfanos: alza la vista y cree que es iluminado con el brillo de su gloria; envanecido juzga á los planetas globos despreciables y pequeños para que repitan su

nombre y á los siglos futuros, cortísimos espacios para que recorra su fama....

—¡Insesatos! dijo nuestro herido con una sonrisa amarga, ¿cómo puede llamar gloria á esa serie de crímenes degradantes cuya funesta trascendencia influye sobre las más sociedades presentes y futuras? ¿Con qué atrevimiento le da ese augusto epíteto á la abominable y destructora conducta que más bien lo envilece y hace acreedor á la eterna maldición del género humano?...

Después de una ligera pausa, continuó nuestro soldado absorto en sus reflexiones.

Por otra parte, prosiguió, un hombre no menos soberbio y ambicioso, ve el peligro que amenaza su nación, y trata de aprovecharlo poniendo en practica sus tenebrosos planes para conseguir el fin de los deseos que han sido en tanto tiempo objeto único de sus desvelos, enristra una lanza y dice con voz tronante á sus compatriotas: valientes, seguidme; yo soy hábil, y de buena fe os conduciré á la gloria de los triunfos; salgamos al paso á los usurpadores, yo moriré á vuestro lado y á costa de nuestra sangre pondremos á nuestros pies su atrevido orgullo, y restauraremos á nuestra idolatrada patria su empañado brillo; déseme dinero, que soy íntegro y valiente. Con este dorado discurso arrastra tras de sí millares de patriotas, que á pe-

sar de ir entre ellos muchos cobardes que siguen su ejemplo, son más los bravos y honrados ciudadanos que dejando su hogar, vuelan á sacrificar su sangre por los nobles derechos que defienden; mas esto no hace al caso, porque si siente dificultades á la consecución de sus miras, mueve todos los resortes que juzga convenientes, la intriga infame, la desvergonzada traición, y todos cuantos medios cree oportunos por abominables que sean, no vacila en ponerlos, á pesar de la moral, de la religión y todo buen principio. Se apodera del oro, acopia relaciones con este mismo medio, protege á otros malvados, y piensa que estas bajezas son gradas que ascienden de un lugar que espera llene su ambición; se cree más elevado, y por fin, ya ciego de ilusiones, se supone sentado en el solio de un poder sublime, desde donde tiraniza á los hombres que cree obcecados con el esplendor de su fama, sin advertir que de los numerosos sepulcros que ha abierto su conducta, sube á su ilusorio trono un vapor deletereo que marchita los sangrientos laureles de que está adornado, ni lo ve tampoco nadar en un lago inmenso de lágrimas y de sangre....¡Oh hombre infame y miserable!

¿Por qué tan obstinado en ser el mismo que has sido desde los primeros tiempos, sin advertir siquiera que el menor soplo te destruye?

Interrumpió el silencio el soldado al impulso de sus reflexiones, y pronunció recio las últimas palabras, luego se cubrió el rostro con el brazo izquierdo el que apenas daba paso á sus débiles sollozos que herían el aire tristemente.... Los agudos dolores de su herida le hicieron interrumpir aquella pausa. ¡Oh, qué debilidad qué ardores! me siento desfallecer! y solo, sin asilo alguno, decía quitándose el brazo de la cara, siquiera mi padre....¿y dónde está mi padre, que no hace mucho á mi lado me animaba con su valor? repuso mirando á un lado como para buscarlo, "si habrá muerto," prosiguió, llevando la vista sobre la jerga que cubría parte de sus miembros helados, "si sería el cadáver que acaba de horrorizarme! ¡Oh! qué idea, gran Dios:" añadió examinando con ansia aquella ropa. "¡Oh, sí, él es, él es!!" exclamó fuera de sí, recargando la cabeza en el tronco del duro roble, y alejando de sí con lentitud la jerga. En efecto, á pesar de la escasa luz que le alumbraba, reconoció una manga de jerga que su padre siempre traía consigo en la campaña, y no le quedaba duda que el hombre que había tocado con su mano era él. Poco después salió del estupor en que había quedado sumergido un rato, y dijo en su interior: "padre amado, tú también has sido víctima del furor de los hombres, como yo y otros muchos héroes, que han ve-

nido de buena fe á morir con valor y sin fruto: ¡has muerto tú! ¿y mi madre?..... ¡madre querida, has perdido de una vez á tu hijo y á tu esposo! y quedas en ese mundo á llorar tus desdichas, al lado de mis inocentes hijos, que también han de llorar en su orfandad.....llorarán, sí esos mis tiernos pimpollos, prenda para mí la más preciosa del ser que más amo en el mundo.....de mi esposa, de mi idolatrada y cara esposa, que en medio de esa sociedad inicua va á quedar abandonada y á ser la burla de los malvados. Queda, mi querida, cumple con tu misión de llanto, que yo aquí muero conforme para cumplir con el más santo de mis deberes"....Ya estas reflexiones eran muy interrumpidas, porque no dilataba la muerte en dar término á su vida; "queda, sí" siguió apenas en su mente, "queda con valor, que muy pronto la misma hambre y los padecimientos te consolarán sacándote de esta vida amarga y esa sociedad ingrata que no te ha de consolar, y que olvida que tú también eres mártir por ella; pero un Dios te espera, es bueno y nos ha de consolar. Adiós esposa, adiós mis tiernos hijos, adiós amada madre, que á mí también me espera Dios, si, me espera.....piedad! ¡oh Dios, piedad!!"....

El brazo en que estaba apoyado sucumbió, dió con la cabeza en una piedra, y exhaló el último aliento.

MIGUEL MARTEL.

ELENA

ó

EL AMOR DE UN PIRATA.

I.

Está serena y apacible la noche: el cielo azul y espacioso se estiende sembrado por multitud de ondas nevadas; y la luna, triste y lánguida, recorre aquellos trayentes de nieve derramando su brillo en las verdosas aguas de la mar; uno que otro lucero se ve lejanamente, y acaso llega á desaparecer por algún celage perdido que encapota su luz. Un profundo silencio; soñoliento el cierzo mansamente despliega sus alas, y al pasar va rizando la superficie.... Las nueve dió el reloj y con las últimas vibraciones espiraron los acentos de un canto triste, pe-

ro armonioso.....Poco á poco descúbrese una lancha, agítase la superficie, riela la luna en las ondas, el ruido de la lancha se acerca, y el vaivén de las aguas llega hasta la playa. Parece que viene sola, nadie se mueve y solamente el único ruido que se escucha es el de las aguas, y algunas veces el viento que con son medroso estalla en la vela inflada.

Ya llegó á la playa, salta á tierra un hombre, su edad es como de veinte años, su continente expresa cierta melancolía habitual, pero que daba á su rostro un tinte lleno de suavidad y dulzura, su cabello castaño oscuro no tenía que envidiar al de una dama, su estatura atlética mostraba un vigor sin igual, su cintura ciñe una espada curva, dos pistolas enclavadas en su cinta, y el puño de un estoque asomado en su pecho son sus armas. Este hombre es Jorge, nombrado Bruno el pirata, el ídolo, el anhelo es de aquellos valientes y fieles hombres que le acompañan; mil veces le son deudores de su vida á costa de su propia sangre, pero nunca se acuerda de esto, y al contrario, cree siempre, que el amor y decisión que por él manifiestan, es una pura bondad y no un deber. Se sacrifica por ellos, no los trata como jefe, sino con la mayor dulzura, y aunque nunca se le ha visto reir, porque parece desgraciado, sin embargo, hace por darse un tinte de alegría

en medio de sus vasallos. Estos lo advierten y quisieran tal vez á toda costa hacerle feliz, pero prudentes respetan sus secretos y se consuelan con la lejana esperanza de que algún día serán acreedores á que les abra su pecho.

Al pasar por entre ellos se han formado y le hicieron los honores que merece. Ha dado sus órdenes, y todos las respetan. Mis fieles amigos, aquí esperareis, antes de rayar la aurora nos alejaremos de estas costas: si necesitais de mí, á la menor señal estaré con vosotros. Dijo, y echóse á andar y en breves instantes ha desaparecido de la tropa.

II

Espesos nubarrones cubren la faz de la luna, el viento brama estallando con furioso impulso en las paredes, la luz de los faroles amortiguada ya, no alumbra las calles, solamente el pálido fulgor que sale de una ventana y que reflejaba en la acera opuesta desvenecía la sombra de aquel lugar. Esta ventana pertenecia á un magnífico salón; en una extremidad de él se ve á una joven apoyada en una mesa, cuya fisonomía inquieta demuestra que aguarda con anhinco á alguno.

Esta mujer es bella, como el angel del amor, y hechicera como una virgen dolien-

te; su cabello en hilos de oro finísimo cual cadejos de desarrollada seda, cuía con difusión hasta llegar á la garganta de su delicado pie, cubriendo la mayor parte de los lindos contornos de su pie: su frente es tersa y alba, y sus ojos negros y rasgados son suaves, atrayentes, llenos de encanto y pudor; dos arcos lustrosos de abundantes cejas hacen resaltar más la blancura de su frente y el brillo de sus ojos; sus mejillas, cubiertas por un ligero carmín, no envidian el matiz de la flor; su boca incitante y hermosa; toda ella es delicada como el mismo lirio; un ropaje oscuro de seda cubría sus delicadas formas, cuyos ondulosos pliegues descendían caprichosamente hasta el pavimento; una bugía iluminaba la escena; el cuerpo de aquella mujer aumentaba más su lubricidad, y más allá va á morir en las sombras, dejando casi oscuro el tapiz de las paredes.

De aquella visión mágica un suspiro se dejó oir en el silencio del aposento. Se dirigió á la ventanilla y la abrió, inclinó su estatura esbelta, y repasó varias veces la calle solitaria.

—¡Qué oscuridad, Dios mío!....ni una estrella alumbra en esta noche....yo no sé qué cierto pavor me causa lo frío que está el viento, el zumbido triste que produce al cortarse entre los barandales....¡Ah! yo no sé lo que siente el corazón. No

parece Jorge, y ninguna señal que me indique su venida. ¡Oh! vibra, relámpago macilento, vibra para que con tu luz le vea para que reconozca ese talle gentil al que adoro. ¡Ah! nunca te apagues, fuego divino, nunca, arde, que soy dichosa; y se quedó pensativa dirigiendo á la calle sus miradas.

III

—Jorge, esposo mío, dijo la joven estrechándole entre sus brazos.

—Elena, mi vida, qué feliz soy cuando estoy estrechado en tu seno.

—Cuánto has tardado; creía que no vinieses, que te hubiera sucedido algo en esta noche tan oscura, tan pavorosa....

—¡Oh! no temas por mí....Dime, ¿qué puedo temer siendo tú mía, aun cuando tu amor me hiciera arrostrar todos los peligros....vencer todos los obstáculos con toda la energía de mi alma? Ven; encantadora mujer, sentémonos el uno junto al otro; ven, amor mío, acércate junto á mí, para que con el aura soñolienta aspire el aliento de tu boca....háblame, para que oiga el dulce acento de tu voz, para que embriague mi sentidos. Elena, tú solamente sujetas á esta alma terrible; sí, porque tú eres mi alma, mi Dios:....tú superas a

amor de mi barco y de mis compañeros; sí querida, tú enagenas con tus miradas mis potencias, paralizas mi pensamiento, y no puedo hacer más que admirarte; si mi mano siente el suave tacto de tus formas, mi alma se adormece y lánguida espira al impulso de tanta felicidad. Ni el sol, ni las estrellas, ni esa tela que engalan, tiene la influencia que tú sobre mí; tú haces palpitar con fuerza mi corazón; yo siento arder mi sangre cuando te escucho, porque siento que me abrasa tu amor.

—Jorge mío, dijo la joven con hechizo indefinible ¿estás contento con mi amor? y sus ojos se rasaron de lágrimas....

El joven no respondió, sino que precipitadamente estrecha á Elena entre sus brazos; sus labios se encuentran y algunos instantes quedaban unidos. Dos lágrimas ardientes se desprendieron de los ojos de Jorge, calleron en el rostro de su amada, y corriendo á lo largo de su cuello, se perdieron en su seno.

—¿Por qué lloras, Jorge? ¿Piensas que no soy bastante feliz con que tú me ames? Siempre estás triste, continuamente suspiras, ¿qué tienes? Si eres desgraciado, qué me importa? Yo sufriré contigo tus desgracias, te amaré con más fuerza, con todo el ardor de mi corazón: ¡oh! yo sería más dichosa aún....

—Encanto celestial, sella tu labio hermo-

so y divino, porque es poderoso su encanto, irresistible su hechizo, y el corazón muy mezquino para resistirte; tú endulzas mi existencia y me haces ver lo hermoso de la vida; á tu lado todo lo olvido, sí, todo lo olvido, ya no soy desgraciado.... y si tengo de que arrepentirme, es por tí, mi vida, mi amor.... Oyeme; nací al mundo, abrí los ojos á la luz, y desde entonces mi frente estaba marcada con el sello de la desgracia.... Salí de la infancia, y dotado de una imaginación ardiente, veía los encantos del mundo, sus mujeres hermosas, su lujo, su esplendor.... esa idea que llaman gloria, y todo, todo producía en ella sensaciones sublimes; yo veía un grupo precioso, una procesión de encantadas fantasmas, soñaba yo con ellas y vivía lleno de felicidad, porque creía que todo era verdadero... puse mi fe en el amor de las mujeres; en sus tiernas caricias adoré esa sensibilidad que el poeta pinta en sus concepciones, pero que no ha encontrado; en vano, el pecho lleno de amor y de fuego buscó ese angel, ese ser ideal que se había prometido en sus ensueños.... Entonces, cediendo á el hastío de mi vida, apuré con ansia los placeres de la orgía, conocí á la sociedad y obró en mí la venganza.... pero qué importa, si aún es tiempo de arrepentirse, de gozar de la vida, de apurar una á una sus delicias, sí, porque Dios todo me lo ha dado en tí.... Mira,

angel de candor y de inocencia, la tempestad no volverá á mugir sobre nuestra cabeza, las nubes negras se disiparon ya, y otro cielo más puro, más claro, nos ha de velar; la virgen de la noche estará con nosotros, ella solamente será testigo de nuestro amor, de nuestra ternura; yo estaré junto á tí y recogeré tu aliento, tu alma, con el perfume de las cercanas flores, y tú recostada en mi pecho templarás, hermosa, la hoguera que por tí arde en mi pecho. Oh, siéntate, siéntate beldad peregrina, un momento realizaremos las dulces esperanzas, olvidemos al mundo como si nosotros existiéramos, y esta sala se nos ofrecerá como un edén de delicias....

El joven está en el seno de su amada, el silencio de la noche, el calor de su mullido seno, le hace olvidar todo, ya no es desgraciado, y sólo contempla el rostro del angel que lo embelesa; un deleite indefinible se ha derramado por todo su cuerpo, quisieran hablar, pero su voz expira en su garganta, y el deleite les embriaga totalmente el alma; se inclina la joven, y con la seducción del angel del amor, dirige una de esas miradas aletargadas, de esas miradas lánguidas, melancólicas, sublimes, en fin, una de esas miradas en que se dicen: sólo tú eres mi amor, á tí sólo amo, tú eres el único ser á quien mi corazón adora; yo te doy mi amor, mi vida, mi alma toda.... Al inclinarse,

su cabello se ha diseminado, y cubre ambas faces; el salón está casi obscuro; algunos de los muebles se retratan en los espejos. las mesas del más exquisito jaspe servían de pedestal á varios braserillos en los que se consumían aromáticas sustancias, arrojando un humo blanco y diáfano, que visto en los espejos parecía algún celaje que mansamente se remontaba á las nubes. Todo está en quietud, y sólo el lento ruido del reloj, perturbaba aquella escena silenciosa.

Las doce sonó el reloj, el viento zumbaba con fuerza, súbitos relámpagos cruzaban la atmósfera cuya lumbre serpeaba por el magnífico salón, hiriendo los deleitosos ojos de ambos jóvenes, y allá lejanamente se oía el fragoroso estallido del trueno....

Elena aún continuaba teniendo reclinado el rostro de Jorge, mil juramentos de amor eterno han pronunciado sus labios, que los ángulos de la sala han repetido. De pronto se oyen algunos tiros, se levanta Jorge, toma sus armas y se sale de la estancia, sin que valieran las lágrimas de Elena para quebrantar su honor; crece más la algazara y después todo quedó en silencio.

IV

Habían pasado tres días después de aquella noche; la iluminación que en las más de ellas se veía en aquella parte del edifi-

cio, no se había vuelto á ver. Solamente la ventanilla ha estado abierta, y en ella se ha visto un bulto que no ha podido distinguirse por la obscuridad; algunos movimientos que por intervalos se veían en él, hacían creer que fuese un ser viviente; por lo demás, un busto fabricado allí, y él se confundirían.

Las horas se sucedían unas á otras y la ventana permanecía de la misma manera; la mañana de aquel día estaba hermosa y clara, pero las cortinas descorridas completamente en los balcones, dejaban apenas penetrar la luz; las mesas han perdido su brillo por el polvo que ha caído sobre ellas, los braseros apagados no despiden ningún aroma ya, la ceniza cubre lo más de sus exquisitas labores, el reloj silencioso por falta de cuerda, señalaba las cinco y media; todo parecía haber sido abandonado desde entonces, de ningún mueble se había hecho uso; la tranquilidad que reina allí demostraría la ausencia de los que otra vez la habitaron.

Pero hay allí una mujer, vedla cuán distinta de aquella noche, una cinta negra sostiene su cabello, en sus vestidos se nota el mayor desorden, su garganta, lo mismo que su seno, están en parte descubiertos; su cabello difuso resbala por uno de sus hombros cubriendo negligentemente todas las partes de su descenso. Vedla postrada ante una

imagen de la Soledad. ¡Qué interesante es su figura, cuánto amor inspira, qué irresistible es su presencia! Sus ojos están anegados de lágrimas, sus mejillas pálidas, y las facciones todas de su rostro se ven un poco extenuadas. Tan profundo así había sido el sentimiento. Aquella noche terrible deberá fijar una crisis en el porvenir de su vida.

Cuando Jorge se separó de ella, su alma recibió una de esas sensaciones que se experimentan cuando una chispa eléctrica ha sido desprendida por el dedo del receptáculo que la contenía, una de esas sensaciones que después del primer movimiento externamente produce la abyección y el silencio pero que en el interior desgarran nuestros sentidos; un horrible martirio que gradualmente lacera el corazón como un instrumento que sin filo ni punta trata de introducirse.

Elena, á pesar del dolor tan intenso que recibió su alma, á pesar que sus miembros apenas podían sostenerla, á pesar de que su alma iba casi á apagar en ella el de la vida, tuvo la idea de seguirlo; pero la precipitación con que éste salió, no le había permitido esto. Idea propia solamente del amor virgen, del amor puro é inocente, propio de un corazón que vivirá con el primer hálito del amor, y últimamente morirá si éste es desgraciado, ó si en medio de su carrera encuentra un choque.

Desde entonces, desde aquella hora tan sublime y acaso tan desgraciada para estos dos corazones que habían construído esa cohesión esencial con que se edifica el amor santo y puro, había sido para ella un continuo penar, ni un instante se separa de la ventana, la sofocación que sintió cuando oía aquel ruido confuso y aquellas descargas, el ansia que se apoderó de ella cuando todo cesó, no poder saber cuál había sido el resultado de todo aquello, eso era horrible. La demencia iba á apoderarse de ella en el grado más grande, y á pesar de la lluvia permaneció allí hasta que la luz vino á descifrar el nuevo día.

Cuando Elena vió que la noche había pasado y que no parecía Jorge, un presentimiento de muerte la hizo estremecer, cerró la ventanilla, corrió á un sillón cercano, un pequeño grito salió de sus labios y quedó sin sentido: una que otra lágrima helada y fría al comprimirse sus párpados, cayó sobre sus manos, y la vida parecía haberse completamente retirado de aquel cuerpo tan perfecto, de aquella especie de miniatura que nació para ser admirada. Su cabeza caída hacia atrás, suelto su cabello, parte cubría el respaldo de la silla, parte quedaba detenido en sus faldas, los colores se habían retirado de sus lugares, y abandonada á sí misma, su lindo tápalo se había desprendido, su elegante túnico se acortó un poco

más, y entonces pudo distinguirse un pie diminuto, engastado en un zapato de raso. Su cutis fuera de la blancura del mármol, si no era tan precioso, tan incitante como antes, á lo menos deja ver unas venas sutiles y azules que se dibujan perdiéndose entre el vestido que oculta, aquella postura aquella situación que la hacía ver como á la Venus voluptuosa dormitando ahí.

Algunas horas después había salido de aquel peligroso parasismo, pero su razón no estaba conforme con los signos de la concordancia, sus pasos, su pensamiento su vista, la había reducido á dos cosas, una á aquella ventana y la otra á arrojarse á los pies de aquella imagen. Tres días había pasado así, tres días eternos, tres días de desvelos, de lenta agonía y de continuos dolores. Jorge era su único pensamiento. su destino, la sola idea que su mente concebía, porque él era su vida, porque en él solamente había visto su mundo, su dicha, su felicidad: aquella mañana no se había apartado de los pies de la Virgen y aún continuaba sus súplicas.

--¡ Oh Madre bendita, Madre del dolor, el nombre que tienes, Madre mía, es el nombre de consuelo, es el nombre atractivo con que tú haces llegar hasta tí al desdichado! Dos días ha que lloro, Señora; postrada á tus pies, oh Madre mía! y ni un destello de esperanza, ni el más leve consuelo

que enjugue el llanto de mis ojos. El placer y el encanto que otras veces encontraba al buscar mi pecho tu apoyo y tu amor, ni aún esto, ¡oh Virgen! he encontrado. Oyéme, Señora, luz de mi alma, muéstrame tu semblante, como en aquellos dias en que te ví piadosa.....Cuántas veces, al retirarme de tus pies, al concluir la oración diaria que te hacía, al levantarme, ví tu faz como entre dulce y benigna, y ya entonces te contemplaban mis ojos, rasábanse de lágrimas y lloraba con amor con reconocimiento y ternura.....Pero ahora, Madre divina, parece que has desconocido aquella voz que siempre oía, y mientras te ruego, mientras más te invoco, más me parece que tu faz se enoja, mas el dolor me hiere. Escúchame, Virgen, nunca pensé más que en que mi corazón se fijara en tí.....Pero tal vez tú misma me diste otro destino, mi existencia se halla ligada en la tierra á un hombre, á un joven que desde entonces amé, y que acaso no está lejos de morir.

A tí imploro, Señora, porque tú conoces mi dolor, porque con tu nombre amparas al desdichado en la "soledad" que has padecido.... Sola, vivir sin él, existir sin verle, sin oir su voz....¡Ah! perdona, pero este amor supera al que he sentido por mi padre; yo fuí hecha á semejanza tuya, las dos nacimos para amar;

tu corazón fué criado para amar al mundo, y el mío, como un reflejo del tuyo, para amar un mundo pequeño, formado solamente para mí. ¡Oh! vuélvemelo, Madre mía, vuélvemelo, por aquella amargura que sentiste en el Gólgota, oye mi voz de amor, aquella voz que apenas balbutían mis labios, y ya se empleaba en amarte y bendecirte, en implorar tu protección.

Sus labios han enmudecido; inclinó su cabeza y el llanto copioso se desprendía de sus ojos; sus manos han cubierto su rostro, y se ha quedado en un estado de inacción.....

V

Pocos días después en una mañana la gente discurría por las calles, como si hubiera habido alguna fiesta; el grito de las vivanderas resonaba en las calles y las vendimias se habían acrecentado en todos los comercios de gastronomía; todo estaba en el mayor movimiento. Después de algún tiempo varias cornetas de caballería sonaban en la calle, la gente se agolpaba en las ventanas y balcones para verla pasar.

Un hombre alto estaba en una de ellas, pero baja y contigua á la casa de Elena, díjole á otro que pasaba: amigo, ¿no sabe á dónde va esa tropa?

—Caballero, esta tropa no va, sino que viene. ¿Qué no sabe que ha sido la ejecución de justicia de los que pillaron ha poco?

—¿Cómo, hoy ha sido la ejecución de los piratas? Amigo, este es un beneficio que nos agradecerán eternamente los navegantes.

—Oh, sí, cuentan que uno de entre ellos (y fué al primero que le tomaron la nuez) antes de morir parecía que había perdido totalmente la razón, porque se le vió hacer las mayores extravagancias, y en todas ellas no se separó de sus labios el nombre de una mujer....una tal....Elena.

A este tiempo se dejó oir un grito, un grito tan triste y penetrante, que parecía el último de alguno sobre la tierra; el grito fué tan fuera de lo común, que los dos hombres pararon el diálogo, pero no viendo nada, siguieron en él hasta despedirse.

Después de este día, la casa de Elena estaba cerrada, á nadie se veía entrar ni salir, los días sucediéndose unos á otros iban acumulando en todas sus partes el polvo, y la deteroración propia de las cosas hermosas. El tiempo, verdugo insaciable de todo, iba poco á poco conduciéndolas á su fin. Algunos, que por casualidad habían tenido la dicha de verla y admirarla, compadecían silenciosos la ruina, culpando á sus dueños de indolencia. Otros inquirían

las costumbres de ellos y deducían para sí, que causas muy naturales habrían para producirse de aquella manera. Los vecinos aseguraban cosas horrorosas: quien decía que al pasar había visto una sombra y oído ciertos pasos; otro, que una noche vió á un hombre deslizarse por los balcones y que inmediatamente la casa apareció iluminada, de modo que parecía incendiarse. Cada cual contaba una leyenda llena de misterio ó una fábula, según su humor.

VI

Poníase el sol: con lento paso hundía su faz ardorosa tras de la encumbrada montaña, y sus rayos perdidos por la concavidad de los cielos, tornosolaban algunos celages: de oro parecían los picos de las montañas y sus declives de esmeralda.... Se perdían ya, y al perderse un turbión de sangre pinta, y al momento una luz rosada le sucede....

Aún suena el órgano, y sus acentos mezclados con los de las vírgenes, daban al alma una sensación dulce y lánguida. Habían descorrido el velo que ocultaba á la virgen fundadora de aquellas religiosas, la cera ardía con profusión; cada una de ellas en señal de reverencia mostraba en su ma-

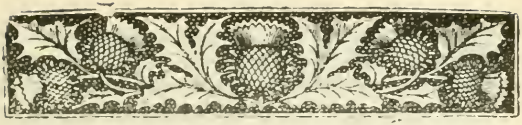
no un cirio, estando formadas en dos hileras una frente á la otra, y presidiéndolas una de ellas mismas: el incienso se remontaba á la bóveda del templo en nubes espesas de humo blanco y perfumado: el órgano sonoro y magestuoso acompañaba aquellos salmos tétricos y sublimes, hechos por aquella inspiración poética y misteriosa que infunde en nuestra alma estas altas religiosas. Aquellas imágenes santificadas por la soledad y el silencio, parece que se adormecían con aquellos cánticos solemnes.....

Sonaba ya el último salmo, la iglesia quedaba sin luz, alumbrada sólo por el brillo rojizo de las lámparas....concluyeron las ceremonias, la gente se salió y las vírgenes dejaban también le coro para ir á sus obligaciones internas; pero una de ellas no volverá á acompañarlas, porque en el coro ha muerto....Esta mujer, rodeada siempre para las demás de un profundo misterio, había sido para ellas el ejemplo de la virtud.

Dos años hacía que vestía el hábito, nadie la conocía sino en su virtud: de todas era mirada, y sólo sí muchas veces, cuando tomaba el lugar más apartado, se le veía solamente sollozar, acompañando sus lágrimas con profundos suspiros. ¡Oh! entonces con qué veneración no la veían y qué efectos tan fervorosos no producía en

el ánimo de las demás: aquella tarde se había visto estar más agitada, dos religiosas la acompañaban hasta su lugar de costumbre, pero esta vez no se oyó ningún lloro, ninguna queja; al ir á levantarla las mismas para conducirla á su celda, la hallaron fría; juntáronse todas para darle algunos socorros... Levántanla, examínanla si aún tiene algo de vida.....pero era tarde ya; al descubrirle el rostro, las religiosas se admiraron de su extraordinaria belleza, aunque sus facciones algo gastadas habían disminuído de alguna manera la hermosura del conjunto. Al levantarla cayó un relicario, era un retrato en el que había un hombre y una mujer; en aquel decía Jorge, y en el otro Elena.

ANONIMOS



El Crucifijo de Plata.

I

ANTONIO

No lejos de la ciudad de.....vivía hace algunos años un anciano venerable, rodeado de todo lo que puede porporcionar una conciencia tranquila, y una larga vida consagrada á un trabajo asiduo y penoso, cuyos frutos se han recogido para asegurar en el último tercio de la existencia del hombre, un bienestar lleno de dulzuras.

Pedro Díaz había servido en las compañías presidiales durante su juventud, peleando valerosamente con los bárbaros que hacían sus frecuentes excursiones en las provincias del Norte de la Nueva España. Separado del servicio activo de las armas,

se había retirado á los veintiocho años de edad, cubierto de honrosas cicatrices, á una aldehuela situada en la provincia de Veracruz, de la que era oriundo, labrándose por medio de las faenas tranquilas del campo, á que se había dedicado, una fortuna, que sin ser considerable, bastó al cabo de pocos años para satisfacer las necesidades de su reducida familia poniéndola al abrigo de la mesiria.

Cuando Pedro partió para las provincias del Norte, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para separarse de su suelo natal, del que sólo lo arrancaba la miseria y el deseo de no ser gravoso á la numerosa familia que sostenían su padre y sus hermanos mayores, á costa de grandes fatigas; pero bajo nuestro cielo ardiente las pasiones del hombre se despiertan más pronto que en otro clima más templado, y Pedro, aunque muy joven, amaba ya con delirio á una niña tan pobre como él, pero adornada de todas las virtudes naturales que brillan en la soledad y en el retiro de los campos que se hallan retirados de las ciudades.

Durante todo el tiempo que Pedro se vió separado del lugar donde habían trascurrido los días tranquilos de su niñez, del teatro donde había sentido latir su corazón á impulsos de un primer amor, tan puro como el hermoso cielo de su patria, no se apartó un momento de su imaginación el recuerdo de esos días felices ni la imagen

de la mujer á quien había consagrado su corazón y su vida. En medio de la borrascosa existencia del soldado, no manchó ni la sencillez primitiva de su carácter, ni olvidó en placeres ó pasatiempos impuros los preceptos de la religión que le habían inculcado sus padres desde sus más tiernos años, ni los juramentos que había hecho á la mujer que adoraba.

A su vuelta, el Omnipotente, en su inefable bondad, premió las virtudes de Pedro, y al fin se vió unido á la linda Mariana, cuyo recuerdo le había acompañado en su vida azarosa, y cuyo amor le había llevado hasta el puerto donde debía encontrar la tranquiladad deseada, cual un faro que guía á un navegante en medio de una tormenta.

En su ancianidad, Pedro se veía rodeado de una esposa fiel y cariñosa, y de dos hijas, Guadalupe y María, en las que veía brillar todos los encantos que adornaron á la que les dió el ser en su juventud, y con las virtudes que desde su infancia les había presentado de ejemplo.

Apenas puede formarse una idea exacta del hermoso paisaje que rodeaba á la cabaña de Pedro, situada á un cuarto de legua de la aldea donde había visto la luz primera: estaba como reclinada á la falda del "Cofre" de Perote, dominando por todas partes, perdida entre la inmensa mole de la montaña, esos bosques majestuosos y que aún en nuestros días no sería aven-

turado considerarlos como vírgenes que rodean á el Cofre. A su frente se veían los diferentes senderos que unen á las pequeñas poblaciones que se encuentran regadas por todas aquellas cercanías, donde reina una primavera eterna, donde la frescura de los bosques, el encanto y la variedad de una naturaleza lazona, y el silencio profundo que inspiran en esas soledades; silencio que sólo se turba por el encanto de los millares de pajarillos que pueblan esos montes, ó por el murmullo de los arroyos que corren por entre sus barrancas, y que en su imponente majestad inspiran una veneración profunda hacia el Supremo Artista que con su pensamiento llegó á crear el conjunto inexplicable de séres que forman el todo armonioso que se llama "naturaleza."

La cabaña de Pedro, aunque ya hemos dicho que con su trabajo se había puesto al abrigo de la miseria, no se distinguía en nada de las demás de su clase que diariamente se nos presentan hoy á la vista, á muy poca distancia de nuestras ciudades más populosas y opulentas. Consistía en una pieza amplia que servía á la vez de sala, alcoba y comedor, y otra choza más reducida y enteramente independiente de la anterior, hacía oficios de cocina.

Fatigado ya el anciano por la edad, no podía atender al cultivo de sus campos, ni

tampoco podía cuidar de una reducida manada de ovejas. Esta razón, además de su natural benevolencia, le había hecho adoptar como á hijo á un joven que quedó huérfano y abandonado en la aldea cercana.

Antonio era digno del afecto que le había manifestado su padre adoptivo: dotado de un corazón sensible y de una imaginación poco común, estudiaba en el gran libro de la naturaleza, que desde su niñez se había presentado á su vista. En medio de las escenas agrestes y majestuosas que por todas partes lo rodeaban, hallaba Antonio una nueva prueba del poder infinito de su Creador; su religión era pura, su alma noble y generosa estaba libre de esos temores supersticiosos que regularmente son como una necesidad para los sencillos habitantes de los campos. Había estudiado á la Creación, comprendía todos sus encantos, y todos los secretos que ésta encierra los respetaba, los admiraba, y aunque sin comprenderlos, no los temía. Este privilegio, por decirlo así, con que se hallaba dotado, hacía que su alma fuese susceptible de recibir qualquier impulso hijo de la generosidad y todo en él anunciaba un corazón varonil, noble y generoso.

Sus cualidades físicas no eran menos notables: hijo de las montañas, en su persona se veía el tipo orgulloso y puro del zempoalteca: nuestros indios de las ciuda

des se distinguen por un sello de bajeza y de astucia que llevan siempre impreso en su fisonomía, el que continuamente nos hace recordar que esos séres desgraciados no olvidan que ellos fueron en un tiempo los dueños absolutos de este suelo, y que muy lejos de considerarnos como á sus hermanos, como á hijos de una patria común, nos temen como á usurpadores de sus bienes, alimentan hacia nosotros el odio inveterado que el esclavo abriga siempre contra su dueño.

Muy lejos de ser este el rasgo distintivo de la fisonomía de Antonio, en ella se leía la benevolencia, la bondad sin humillación, y sus ojos vivos y expresivos se veían animados por esa seguridad y ese fuego que les comunica la conciencia de su propio valor, y un sentimiento arraigado de noble independencia.

Cuando se veía á Antonio perdido en medio de profundas meditaciones y apoyado en un árbol contemplando á la naturaleza, se le habría tomado por su actitud, llena de esa gracia natural que en vano ha querido imitar el arte, por uno de esos héroes ó semi-dioses que nos han descrito en sus poemas los poetas de la antigüedad.

Al joven indio lo unían mil lazos de afecto á la familia que lo había acogido en su seno. Profesaba á Pedro y á Mariana un cariño respetuoso, y á las hijas de estos

ancianos virtuosos les manifestaba el amor tierno que un hermano tiene por una hermana. Hasta hacia muy poco había reinado entre estos tres jóvenes una confianza ilimitada, su cariño no lo había turbado ni la más leve disputa que tan amenudo se suscitan entre los niños de su edad, oscureciendo con sus nubes pasajeras el horizonte límpido de su dicha; pero á medida que crecían, se había notado que en las muestras de afecto que se daban Antonio y María, comenzaba á reinar una especie de reserva, que sí sorprendía á los ancianos, los mismos jóvenes no podían explicar su origen.

Muy pronto, sin embargo, una circunstancia imprevista vino á dar á conocer toda la fuerza del amor que unía á estos jóvenes.

En una noche del año de 1,812, el anciano, rodeado de toda su familia, estaba arrodillado delante de una imagen de la Virgen, á la que herían los rayos opacos de la vacilante luz que despedía una lámpara; la familia cristiana rezaba el rosario: á pesar de la tranquilidad que en apariencia reinaba en medio de esta escena patriarcal, se notaba de vez en cuando una especie de inquietud que en vano trataban de disimular todos los actores de esta escena solemne; la voz grave y trémula del anciano que repetía las palabras de consuelo de las ora-

ciones santas, era más insegura que de costumbre, y distraídos y como á su pesar, volvían todos muy á menudo la cabeza hacia la puerta de la cabaña, escuchando ansiosos el menor rumor que turbaba el sueño profundo de la naturaleza dormida.

Cuando concluyeron sus oraciones los habitantes de la cabaña, todos ellos guardaron un silencio profundo que se interrumpía á veces por los sollozos mal disimulados que exhalaba María á su pesar, derramando abundantes lágrimas.

Mariana debió notar la agitación inusitada que dominaba á su hija querida, si fué así tal vez.

Su corazón de madre penetró por primera vez el pensamiento oculto que abrigada su hija; tal vez conoció que su alma inocente y tierna estaba poseída de una pasión cuya intensidad era desconocida á la misma joven que era víctima de ella, y con ese tacto exquisito que distingue el corazón de la mujer, respetó el secreto que María revelaba á su pesar.

Mariana no tuvo dudas; conoció que María amaba y que el objeto de su amor era Antonio, pues la ausencia de éste era la causa del desasosiego que reinaba entre toda su familia adoptiva.

El joven había ido á la ciudad inmediata y debía estar de vuelta en la cabaña desde hacía algunas horas.

Ya la luna empezaba á derramar su luz pálida entre aquellos bosques, plateando con sus rayos las cimas majestuosas y pintorescas del Cofre y el Orizaba, y sin embargo, Antonio no parecía. El anciano desasosegado, salió á la puerta; pero después de esperar en vano un largo rato la vuelta del que todos aguardaban con ansia, entró á la cabaña y pidió la cena.

María espiaba con angustia los menores gestos de la fisonomía del anciano, que era bastante expresiva, pues no sabía cubrir con la máscara del disimulo los sentimientos que se agitaban en su pecho para sosegar sus inquietudes ó ratificar sus temores, según lo que sus ojos inteligentes descubrían en ella.

Ya servida la cena, María dió un débil grito y se adelantó involuntariamente hacia la puerta. Su corazón no la había engañado, á poco entró Antonio.

Un rayo de gozo iluminó el semblante celestial de María, su cariñosa madre se sonrió, y la joven, con ese instinto de pudor que Dios ha puesto en el corazón de la mujer, se ruborizó, porque hasta ese momento tuvo la conciencia de que se había dejado dominar por sus sentimiento, y sus mejillas de rosa se ennegrecieron al verse tan bien adivinada.

Antonio dió cuenta al anciano de su comisión, y se quedó pensativo en seguida

sin haber dado ninguna explicación á su tardanza.

La cena fué silenciosa.

Cuando concluyó, cada uno de los habitantes de la cabaña se retiraron á dormir. después de terminar todos los quehaceres domésticos, y sólo el anciano y Antonio se quedaron sentados á la mesa, aunque sin hablar.

—Padre mío, dijo por fin Antonio, rompiendo el silencio que hacía tiempo reinaba; hace dos años, cuando un sacerdote venerable dió el grito de libertad en un pueblo lejano de nuestra patria, quise ir á unirme con él, porque ese grito había hallado un eco en mi pecho, porque esa palabra de libertad conmovió todas las fibras de mi corazón, y conocí que era un deber sagrado volar al lado del anciano valeroso que iba á pelear por un pueblbo al que pertenezco, por una patria que es la mia.

Entonces me dijo vd. que aún era muy joven para entregar mi vida á los azares de una guerra encarnizada, me mandó vd que me quedara, obedecí ese mandato, el único que me ha sido penoso cumplir, y aguardé. Hoy ya no soy un niño, soy un hombre; vengo de la ciudad, y sé que la sangre corre á torrentes por conquistar ese don precioso que se llama libertad: las víctimas caen á millares en los patíbulos y en los campos de batalla; pero muy lejos de lograr

ahogar por este medio nuestros opresores el noble impulso que nos dió un anciano, por cada héroe que perece se presentan mil valientes en su lugar, deseosos de vengar su sangre, y todo el país que un tiempo dominó nuestra raza, está sobre las armas, y sus hijos combaten decididos por alcanzar su libertad.

En mis venas, padre, siento correr la noble sangre de la raza zempoalteca, me avergüenzo de mi inacción, y quisiera ir á tomar parte en los combates y en los peligros que diariamente amenazan á mis hermanos: ¿me permite vd. al fin que vaya á unirme á ellos?

Pedro miró fijamente al joven; de sus ojos, débiles ya por la edad, se desprendieron dos lágrimas; pero en los de Antonio vió brillar todo el fuego del entusiasmo que lo animaba y no se atrevió á detenerlo por más tiempo.

—Sí, Antonio, le dijo; ve, y Dios te protegerá.

—No marcharás, exclamó María, presentándose de repente delante de ellos, bañada en lágrimas, porque si te vas, Antonio, creo que moriré.

II

AMOR DE ÁNGELES

María era una de esas jóvenes preciosas que desarrollan con fuerza su naturaleza vigorosa bajo el ardor de los climas meridionales. En su fisonomía divina de catorce años y en sus ojos de fuego, se veía la lucha en que se hallaban empeñadas su infancia y su juventud. Su tez rosada presentaba la finura de la seda, y en su talle desarrollado se veían marcadas con fuerza todas las formas que los estatuarios buscan en un modelo pérfecto. Educada en medio de las soledades en que había visto la luz primera, su corazón era incapaz de disimular sus impresiones, y su alma era susceptible de recibir cualquier impulso generoso. Difícil es señalar cuál puede ser el porvenir que le está reservado á una joven que, como María, no ha aprendido á dominar sus pasiones, que en su inocencia se deja arrastrar, sin presentar ninguna resistencia, por ese desvarío frenético que nos presenta mil ilusiones halagüeñas en nuestra primera juventud, y al que se llama "amor."

María amaba á Antonio; tal vez hasta la noche precedente ella misma ignoraba qué sentimiento era el que abrigaba por su her-

mano adoptivo, cuando el temor de una separación que podía ser eterna, y la imagen horriblbe que le presentó su imaginación de los peligros á que iba á verse espuesto su amante, le hiciera conocer que el joven era el principio de vida que hacia latir su corazón.

Ya lo hemos dicho, su amor era tanto más intenso cuanto que María no supo que amaba sino hasta el momento en que ya no pudo poner ninguna resistencia á su pasión: además, si antes lo hubiera adivinado, habría tenido la seguridad de que su cariño era correspondido, porque habría comprendido los sentimientos de Antonio y también porque podía contar con que su pasión sería santificada por la aprobación de los autores de sus dias y la bendición del Omnipotente.

Pero la joven no había tenido tiempo de hacer estas reflexiones; creía que el cariño que la unía á Antonio era sólo un cariño fraternal, y hasta que no amenazó su dicha la separación, la muerte tal vez, no conoció que en el sentimiento que le inspiraba el compañero de su infancia, se concentraba toda su felicidad, y que le era preciso para vivir unirse á Antonio eternamente. Su pasión, una vez desbordada, podía conducirla en pocas horas ó á la suprema felicidad, ó á una desesperación que rayara en demencia.

Antonio por su parte amaba á María con igual frenesí; cuando su pensamiento aletargado se despertó, éste le comenzó á presentar en mil ilusiones engañosas esa dicha que sonríe al hombre en sus primeros ensueños: en todas ellas se aparecía á su vista, tomando mil formas caprichosas, la angelical María, y familiarizado con estas imágenes no pudo ya formarse una idea de felicidad sin la joven, que tantas veces le había sonreído en sus sueños.

Pero en el corazón varonil de Antonio se abrigaba otra idea que había dormido hasta el momento en que se la personificó el venerable Cura de Dolores. La palabra mágica de libertad, de la que tanto se ha abusado en épocas posteriores en nuestro desgraciado país, se le presentó á Antonio con todo el atractivo de las ideas que despierta en el alma grande y generosa de un ser que ha nacido con un germen de independencia, y creyó que era un deber sagrado para él volar á salvar á su patria antes de unirse á su María.

Deseaba llegar á alcanzar la felicidad suprema que ésta le prometía con su amor; pero antes quería hacerse digno de este premio, y para ello quería poseer á la joven cuando ya la anttigua patria de sus padres se viera libre de sus conquistadores. Por eso desde hacía tiempo quiso ir á combatir al lado de los valientes que peleaban

por elevar la colonia de la Nueva España al rango de nación libre é independiente.

La inesperada escena que tuvo lugar cuando el anciano Pedro acababa de permitirle que fuera á satisfacer sus más caras inspiraciones, fué la señal de un combate rudo que se empeñó en su corazón, entre su amor y su deber.

Su orgullo se vió satisfecho con la confesión involuntaria, pero sincera que acababa de escapársele á su adorada María en el parasismo de su aflicción: ella le aseguraba el porvenir de dicha que había soñado tantas veces: la lucha que sostuvieron los dos sentimientos encontrados que se abrigaban en su pecho fué terrible, pero corta, y en un carácter como el que adornaba á Antonio, la victoria no era dudosa:—el deber hizo callar al amor.

Al día siguiente en el que tuvo lugar la escena que referimos en el capítulo anterior, el sol brillaba en el firmamento y toda la naturaleza parecía haberse vestido con sus galas más esplendorosas, como si quisiera burlarse del dolor que se había poseído de esos dos jóvenes, tan dichosos hasta entonces.

Entre los hermosos lugares que rodeaban á la cabaña de Pedro, había un vallecito regado por las aguas límpidas de un arroyo, que era uno de los lugares favoritos que nuestros jóvenes habían elegido mu-

chas veces, dirigiendo hacia aquel lado sus pasos para admirar juntos las maravillas de esa naturaleza encantadora y lozana que amaban tanto y que tan indiferente se mostraba ese día á su dolor.

Maquinalmente se dirigieron ambos al lugar predilecto de su corazón. Cuando se encontraron en él, no pudieron hablarse; la emoción embargaba su voz; pero no tenían necesidad de palabras para expresar todos los sentimientos que los agitaban. Sus ojos, en ese lenguaje que es desconocido para los indiferentes y para los hijos de los climas fríos del Norte, expresaron en un momento, con una elocuencia inexplicable, los sentimientos que los animaban y que no habrían podido explicar en ningún idioma. De repente se llenaron de lágrimas, y por un movimiento simultáneo, dominados por una mutua atracción magnética, se echaron en brazos uno de otro y confundieron así por algún tiempo sus lágrimas y sus caricias.

—No partirás, Antonio, balbuceó la joven.

—Sí, María, no te opongas á esta partida; muy poco tiempo estaré separado de tí; cuando diariamente mil víctimas generosas van á ofrecer su sangre y sus vidas en las aras de la patria, yo no puedo permanecer impasible; ambiciono tu amor, María, me es más caro que mi vida; pero

por tí y por mí es preciso que por algún tiempo me separe de mi amada; quiero pelear por tu libertad, quiero hacerme digno de tí, María adorada, y si hoy no supiera dominar mi amor, si mi pasión ahogara en mí el deseo noble que tengo de combatir por la libertad del suelo que me vió nacer, si no fuera á vengar los ultrajes de que ha sido víctima mi raza por espacio de tres siglos, tal vez llegaría un día en que me despreciarías. Más felices nosotros que nuestros padres, María, hemos salido del estado de abyección en que nos ha tenido sujetos una mano de hierro que pesaba sobre nosotros, y victoriosos podremos en adelante ofrecer á nuestros hijos y á nuestras esposas libertad y patria.

María lloraba sin poder articular una palabra; su dolor era intenso; el lenguaje que Antonio le hablaba, á la vez que destrozaba su corazón amante, le era grato oirlo, porque esas palabras hallaban en su pecho un eco que las aprobaba, y en medio de su dolor estaba orgullosa, porque veía á su amante digno de ella, lo veía apasionado, generoso y valiente.

La joven no quiso oponerse por más tiempo á la firme resolución que había tomado su amante, aunque un pensamiento triste se presentaba sin cesar á su imaginación.

—Pues bien, Antonio, dijo al fin María;

supuesto que es preciso, parte, ve á cubrirte de gloria, marcha á combatir con tus hermanos por esa libertad que nos pertenece. Entretanto, ya sabes cuánto te amo; yo esperaré resignada tu vuelta, y mientras dure tu ausencia, el recuerdo de los juegos inocentes de nuestra niñez, la memoria de este instante en que tal vez vamos á separarnos para siempre, me dará valor para aguardar tu vuelta y gozar al fin toda la dicha que con tu amor me he prometido. Ya no es tiempo de disimular, Antonio; te amo más que á mi vida, y el día que tú mueras, mi alma irá á unirse contigo en el seno de ese Dios que ha puesto en nuestros corazones esta llama que nos da vida y nos devora á la vez, para no separarse jamás de tí.

—Mira, Antonio, añadió María sacando de su seno un Crucifijo de plata; ya sabes que esta prenda me la colgó mi madre al cuello desde que nací; hoy te la cedo para que la imagen divina del Crucificado que en ella se representa, te proteja en los peligros que te van á rodear, y para que en medio de la vida azarosa en que te vas á ver envuelto, te recuerde á tu pobre María; pero antes de dártela quiero que ella sea un testigo de nuestro amor, de nuestro dolor presente, y que sea una esperanza que nos prometa la dicha futura. Júrame, pues, sobre ella, adorado mío, que me amarás siempre,

que serás mi esposo, y que tu amor, como el mío, sólo concluirá con la vida.

—Te lo juro, dijo Antonio, ebrio de felicidad. Te juro, mujer celestial, por esta imagen que nos ve, que te amaré siempre y que muy pronto volveré á unirme contigo.

—Gracias, esposo mío, dijo María.

—Y yo, dijo Pedro apareciendo de repente, yo que he oído vuestros juramentos y que aprúebo vuestro amor, soy testigo de ellos y os bendigo.

Ambos jóvenes cayeron á los pies del anciano, abrazando sus rodillas y bañando sus manos de lágrimas.

. . . . . .

En la noche de ese día, Antonio se preparaba á partir: la luna, como en la anterior bañaba con su luz pálida el hermoso paisaje que rodeaba la cabaña del veterano: el murmullo sordo de un arroyo lejano que en su curso caprichoso formaba innumerables cascadas por las peñas por donde corría, y el ruido suave de las hojas agitadas por la fresca brisa de la noche, turbaba únicamente el silencio majestuoso y profundo en que parecía estar sumida la naturaleza.

Por el sendero que de la cabaña de Pedro conducía á la ciudad, marchaban en silencio cinco personas, agitadas todas ellas por diversos pensamientos, aunque unidas

todas por el lazo común del dolor que las afligía.

Pedro y su familia, pues no eran otros, se detuvieron en una de las vueltas caprichosas que daba el sendero que seguía las sinuosidades de la montaña y el anciano con voz grave dijo:

—Ya es tiempo de separarnos, hijos míos.

Un extremecimiento convulsivo agitó á todos los que oyeron estas palabras.

Antonio se adelantó algunos pasos, y arrodillándose delante de Pedro y de Mariana, les dijo con voz trémula:

—Padres míos, voy á cumplir un deber; bendigan ustedes á su hijo adoptivo.

Ambos ancianos pusieron las manos sobre la cabeza del joven indio, y lavantando los ojos al cielo, le bendijeron.

Antonio se levantó con nuevas fuerzas para llevar á cabo la penosa resolución que se había impuesto. En ese momento, adelantándose el anciano, le presentó una carabina que llevaba en la mano, y le dijo con solemnidad:

—Toma, hijo mío; por tus venas corre la sangre pura y noble de los hijos de Zempoala. Toma esta carabina, estas balas y esta pólvora; son los últimos restos que conserva un soldado viejo; marcha á combatir por tu patria, y cuando vuelvas á entregarte á una vida más tranquila, ya sabes que dejas una esposa que te aguarda impaciente.

Antonio recibió, sin poder pronunciar una palabra, el presente que le hacía el veterano; dirigiéndose en seguida á su prometida:

—Adiós, María, le dijo; vuelvo á repetirte los juramentos que esta mañana te hice; el Crucifijo, prenda de tu amor y testigo de ellos, no se separará de mí hasta que yo no haya exhalado el último suspiro; sólo entonces podrán arrancarlo de mi corazón; tú, esposa mía, conserva esta corona, añadió, colocando en su frente divina una tejida de mirto, y recuerda á tu Antonio. ¡Adiós! adiós, hermanas.

—Adiós! murmuraron María y Guadalupe.

Cuando otra sinuosidad del sendero ocultó á Antonio á la vista de su familia, que lo había seguido con los ojos á la pálida luz de la luna, María sintió que la abandonaban sus fuerzas y tuvo que apoyarse en su hermana para no caer.

En ese momento se oyó el chillido lúgubre de una lechuza que atravesaba por aquel paraje.

María dió un grito, exclamando:

—¡¡Ya no lo volveré á ver!! y cayó sin sentido. Cuando volvió en sí, merced á los tiernos cuidados que le prodigaban sus padres y su hermana, comenzó á derramar abundantes lágrimas, y apoyándose en ellos, volvieron á la cabaña con la cabeza

inclinada y guardando todos un silencio sepulcral.

III

EL CAPITÁN INSURGENTE

Algunos meses después de las escenas que acabamos de referir, Antonio, que había peleado valerosamente al lado de uno de los héroes que más se distinguieron en las guerras de nuestra independencia, se vio elevado al rango de capitán del ejército americano por el generalísimo don José María Morelos, antiguo cura de Nacupétaro y Carácuaro, quien hacía temblar en esa época al gobierno virreynal, dándole el mando de una guerrilla, y dejándole en libertad para que hostilizase, por cuantos medios estuviesen á su alcance, al enemigo común.

Antonio correspondió dignamente á la confianza que su general había depositado en él, y su nombre inspiraba terror á los españoles, pues con su corta fuerza, repetidas veces había hecho morder el polvo á sus enemigos, superiores en número y disciplina, aunque no en valor ni en entusiasmo por la causa que unos y otros defendían.

En aquella época, donde tan á menudo hubo excesos lamentables que mancharon

las acciones más hermosas de uno y otro bando, el capitán Antonio se distinguía tanto por su generosidad hacia los vencidso, cuanto por su valor indomable en los momentos críticos de la lucha.

En el torbellino de la vida agitada de guerrillero no había olvidado ni un sólo instante á su adorada María; durante la noche, en medio del silencio de los campamentos ó en lo más acalorado de las contiendas, le parecía ver la sombra celestial de su amada, que cual un angel venía á darle valor para esperar resignado el momento de gozar de la dicha inefable que le prometía su amor, ó á protegerlo como su angel custodio de la muerte que bajo mil formas lo amenazaba por todas partes.

El Crucifijo de plata, esa prenda que María le había dado, y sobre la cual le jurara un amor eterno, no se separaba ni un sólo instante de su pecho, y cuando podía aislarse, lo contemplaba extasiado, repitiendo sus juramentos, cubriéndolo con sus besos apasionados y bañándolo con sus lágrimas.

María, entretanto, entregada á su amor y á sus esperanzas, aguardaba con ansia el término de una lucha que había de unirla á su amado. Dominada por la tristeza, su fisonomía había perdido ese rasgo distintivo de vivacidad que poseía en sus tiernos años, y en sus mejillas ya no se veían brillar

los hermosos colores que en otro tiempo; sin embargo, no por eso era su belleza menos interesante, y puede decirse que ese tinte mate que el dolor había impreso en ella, como si sus lágrimas hubieran tomado los rosados colores de otro tiempo, daba mayor mérito á sus atractivos; María, en una palabra, era siempre una hermosura perfecta, aunque hubiesen modificado mucho sus largos padecimientos sus prendas físicas y sus cualidades morales.

Desde el momento en que se había separado de Antonio, éste en lo posible había cuidado de hacerle llegar noticias suyas. Por otra parte, el valiente joven había adquirido algún renombre, y cuando el eco de sus proezas de soldado, ó el rumor de alabanza que producía alguna de las acciones generosas que distinguían al noble guerrillero, llegaba hasta ella, sentía latir su corazón, sus mejillas se coloreaban y derramaba lágrimas de orgullo, porque consideraba digno de su acendrado amor, al hombre en quien había cifrado todo el porvenir de su dicha.

En el tiempo transcurrido desde que Antonio se había separado de la cabaña donde encontró un abrigo su infancia, ésta se había cubierto de luto, pues la virtuosa Mariana había volado á la mansión eterna á recibir del Todopoderoso el premio debido á sus virtudes. Su muerte había deja-

do un vacío que nada podía ocupar en el corazón de su familia, y todos sus deudos derramaron amargas lágrimas por su pérdida. Sin embargo, el dolor de María fué más intenso; lleno su corazón de un amor frenético, se hallaba más dispuesto á recibir cualquiera clase de impresiones, y el pesar de la muerte de su madre se acrecentó todavía más cuando no tuvo á su lado nadie que la consolara por la pérdida que había sufrido, ni nadie que comprendiera su dolor como lo habría hecho su amante.

En la época á que nos referimos, el general Morelos había emprendido su marcha para atacar á Oaxaca, y destinó al capitán Antonio para que con su corta fuerza cuidara en lo posible de todos los desfiladeros que dividen á la provincia de Veracruz de la de Puebla, Oaxaca y las Mixtecas.

Antonio aceptó con placer una comisión que lo acercaba al lado de su amada, sintió avivarse su amor cuando desde las alturas de las cumbres de Aculcingo divisó el hermoso paisaje que se extendía á sus pies, y con su mirada de águila procuró descubrir en él el punto donde estaba situada la cabaña habitada por su adorada María.

Esta por su parte supo que su amante debía recorrer muy pronto aquellas cercanías para proteger la marcha del ejército que mandaba el general Morelos, y su corazón latía con violencia cuando en su imagina-

ción de virgen y de amante se suponía ver á Antonio cubierto de gloria y postrado delante de ella jurándole de nuevo un amor del que nunca dudara.

Esta esperanza animó su semblante y le dió nueva vida, como los rayos del sol naciente vivifican á las flores.

Sin embargo, el renombre que por su valor había adquirido Antonio, lo hacía temible á nuestros opresores, y se despachó en su persecución un grueso destacamento. El capitán insurgente había tenido ya varios encuentros con las tropas que lo perseguían, en los que se había encontrado ya vencido ó ya vencedor, hasta que acosado por el número, se vió obligado á buscar un abrigo entre las montañas casi inaccesibles en que pasó su niñez, sosteniendo un sitio en regla en uno de los peñascos, donde se había formado una posición inexpugnable, desde la cual burlaba á sus enemigos.

María sólo había sabido que á su amado era al que se perseguía con el encarnizamiento con que se da caza á un tigre, y después de una larga ausencia, estando tan cerca de él, no había logrado verlo, aunque diariamente se nublaba el horizonte con el humo de la pólvora y el ruido de las armas que turbaban el silencio profundo de aquellas soledades; era el único sonido que le venía de su amado.

Así pasó algunos días la joven, casi lo-

ca por las angustias que sufría, y temiendo saber á cada momento que su amante había perecido en poder de un enemigo implacable, sediento de su sangre.

Pocos días después volvió á reinar por aquellos sitios un silencio sepulcral; al ruido de las armas de fuego sucedió la calma profunda de la naturaleza.

El oficial español que mandaba el destacamento, conociendo que serían inútiles sus esfuerzos para apoderarse de la posición que ocupaba Antonio por la fuerza, lo cercó completamente, y cortándole todos sus recursos, quiso que su temible enemigo se le entregase acosado por el hambre.

Muy pronto supo María la situación desesperada á que se hallaba reducido el hombre que amaba con un delirio apasionado, y sus temores crecieron al considerar que su pérdida era inevitable, pues no podrían sostenerse los sitiados mucho tiempo en su posición, en la que carecían de toda clase de recursos.

La idea de ver á Antonio víctima tal vez de la desesperación y de la codicia de sus mismos soldados, pues se había puesto su cabeza á precio, le hizo concebir una resolución desesperada.

María, esa joven tímida que apenas se atrevía á salir de la cabaña de su padre por temor de verse expuesta á los ultrajes de una soldadesca desenfrenada; esa niña que

temblaba al murmullo que hacían las hojas agitadas por el viento, y cuya imaginación estaba llena de esos mil temores supersticiosos que asaltan sin cesar y son tan comunes entre los sencillos habitantes de los campos, halló unas fuerzas desconocidas en su amor, y tomó la resolución heroica de salvar á su amante aun á costa de su propia vida, sin que la arredraran los mil peligros que sabía muy bien que la rodeaban, y despreciando las órdenes severas que había dado el jefe del destacamento español.

El peligro inminente que amenazaba á Antonio le hizo olvidar todo, y cobrando nuevas fuerzas en su amor á medida que aquel aumentaba, se afirmó más y más en la resolución que había tomado, y confiando en la protección divina y en la pureza de su pasión, esperó con impaciencia la noche para llevar á cabo su proyecto.

Después que el anciano le dió su bendición y mientras todos dormían profundamente en la cabaña, salió María de ella, llevando un canasto con abundantes provisiones, las que destinaba á su amante.

En medio de la noche esa joven tan sencilla y tan tímida, parecía una aparición sobrenatural que vagaba en medio de aquellas soledades. Cualquiera que la hubiese visto la habría tomado por la hada de esos bosques ó por la diosa de las aguas que

venía á refrescarse al borde de los mil arroyos que regaban aquellos lugares.

María siguió por algún tiempo su marcha agitada por senderos conocidos tal vez de ella sola, que por todas partes se cruzaban en aquellos terrenos escarpados y que en épocas más felices había recorrido, jugueteando con Antonio, parándose á cada paso dominada por un terror vago que le producía el ruido suave que hacía una hoja al caer, el murmullo lejano de la caída de las aguas entre los peñascos, el rumor misterioso de los mil ruidos vagos que resuenan en medio de las soledades más profundas, ó los mismos latidos de su corazón.

Cuando se tranquilizaba sobre el motivo de sus temores, seguía su marcha cobrando nuevo valor, y en estos momentos una sonrisa divina jugueteaba en sus labios de coral.

Ya próxima al término de su viaje, y cuando creía haber salvado felizmente todos los peligros que la amenazaban, sintió que una mano de hierro la detenía por el brazo, dando á la vez la voz de alarma.

María dió un grito desgarrador que repitieron con un eco lúgubre todas las cavernas de la montaña, y cayó sin sentido en brazos de los verdugos de Antonio.

Sorprendida la noble joven, había caído en poder de una emboscada del destacamento español.

IV

CATÁSTROFE

Luego que el jefe de la emboscada reconoció á María y se cercioró del objeto que la había llevado á aquellos lugares, puesto que la joven generosa no sabía mentir, la condujeron á presencia del comandante de los sitiadores. Este era un antiguo soldado catalán, que educado desde muy joven en medio de los campamentos, no tenía otra regla para dirigir su conducta sino la exacta observancia de su consigna. Su corazón no había gustado nunca ninguno de esos dulces sentimientos que en el curso de la vida nos hacen simpatizar con los sufrimientos de los demás, disponiendo nuestra alma á la generosidad y al amor.

A pesar de la dureza de su carácter, el comandante Bernet no pudo permanecer indiferente á la situación difícil en que se había colocado la pobre María; la interrogó de nuevo por sí mismo, deseando encontrar algún pretexto para salvarla, y cuando vió engañada su esperanza, sintió conmovense su corazón al pensar en la suerte que aguardaba, como recompensa de tanta abnegación y de tanto amor, á la joven desgraciada.

Después de tantos años como había sido testigo de mil dolores y de mil escenas sangrientas, sintió vibrar en su corazón una fibra que hasta entonces había dormido profundamente en él, y vaciló por primera vez para cumplir estrictamente con su deber.

Sin embargo, á muy poco se avergonzó de ese primer impulso de generosidad, y temiendo que le faltase el valor, sin fijar la vista en la fisonomía celestial y sencilla de la noble joven, mandó que la condujesen á una barraca inmediata, anunciándole que dentro de pocas horas sería pasada por las armas por el "crimen" de haber querido llevar provisiones á los "traidores."

María oyó su sentencia sin temer por si misma; tal vez no tenía ni la conciencia de lo que por ella pasaba en ese instante, y se retiró sin replicar una palabra, conducida por los soldados.

Entre tanto había amanecido, la naturaleza se despertó risueña, como sucede generalmente en nuestro hermoso clima, y el anciano buscaba afanoso á su hija predilecta, que había desaparecido de la cabaña.

Después de mil pesquisas inútiles, y agobiado por el más profundo dolor, se disponía á ir á buscarla de nuevo, cuando Guadalupe se ofreció á ir á adquirir noticias suyas á la aldea inmediata.

Sin fuerzas el anciano, y creyendo que

había perdido para siempre á su hija adorada, accedió gustoso á la proposición que le hacía Guadalupe, asiéndose de esta última esperanza, como el náufrago que próximo á sumergirse bajo las olas, descubre la tabla que pueda proporcionarle algunas probabilidades de salvar la vida.

Guadalupe, con ese dón magnético que poseen todas las almas sensibles, adivinó desde luego cuál era el camino que había tomado su hermana, y sin dirigirse á la aldea, fué al lugar que era en aquel momento teatro de una lucha mortal, segura de que allí adquiriría noticias de María y de que podría volver pronto á calmar la inquietud del anciano, tranquilizando á la vez los temores que la asaltaban á ella.

En su tránsito encontró dos soldados que empezaron á dirigirle esas galanterías que tan á menudo prodigan los de su clase; la joven se ruborizó, pero acallando su pudor, les pidió noticias de su hermana. Los soldados le dijeron brutalmente lo que había pasado, y que condenada como espía á sufrir la última pena, iban á la aldea en busca de un confesor que le viniese á proporcionar los auxilios espirituales.

Guadalupe se sintió desfallecer; pero tomando en aquel momento una resolución heroica y desesperada, se propuso salvar á su hermana.

Sin titubear siguió su marcha en dirección del campo español, y una vez llegada á él, suplicó que se la llevase á presencia del comandante.

Se la condujo delante de Bernet, quien al verla adivinó el objeto que la traía allí, y temiendo que le faltasen las fuerzas para desoír sus ruegos, quiso salir apresuradamente de la barraca donde estaba; pero ya no era tiempo, Guadalupe se arrastraba á sus pies, abrazando sus rodillas y pidiéndole la vida de su inocente hermana.

Todos esos hombres que se presentaban serenos á la muerte, que estaban acostumbrados á desafiarla diariamente, se conmovieron y no pudieron contener sus lágrimas, que corrían en abundancia por sus mejillas tostadas por el sol, á vista de ese tierno espectáculo: sin embargo, era imposible salvar á María, y lo único que pudo conseguir Guadalupe, fué que se le permitiese verla.

Cuando Guadalupe entró en la barraca donde María estaba presa, no pudo disimular su dolor, y sin poder pronunciar ni una palabra, ambas jóvenes se abrazaron, y de esta manera confundieron sus lágrimas y sus sollozos.

Después de un largo silencio, exclamó Guadalupe con resignación:

—No perdamos un tiempo inútil, María: sálvate; es preciso que vivas para que hagas

la felicidad de nuestro anciano padre y sirvas de apoyo á su vejez.

—¡Salvarme! exclamó María, ¿me han perdonado?

—No, hermana mía, nunca pronuncian la palabra de perdón nuestros opresores, bien lo sabes, María; pero me quedaré en tu lugar, cambiaremos de traje, y con el pretexto de engujar tus lágrimas, te cubrirás la cara y no te conocerán.

—¿Y tú morirás en mi lugar?

—No, no se atreverán á asesinar á una inocente; no temas por mí.

—¿Cómo quieres que no tema por ti, hermana mía, cuando esos hombres no conocen la compasión? Anoche, cuando me sorprendieron, creí por un momento que teniendo piedad de mi juventud y de mi amor, me perdonarían; sin embargo, ya ves cómo me he engañado. Guadalupe, estoy condenada á morir por haber querido prestar un auxilio débil á mi Antonio. ¿Crees acaso que el sacrificio inspirado por el amor fraternal abogue con más fuerza en esos corazones de piedra, que la abnegación que me inspira mi amor? ¡Ah! cómo te engañas!

—María, no te ocupes de mí, te lo ruego, estoy segura que nada me sucederá; tú eres una joven noble y virtuosa; es imposible que puedas morir tan niña: después de estos días de angustia y de prueba, go-

zarás una felicidad que ya nada podrá turbar; un porvenir hermoso se presenta delante de tí, María; en la vida te aguarda el amor de tu Antonio y el cariño acendrado de un padre que te ama sobre todo en el mundo, mientras que yo, María, mi mayor dicha será poder sacrificarme por la felicidad de ustedes.

—Nunca, Guadalupe, ¡nunca! exclamó la noble niña bañada en lágrimas y tapándole la boca á su hermana con su linda manecita.

—Además, ya te he dicho que no se atreverán á matarme ni osarán sacrificar á una inocente. Por otra parte, Antonio está en peligro y tú puedes salvarlo.

Al oír el nombre de su amante, al recordarle el peligro inminente que lo amenazaba, la joven titubeó por un momento; pero muy pronto desechó el pensamiento que se le había ocurrido de salvarse aun á costa de la vida de su hermana para poder ser útil á su amante, y exclamó con una energía desesperada:

—No creas seducirme con esas imaginaciones halagüeñas que me presentas; si he de morir, la muerte me es grata, supuesto que la recibo por salvar á Antonio.

En este momento un tumulto y un ruido confuso de armas apagó la voz de las dos hermanas, y á muy poco se siguió un vivo tiroteo en las inmediaciones de la barraca donde se encontraban las dos hermanas.

Muy fácil será adivinar la causa de este ataque repentino y el que no se esperaban los españoles. Antonio había visto en la mañana llegar al campamento enemigo á Guadalupe, á quien había conocido, y sospechando parte de la verdad de lo que pasaba, pues sólo suponía que quien estaba en poder de los españoles era el anciano Pedro, á quien sin duda amenazaba algún peligro, dispuso hacer un esfuerzo desesperado y atacar á los españoles para libertar á su padre adoptivo, si sus temores eran fundados, y salvarse él mismo de la posición difícil en que se encontraba.

Con el valor que distinguía siempre á nuestro joven, dirigió un ataque rudo contra los sitiadores; cuantos obstáculos se le ponían delante los arrollaba con denuedo, y muy en breve quedó victorioso, á pesar de la superioridad numérica de sus contrarios.

Cuando ya no vió á su lado enemigos á quienes vencer y combatir, sino sólo á prisioneros que perdonar, se dirigió presuroso á la barraca donde había visto entrar á Guadalupe.

Las dos hermanas entretanto, sorprendidas en un principio por la algazara y la confusión que oían, muy pronto adivinaron la causa de ella, y oraban con fervor para que el Dios de las batallas diese la victoria al noble joven, que tal vez hacía ese esfuer-

zo desesperado para salvarlas. Sabían también que de su triunfo dependía su salvación.

Cuando cesó el ruido de la fusilería enmudecieron á su vez, y casi sin respirar, esperaron á que alguno se presentase ó á salvarlas ó á confirmar su sentencia de muerte.

De repente oyeron ruido en la puerta y un hombre se presentó en ella.

—¡Antonio! exclamó María lanzándose á su encuentro.

El capitán dió un grito, extendió los brazos como para recibir á su María, y cayó al suelo. En aquel momento los ecos de la montaña repitieron el estallido de una arma de fuego.

Una bala había atravesado el cráneo del valiente guerrillero. Una bala traidora dirigida por la mano de uno de los soldados dispersos.

María sólo abrazó el cadáver de su amante, y cayó sin sentido á su lado, bañada en la sangre que con abundancia corría de la herida.. . . . . .

Entretanto, el desgraciado Pedro, que había esperado por mucho tiempo la vuelta de sus hijas, fijaba con ansia sus miradas en los senderos que por todas partes cruzaban en la montaña, sin poder descubrirlas. Las sombras de los árboles indicaban que ya el sol había recorrido más de la mitad de su carrera, y no pudiendo dominar

por más tiempo su impaciencia, marchó en su busca.

El ruido del combate llamó su atención y conducido por una fuerza irresistible hacia aquel lugar, llegó cuando aún su María no había recobrado el sentido á pesar de los cuidados que le había prodigado su hermana, y un espectáculo desgarrador se presentó á su vista. Los dos jóvenes estaban tendidos en el suelo, cubiertos con la noble sangre del insurgente; sobre ellos se inclinaba el rostro celestial de Guadalupe bañado en lágrimas. El anciano tuvo bastante presencia de ánimo para dominar su emoción, y mandó que se llevase el cuerpo de Antonio á su cabaña para prodigarle allí los últimos deberes que se dan á una persona amada que ha dejado de existir.

Cuando María volvió en sí, dirigió una mirada vaga á cuanto la rodeaba, y descubriendo á lo lejos el grupo que conducía el cadáver de su amante, se puso en pie y lo siguió con la cabeza inclinada, pálida y sin pronunciar una palabra.

En la noche de ese día se vió acometida de una fiebre violenta que la puso á orillas del sepulcro; sin embargo, su robustez y la fuerza de su juventud la volvieron á la vida, y cuando salió del estado delirante que le había producido su enfermedad, vió colgado de su cuello el Crucifijo de plata que había dado á su amante, tinto todavía con la sangre de éste.

A su vista derramó abundantes lágrimas que aliviaron á su corazón del peso enorme que lo oprimía....María se había salvado.

V

CONCLUSIÓN

Algunos años después, las campanas del convento de.... tocaban á muerto; en el coro de la iglesia se veía un féretro, y el cántico grave y solemne de la comunidad se perdía entre las bóvedas del templo.

Sobre el pecho de la religiosa muerta se veía brillar un Crucifijo de plata, y también tenía colocada en la cabeza, entre las flores que la adornaban, una corona de mirto, que el tiempo había marchitado desde hacía mucho.

En la reja del coro un anciano y una joven, derramaban abundantes lágrimas, sin poder separar su vista del triste espectáculo que tenían delante.

El cadáver de la religiosa era el de María.

El anciano y la joven que sollozaban en la iglesia, eran Guadalupe y Pedro.

El Pintor de México.

—Pero vd., señorita, no puede hacerme creer que mira al mundo con la indiferencia de un filósofo; al menos, así me lo dan á entender estas palabras de vd. "Si yo sintiese alguna inclinación en mí hacia alguna persona, me ausentaría de México para no causar la desgracia de mis hijos;" y esto me parece que vale tanto como decir: "Cuando sienta el amor, huiré de él, porque no me hallo con fuerza bastante para resistirlo."

—Así es, señor mío; pero por otra parte pienso también que si alguno viniese á revelarme su amor, se me haría muy sospechoso.

—¡Sospechoso! ¿Por qué?

—Porque una mujer que tiene algunas proporciones y ningún atractivo...

—Dispense vd. que la interrumpa ... esto último no es muy cierto. Continúe vd.

—No puede ser solicitada más que por interés.

—Tal vez habrá almas tan bajas, que abriguen estos sentimientos; yo no puedo casi ni aun concebirlo, porque cuando amo á una mujer, es mi amor tan puro, tan desprendido del todo de la tierra, tan superior á las preocupaciones generales, que quisiera espiritualizarlo, si puedo explicarme así, y pasarlo intacto al corazón de mi amada, sin que se empañase su brillo y su pureza con la inmunda vista de los mortales. Yo no veo edad, ni hermosura, ni rango, ni relaciones, y mucho menos el qué dirán; no veo más que mi pasión, y como es tan noble, tan pura, la creo digna de la mejor mujer que habite la tierra... Es preciso cortar esta conversación y retirarme.

—Aguarde vd. otro rato; aún no es muy tarde.

—Pudiera en efecto, pero me parece que ya es mucho tiempo el que he estado, y pueden sospechar....

—No, aquí no hay quien sospeche.

—Sin embargo, otro día tendré el gusto de ver á vd. La semana que entra... Adiós, mi señora.

Y diciendo esto, me puse el sombrero y comencé á bajar la elevada escalera de

una gran casa de México. "Dios mío, Dios mío! decía para mí al tiempo de bajar, ¿quién pudiera penetrar en el corazón de esta mujer y registrar sus pasiones, y ver si aun siquiera comienza á encenderse el amor en su seno? El fuego que yo siento en el mío tan ardiente, que ni el torrente de lágrimas que he vertido ha podido calmar, puede ser que haya entibiado su corazón. Parecíame cuando le hablaba, que mis ojos relucían con la claridad de la llama de mi pecho; ella tal vez así lo conoció.... sí, sin duda.... y si no, ¿por qué me dijo cuando me iba yo, aguarde vd. otro rato?...." Locura mía; ¿puede amar ella, rica, mimada, adulada.... á un hombre oscuro, pobre, maltratado por la suerte?.... No, ella se burlaba, ella conocía mi pasion, y quería divertirse conmigo.... Olvidémosla."

Y eché á andar por esas anchas y largas calles de México, pensando unas veces en buscar á mi querida, y otras en olvidar hasta su nombre.

Llegada la noche de este memorable día, cuando el trato del mundo dejó en sosiego mi cabeza, me entregué con todo el ardor de mis veinticinco años á mil reflexiones sobre la conversación que había tenido: comenzaron involuntariamente á rodar las lágrimas de mis ojos, y á atropellarse mis suspiros. El sueño me sorprendió con la idea de

mi amada; pude dormir, pero también soñaba yo con lo mismo que había ocupado este día mi corazón.

Habían pasado cinco días, cuando inesperadamente me encontré cara á cara con L....

—Señorita, le dije descubriéndome la cabeza y lleno de gusto, ¿vd. está buena?

Respuestas á media voz y fría despedida. —Esto es culpa mía, me dije, ¿por qué no he ido á visitarla?.... pero sin que ella me manifieste el deseo de verme, sin tener para ello una causa ni aun ligera, sin pretexto casi que poner... no puede ser; es preciso olvidarla.

Ocho días pasaron, y luego la ví en un elegante coche, llena de brillo y de contento. Yo iba á pie, casi no tenía valor de saludarla, ella se adelantó á hacerlo con una expresión, con una tal instancia, que dejó satisfecho mi amor. Nuevos tormentos; quise resolverme el día siguiente á visitarla, y aunque sin ningún motivo para hacerlo, me alentaba el saludo del día anterior. Al llegar á la puerta de su casa, un temor desconocido para mí, me hizo volver atrás y dirigirme á la mía. Al entrar en ella, encontré una carta con el sobrescrito para mí; la letra me era desconocida, abrila, y busqué la firma.... L.... Decía así:

"Estimado señor: tengo que hablar con vd. de un asunto que mucho le interesa; sír-

vase pues pasar á esta su casa mañana en punto de la una, que es hora en que podemos estar solos.

Su afectísima L....

"¡En que podemos estar solos! "¡estar solos!" Vaya, esto es hecho: L.... no me ve con indiferencia; L.... me ama tal vez... Y al decir yo "me ama tal vez," volvía la cara á todas partes, temeroso de que alguno hubiese oído este rasgo de presunción.

Al día siguiente, en punto de la una, estaba yo tocando la vidriera de la asistencia de L.... Una costurera salió á abrirme.

—Avísele vd. á la señorita que la buscan.

—¿Su gracia de vd? me preguntó.

—Dígale vd. que es Domingo Manrique.

—Aguarde vd., me dijo poniendo la punta de los dedos en la frente, y fijando la vista en el suelo, como para recordar algo; mi ama no está en casa.

—Entre vd. á ver, puede que esté vd. equivocada, le dije con palabras entrecortadas y con el rostro ardiente de verguenza.

—Es inútil; salió desde esta mañana temprano, con intención de quedarse á comer en casa de la condesa de....

La rabia se apoderó de mi corazón; L.. se había burlado de mí; ¿qué más pruebas quería yo para convencerme? Sin embargo, quise cerciorarme, y pasé á casa de

la ex-condesa de.... donde en efecto estaba L.... desde las diez de la mañana. Al oir esta noticia tomé mi resolución de no verla más; pero al paso que deseaba yo olvidarla, mi cabeza no tenía otra imagen esculpida más que la de la hermosa L.... y por una fuerza irresistible me dirigía los más días á los sitios en que podría encontrarla.

Una noche habia en el teatro principal una gran función; asistí á ella por buscar más bien al objeto de mi tormento, que por divertirme; allí lo encontré, ¡cuán hermosa me pareció! Fijaba en ella la vista, y la brillantez de sus ojos me parecía más preciosa que la de un sinnúmero de joyas que esparcidas con profusión adornaban su cabeza y cuello. Al principio ella no me habia visto; luego me vió, y desde este momento, apenas de cuando en cuando quitaba de mí su vista. Yo sentí con estas miradas un nuevo ardor en mi pecho; mi corazón latía con fuerza, mi respiración estaba entrecortada, un sudor general cubría mi cuerpo, y mi espíritu no vivía más que en la presencia de mi amada. Concluída la representación quise salirme para acompañarla ó darle la mano para subir al coche. ¡Ojalá no lo hubiese hecho!

—Manrique, vd. por aquí? me preguntó con aire de admiración.

—He visto á vd. toda la noche, y quise

acompañarla á subir al coche, le dije con tono de franqueza y dándole la mano para llevarla.

—¿Quiere vd. subir? me dijo ya que estaba en su asiento, tendré el gusto de dejarlo en su casa.

Sin aguardar otra oferta, me coloqué á su lado; un hermano suyo ocupaba un asiento del vidrio, y así nos dirigimos á mi casa. En el camino se disculpó de no haber aguardado el día que me lo prometió, y me suplicó encarecidamente pasase el siguiente á la misma hora. Le prometí que allí estaría, y que contase con que ningún resentimiento me quedaba por la falta de que se disculpaba. Llegamos á mi casa, me apée, y el coche siguió su camino; cerca de diez minutos estuve aguardando para que me abriesen la puerta; en este tiempo llegó un hombre embozado en su capa, y me dijo que lo siguiese. Hubiera querido preguntarle quién era, qué quería, á dónde me llevaba... pero impensadamente me ví rodeado de otros tres que amenazándome con dagas me impusieron silencio. Quedé inmóvil, me vendaron los ojos, y me hicieron andar por espacio de un cuarto de hora. Llegamos, al parecer, á una accesoria, según me lo indicó un aire de humedad algo caliente que respiraba, y un suelo de vigas mal reunidas. Me hicieron pasar á un patio, subí luego una escalera, y entré en otra

pieza. Allí me despojaron de todo lo que tenía en el cuerpo, sin siquiera dejarme algo que cubriese mis carnes.

La noche estaba fría, así me sacaron desnudo, y volviéndome á conducir por las mismas piezas que acababa de pasar, salimos á la calle. De cuando en cuando nos parábamos, luego apretábamos el paso, nos volvíamos á parar, y de este modo caminé otro cuarto de hora ó poco más; al cabo de este tiempo me hicieron detener; el cielo tronaba, la claridad de los relámpagos era tan viva que bien los percibía yo á pesar del pañuelo que me cubría los ojos; á pocos instantes un fuerte aguacero vino á bañar mi desnudo cuerpo. Ya nada oía, quise dar tres pasos para ver si alguno me detenía; nada. Metí la mano y bajé el pañuelo de mis ojos, me encontré solo y sufriendo un fuerte aguacero que empapaba mis carnes y enfriaba hasta la médula de mis huesos; á lo lejos distinguía un pequeño farol de sereno. Trataba de reconocer la calle en que me hallaba y no pude; pero después de haber andado hasta el fin de la cuadra conocí la calle de los "Parados." No me molestaba tanto el frío ni el agua, cuanto la consideración de poder ser encontrado por una patrulla ó ronda que me condujese á la cárcel; así es que lleno de sobresalto, y corriendo unas veces, otras quedándome parado porque me parecía que alguno venía,

llegué á mi casa causando espanto, risa, y luego lástima á todos los de ella.

Lleno de ideas funestas quise entregarme al sueño; pero me fué imposible, porque tan luego como mi cuerpo comenzó á calentarse, se apoderó de mí un temblor fuerte seguido de grandes bochornos; al dia siguiente conocí que mi cabeza se trastornaba, y sentía todos los síntomas de una ardiente fiebre; siguió á esto una terrible confusión de ideas, mil visiones vinieron á atormentar mi espíritu, y mil dolores aniquilaban mi cuerpo. Veinte días estuve luchando con la muerte sin dar á nadie la más ligera esperanza de que pudiese vivir; pero al fin comencé mi convalecencia, y ví de nuevo abiertas para mí las puertas del mundo.

Un dia estaba yo sentado recibiendo en mis piernas el benéfico calor del sól, y deseando tener un rato de conversación para distraerme de una idea que me atormentaba; esta idea era, ya se supone, relativa á L.... Desgraciadamente se cumplió mi deseo, entrando á visitarme un antiguo amigo de mi familia, don José Moren, hombre de unos cincuenta años, chico de cuerpo, de pocas carnes, sin defecto notable alguno, pero sin ningún atractivo, adornado en su peinado y vestidos como una dama de gran tono; jovial, chistoso, pero dejando ver un cierto fondo de falsedad. Sus bie-

nes habían sido cuantiosos; pero el juego y las mujeres habían aniquilado las nueve décimas partes de ellos, y á la sazón se hallaba en vísperas de verse reducido á la última miseria.

--Domingo, me dijo después de algún tiempo de insignificante conversación, tú solo sabes en México el estado de mis negocios; no ignoras que de un momento á otro debo, ó fugarme de aquí para librarme de mis acreedores ó encerrarme en una cárcel para purgar todo el mal que he hecho en mi vida. Tengo hijos, tengo una anciana madre, tengo hermanas que no cuentan con más auxilio que el poco dinero que me queda, y aun éste puedo decir que ya no es mío. Hoy te hablo como buen hijo y buen hermano; quiero sinceramente que no queden pereciendo mi buena, mi desgraciada madre.... mis pobres hermanas (y al decir esto enjugaba las lágrimas que salían de sus ojos); en tu mano está el remedio. Escúchame otro rato: he podido realizar... 10,000 ps., temiendo que mi pasión infernal por el juego no me hiciese echar mano de ellos, los he puesto á tu disposición en casa de G.... comerciante, cuyo crédito te es bien conocido; he sacado en tu nombre libranza de igual cantidad sobre Jalapa, allí pasarás, tan luego como tu salud te lo permita, y como tuyo este dinero, comprarás unas fincas en los términos que dice

la instrucción que acompaña á la libranza. De este modo conseguiré asegurar una renta, corta en verdad, pero bastante para que aseguren un pedazo de pan estos seres, cuya única culpa es tener en mí un pariente vicioso; así nadie podrá arrebatarles su sustento, aun cuando se echen sobre todo lo que corre con el nombre de propiedad mía.

Brillaba en sus ojos tal sinceridad, tal arrepentimiento de sus pasados extravíos, que no pude menos de compadecer su suerte y alabar á la Providencia por haberle tocado un momento la fibra más delicada del corazón, el amor filial, y hacerle dar un paso que, á mis ojos, borraba todos los delitos de su vida, del terrible libro de la cuenta final. Considerando, pues, que veinticuatro horas de demora podrían hacerle cambiar de resolución y echar por tierra sus buenos propósitos, le dije que inmediatamente me remitiese libranza é instrucciones para ponerme en camino al día siguiente, si mi médico me lo permitía.

Poco tiempo después de haber salido, entró mi anciano criado con una carta bastante abultada para mí; contenía las instrucciones y libranza de mi amigo. Mientras las examinaba yo, mi buen viejo estiraba el cuello como una garza, tratando de ver lo que aquello contenía.

—Joaquín, le dije, no dice bien en un

criado indagar la correspondencia ó secretos de su amo.

—Perdón, señor, trataba de ver si eran las cartas que durante la enfermedad de su merced traía una criada y recibía el Sr. don José Moren.

—¿Que, las abría?

—No, al menos delante de mí, pero siempre me decía: Joaquín, estas son cuentas que traen del boticario, de la lavandera, etc., etc., y no conviene hacérselas pagar á tu amo, porque actualmente se halla atrasado. Tampoco le digas nunca que yo las pagué, porque conozco su carácter, y se sacrificaría por un dinero que á mí no me hace falta. Mas como yo he sospechado siempre que este señor no es muy honrado, quería saber si después de haberla echado de liberal, salía ahora cobrándole á su merced.

—No, Joaquín, te engañas; aunque malo, tiene rasgos de honradez que yo admiro, y este es uno de ellos.—Ve á casa de mi médico, y díle que tan luego como pueda me haga el favor de pasar á verme.

A los tres dias de este acontecimiento iba yo caminando en una litera para Jalapa en consecuencia de la carta siguiente que la víspera de mi partida había yo recibido.

"Querido Domingo, esta tarde vendrá el ministro ejecutor á embargar hasta los muebles de mi casa. Apenas tengo tiempo para salvar algo que pueda sufragar los gas-

tos del viaje de mi madre y hermanas, las que dentro de dos ó tres días se pondrán en camino para Jalapa. Parte lo más pronto posible que sea, que en ello haces un bien que hasta la muerte te agradecerá tu fino amigo.

José Morén.

Luego que llegué á mi destino, pregunté por el individuo á quien iba dirigida la libranza; nadie me daba razón de él; con arreglo á las instrucciones, pregunté por las fincas de que en ellas se hablaba; nadie las conocía. Al punto sospeché que sería alguna intriga de mi amigo, y lleno de cólera le escribí haciéndole las más duras reconvenciones. Ninguna contestación. Quise ponerme en camino; pero al ponerlo en práctica me hallé sin dinero, sin ropa, sin alhajas, sin crédito, sin amigos, ni aun conocidos. Había traído un criado que mi mismo amigo me procuró para que me acompañase, recomendándome su fidelidad y su buen servicio; y este criado de la noche á la mañana había desaparecido llevándose mi baul y todo lo que poseía de algún valor.

¡Dios mío! ¡qué situación la mía! ¿qué haré en este lugar? ¿con qué pagaré los gastos hechos en este mesón? ¿de qué me alimento hoy? ¿cómo vuelvo á México? Estas reflexiones me hicieron casi llorar y caer en un estado tal de tristeza, que poco

me faltó para volverme á ver postrado en una cama, y en la dura necesidad de morir de hambre. Escribir á México era mi único recurso; pero en verdad allí no había una sola persona á quien pudiese yo pedir un socorro. Huérfano, acostumbrado á trabajar desde mi infancia para comer, metido siempre en mi casa, y siempre ocupado en hacer retratos ó imágenes, todas mis relaciones se reducían á mi criado y mis compradores; aquel estaba en estado de recibir socorro de mi parte, estos eran tan indiferentes para mí, como los habitantes del lugar en que me encontraba. Consolábame la idea de que en aquella ciudad podía ejercer mi oficio; pero luego me venía la reflexión de que necesitaba habilitación y compradores; éstos en una pequeña población son muy raros, aquella no podía yo esperar recibirla de la primera persona á quien la pidiese. Vime en fin, reducido á servir de criado en el mismo mesón en que me hallaba, para tener un pedazo de pan y satisfacer los gastos que había erogado siendo amo.

Un día pasaba yo por la casa de correos, y me ocurrió entrar á ver si tenía yo carta, esperando alguna respuesta á las muchas que había escrito al autor de mi ruina. Había, en efecto, pero ¿cuál fué mi sorpresa al reconocer la letra de L....? Temblaba yo sin saber de qué, y no acertaba á

abrirla.... en fin, después de pasada la primera emoción, leí lo siguiente:

"Me avergüenzo de haber tenido la idea de elevar hasta el título de esposo á un miserable como vd. No le echo en cara ni su oscuro nacimiento, ni su pobreza, ni su destino; sí su intriga, su maldad, su crimen. Vd. creyó conseguir la ruina de don José "robándole" cuanto poseía; pues no se puede dar otro nombre al infame proyecto en que maliciosa y astutamente lo ha hecho vd. entrar. Pero Dios es justo, y vd. pagará su crimen en esta ó en la otra vida. No quiero, sin embargo, que su feo corazón de vd. tenga el gozo de haber arruinado á su rival. El es ya mi esposo..... todos mis bienes son suyos."

L....

Mi corazón estaba demasiado ulcerado para poder soportar esta nueva y profunda herida; sentí mi máquina en momentos de destruirse; una mano de fierro oprimía mi garganta é impedía mi respiración, el corazón saltaba dentro de mi pecho como un débil pajarillo que oprime la mano del cazador; mi frente goteaba el helado rocío de la muerte; una negra y densa nube rodeaba todo mi cuerpo, y me parecía que estaba metido en el corazón de una montaña.

Maquinalmente me dirigí á la casa de mi amo; al verme tuvo piedad de mí, y creyéndome enfermo, me permitió que entrase a

acostarme. Tuve al fin el inapreciable consuelo de derramar muchas lágrimas, y lograr por este medio volver á mi existencia real.

¡Oh mundo, oh mortales! ¿Cómo podeis inventar tormentos tan infernales para despedazar el corazón de vuestros semejantes? ¿Os admirais de que haya existido un Nerón, un Eliogábalo, y no reparais en que los martirios de estos y otros muchos son momentos de gloria comparados con los que vuestro corazón infame prepara á la inocente víctima que elegis? Estas y más lamentaciones salían de mi lastimado pecho, cuando volviendo la cara ví á mi anciano criado, á mi leal Joaquín.

—¡Oh amo mío! exclamó el pobre viejo arrodillándose delante de mi humilde cama y cubriendo mi rostro de besos y de lágrimas; ¡amo mío!....No, dijo con voz firme y levantándose para tomar una postura noble y llena de orgullo; no, tú no eres mi amo, eres mi hijo, sí, el hijo de mis entrañas, hijo de la desgracia, de la deshonra, del crimen, si así lo quiere el mundo; pero eres mi hijo. Hoy, aquí viéndote postrado en un humilde lecho, sirviendo como un criado, distante de enlazarte con una mujer de las principales de México, seguro, de no hacerte avergonzar reclamando mis derechos de padre, hoy te descubro el secreto que tantos años he guardado. Vengo á curar las heridas de

tu corazón, con el bálsamo divino que la naturaleza me ha dado; ya no eres huérfano, mira á tu padre....¡hijo mío! ¡hijo de mi vida!.....mi hijo.....

Yo no podía hablar una palabra, tampoco Joaquín, mi padre; ambos llorábamos, y nos estrechábamos con el lazo de la naturaleza y de la desgracia. Al fin después de algunas horas de reposo, mi padre se sentó junto á mi cama y me hizo la relación siguiente:

"Aún no tenía treinta y cinco años, cuando tuve la desgracia ó mejor dicho la fortuna, de conocer á una joven hermosa, llena de mil prendas que se aprecian mucho en la sociedad, pero que en la realidad no sirven más que para distraer á las jóvenes de las ocupaciones que realmente son útiles y las preparan para ser buenas madres de familia. Rosa, que este era su nombre, sabía tocar, cantar, danzar, hablar el francés, que entonces era en México una habilidad inaudita, é ignoraba los oficios de la casa, el mecanismo del gobierno, la economía en los gastos; mal cosía, porque era oficio de costurera, sabía criticar ásperamente á la cocinera, pero ignoraba el modo de guisar; nunca lavaba, ni planchaba, ni aun pegaba un botón á unos pantalones. Ya se ve, su madre no sabía diriger su educación con consejos, y menos con ejemplos; ella era rica, disipada, disoluta, amiga de

tener á su alrededor gentes que la adularan, y en fin, sin tener quien pusiese un freno á sus descarríos. En presencia de Rosa hablaba de sus amores impuros con la misma franqueza que hubiera hécholo con su inmoral amante. Llegaba éste á visitarla, y daba órdenes para que nadie entrase en la casa. ¡Qué fruto podría dar este tronco podrido!

Yo estaba en edad de amar, Rosa era bella, y no podía acercarse á otro hombre más que á mí, que á la sazón era dependiente de la casa. Un día le hablé de matrimonio, aprobó el amor, pero no atendió al fin honesto que le propuse. Nos tratamos luego familiarmente; tuvimos ocasión de vernos en el silencio de la noche y antes de un año tuve necesidad de fugarme con ella, para que en la oscuridad te diese á luz.

A poco tiempo se huyó de mi lado en compañía de un cualquiera; luego la vi con otro, y al fin llena de llagas, de dolores y remordimientos, murió en el hospital de San Pedro de Puebla.

Tuve horror de llamarte hijo, hice que un hermano mío te criase y te educase como huérfano. Dedicó tus primeros años á la pintura, y antes de que cumplieses quince, ya ganabas el pan que te alimentaba, y que luego me alimentó, pues presentándome á ti en calidad de criado, podía verte,

oirte, hablarte, sin desdorar tu nombre llamándote hijo. Al cabo de diez años vi con gozo que L....fijaba en tí los ojos, prendada de tu honradez, tal vez también de tu figura y de tus años. La camarera de L... me había en secreto dado mucho dinero de parte de su ama, para que fuese yo un espía constante de tus acciones, y le diese exacta cuenta de ellas. Como siempre oyó buenos informes, se resolvió á abrirte la puerta de su casa, y luego la de su corazón para que entrases á descubrir su pasión. Todo caminaba con viento en popa, cuando el infierno puso entre tí y L...la sombra de Lucifer, el infame José Morén. Durante tu enfermedad notó este malvado mi cariño hacia tí, y aun me sorprendió un dia bañando tu febricitante mano con mis lagrimas. Desde aquel día no supe qué pasaba en mí, que abrumaba mi cabeza día y noche; me hacía dormir con un sueño que nada era suficiente para impedirlo y á pesar mío, á pesar de mi amor por tí, de mil diligencias que yo hacía, era preciso que durmiese día y noche; pero con un sueño de muerte.....El infame derramaba opio en mi pobre olla de carne al tiempo de pasar por mi cuarto, tomando por pretexto el enceder un cigarro, para entrar fumando por temor de la fiebre.

De este modo pudo conseguir apoderarse de las cartas que para tí me traía la ca-

marera de L....y ponerme en un estado tal de embrutecimiento que no podía ni pensar en lo presente, ni acordarme de lo pasado ni prever el porvenir.

—Joaquín, me dijo una vez tu infame persecutor, tú te acuerdas bien de aquellos tiempos de nuestros desarreglos juveniles; mientras tú me ayudabas á seducir y arruinar á la madre de Rosa, yo te ayudaba en tu fuga con esta muchacha. Tuviste en ella un hijo que va librándose de la muerte, y que pronto vas á ver en pie; L.... pudiera casarse conmigo si este hijo tuyo no existiese; pero L....no puede casarse con tu hijo existiendo en mi pecho este secreto, pues á ella y al mundo entero lo descubriré, y la sociedad colocará á tu hijo en el lugar que tu crimen lo ha colocado. Si quieres que calle, júrame no hacer cosa alguna que se oponga á mi matrimonio. Yo te restituiré hoy mismo, en onzas de oro, la herencia que corresponde á tu hijo, pues sabes que la madre de Rosa dejó antes de morir 20,000 pesos destinados únicamente para educar á tu hijo; y que habiendo yo sido el albacea, pude retener en mi poder esta cantidad. Ponme un recibo á nombre de él, y aléjense ambos de México cuanto antes. Dentro de ocho días yo encontraré un pretexto para enviar á tu hijo á Jalapa; síguelo, pasen á Veracruz, á España, si es posible, y disfruten allí la vida tranquilamente.

En efecto, aquel mismo día puso en mi poder un cofrecito que contenía alhajas de mucho valor y unas 500 onzas de oro. Creí asegurar tu existencia de aquel modo, y firmé un recibo que él mismo escribió.

Tú salistes de México, y yo me disponía á seguirte, cuando una noche entró en mi cuarto un hombre enmascarado; su salutación fué darme un puñalada en el pecho....caí en el suelo anegado en mi sangre, y no volví á saber de mí hasta al cabo de muchos días que me encontré preso en el Hospital de San Andrés, y comenzando á reponerme del mortal golpe que recibí. Viendo que por mis declaraciones nada podía sacarse en limpio, pues yo oculté mis sospechas, me pusieron en libertad. Al punto fuí á buscar mi cofre.....el malvado se lo había robado.....Pero no pudo robarse un tesoro que yo había escondido debajo de la tierra; 1,000 onzas que en los sesenta años de mi vida he podido ahorrar para dejarte una herencia que remediase un poco tu desgraciada suerte.

Cuando yo supe que L.....se había casado con el Lucifer de tu existencia, corrí á descubrirle cuanto pasaba...pero ¡oh maldad! todos en aquella casa al verme huían de mí diciéndome: "Arrojen, arrojen á ese infame de aquí....ve, maldito, en compañía de tu digno hijo á disfrutar el robo de nuestro pobre amo.....pero no pongas un

pie en esta casa." Y la mano vigorosa de un lacayo arrempujando mi cuerpo me precipitaba por las escaleras. Entonces como mejor pude, cargué con mi oro distribuyéndolo en todo mi cuerpo, y vengo aquí á llorar contigo nuestras desgracias, á enjugar tus lágrimas y á derramar las mías sobre tu pecho, á unirme á tí para no separarme más de tu lado, á tener el consuelo inefable, la beatitud terrestre de llamarte hijo y de oirme llamar padre."

Mi anciano padre al concluir su relación derramó en mi pecho sus lágrimas; yo tambien lloraba y sollozaba para dar paso al fuego que salía del volcán que tenía en el pecho.

Al fin después de reflexionar madurámente sobre lo que mejor nos convenía hacer, resolvimos permanecer en Jalapa y establecer un comercio entre esta ciudad y Veracruz. Desde este momento todo fué dicha para nosotros; en menos de cinco años conseguimos aumentar nuestro capital tanto, que nos pareció prudente terminar nuestras relaciones comerciales y retirarnos á vivir en el campo tranquilamente.

Una noche leyendo un periódico de Veracruz encontramos el párrafo siguiente:

"José Moren, en otro tiempo hómbre rico de México, ha amanecido asesinado cerca del muelle, y se cree, según las indagaciones que se han hecho, que su asesino

ha sido un hombre de la plebe, cuya mujer había sido herida por Moren, una noche que intentó robarla el "paño."

En vista de esto partí para México con el intento de indagar la situación en que se hallaba L...y ver si aún era tiempo de remediar los perjuicios que probablemente le habría causado su indigno esposo.

A fuerza de investigaciones logré saber que José Moren en menos de un año había disipado, unas veces con astusia y otras por medio de maltratos, todos los bienes de L....los hijos de ésta habían muerto el año de 833 en la epidemia de Cólera morbus.

—¿Y L....pregunté á quien me daba estas noticias, qué suerte ha corrido?

—La pobre L....me respondió, pinta con carbón en las paredes de un pequeño cuarto de la casa de locas, retratos de un hombre, al pie de los cuales pone este letrero: "El Pintor de México:" y más abajo: "Su esposa, fecit."

D. M.

LA LUGAREÑA.

Quince veces había visto María florecer los rosales de su patio, y otras tantas la vagabunda golondrina había vuelto de su viaje á anidar bajo el techado de su corredor sin que jamás hubiese conocido la aflicción ni sentido la pena en su alma.. Todo sonreía alrededor de su habitación que formaba parte de una hacienda de platas en el Mineral del Monte.

Cuando al par que la aurora se levantaba, María corría risueña al través de los verdes prados que separaban su casa de las otras, y todos los que la encontraban le dirigían con el mayor afecto los buenos días. María era el alma de toda la población; porque tan buena como caritativa, era el paño de lágrimas de todos los necesitados. Hija del administrador de la hacienda, este

título ponía alguna distancia entre ella y sus jóvenes paisanas; sin embargo, ella se empeñaba en hacerlo olvidar tratándolas como amigas, recibiendo en correspondencia un afecto fraternal. Había pasado su infancia cual una hermosa mañana de primavera, y su juventud avanzaba rápidamente con todas las gracias y la viveza de esta edad. Sabía ya desde entonces hacer útil su vida y dedicarla á mejorar la suerte de los que la rodeaban, sin rehusar sus beneficios á los que los reclamaban, una dulce satisfacción, por consiguiente, formaba ya en su carácter el primero acaso de los elementos para la felicidad.

Su madre, criada en la casa del conde de Regla, padre del propietario de aquella hacienda, había recibido una educación no vulgar, y el cura del pueblo, anciano respetable, dirigía con sabiduría las lecciones maternales, contribuyendo á formar el alma de María para la religión y la virtud.

Algunas de sus jóvenes compañeras, y sobre todo Clarita, la hija del rayador de una de aquellas minas, se quejaban un día de que ella aprendía á dibujar y cantar, que sabía la historia, que leía perfectamente, que sus bordados sobresalían á todos, y que, en una palabra, todas ignoraban multitud de cosas, de que ella estaba perfectamente instruída. "De suerte, agregaba Clarita, que dentro de pocos días nuestra amistad se irá

disminuyendo, porque llegará el caso de que ni podamos comprenderte, ni tener tú diversión alguna en la ignorancia de nuestro trato y conversaciones."

El rostro de María se enrojeció de pronto, y apresurándose á excusarse como de un crimen, en el que hasta entonces no había reflexionado, les propuso que desde el día siguiente comenzaría á enseñarles así lo que sabía, como lo que fuese aprendiendo de nuevo. La proposición fué aceptada con júbilo. El mérito de María era conocido y apreciado de todas sus vecinas, hasta las de mayor edad. Recibieron con entusiasmo aun sus padres la idea de ver á María dando lecciones á sus amigas, y la huerta se convirtió en una escuela de instrucción, de la que María era la maestra en toda forma.

Mas para no disminuir en nada sus tareas y ocupaciones domésticas, desde entonces robó una hora á su sueño, levantándose más de mañana, ó acostándose más tarde. A la hora de las lecciones, María se sentaba en medio de sus amigas y leía con un aire grave y dulce, preceptos de sabiduría y de buena conducta escritos por el cura, ó en los libros que éste le franqueaba, mientras que aquellas pequeñas cabezas alisadas ó sin peinar tenían los ojos fijos sobre su joven instructora y la escuchaban con un silencio respetuoso, formando un cuadro verdaderamente pintoresco.

Las lecciones dadas con tanto celo, eran aprendidas del mismo modo, y muy pronto sus jóvenes alumnas se instruían unas á otras y tomaban el estilo y los modales más graciosos de que se carece comunmente en nuestras poblaciones pequeñas, y comenzaron á comprender el objeto y la utilidad de los deberes y obligaciones, que hasta entonces sólo habían cumplido maquinalmente.

Aun las niñas, á cuyos cortos alcances sabía acomodarse María, turbulentas antes y distraídas, adquirían una mejora notable, respondiendo á sus padres con respeto y procurando modelar sus acciones á las de su directora con la dulzura y laboriosidad más inesperadas.

Los padres de familia estaban verdaderamente encantados del cambio que se manifestaba en la conducta de sus hijas, é insensiblemente no podían menos de reflexionar sobre la suya; un padre se habría avergonzado de presentarse en estado de ebriedad á los ojos de su hija, que repetía delante de él, con una voz tan dulce y persuasiva, los preceptos del señor cura contra la intemperancia, ni podía excederse contra su mujer, después que á ejemplo de sus hijas se conducía con prudencia y con sumisión religiosa.

Los jóvenes no se entregaban ya en presencia de sus hermanas á libertades ni á

juegos groseros, procuraban imitar sus modales y lenguaje y salir de aquella rudeza que casi les era natural; cuando se reunían en sus fiestas ó bailes, su buen comportamiento así como la modestia de las que bailaban, llenaban de gusto á todos los asistentes. Apenas podía creerse que todas estas maravillas fuesen la obra de una joven de dieciseis años.

Orgulloso su padre con semejante hija, le parecía ya muy estrecho el campo en que explayaba sus adelantos, y vió con positivo desprecio la solicitud que hizo á la mano de su hija, el hermano de Clarita, imaginándose que transladándose á México una joven tan hermosa como instruída y amable, no podría menos de encontrar muy pronto una colocación brillante. Se guardó muy bien, sin embargo, de comunicar sus quiméricos planes á su mujer, porque no ignoraba que tan sensata como prudente, no deseaba otra felicidad para su hija, que la que disfrutaba ella misma, juzgándola la única verdadera, y conocía igualmente que no consentiría con facilidad en separarse de María en una edad en que ésta necesitaba más que nunca de sus consejos.

¿Por qué fatalidad en la vida las ocasiones que sirven para efectuar nuestros proyectos más imprudentes, son las que se presentan más á menudo? Apenas el padre de María había concebido la idea de hacer

conocer á su hija los placeres de la capital, y que brillase en ella, cuando la suerte le proporcionó el modo de realizar sus deseos.

Una mañana en que María ejercitaba como de continuo las obras de caridad visitando á un vecino enfermo, notó al volverse á su casa, que se dirigía á la hacienda un hermoso coche acompañado de numerosa concurrencia de individuos á caballo. Era la condesa de Regla, á quien un capricho llevaba por algunos días á su hacienda. El temor natural á la vista de tantas personas extrañas, la hacía retroceder, cuando un criado le preguntó si no era la hija del administrador, á cuya respuesta afirmativa, continuó diciéndole, que la señora condesa la esperaba en la sala. Aunque con timidez, María tuvo que obedecer y saludó á la condesa con una profunda reverencia; ésta la recibió con agrado y felicitó al administrador su padre, de tener una hija tan hermosa.

—Sí, señora, le contestó éste, es una fortuna tener una hija como esta; pero es una gran desgracia para mí tenerla aquí, porque si la señora condesa conociese sus talentos, su amabilidad y su instrucción, sentiría como yo verla encerrada en un miserable pueblo.

La condesa se sonrió, y dirigiéndose á María la hizo acercar y comenzó á dirigir-

le algunas preguntas. Respondió desde luego á la condesa: que su padre demasiado prevenido en su favor, le atribuía un mérito de que absolutamente carecía, pues no sabía otra cosa que lo que su buena madre había querido enseñarle. A pesar de la modestia de sus respuestas, la condesa penetró su extraordinaria instrucción, y agradada de la amabilidad de su carácter, dirigiéndose al padre de María, le dijo:

—Si mi administrador desea que su hija adquiera la instrucción de la corte, yo tendría mucho gusto en llevármela á México por una temporada; pero su resolución debe ser tan pronta, que no pienso permanecer en la hacienda más que el día de mañana.

El buen padre no pudo disimular su gozo; María había cambiado cien veces de color, sintiendo en su interior que así se dispusiese de ella, sin siquiera haberla prevenido; pero cuando entendió la decisión de la condesa á la resolución de su padre, desapareció de ella toda idea, á la sola perspectiva de tener que abandonar á sus padres y el lugar de su nacimiento; á pesar de sus esfuerzos, sólo un torrente de lágrimas pudo librarla de la opresión extraordinaria que sentía su pecho.

La condesa no quiso ver en esta emoción filial sino una especie de desaire á su oferta, y tomo más empeño en realizarla. El padre

de María, persuadido sinceramente de que la felicidad de su hija iba á asegurarse indefectiblemente, le instó de manera y le hizo tales reflexiones aquel día y el siguiente, que no obstante la oposición de la madre, tuvo que condescender María, y aun que manifestarse más complaciente con la condesa; al tercer día marchaba con ella la joven para México.

La madre de María, inconsolable, recibió muy pronto una larga carta de su hija en que le decía:

"Hace dos días que estoy en esta capital, y todo lo que he visto hasta aquí me ha causado más espanto que admiración. Este rumor que aturde, esta multitud que impide nuestro paso, este fetor inmundo de las calles.... ¡Oh madre mía! sólo en el campo se respira con pureza.

"Decid por favor á Clarita que no abandone mi escuela, ella se encuentra ya en estado de continuar las lecturas, que tenía la dicha de dirigir á mis jóvenes compañeras."

En otra carta recibida dos meses después, escribía de este modo:

"Vd. me exhorta, querida mamá, á que soporte con paciencia todo el desagrado que encuentro en permanecer en esta capital. No sé por qué no hallo simpatías ni en las personas que me rodean, ni en las visitas que me veo obligada á hacer ó á recibir;

sin embargo, hay una persona que me trata mejor, y es el marqués de.... Este anciano tan bueno como amable, se ocupa de mí de una manera distinguida; me pregunta con frecuencia mil pormenores de mi vida pasada, se informa de mis estudios, de mis amistades y de mi pequeña escuela; me da excelentes consejos sobre el modo de conducirme en el mundo; sus avisos se parecen tanto á los de vd., que yo los adopto sin titubear. Ultimamente ayer me declaró que me estimaba mucho, y que conociendo el disgusto que me causaba la casa de la condesa, había formado planes más serios sobre mi porvenir, agregando iba á conferenciar con algunas personas de su familia para poner en planta sus proyectos."

Al escuchar esta carta el padre de María no pudo contener su regocijo. El marqués de...., dijo á su mujer, es viudo, no tiene hijas casadas.... Si fuera posible que María fuese marquesa de.... porque en efecto, ¿qué otros proyectos puede tener con respecto á ella?

La madre de María trató de disuadir las necias y orgullosas ideas de su marido, recordándole: que la hija de la condesa su ama, estaba propuesta para esposa del marqués, y que la diferencia de sus cunas, aun cuando no hubiese esas circunstancias, sería un obstáculo insuperable. Su marido la interrumpió haciéndola notar que en Méxi-

co, desde la independencia habían cesado esas vanas distinciones, siendo todos los mexicanos iguales, y que aunque la condesa estuviese empeñada en el enlace del marqués con su hija, el amor y las prendas de María harían más en el corazón del amante que las riquezas y la clase de su ama.

Ciego el padre de María con las ideas de un fausto y un engrandecimiento, que consideraba ya próximo, no pudo obtener un momento tranquilo hasta la llegada del próximo correo. En la carta de María se veían repetidas las expresiones del marqués, y ya no dudó un momento en dar por terminado el asunto, á pesar de las sabias reflexiones de su mujer, que con prudencia contestaba á su hija se guardase de alimentar una pasión, que podía serle funesta. A excusas de ella le escribe una carta en la que como si no faltase otra cosa que su consentimiento, se lo otorga y aun le indica que acelere cuanto antes la indecisión del marqués. Semejante indiscreción llegó á su colmo al dirigirle la carta bajo la cubierta de la condesa que tan imprudente como curiosa se impuso de su contenido, y con la rabia y el orgullo propio de su clase, después de reprochar agriamente á María su conducta, la despidió con dureza de su casa, sin permitirle tomar otra ropa que la que tenía puesta.

La infeliz María, puesta en las cuatro es-

quinas, como se dice vulgarmente, sin conocimiento alguno en la ciudad, sin la menor experiencia y conocimiento del mundo, corre cual si siguieran sus pasos los lobos y las fieras al canino que dirige á su pueblo. Cambia un pañuelo por un sombrero, y cual si estuviese en las cercanías de su pueblo, sigue su marcha sin prever otro riesgo que el de perderse. En efecto, la noche se avanza y fatigada del cansancio, no tiene otro recurso que introducirse en un bosque cercano y subir á un arbol mientras llegaba el día.

Su extravío continúa no obstante la luz, por falta de conocimiento del terreno. La fuerza del sol la obligaba á descansar bajo una arboleda, donde sus reflexiones comienzan á ser más serias; conoce la necesidad de buscar un guia que la conduzca, y echando una ojeada sobre su persona, ve que su calzado se ha destruído completamente, y que no tiene otra cosa de valor que el retrato en miniatura que había hecho de su madre y conservaba siempre al pecho pendiente de una cinta. Se resuelve á ofrecerlo á quien quiera conducirla á las cercanías de su pueblo; pero antes no puede menos de abrirlo y dirigir una mirada y un ósculo expresvo á la imagen de su querida madre.

—Yo haré otro, se decía á sí misma, tan pronto como llegue, y esta sensible pérdida

me proporcionará el único arbitrio que me queda para volver al hogar paterno.

Apenas acaba de tomar su resolución, cuando divisa un caserío, al que se dirige, y en el que por fortuna encuentra un anciano que por el valor del oro del relicario, se compromete á conducirla hasta la hacienda y así lo verifica.

Su llegada al seno de sus padres después de la natural sorpresa, produce las más vivas sensaciones. Al día siguiente un criado del marqués llega con una carta para el padre de María noticiándole que una equivocación únicamente había causado el disgusto de la condesa, pues que el proyecto que había meditado con respecto á María, era el de colocarla de aya de sus hijas, y concluía que para indemnizar los sufrimientos de su hija, podía disponer de una cantidad que asegurase su subsistencia.

El orgullo abatido del padre de María, escarmentado con una lección de esta especie, no dudó ya en dar á su hija un enlace apropiado á su clase, y un año después el hermano de Clarita recibía ante el altar la mano de María.

I. G.

México, 1,841.

ERNESTINA.

En una pequeña casa de la capital de uno de los Departamentos de la República, vivían tranquilamente doña Martiniana, viuda de un extranjero que vino á México con la expedición de Mina, y Ernestina su hija, joven de dieciseis años, que aunque no era una hermosura perfecta, al examinarla, cualquiera notaba desde luego la vivacidad y la inteligencia de sus miradas. Aunque sus trajes anunciaban que esta familia pertenecía á aquella clase que considera una buena educación como la primera de sus necesidades, á pesar de su aseo y limpieza, desde luego manifestaban en su sencillez la severa economía á que estaba reducida. Un sombero de paja, un vestido

bien cortado y una mascada al cuello componían el traje de gala de Ernestina. Reducidas á servirse en lo interior de su casa, el hijo de una vecina les proporcionaba lo que necesitaban para su reducida cocina.

Terminadas las tareas domésticas del día, entretenían las primeras horas de la noche en algunas lecturas instructivas. La naturaleza había dotado á Ernestina de un entendimiento claro y de un gusto muy marcado á las bellas artes, las que cultivaba con placer y aun á veces con utilidad, siendo un recurso precioso en su situación, así es que muchas veces, interrumpiendo la lectura, solía entregarse á los disvaríos de una imaginación creadora ó quedaba abismada en medio de fantasticas ideas.

Una noche en que su distracción se hizo más notable, doña Martiniana le instaba que le confiase lo que la ocupaba tan profundamente.

—Reflexionaba, le dijo Ernestina, sobre la visita que hemos hecho á casa de doña Macaria, y calculaba que no nos conviene frecuentarla. Son demasiado ricos y los recuerdos y las comparaciones no suelen sernos gratas.

—Las privaciones, le contestó doña Martiniana, son la herencia de las personas que, como nosotras, han bajado de una suerte más elevada. ¿Podría sostenerte tu valor con la descripción de una fiesta á que tu

situación no te permite concurrir? Yo he llorado por tí, hija mía, lo confieso; pero me he consolado reflexionando en la razón de que te ha dotado el cielo.

—Y ha pensado vd. muy bien, replicó Ernestina; teniendo como tiene el derecho de leer lo que pasa en mi alma, habrá notado que si por un momento he dejado correr mi imaginación por ese teatro de los placeres de mi edad, si he recordado que hace dos años iba con vd. y con mi padre á algunos bailes, si he pensado que las flores de gaza y los "figarós" más preciosos embellecerían á vuestra hija, la severa razón ha pasado su esponja por estos risueños cuadros. Abandonadas de la fortuna, yo acepto con resignación mi parte de la amarga bebida que participamos.

—¡Ah, querida hija mía, exclamó doña Martiniana abrazando á su hija, tú soportas noblemente un destino que no merecés!.... pero ¿no sería posible reponer al menos por una vez lo que has perdido? ¿Costaría tanto un traje con que pudieses presentarte en el baile que se prepara en casa de doña Macaria?

—Pero no sería bastante un vestido para mí, sería indispensable otro para vd., que no tiene ninguno con que poderse presentar decentemente. Pero ¿qué digo? ¿podría yo ser la causa de un gasto que sólo podríamos sufragar, pidiendo prestado, cuando

para evitar semejante compromiso se ha reducido vd. á despedir hasta la última criada y á servirse á sí misma?

—Pero en casa de doña Macaria tú podías muy bien ir sola.

—Cuando yo me separe de mi madre querida, no será ciertamente para ir á buscar lejos de ella vanos placeres. No pensemos en ese baile que no merece la pena de ocuparnos más de él. Mal me habría aprovechado de las lecciones de vd. y de sus ejemplos, si no me resignase muy gustosa á tan ligera privación.

—¿Pues por qué advierto en tí ese aire melancólico y distraído?

—Voy á decírselo á vd. La hija de doña Macaria no sólo emplea su fortuna en sus diversiones; en la visita de hoy me ha hablado del baile y de su traje, pero me ha enseñado también la lista de los desgraciados á quienes socorre, y con este motivo no he podido menos de volver la vista hacia mí, y he reconocido con dolor que no siendo rica no puedo hacer bien á mis semejantes, y que apenas puedo dar un medio real á un pobre que me pide limosna en la calle, cuando conozco que todos los placeres son inferiores al de procurar la felicidad de otra persona....

—¡Una lista! la interrumpió doña Martiniana, ¿pues qué esa señorita tiene apuntadas sus caridades? Es preciso que tenga

muy poca memoria ó mucha ostentación. Yo querría mejor favorecer á los infelices que acordarme de haberlo hecho. Pero vamos á tus reflexiones. ¿Acaso el ejercicio de la beneficencia sólo está al alcance del rico? También al del pobre. Los consuelos de éste pueden endulzar los males de sus semejantes, que no siempre necesitan del dinero para curarse. Toda acción virtuosa, hija mía, lleva consigo su recompensa, nuestra propia conciencia nos paga con usura aun los menores esfuerzos en favor de la humanidad doliente, y á los ojos de Dios, ese miserable medio real que das á un mendigo sintiendo no poderle proporcionar mayor socorro, tiene más valor que la onza de oro que arranca á un rico la miseria, tal vez á fuerza de importunidad.

La conversación se prolongó entre la madre y la hija, y ésta quedó convencida de que aprovechando las ocasiones, encontraría aun en medio de su precaria situación, mil medios capaces de satisfacer su generosidad.

La mañana siguiente amaneció tan hermosa que convidaba á pasear, y doña Martiniana condujo á Ernestina á los deliciosos alrededores de la ciudad. Sentadas en una pequeña altura y descollando á su frente la más encantadora perspectiva, la joven se entregaba á su gusto por la poesía, y ensayaba ligeras descripciones de las bellezas

esparcidas á su derredor, cuando percibió á una mujer anciana que penosamente seguía el sendero que guiaba de la ciudad á la colina. A pesar del apoyo de un bastón sobre el que se sostenía, se detenía con frecuencia para poder respirar. Ernestina recordando la conversación de la noche anterior, se dijo á sí misma. "He aquí una ocasión de poder hacer un beneficio, no la dejaré escapar; prestaré las fuerzas de mi juventud á la debilidad de esa anciana desconocida." Y corre al momento á su encuentro y con afectuosa política le ofrece el brazo; la mujer se detiene admirada: su traje parecía el de una obrera bastante pobre; sin embargo, el pañuelo blanco que cubría su pecho, y el paño de rebozo que aunque bastante usado era de seda, indicaban que pertenecía á otra clase.

—Gracias, niña—le dijo—pero me perdonareis os mire con tanta atención, porque no puedo recordar quién sois.

—Yo lo creo, señora; jamás me habeis visto; pero que esto no impida á vd. aceptar mi brazo, os lo ofrezco de todo corazón.

—Pues que así lo quieres, niña mía, perdona la libertad que me tomo en apoyarme, porque á la verdad esta subida cada día está más penosa.

Cuando llegaron á la altura, la anciana se sentó un momento á descansar, mirando

siempre á Ernestina con una sorpresa que testificaba lo poco acostumbrada que estaba á semejantes atenciones. El principio de su conversación se dirigió naturalmente a satisfacer la curiosidad que tenían una y otra de conocerse, y cuando Ernestina respondió la primera con discreta reserva á las preguntas de su anciana compañera, ésta le dijo llamarse la viuda Genoveva Albarca, agregándole: ¿no os han hablado de mí?

—No, á la verdad, señora.

—Tanto mejor; porque los habitantes de estas cercanías no se ocupan de sus vecinos, sino para hablar mal de ellos, sobre todo cuando son pobres é inútiles á sus placeres, como yo.

—Los juzgais con mucha severidad.

—Pero no sin razón. Estoy enferma, me veo sola y un negocio me obliga á subir y bajar con frecuencia esta colina; nadie hasta hoy ha tenido la caridad de ofrecerme el socorro que acabo de recibir de tí, amable joven; la viuda Genoveva, dicen, ¡bah! es una vieja loca; ella tenía sus proporciones en otro tiempo y se ha arruinado por querer hacer de su hijo un caballero.

—Pero yo conozco algunas personas demasiado caritativas en la ciudad, tales como por ejemplo, la hija de doña Macaria, esposa del juez de letras que....

—No me la menteis, interrumpió la an-

ciana, si ella acaso hace bien á otras personas que le piden, la viuda Genoveva nunca mendigará su pan; por otra parte, no carezco de lo necesario para mi sustento, y no me falta lo bastante para una mujer de mi edad, pero padezco fuertes y frecuentes dolores, y si alguna vez me falta el alimento, es sólo por no poderme levantar de la cama á sacarlo de mi armario.

La pobre mujer lloraba.

—¿Pues no teneis un hijo para el cuidado de vuestra vejez? le replicó Ernestina tomándole la mano con ternura.

—Tengo un hijo; sí, espero al menos tenerlo todavía y un hijo que jamás me ha causado otro pesar que el verlo desdeñar la profesión de sus padres. Después de la muerte de mi marido, yo seguía un giro, que aunque no muy considerable, era seguro y lucrativo, y que esperaba se aumentaría en las manos de mi hijo; pero su antipatía al comercio me obligó á renunciar á mis proyectos; él ansiaba por estudiar la medicina, y ¿qué madre en mi lugar no habría hecho todos sus esfuerzos por contentar su inclinación? Lo envié á México, donde al cabo de seis años ejercía con aplauso su profesión. Yo había hecho por él grandes sacrificios que ignoraba; mis fondos habían sido consumidos, si bien había pagado todas mis deudas, mas yo estaba contenta, bien segura de que vendría al socorro de su madre; sin embargo, hoy no sé de él

—Acaso se habrá casado y esto lo aleja de vd.

—No, no, el estudio de su arte y el afecto á su madre es lo único que lo ocupaban; vino á establecerse aquí, pero tuvo la desgracia de encontrarse con un envidioso. En las enfermedades peligrosas de dos ricos de cuya curación se había encargado, no tuvo la suerte de sanarlos, y el envidioso aprovechó la ocasión para quitarle la confianza pública. Inconsolable mi pobre hijo, se dejó persuadir de un amigo que marchaba para California, donde le aseguraba una pronta fortuna. Yo era una ignorante y me hicieron creer que ese viaje no sería sino una ausencia de dos á tres años, y además indispensable, para hacer olvidar las desagradables impresiones que habían causado los desgraciados ensayos en su profesión. Hace cinco años que marchó, y cada seis ú ocho meses que viene correo, me habla de su vuelta: sus negocios, me dice que van bien. Sin embargo, el temor de morir sin volver á verlo, deshace mi corazón, hasta que últimamente le he escrito mi verdadera situación y el decadente estado de mi salud, y no dudo que muy pronto venga á cerrar mis ojos, pues no quiero que otra persona alguna lo haga. Mas como los correos de California no tienen período señalado, vengo á la estafeta los días que llega el semanario de México, con la esperanza de encontrar

una carta que me anuncie su próxima llegada. He aquí mi historia, señorita. Si mi hijo hubiese seguido el comercio, no sería esta mi situación; pero las madres nada rehusan, cuando se trata de la felicidad de sus hijos.

—¿Quién lo sabe mejor que yo? exclamó Ernestina. Ningún sacrificio les es costoso cuando se interesa su dicha.

—En el tono en que pronuncias estas palabras, conozco que tienes madre, una buena madre... ¡Que Dios te la conserve!

Genoveva se levantó. Ernestina obtuvo el permiso de acompañarla hasta su casa, en la que sólo un cuarto suficientemente adornado de muebles, componía la habitación de la anciana. Ernestina sin aguardar más permiso, aprovechó la ocasión para prestarle desde el primer día algunos servicios que fueron acordados y recibidos con franqueza y con placer, separándose como dos amigas que se hubiesen tratado de muchos años atrás.

Al escuchar doña Martiniana la relación anterior de la boca de su hija, no cabía en sí de gozo, y no sólo aprobó su noble dedicación á favor de la infeliz anciana, sino que le proporcionó cuanto pudo para que pudiese disminuir en algo las penalidades de Genoveva, que se aumentaban más y más en virtud del reumatismo que á muy pocos días le impidió levantarse de la ca-

ma. Ernestina desempeñaba sus funciones de enfermera, con aquella inteligencia que la caracterizaba, mezclando á sus tareas una alegría dulce y consoladora tan necesaria para aliviar la enfermedad y la miseria é iba los días de correo á la estafeta. Doña Martiniana acompañaba algunas veces á su hija y desde su mesa separaba la porción de la viuda.

Un día se encontró Ernestina con la hija de doña Macaria, que echándole los brazos le extrañó su ausencia, preguntándole por qué se hacía tan rara como las violetas en el rigor del invierno, é instándole se fuese con ella á comer á su casa. Ernestina se excusó lo mejor que pudo, manifestando que le era imposible aceptar, por tener que ocurrir á casa de una amiga enferma.

—Tú vas sin duda, le replicó sonriéndose, á casa de la viuda Genoveva. Ya sé que la visitas diariamente, y á la verdad estoy celosa de tanta predilección, y comienzo á creer que tiene más mérito del que yo suponía, cuando una joven como tú puede encontrar placer en acompañarla.

—La viuda Genoveva es una anciana enferma y abandonada: mis cuidados pueden serle agradables y acaso útiles, y tú que eres tan bondadosa no me criticarás se los franquee.

—Sin duda que no; pero el abandono de esa mujer sólo es efecto de su ambición. En

lugar de conservar á su hijo á su lado, de comerciante, ha querido hacerlo un doctor bastante ignorante, según se asegura.... Y puesto que Genoveva ni es tan pobre como te la supones, pues nunca ha pedido un socorro, sólo por avaricia se encuentra sola.

—Nada me importa la causa de su aislamiento; me basta para irla á ver, estar segura de que mi presencia la consuela.

—Yo venía á convidarte á una tertulia que voy á dar á mis amigas, y creo que tu madre y tú no dejarán de concurrir.

—Mi madre está dispuesta; pero yo no debo abusar de su ternura. Su salud está muy delicada, y las desveladas no pueden menos de serle nocivas, y como yo estoy resuelta á no ir sin ella á parte alguna, no puedo admitir tu convite. Te lo agradezco.

—No tienes que agradecerme, la interrumpió, saludándola con cierta irónica frialdad, es preciso ceder á la señora Genoveva.

La hija de doña Macaria no tenía bastante delicadeza para adivinar el verdadero motivo de la conducta de Ernestina, quien se apresuró á llevar el bálsamo del consuelo á la cama de su anciana amiga. La viuda le tendió los brazos como al angel de la Providencia, nombre con el cual solía saludarla. Después de mil esfuerzos para sentarse, que hacía inútiles lo agudo de sus dolores, Ernestina no tenía bastantes fuerzas

hasta que subida á la cama y poniendo los brazos de Genoveva al rededor de su cuello, vino á conseguir situarla de modo que padeciese menos. Conmovida la anciana por tanta complacencia, antes de desatar sus brazos del cuello de su bienhechora, le besaba la frente.

—¡Qué espectáculo! ¡Oh Dios mio! ¡Madre mía! exclamó una voz extraña.

Las dos mujeres se extremecieron al oír tal exclamación y al ver un hombre vestido de negro y con el rostro tostado por el sol..... pero Genoveva lo reconoció al punto.

—¡Ya puedo morir! gritó á su vez, he vuelto á ver á mi hijo. El doctor Abarca, su hijo, corrió hacia ella; el júbilo casi le impedía el uso de sus sentidos. Engañado por las apariencias tuvo á Ernestina por una criada y le dió algunas órdenes, las que ella obedecía sin atender al tono con que las dictaba, y habría permanecido más tiempo en su error, si Genoveva reanimada al fin por sus cuidados no le hubiese dicho:—Hijo mío, si amas á tu madre, híncate de rodillas delante de ese angel, sin el cual no me habrías encontrado con vida.

—¿Qué oigo? ¿Esta joven no es una criada de vd?

—Su caridad ardiente y mi reconocimiento son los únicos lazos que nos unen: su educación y clase es superior á la mía.

—Señorita, perdón, dijo el doctor, yo me avergüenzo de haberos tratado con tan poco miramiento.

—En nada me habeis faltado, y vuestra equivocación por otra parte sería muy disculpable en semejante ocasión.

Pasados aquellos primeros instantes de sorpresa y enajenamiento entre la anciana madre y su amante hijo, Ernestina se despidió y fué á contar á doña Martiniana la feliz llegada del hijo de su respetable amiga. La decencia no le permitía desde entonces continuar sus visitas, sin ir acompañada de su madre, cuando por otra parte el doctor proporcionó al momento criadas que atendiesen á la enferma; pero este acontecimiento que interrumpió sus relaciones, no tardó mucho en cambiar su destino.

El doctor Abarca, que había hecho en Californias una fortuna tan rápida como brillante, se apresuró á indemnizar á su madre de sus dolorosos sacrificios, proporcionándole una vejez descansada en medio de la abundancia, y quiso poner el colmo á su felicidad fijando cerca de ella á la joven que amaba, pidiendo á doña Martiniana la mano de su hija, bien persuadido de que la consoladora de los desgraciados no podía menos de ser la esposa más tierna y fiel: doña Martiniana aceptó su oferta después de consultar la voluntad de Ernestina, sin atender á su riqueza, sino á su amor filial

y después de haber palpado que era capaz de apreciar la virtud, laborioso y por consiguiente honrado. A poco tiempo marcharon á México, donde se establecieron ambas familias unidas, y Ernestina repetía con frecuencia á su madre: "Tenía vd. razón de sostener que no siempre es necesario ser rica para ser caritativa, y que hay mil medios de socorrer á nuestros semejantes; pero yo debo agregar que á más del júbilo secreto inseparable de toda buena acción, también puede ser la fuente de la felicidad de toda la vida."

I. G.

México, 1,842.

En un Cementerio.

I

Recientemente llegado á una ciudad populosa, la primera que veía en mi vida, quise visitar su célebre cementerio, y para hacerlo, escogí uno de aquellos días en que el cielo está turbio y nebuloso, y en que el alma sombría, como las nubes, y combatida por el choque de los huracanes de la vida, busca en el recogimiento y la soledad un pensamiento de paz, el pensamiento grande y consolador de la eternidad.

Triste, pero con aquella tristeza vaga que se sufre sin poderla explicar, sentía en mí mismo la necesidad de emociones más fijas, y no podía encontrarlas ciertamente sino en el asilo de la muerte. Sin embargo, al entrar en el fúnebre recinto, sentí una especie

de enagenamiento que me oprimía el corazón.

Jamás había visto sino los cementerios de los pueblos, en que los despojos mortales de los que han vivido en ellos reposan bajo un humilde montón de verdura que sirve de peana á una rústica cruz de madera; en que el silencio jamás se turba sino por las lágrimas del desgraciado que acompaña á su última morada á un padre, ó á un hijo, ó por la voz lenta y grave del cura. Allí todo es calma y todo invita á la meditación y á la plegaria; allí todo habla de la nada y de las vanidades del mundo. Ningún acento sacrílego hace vibrar el aire de ese santuario de las tumbas, y ninguna mirada curiosa profana sus misterios, porque nadie iría á buscar allí los monumentos del orgullo del hombre. Yo contemplaba, pues, con penosa admiración los diferentes objetos que me presentaba aquel suntuoso cementerio, aquel grandioso palacio de la muerte.

Aturdido con una escena tan llena de movimiento y de contraste, devoraba el conjunto sin detenerme en los pormenores, y cediendo á los prestigios de una imaginación naturalmente viva, me creía transportado á uno de aquellos jardines magníficos de los que mis amigos de colegio me habían hecho tan pomposas descripciones en sus cartas.

Observaba desde luego la uniformidad de las hileras de árboles alternados con bosquecillos de arbustos, que se elevaban en anfiteatro sobre un plano dulcemente inclinado, ó que limitaban una larga calzada; por otro lado veía algunos huecos sombríos en que se mezclaba el follaje del saúz llorón, el brillante tallo de las acacias y la sombría verdura del álamo y del sabino, y finalmente percibía por todas partes las emanaciones balsámicas de la rosa, la lila y el naranjo que aromatizaban deliciosamente el olfato.

Multitud de mausoleos de un estilo elegante y variado, vestidos de flores y coronas como para un día de fiesta, habrían podido completar la ilusión de cualquiera. Además, ningún grito de desesperación llegaba á mis oídos, y en mi egoísmo yo habría querido oír llorar á mi lado; mi tristeza reconcentrada en mi alma, tenía necesidad de un estímulo para exhalarse fuera, y yo estaba sofocado bajo su peso. "¡Oh! me decía, pasando la mano sobre mis ardientes pupilas, ¿Dónde deben correr las lágrimas mejor que aquí?" Olvidaba entonces que la aflicción tiene también su vergüenza y pudor, que se oculta á la sombra, se desahoga en silencio, y se ruboriza de presentar sus secretos á las miradas de los indiferentes.

Fatigado bien pronto de vagar sin des-

tino, me puse á leer algunos epitafios grabados sobre las tumbas. Aquí la joven reposaba al lado del anciano; allí el espléndido cenotafio del rico, dominaba la piedra tumular del pobre; bajo este jarrón las cenizas del hombre de ingenio se mezclaban acaso con las del ser privado de inteligencia; tal vez la misma bóveda encerraba los miembros de una sola familia á quien la ambición, los odios y las rivalidades de gloria y de grandeza, habían dividido durante su vida. Más lejos se divisaba el monumento erigido á la memoria del hombre ilustre, cuya poderosa voz había resonado desde lo alto de una tribuna, y cuya elocuencia después de haber combatido tantas pasiones, había venido á apagarse bajo la piedra fría de una tumba, y esa piedra faustosa no cubría, como la del sepulcro del indigente, más de algunos granos de polvo, en que se confunden el rango, la fortuna, la edad, el sexo. En vano la vanidad humana había querido llevar sus pompas hasta aquel asilo funerario; el equilibrio se había restablecido; la muerte lo había nivelado todo. ¡Así, de tantos seres, de los que unos durmieron su último sueño sobre la pluma y la seda de la cama imperial y los otros sobre la paja y el heno en el duro suelo, todos se levantarán á la voz del Eterno y al sonido de la trompeta de la justicia suprema!

¡De cuánto júbilo me inundó este subli-

me recuerdo! El justo que ha sufrido el hambre y el frío sobre la tierra, ¡con qué resplandor debe brillar su alma cuando se escape de su túmulo para recibir la palma de las recompensas celestiales! Estas reflexiones produjeron gradualmente en mí una deliciosa calma. Me sorprendí al ver que sucedían en mi alma á la amargura que me devoraba, las ideas de paz y de benevolencia. Todo lo que antes había chocado á mis ojos, tomó un nuevo aspecto; todo lo que había visto como obra del orgullo, ya no me parecía sino un tributo de respeto y de veneración, rendido á la memoria de un pariente ó de un amigo, y al momento exclamé: "¿Por qué presentar á la muerte bajo imágenes tétricas y lúgubres? ¿No es ella la que nos abre las puertas de la eternidad? ¿No es la vida la única barrera que separa á la criatura del Creador? Yo querría que se representase á la muerte bajo la figura de un querubín, desplegando sus azuladas alas para recibir el alma que va á tomar su vuelo hacia los cielos, y que dice á los mortales: "¡Vuestra peregrinación está terminada, la copa amarga se ha agotado, la muerte se aproxima: Dios os tiende sus brazos: os espera la eternidad!"

—¡Gracias, Señor, gracias! Hágase vuestra voluntad.

Esta exclamación, pronunciada en tal momento y á algunos pasos de mí, me hizo

volver la cabeza, y vi con sorpresa á un joven arrodillado sobre los escalones de un cenotafio con los brazos levantados al cielo; parecía abismado en un éxtasis que lo aislaba completamente de los objetos que lo rodeaban; sus formas graciosas y sus notables rasgos que se perfilaban sobre el verde oscuro de un ciprés y su hermoso cabello que vagaba al capricho de la brisa, le daban cierto aspecto seráfico. Inmóvil como la figura esculpida sobre el mausoleo, lo habría tenido por una estatua de mármol, si sus labios no hubiesen dejado escapar de cuando en cuando algunas palabras, y si su pecho agitado no marcase sus palpitaciones.

Nada indicaba en su rostro la desesperación: una dulce serenidad sombreaba su frente, y su boca sonreía sin esfuerzo. En fin, se levantó, arrancó una rosa blanca del único arbusto que se elevaba en lo interior, de la balaustrada que rodeaba la tumba, la puso en su seno y después de haber aspirado su perfume, dijo con lenta voz:

—¡Adiós, Cecilia, hasta mañana!

Yo buscaba en vano un pretexto para hablarle, cuando le ví dirigirse de pronto á mi lado con los ojos bajos. Un momento después vaciló y habría caído, á no haberle presentado mi brazo para sostenerlo.

—¿Estais malo? le dije.

—No es nada, me replicó, sufro á veces estos vahidos. Y una sonrisa asomó á sus pálidos labios.

Yo le hice sentar sobre un banco, y me puse junto á él; después tomando su mano en las mías, le contemplaba en silencio. Nuestros ojos se habían encontrado y nuestras almas se entendían.

—¿Por qué llorais? me dijo, como si hubiese adivinado mi pensamiento; ya veis, que yo no lloro ya.

Involuntariamente retrocedí, dirigiendo una nueva mirada á aquel semblante, que aunque joven, presentaba todos los rasgos de un prolongado dolor.

—¿Por qué sufrís tanto? le repliqué, después de una ligera pausa.

—Acaso mi cuerpo padece; pero yo no lo siento.

—Ya comprendo, le dije, señalándole la tumba que acababa de dejar; hay males delante de los cuales todos los demás enmudecen.

—¡Oh! me replicó, mientras apoyaba con fuerza la mano sobre su corazón, este mal me habría matado; pero debo resignarme á Dios, ó más bien, debo darle gracias, porque me le ha enviado, pues que él sólo es capaz de purificarme de mis faltas, y él solo podrá hacerme digno de una alianza eterna con aquel angel que me aguarda allá.

—¿Era.....?

—Era mi mujer.... Al menos he podido darle este nombre por un día entero. Su cabeza se inclinó hacia el pecho y una furtiva lágrima se deslizó por su mejilla.

—Perdón, le dije, yo os aflijo con una pregunta indiscreta.

—¡Afligirme cuando me hablais de ella! No, no lo temais, señor; hablarme de Cecilia es el único gozo que puedo tener en el mundo, y puesto que parece haberos causado algún interés, voy á contaros nuestra historia, que es tan corta como sencilla. Al menos, si más tarde la contingencia os volviese á conducir á este lugar, podreis venir á orar sobre este fúnebre sepulcro, que probablemente encerrará ya dos corazones, á los que si Dios ha separado aquí abajo, sólo ha sido para unirlos más estrechamente en una mejor vida.

II

Nací el mismo día que Cecilia; criados por nuestros parientes como los hijos de una sola madre, nuestras almas se confundieron con un afecto fraternal que se formó hasta cierto punto desde la cuna. Destinados el uno para el otro, todo parecía reunirse para afianzar nuestros lazos, y había entre nosotros tal semejanza, que frecuentemente se nos tenía por gemelos. Lo mismo que yo, Cecilia era blanca, rubia y afectuosa; como ella, yo era melancólico y serio, y mis pensamientos procuraban lanzarse más allá de los límites de este mundo.

Podría decirse que un mismo impulso dirigía nuestros movimientos, que una misma sensación hacía latir nuestros corazones; porque yo no tenía otros gustos que los suyos, y ambos no disfrutábamos sino de los mismos goces y de las propias penas; eran en fin dos existencias que estaban pendientes de un solo hilo.

No nos habíamos separado todavía, cuando se habló de ponerme en un colegio. A este anuncio Cecilia no profirió una sola queja, pero cayó sin movimiento á los pies de su madre. Ignoro lo que pasó por mí, y recuerdo únicamente el grito de terror que dió mi padre al verme. Desde entonces convinieron ambas familias en que ni aun se soñaría en separarnos. Quedé, pues, en la casa paterna y mi educación se confió á un preceptor tan piadoso como ilustrado. Cecilia asistía á todas las lecciones, imitando su dedicación hacíamos progresos rápidos, y en nuestras horas de recreo, la acompañaba á las habitaciones de las familias pobres de la vecindad que llamaban á mi hermana adoptiva su buen angel; frecuentemente íbamos también á la parroquia, en donde tributábamos juntos nuestros debidos homenajes á la Divinidad.

Así llegamos hasta la edad de dieciocho años, sin conocer todavía otras satisfacciones que las de una vida inocente y pueril. Nuestro matrimonio se había fijado á la

época en que cumpliésemos veinte años; pero esta demora no nos disgustaba, porque no creíamos que llegando, pudiese aumentar nuestra felicidad; mas estaba designado que experimentásemos bien pronto la triste verdad de que nada hay estable en esta vida y que:

El llanto asienta sus pesados pies
Sobre las huellas todavía recientes
Del fugitivo, del veloz placer.

Bien pronto, aunque sin causa reciente ó conocida, se excitó en el fondo de nuestros corazones un pensamiento que procurábamos disipar mutuamente, y con frecuencia después de habernos estado mirando algunos minutos en silencio, volvíamos la cabeza para ocultar nuestras lágrimas; la palidez de nuestras frentes y nuestra mutua tristeza nos presagiaba un secreto terrible, el de una próxima separación. Este convencimiento era tanto más doloroso cuanto que cada uno de nosotros ignoraba su propio riesgo y sólo temía el del otro. El mal, bajo el que sucumbía Cecilia, hizo en poco tiempo espantosos progresos, hasta que se vió obligada á mirar el estado de su salud. Una tos seca y tenaz, y una opresión excesiva, indicaban bastante que estaba atacada de una tisis pulmonar.

Un día en que quitaba de su boca su pañuelo lleno de sangre, no pude ya contener

el dolor que me sofocaba. "¿Qué, será preciso dejarte, hermana mía?" le dije apretándole convulsivamente la mano.

Muy conmovida me enseñó con la otra al cielo, y cayendo ambos de rodillas, nuestras frentes se inclinaron á la tierra. Después de una corta y fervorosa plegaria, la ayudé á levantarse; una resignación divina brillaba en sus facciones. "¿Y qué, te mostrarás más débil que yo?" me dijo.

—No, Cecilia, no tendrás que avergonzarte de tu hermano. Dios reclama lo que le pertenece. ¡Que se haga su voluntad suprema!

La mañana siguiente, Cecilia se encontraba más débil. En vano se llamaron en su auxilio á los más célebres médicos; se vió obligada á no levantarse de la cama del dolor. Estaba decretado que sólo la dejase para reposar en el féretro. Durante el curso de sus largos sufrimientos, su dulzura angelical no se desmintió por un instante, y su conformidad inalterable le impidió proferir ni la menor queja, ni la más ligera murmuración. Yo no la abandoné ni de día ni de noche; mi madre misma no tenía valor de obligarme á tomar algún reposo ó á separarme de ella.

Una mañana me hizo seña para que me acercase á su cama y con voz débil exclamó:

—El momento se aproxima..... No

puedo aguardarlo más tiempo; pero aquel que sondea los corazones, ha leído en el tuyo que tu resignación será el premio de tu virtud, y que me imitarás.

—¿Qué quieres decir? la interrumpí.

—Que tú sucumbirás bajo el mismo mal que yo.... Debía hacerte esta confianza en premio de tu amor y tu valor.

—Entretanto, agregó enseñándome un anillo que tenía en el dedo, esta prenda es para el otro mundo.

No pude sufrir más, lanzándome en los brazos de mi madre, le dije al oído la revelación que acababa de escuchar; ella se sonrió tristemente y salió apresurada para llamar al venerable eclesiástico que había asistido á Cecilia durante su enfermedad. A su llegada, reunida la familia, pronunció sobre nosotros dos la bendición nupcial. ¡Alianza de duelo á la que la muerte iba á poner su sello!.... A la noche, Cecilia recibió el Sagrado Viático. Al amanecer se puso peor.... A las siete.... su corazón y su pulso dejaron de latir.

Seis meses hace tuvo lugar esta terrible escena. Desde entonces yo vengo aquí todos los días.... A este lugar donde todo me habla de Cecilia, donde todo me aproxima á la Divinidad. Sentado con frecuencia á la sombra del ciprés y de los saúces, cuando el viento suave agita su follaje, me parece escuchar suspiros armoniosos, que

derraman en mi alma toda la poesía del cielo, y oír una voz que me dice: "¡Valor, esposo mío! ¿Qué son los sufrimientos de un día al lado de una felicidad sin límites?" Entonces yo repito: "¡Gracias, Señor, gracias: todo lo que vos haceis está bien hecho!"

Un violento acceso de tos interrumpió al joven, y su cabeza se inclinó á su espalda como un hermoso lirio arrancado violentamente de su tallo. Pasé la mano sobre su frente: estaba helada, sus miembros adquirían una tensión extraordinaria. Asustado de su situación, lo tomé en mis brazos y lo llevé como pude al coche que estaba en la puerta del campo del reposo, de donde lo conduje á su habitación.

Dos semanas después acompañaba el entierro de su cadáver, que fué depositado al lado del de Cecilia.

¡La eternidad los ha reunido!

I. G.

México 1849.

UNA BODA

En una Noche de Norte.

Era una mañana de diciembre: el cielo se hallaba despejado; soplaba viento del Sur tan caliente como el sol mismo; el piso era de arena suelta, el camino carecía hasta de un arbusto que produjera sombra, y no se veía otra cosa que los altos médanos de arena blanca, donde reflectaban los rayos del sol como en un espejo; me hallaba sofocado, y mi caballo estaba mojado de sudor como si saliera del baño; serían las dos de la tarde cuando advertí un grupo de casas de cañas y palmas á un lado del camino, y por mi guía supe que aquel lugar se llamaba las Salinas. Dirigíme á la mayor de aquellas casas, con deseo de tomar sombra y algún refresco; en un corredor, que

en el país se llama enramada, se hallaban sentados en sus butaques, un anciano de rostro venerable, y á un lado una joven como de veinte años, de regulares facciones, con unos ojos negros y hermosos, que la hacían parecer mejor que lo que era en realidad. Al detenerme al frente de aquellas personas, saludé y fuí correspondido por el anciano, brindándome con el descanso y el fresco; la joven inclinó con gracia la cabeza, y se paró á traerme un butaque, invitándome á usar de él con un modo que no le hubiera podido rehusar, aun cuando no hubiese tenido necesidad de aceptarlo.

—¿Para dónde se dirige vd., caballero? me preguntó el anciano.

—Para Alvarado voy; el guía extravió el camino del llano, según me ha dicho, y hemos venido por la playa sufriendo un sol fuertísimo, y las picadas de los mosquitos "chaquistes," que me han hinchado manos y cara.

—Ciertamente tiene vd. razón para quejarse; hace un día de verano, y si gusta fiarse de mi experiencia, debe quedarse en esta choza que ofrezco á vd. con buena voluntad; el norte no tardará en reventar, y padecerá vd. mucho en ese camino.

—Gracias por el convite, pero acaso rinda la jornada antes que llegue el viento; el día está sereno.

—Esa es puntualmente una de mis re-

glas para creer que se aproxima el norte; las arañas tejen de prisa sus redes; el viento reinante es del Sur, el piso á la sombra está muy húmedo, han pasado parvadas de gaviotas y rabi-horcados, la playa tiene muchas becasas, las moscas están muy molestas, volando como atontadas, los pelícanos pescan haciendo provisiones, y anoche han aullado los coyotes junto á las casas; esas reglas son tan seguras como el mejor barómetro, y ahora, como marinero, le diré á vd. que he visto algunas nubes por el Este, y una faja oscura sube por el Norte, que no me dejan la menor duda de que el "gobernador de Zempoala" está muy cerca. ¿Nota vd. aquel punto blanco allí lejos en la mar? Pues ese es el barco de mis hijos, que ya vuelven de pescar, y vienen temprano huyendo del norte.

—¿Se mantiene vd. de la pesca?

—Sí, señor; tengo también algunas reses y un pedazo de tierra que produce maíz y legumbres; vivo aquí con mis dos hijos Carlos que maneja el barco, y María que se halla presente y al servicio de vd. En el mismo barco viene también Eusebio, que será mi hijo esta noche, si Dios quiere que el señor cura de la Boca del Río llegue antes que reviente el norte.

—¿Luego esta noche hay boda en casa?

—María lo quiere así, dijo el anciano con una expresión de dolor.

María con los ojos en el suelo, y la cara encendida, preguntó:

—¿Y vd. no?

—Sí, hija mía, tu elección la apruebo; Eusebio es pobre, pero honrado; posee un corazón generoso, y creo que te hará feliz; yo habría anticipádome á elegirlo, si cuando salvó aquellos náufragos, con riesgo de su vida, y te comuniqué mis ideas, no me hubieses confesado que ya vdes. se amaban.

La hija se metió, y el anciano instándome á que aceptase su convite y presenciase la ceremonia nupcial, me decidió á ser su huésped; los caballos fueron alojados al momento, y á mí se me introdujo á la casa, donde en vez de paredes, formaban las separaciones carrizos con forros interiores de petates para impedir el paso del viento; una sala con muebles más aseados que lujosos, dos recámaras con sus catres vestidos muy limpios, para el padre y la hija; un cuarto independiente con su "coi" (hamaca de lienzo) para Carlos, y otra pieza al lado, en donde se me alojó, y preparaba María el catre con el mosquitero indispensble. Separadas algunas varas de la casa, había otras habitaciones para los criados, y la cocina, que nunca se halla junta con las viviendas de la gente acomodada, por precaución á causa de los incendios; si bien se nota que hallándose el fogón unido á las cañas, y á corta distancia de un techo de palma, tan com-

bustible como la estopa, no son tan frecuentes esas desgracias como era de esperarse.

Apenas había descansado una media hora, y apurado un vaso de refresco hecho con maíz "martajado," desleído en agua endulzada (pozole), cuando oí una alegre canción cantada por varias voces no femeniles, y pronto aparecieron dos jóvenes atléticos, vestidos de lienzo blanco ordinario, con sus gorras sin visera, seguidos de otros tres hombres cargando el "chinchorro" (mallas,) que alargaron para que se secase, sobre unas estacas hincadas frente á la casa. El viejo Simón, que es el nombre del padre, me presentó á su hijo y futuro yerno, y pronto fuimos llamados á la mesa, donde una comida compuesta de olla á la española y dos guisados de mariscos, bien condimentados, nos hicieron aplacar el hambre que yo comenzaba á sentir demasiado. El cura llegó antes que concluyese la comida, y fué admitido á ella sacando su parte muy regular. Aquella reunión parecía la de una familia donde reina la fraternidad; no había más que alegría y franqueza; nos acabábamos de conocer, y ya disfrutábamos de los placeres de la intimidad; tal es el carácter de las gentes de Veracruz y sus inmediaciones; no se conoce la doblez, y con la propia franqueza que se admite á una persona cuando simpatiza, se desecha si no

agrada; cierto es que la gente de mar y la del campo es agreste, y de maneras poco cultas, generalmente; pero también lo es que disimulando sus defectos, y recibiendo sus cumplimientos, á su modo, se vive bien con ella, y se puede observar que posee virtudes, sin ostentarlas y sin saber apenas su valor.

Durante la comida comenzaron á sentirse fugadas de norte, y antes que el sol se pusiera, ya el viento era fuerte y levantaba la arena que venía sobre los ojos. El viejo Simón salió á la playa á observar el horizonte, y cuando volvió nos dijo:

—Dios compadezca á los buques que se hallen cerca de la costa, porque el norte será de "hueso colorado."

En efecto, silbaba por las cañas de la casa, haciendo estremecer los techos, y la mar se convirtió en espuma, encrespándose las aguas rebotadas. Al ponerse el sol ya no podía estarse fuera de la casa, y me causó sorpresa ver á Simón acompañado de sus hijos y de otros vecinos, alistando una lancha, cambiando estrobos, afirmando toletes, reclavando el timón, probando remos, y haciendo aprestos como si fuese á la mar; no pude contenerme, y salí á preguntar lo que aquello significaba.

—Somos pescadores, señor, cuando hay buen tiempo; cuando hay borrasca somos hombres, y pueden nuestros hermanos ne-

cesitar que los auxiliemos; y para tal conflicto, es preciso tenerlo todo aparejado; esta precaución nos ha dado el gusto de salvar á más de una persona, y entre nosotros hay alguno que olvidando su vida con prudencia, se ha arrojado fuera de la lancha y conseguido salvar á una pobre señora. Decía esto Simón fijando su vista en Eusebio, y éste contestó con indiferencia, sin enorgullecerse por su buena acción, ni por el elogio que escuchaba:

—Dejemos ese cuento, que María llora cuando recuerda aquella madrugada, y sus alabanzas me han dado más placer que si hubiera hecho arriar su bandera á un navío enemigo, abordándolo yo solo.

Concluyeron su maniobra, y reunidos en la casa, vimos comenzar á llegar varias mujeres y algunos hombres con su "bayeta" azul, que les cubría todo el cuerpo, á manera de frailes franciscanos, trayendo ceñido el inseparable machete, y en la mano algunos instrumentos de cuerda como harpas, guitarras y "jaranas." Pronto se llenó la sala con los vecinos, curiosos y parientes de los novios. Un tiro de fusil disparado al aire, al anochecer, fué la señal de convite, y lo que significa reunión ó baile, según me dijeron; la música, poco acorde en verdad, comenzó á dar señales de que había boda; la gente se alegró y bailaron la "agua-nieve," los "chiles-verdes," y otros sones del

país, hasta que el cura dijo ser hora de la ceremonia.

María se presentó vestida de blanco; anchas enaguas de muselina con sendos encajes embutidos y al aire, camisa de olán batista con sus bordados y encajes en las mangas; toquilla de lino, bordada por ella, guarnecida de encajes, prendida con un clavillo formado de un escudo de á cuatro, dejando al frente las armas nacionales; gruesa cadena de oro pendía de su cuello, y en el extremo una medalla con la Virgen de Guadalupe; su peinado lo formaban dos trenzas que rodeaban la cabeza, abrazando un peine (cachirulo) de oro con piedras y perlas, dejando lucir al medio un lazo de cinta roja; en los costados sujetaban el pelo otras peinetas pequeñas guarnecidas de oro también; aquel conjunto de alhajas, aquella flor de cinta, y aquella elegancia sencilla en que no faltaba coquetería; aquellos aretes de oro, casi macizo, todo común en las mujeres del país, forman un adorno lleno de gracia, y María estaba más hermosa ahora, con las propias galas con que la ví por la mañana, sin duda porque en su semblante notaba yo un abatimiento, y un aire triste, que me pareció entonces efecto del nuevo compromiso que iba á contraer. Eusebio estaba todo de blanco, y sólo había añadido á su vestido una faja encarnada.

La ceremonia comienza; silbaban las ca-

ñas de la casa, como las flautas del dios Pan; brama la mar enfurecida, cruza el relámpago iluminando la playa, y el silencio de los circunstantes en aquel acto, deja percibir con más claridad la agitación de las aguas, que amenazando tragarse la tierra, al tocar la playa lamen humildes la arena donde el dedo del Supremo Hacedor les señaló el "hasta aquí." Acababan de pronunciar los dos amantes el voto solemne que los unía para siempre, cuando escuchamos una detonación que nos parecio un cañonazo; creció el silencio, y todos pusimos mayor atención; otro cañonazo cerca no dejó duda de que un buque se hallaba en peligro y pedía socorro, observando las luces encendidas de antemano con este propio fin, en la casa que dominaba la playa. Simón da sus órdenes, y se prepara á salir con sus gentes de mar. Eusebio va á seguirle y se le dice hallarse dispensado por aquella vez; insiste en ser de la partida, y participar del peligro y de la gloria de sus compañeros; María no se atreve á suplicar, pero sus ojos dicen más que su boca pudiera. Eusebio le toma una mano y se la comprime entre las dos suyas; una lágrima rueda sobre la mejilla de María, y sin hablar desaparece Eusebio, siguiendo á sus camaradas y suegro que ya estaban en la playa haciendo señales con un farol, y arrojando la lancha al agua; las gentes de la casa desaparecie-

ron como por encanto, yo no sabía cuál partido adoptar; la playa estaba mojada, el viento era muy fuerte, y sobre todo no era yo útil en aquel lugar, ignorando lo que debiera hacer, por grandes que fuesen mis deseos de auxiliar á los que se hallaban en peligro. María reclamaba también mi socorro; yacía abatida y llena de pesar, sentada, con la vista fija en una imagen de Nuestra Señora; cuando me acerqué á ella y procuré hablarla, no supe qué palabras escoger, y ella misma, conociendo mi incertidumbre, me dijo:

—Gracias, señor; quisiera vd. consolarme, pero es imposible; no es la primera ocasión que Eusebio se halla en el propio peligro que ahora, con mi padre cuando podía hacer faenas fuertes, y con mi hermano, pero jamás me he sentido tan triste como esta vez; el corazón me anuncia alguna desgracia.

En vano me esforcé en persuadirla que no debía creer en presentimientos semejantes; apenas me escuchaba, acercándose continuamente á la puerta á observar lo que ocurría en la playa, y era imposible ver por la oscuridad y avances de la arena, que volaba impelida por el norte. Por fin me suplicó que la acompañase á satisfacerse por su vista; llegamos á la orilla de la mar y sólo encontramos á Simón, que tenía el pequeño farol agitándolo continuamente;

al ver á María quiso obligarla á que se volviese á su casa, pero ella aseguró que no dejaría aquel lugar hasta que regresara la lancha, de la que nada se veía. Dos horas permanecimos sufriendo el viento y los golpes de la arena húmeda, que nos hería la cara; varias veces fuí instado á retirarme á descansar, pero ya me interesaba demasiado aquella escena para abandonarla. Por fin, vino á sacarnos de la duda un hombre todo mojado y yerto de frío, que más arrastrándose que caminando se nos acercó y dijo que había zozobrado la lancha, atropellada por el buque á quien buscaban; nada sabía de sus compañeros. Corre María por un lado casi metida en la mar; su padre la sigue, y yo me quedo auxiliando al estropeado pescador, á quien ayudé á subir al médano para llegar á la casa; pronto nos rodearon varias mujeres del lugar, y le prodigaron las atenciones que necesitaba, mientras otras corren á la playa en busca de sus hijos y maridos; yo volví con ellas, adelantándonos hasta donde advertimos la luz del farol de Simón. Un buque de cruz había varado cerca de tierra; se oían voces á bordo, pero imperceptibles las palabras, por el ruido de las aguas; María no parecía, ni había salido ningún otro pescador de los que tripulaban la lancha; crecían las congojas de todos, y ansiábamos la llegada de la aurora, como lo harían los que estaban á bordo del bu-

que; tardó mucho aún para iluminarse el horizonte; por fin vino el crepúsculo, y ya pudimos distinguir que era un bergantín el perdido; recorrimos la playa y vimos un cuerpo, que conocimos al punto ser María; el dolor y el cansancio de andar en todas direcciones en busca de lo que deseaba, agotaron sus fuerzas, y yacía en tierra, mojada y medio muerta. Se la retiró á lugar seco y algo abrigado del viento; fué cubierta con nuestras propias ropas para darla calor, y pronto la vimos reanimarse y llorar.

—¿Dónde está Eusebio? fué lo primero que habló.

Eludimos la respuesta, y entre todos pudimos conducirla cargada hasta su casa; su frente ardía, y sus ojos en vez de lágrimas brotaban fuego; la dejamos al cuidado de sus criadas y volvimos á la playa; había ya bastante luz, y pronto conocimos en el bauprés del buque á dos de los nuestros, que hacían señales para que nos acercásemos al habla; fuimos y nos pidieron que asegurásemos una espía que nos arrojaron varias veces, hasta que logramos tomar el cabo; fijado en tierra, por allí se vinieron cuatro, y con ellos Carlos que preguntó por Eusebio.

—Nada sabemos de él, nos dijo, y de otros dos compañeros; buscábamos el buque, haciendo esfuerzos por salvar la reventazón; un golpe de mar nos cambió el

rumbo, presentamos el costado de babor á la mar y nos apagó el farol; antes de podernos enmendar, vino sobre nosotros el bergantín, deshaciéndonos la lancha; comenzamos á nadar al costado del buque, de donde ya habían arrojado cabos, y por ellos subimos á bordo; esta casualidad nos ha hecho salvarnos y salvar á esas gentes que ya tocando, querían hacerse fuera, y hubieran ido á perecer á la sierra de San Martín; maniobraron por nuestro consejo, izando los foques y la mayor cangreja; pusimos la proa á la luz del farol de vd., considerando que nos marcaba el canalito entre el arrecife y el alfaque, y embicamos logrando nuestro deseo; el bergantín se halla entero sobre la arena; guerrea algunas veces; pero pronto quedará sentado de firme, y no se perderá la carga; vamos á procurar sacar la gente de á bordo, antes que con la marea crezca más el norte, y acaso sepamos mientras de Eusebio y de los otros compañeros.

En efecto, comenzaron á fijar en tierra los extremos de los cabos que trajeron de á bordo, y por ellos, á ratos nadando, á ratos caminando, vinieron los marineros del buque con pasajeros, señoras y niños. El buque era francés, procedente de Burdeos, y se dirigía para Alvarado.

Entre tanto duraba esta maniobra, un hombre á caballo, de los merodeadores que

se acercan á la playa cuando hay norte, vino á avisar que había cerca un cadáver que empujaba la agua para tierra; fuimos al lugar, y en efecto se sacó parte del cuerpo de un joven, á quien los tiburones habían comido el resto. Desde luego se creyó que igual suerte había tocado á los otros que faltaban, y se pensó en echar un anzuelo por ver si salía el pez que tuviere alguno en el estómago. Fueron en busca del anzuelo y carne de res á la casa; pero no con tanta precaución que dejase María de imponerse de lo que pasaba, y vino á presenciar la pesca, cogida del brazo de Simón, á quien obligó á acompañarla; diez minutos estuvo la carne en el agua, cuando se sintió que halaban; comenzaron á alargar el cordel, y á ratos lo cobraban, hasta que desangrado el pez y falto de fuerza, fué traído á tierra para lo cual hicimos esfuerzos cuantos allí nos encontrábamos; era la hembra del tiburón (tintorera) disforme en su tamaño; media seis varas y cuarta de la nariz á la horquilla de la cola; se le rajó la barriga á lo largo, y mientras contábamos hasta treinta y dos cachorros, cada uno en su celdilla nadando en agua muy clara y sulobre, oímos un grito agudísimo.... Era María, que haciéndose lugar como una loca entre los que rodeábamos el animal, le metió la mano en la barriga y nos manifestó la cabeza de un hombre, que al punto

conocimos ser la de Eusebio.... La joven cayó desmayada, dejándonos horrorizados aquella escena fatal.....

Tres meses después pasé por las Salinas cuando regresaba de mi comisión; una cruz de madera ocupaba el lugar de la casita del médano, y entre los brazos tenía un corazón, en que estaba escrito:

"María: Murió en.... de diciembre de 18...."

V.

Veracruz, enero 8 de 1,844

La mujer Económica.

I

PROYECTOS DE CASAMIENTO

—¿Conque decididamente estás resuelto á casarte? me preguntaba cierta tarde don Juan de Peralta, el amigo de mi mayor confianza, que se había quedado aquel día á tomar la sopa en mi casa.

—Sí, Juan, le contesté, demasiado tiempo he sido soltero para aguardarme á que, sobreviniendo la vejez, ó no encuentre novia, ó que si por dicha hallo alguna, los hijos que tuviere vengan á quedar huérfanos en su más tierna edad, sin haber recibido siquiera una regular educación.

—Pero aún no me has nombrado la novia.

—Ni podría hacerlo aunque quisiera, pues á la verdad todavía no he podido fijar mi elección.

—¡Vaya! pues por cierto que estás adelantado. ¡Cómo! en México, y teniendo franca entrada en todas partes, donde habrás podido ver mil beldades, ¿es posible que hasta ahora no hayas encontrado una señorita de tu gusto? ¿O temes acaso que te dén calabazas? ¡Delirio! ¡Quién se atrevería á despreciar á un joven de treinta años, bien parecido, que ocupa un sillón en el congreso, y cuenta, como quien no dice nada, con tres mil duros de sueldo!

—Pero tú sabes muy bien que las pagas no están corrientes, y que á un buen componer estamos recibiendo una mitad.

—¿Y qué importa todo eso? El empleo de diputado hace bastante ruido, y cuando las gentes saben que hay influjo....

—Escúchame, Juan, quiero hablarte con franqueza. Conozco varias señoritas que me han parecido lindas y amables en extremo, á las que juzgo por lo mismo como muy propias para hacer mi felicidad; pero al ver el boato y bambolla con que se presentan, no he podido menos de reflexionar que de ninguna manera me convienen. Mis recursos en el día que soy diputado, están limitados á 1,500 pesos anuales, y cuando deje de serlo, muy poco más será lo que me produzca mi profesión de abogado. ¿Con

qué, pues, podría sostener mi casa bajo el pie de lujo que necesariamente exigirían los brillantes trajes con que mi mujer se presentase?

—Procura casarte con una rica, y su caudal dará para todo.

—¡Hombre! qué es lo que me aconsejas! Si fuera español... ¡vaya! ¿Pero á un mexicano? ¿No sabes tú que nosotros por un necio orgullo, si se quiere, casi nunca nos enlazamos con las familias de proporciones, sólo por no oír decir á algunos parientes de la novia que la pretendimos por interés? Repito, que confieso la necedad de este sistema, y que advierto gustoso que en la actualidad pretenden algunos mexicanos á las ricas herederas, posesión en que antes se hallaban exclusivamente los españoles; pero por lo que á mí toca yo no quiero aumentar los ejemplares. Primero me ahorcaría, que sufrir que alguno se atreviese á decir al verme pasar: "Este se hizo rico por....." y otras picardías semejantes que se acostumbran al hablar de las personas que hacen fortuna por el casamiento.

—Pues por lo que á mí hace, que digan lo que quieran; pero yo pienso de otra manera. Dos medianías reunidas, constituyen un bienestar; mientras que dos miserias conducen al hospicio.

—Yo no quiero por esto que en nuestra

tierra de promisión los matrimonios se ajusten por guarismos, al estilo europeo: es decir, Simón tiene 800, Casilda 300, luego no puede haber matrimonio; pero desearía al menos que el rico se casara con rica ó con pobre, como le diera la gana, y que el de medianas proporciones se uniera con otra que tuviera las mismas facultades, ó como vulgarmente se dice: "que el hombre lleve que comer, y la mujer que traiga que cenar."

—Tu modo de pensar es muy juicioso; pero mis ideas son invariables sobre este punto.

—Pretendo, pues, que mi mujer carezca de bienes; pero que sepa arreglarse á lo que produzca mi trabajo. Que sea económica, sin ser miserable; aseada, sin ser petimetra y cuidadosa de su casa y marido, sin resabios de beata.

—Por cierto que no es poco lo que pides; pero yo confío que en una ciudad como ésta de más de 200,000 almas, no será absolutamente imposible que encuentres una mujer que reúna todas esas circunstancias.

—Tal han sido hasta ahora mis esperanzas; mas te aseguro que cada día se van disminuyendo, al advertir la generalidad con que el bello sexo despilfarra y malgasta. Aun las mujeres mismas de los artesanos se presentan en público con un lujo que admira, y que no ha podido menos de hacerme sospechar, que ó sus maridos no son

muy celosos, ó que necesariamente se encuentran abrumados de deudas y trampas que pararán por conducirlos á la cárcel.

—¡Por vida de Sanes! exclamó á este punto Peralta, que yo puedo proporcionarte el tesoro que solicitas. Vaya, no hay remedio; sin duda que no estaba en mi acuerdo cuando he podido olvidarme de la preciosa Julia.

—¿Quién es esa niña?

—Un complemento de gracias y virtudes, la realidad del bello ideal que te has formado en tu fantasía.

—Me estás metiendo en curiosidad de conocerla.

—Pues afortunadamente no hay dificultad para que se satisfaga tu deseo. Yo soy íntimo de la casa y puedo llevar á ella las personas que quiera. ¿Cuándo quieres que te presente?

—Lo más pronto es lo más seguro. Esta noche misma, si no hay inconveniente.

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—¿Pues ya no te lo he dicho? Pero son las seis, añadió mirando su reloj, y restan aun dos horas para que podamos hacer la visita. Me voy, pues, á expeditar algunos negocios, y volveré por tí á las ocho en punto.

Al decir esto se retiró, dejándome engolfado en las ideas halagüeñas que natural-

mente se presentan á la imaginación del que por fin ve llegar el momento de conocer un objeto, en favor del que se halla prevenido á fuerza de oír los elogios que se le tributan.

II

ME LLEVAN Á VISITAS

Mi buen amigo, fiel á su palabra, vino por mí á la hora convenida, y sin pérdida de tiempo nos transladamos á la casa de Julia. Recibiónos una señora como de 40 años, á la que Peralta hizo mil cumplidos, por lo que supuse, y no me engañé, que ella era mi futura suegra.

—Señora, le dijo, ¿haberse vd. tomado la molestia de venir á abrirnos?

—¡Qué quiere vd., don Juan, contestó ella, es necesario que cada uno se limite á lo que le permiten sus proporciones; y ya ve vd. que una pobre viuda con un escaso montepío no puede costear el gasto de un portero.

Esta respuesta me convenció de que mi amigo no me había engañado respecto de las virtudes económicas de la familia que íbamos á visitar, y ya de antemano me daba el parabién del hallazgo de Julia, á la que sin dificultad creí adornada con todas

las buenas cualidades que pretendía tuviese mi mujer.

Durante el tiempo que tardé en esta reflexión, mi amigo don Juan, continuando su conversación con la ama de la casa, le dijo que yo quería tener la honra de ofrecerle mis respetos como á la señorita su hija: y que él se había tomado la libertad de presentarme, confiado en la amistad que siempre se había dignado dispensarle, y cierto además de mi buena educación y honrada conducta. Habló en seguida de mi empleo, de mi estado de soltero, y dejó escapar una que otra palabra sobre mi intención de casarme, aunque sin haber hecho todavía elección, y la señora á quien parece no desagradaron estas noticias, dirigiéndose entonces á mí, me ofreció su casa con la mayor urbanidad y política.

Introducidos á la sala, desde el momento se llevó Julia toda mi admiración, en términos que apenas pude tartamudear los cumplimientos de estilo. Figúrese el lector una joven de 20 á 22 años, cuyas facciones bastante regulares, eran el menor de sus atractivos. Un talle airoso y delicado, y un pie sumamente pulido, á la par que pequeño fueron los objetos que fijaron particularmente mi atención. Agréguese á esto, que en su vestido reinaba la mayor sencillez unida al mejor gusto; y si se tienen presentes mis ideas de que no fuese mi mujer

excesivamente lujosa, podrá disculparme del prolongado éxtasis en que quedé arrobado.

Salí por fin de esta abstracción mental que había durado cinco minutos por lo menos, para notar el papel desairado que estaba haciendo; pues las demás personas viendo que yo no articulaba una sola palabra, procuraron entablar alguna conversación, que se fijó por último sobre las macetas. Quise enmendar mi falta; pero mi desgracia era, que maldita la cosa que entendía del asunto que se trataba, y que los tulipanes, los ranúnculos y los geranios, así los sabía distinguir yo, como el caldeo del siriaco; por fortuna mi amigo, que parece haber cursado las escuelas de Linneo, me desempeñó á las mil maravillas, y fué numerando una por una todas las plantas; clasificándolas por familias, y determinando los tiempos más á propósito para hacer las siembras, podas é ingertos, hasta que por medio de un salto dejamos el curso de botánica para transladarnos al teatro, y de allí como por la mano, fuimos conducidos á las tiendas de las modistas, fijándose por fin la conversación sobre esta materia, que es sin duda la más interesante para las señoras.

—¡Válgame Dios, dijo doña Andrea (así se llamaba mi futura suegra) cuánto dinero se gasta en México sólo en pagar á las

modistas! y todo ¿por qué? porque á las señoritas no les gusta trabajar en hacerse sus trajes, aunque sus padres ó maridos renieguen cuando se ven obligados á pagar un sentido por las hechuras.

—Mire vd., señor, continuó dirigiéndose á mí, vea vd. el vestido que trae Julia, que es obra de sus manos, y dígame ¿si podrá hacerlo mejor madama Carolina ó cualesquiera de las modistas extranjeras que hay en esta ciudad?

Al decir esto hizo que me aproximase cerca de Julia para que pudiese observar mejor si el traje estaba bien entallado, y formados con buen gusto los perifollos de sus mangas. Yo á la verdad soy tan poco inteligente en esta materia como en la de las macetas; pero en esta vez no me hice del rogar y como si fuera maestro en el arte, permanecí largo tiempo con los ojos fijos, no en el vestido, del que era incapaz de conocer su mérito, sino en la preciosa joven que lo llevaba, cuyo encendido rostro me hizo conocer que había advertido mis penetrantes miradas. Al fin me retiré balbutiendo que el traje estaba muy bien hecho, y que era imposible que una modista lo hubiera acabado con igual perfección.

Doña Andrea había dado principio á contar las habilidades de su hija, y nada era capaz de hacerla cortar el hilo de la conversación, como pude desengañarme con el

tiempo, sino hasta después de haber hecho una larga mención de todas ellas.

—¿Cuánto tiempo, me preguntó, le parece á vd. que tiene de uso el vestido que trae Julia?

—Señora, se lo estrenaría esta semana.

—Ja! ja! ja! ja! No puedo menos de reírme. Así como vd. lo ve, ya va á ajustar dos años de servicio en compañía de otros dos que componen todo su ajuar; y modas van y modas vienen, y mi Julia siempre se presenta de la última, sin más trabajo que de arreglarlos un poco, soltando ó recogiendo según lo exigen las variaciones que se han hecho en los trajes; pero lo que había vd. de ver, es el sumo cuidado que tiene la pobre de mi hija para conservarlos. Apenas vuelve de la iglesia, de la visita ó el paseo, y en el momento se quita su traje para colgarlo en la percha.

—Pero mamá, exclamó Julia, ¿para qué cuenta vd. eso al señor?

—¿Y qué se pierde con que lo sepa? El ser pobre no es afrenta, y al decir yo que sabes cuidar lo que tienes, te doy más honor que el que tú te imaginas. ¿Pues qué diría el señor si le contara que los zapatos de raso te duran dos meses?

—Mamá ¡por Dios! hágame vd. el favor de callar.

—Señorita, la dije, vd. no tiene motivo para avergonzarse de lo que su mamá aca-

ba de decirme, pues todo ello redunda en su elogio, tanto más merecido, cuanto que son muy raras las personas de su sexo que han logrado hacerse acreedoras á que se les tributen iguales alabanzas.

Este cumplido me valió una sonrisa de Julia y cierta mirada que parecía indicarme haber quedado satisfecha de merecer mi aprobación. El primer paso estaba dado, y hubiera sido necesario ser muy lerdo para no aprovechar los momentos. Favoreciame además el que la irrestañable facundia de doña Andrea había encontrado en mi amigo Peralta, que sin duda se propuso hacerme tercio, un aprobador constante de sus eternas disertaciones. Comencé, pues, á declararme, entablando al efecto una de aquellas conversaciones sentimentales en que las mujeres están tan versadas á fuerza de repetirlas. La inconstancia de los hombres fué desde luego el asunto de nuestro diálogo; pero yo contesté á mi preciosa antagonista, que este defecto era relativo; que si bien era verdad que había hombres variables, esto sólo podía atribuirse al poco mérito de las personas en que habían puesto su cariño; pero que una señorita como ella en quien se veían reunidos cuantos atractivos pueden apetecerse, sería capaz de fijar al hombre más voluble.

La conversación se fué animando gradualmente. No se trataba ya de generali-

dades; hacíamos otra cosa mejor, nos ocupábamos de nosotros mismos.

—¡Ay! dijo Julia, yo estoy persuadida que las grandes pasiones sólo se forman cuando dos personas simpatizan á primera vista, y esto es tan difícil....

—Sin embargo, señorita, crea vd. que no es por culpa mía si no ha obrado desde el momento entre ambos esa especie de magnetismo que causa la atracción recíproca de las voluntades de dos individuos que por la vez primera se miran, pues por lo que respecta á mí, ver á vd y adorarla, todo fué uno.

—¡Qué terrible es vd!

—¿Duda vd. de la verdad de lo que la digo?

—Lo mismo dicen vdes. á todas las mujeres.

—No, hermosa Julia; no: vd, no se atreverá á confundirme con esa turba de jóvenes troneras que requiebran á todas, precisamente porque á ninguna aman.

—No he dicho otro tanto.

—Pero sí lo suficiente para darme á entender que vd. supone que lo que acabo de decirla sólo ha sido por pasatiempo.

—Vd. convendrá en que no es bueno creerse tan de ligero.

—¿Y si diese á vd. pruebas?

—Entonces... ya vería.

—Confieme vd. al menos si su corazón se encuentra libre.

—Es vd. muy curioso.

—No me parece que deba darse este apodo al que procura saber lo que más le interesa.

—Tal vez no dormirá vd. esta noche, si no se lo digo.

—Ríase vd. cuanto guste, señorita, pero nada más cierto que el sueño huirá de mis ojos, si no me saca vd. de incertidumbre tan penosa.

—Pues bien, no quiero ser causa de que vd. se desvele: mi corazón es libre.

—¿Y podré lisonjearme que algún día?...

—Caballero, eso no es lo tratado; vd. me ofreció no hacerme más preguntas.

—Pues bien, señorita, me contentaré ya que vd. así lo quiere; pero esto no impedirá que mi pecho dé lugar á la esperanza.

—Amigo, dijo á este tiempo Peralta, son las diez, y es ya hora de retiranos.

Creí que don Juan se burlaba; tan corto me había parecido el tiempo de mi conversación con Julia; pero consultando mi reloj, ví que tenía razón, y fué necesario ceder. Despedímonos, pues, y aprovechando un momento en que doña Andrea hizo una ligera pausa, cuando me ofrecía de nuevo su casa, salimos de ella bien resuelto yo por mi parte, á frecuentarla hasta lograr la mano de Julia, de quien quedé perdidamente enamorado.

III

ESCENAS DOMÉSTICAS

Ya se presumirá sin duda que no abandoné mi proyecto de casamiento, y que mis visitas á la casa de doña Andrea serían tan continuas, cuanto lo permitían mis ocupaciones. También podrá adivinarse que Julia fué por fin sensible á mi cariño, y que allanados algunos obstáculos que por lo regular nunca faltan en estos casos, llegó por último el día que recibí su fe en los altares. Pues bien, yo quiero ahorrar á mis lectores la relación de estas menudencias, que fastidian de puro comunes, para contarles los sucesos que me acontecieron desde que entré en la categoría de cabeza de familia.

Mi suegra se había mudado conmigo, y los primeros días se volvía lenguas para alabarme con todas las personas que iban á visitarme. Mi hijo tiene un genio de angel, decía á la una, y Julia hará de él lo que quiera. Es una hormiga arriera, contestaba á la otra, que hacía el elogio de los hermosos muebles que componían el menaje de casa y los vestidos de mi esposa.

¡Cuán cierto es que siempre nos agrada la adulación, venga de donde viniere! Yo por mi parte confieso que me sedujeron

las de mi suegra, y que me hicieron creer que no tienen razón los que aseguran que entre suegra y yerno, el estado natural es el de la guerra, y que sólo por ironía se llama afinidad de parentesco.

El deseo de agradar á Julia, de la que más bien parecía amante que marido, como sucede á todos durante los primeros meses de matrimonio, hizo que por de pronto no me atreviera á establecer en mi casa el arreglo y economía que demandaban mis facultades, y el coche para el paseo, la comedia, y algunos otros gastos en satisfacer pequeños caprichos reunidos al ordinario, absorbían sumas excedentes con mucho de la que percibía por mis sueldos.

Mis antiguos ahorros se habían consumido, y no me quedó ya otro arbitrio que el de proceder cuanto antes á la reforma de mi casa, obra á que quise dar principio por la supresión del coche; pero ya no era tiempo.

—¿Iremos esta tarde al Paseo Nuevo? me preguntó Julia cierto día al levantarnos de la mesa.

—Como gustes, querida mía, le respondí, con tal de que no te sea muy molesto andar á pie.

—¿Pues que no vendrá el coche?

—He dispuesto que no lo traigan, á fin de evitar este gasto que ya no puedo soportar.

—¿Se te haría acaso pesado?

—No es esto lo que he querido decirte, sino que mis pocas proporciones no me permiten costearlo por más tiempo.

—¡Chula cosa sería, dijo mi suegra, ver que la mujer de un señor diputado se presentara á pie-á-tierra en el paseo, cuando á cualquiera infeliz no le falta con que pagar un Simón.

—Señora, á mí nada me importan los gastos que pueden hacer las demás gentes, sino arreglar los míos conforme á mis facultades.

—¿Y trato yo de impedírselo? Haga vd. lo que quiera. A ver cómo no pone vd. á mi hija con su vestido de manta. Una vez que ella se lo quiso, que lo sepa aguantar.

—Reflexione vd. que eso es dar á entender á Julia que se ha hecho infeliz uniéndose conmigo.

—Que lo entienda como quiera; yo lo que digo es, que el mejor de los maridos debía estar quemado, y que dichosa quien tal pierde.

Mi mujer me puso mala cara todo el resto del día, y desde entonces ya se pasaron muy pocos sin que se ofreciera algún altercado, con motivo de que no podía proporcionar á Julia todo el dinero que necesitaba para invertirlo en mil frioleras que ella creía indispensables, y á mí me parecían inútiles.

Yo bien sabía que el modo de poner remedio, era amarrarme los calzones y decir terminantemente: "yo lo quiero, yo lo mando;" pero me repugnó siempre el hacer que mi mujer sintiera el peso de mi autoridad; y prefería adoptar el medio de la persuación. ¡Tiempo perdido! En balde me cansaba en hacer ver que la obligación de un marido no puede ser otra, que la de destinar á la subsistencia de su familia todo el producto de su trabajo, y que la mujer es á quien toca distribuirlo, acomodándolo á sus verdaderas necesidades. Doña Andrea contestaba á esto, que el que se casa debe dar para todo; y la cuidadosa Julia, á quien antes duraban dos meses los zapatos, había semanas en que no le bastaban tres pares; y con mucha frecuencia me pedía para hacerse nuevos vestidos, asegurando que los que tenía estaban incapaces de ponerse por no ser ya de moda.

Las amigas de Julia, tal vez coludidas con mi suegra, venían muchas veces á aumentar mis apuros.

—¿No vas esta noche al teatro? preguntó cierta tarde á mi mujer una señorita de las que la visitaban con mayor frecuencia.

—No, contestó Julia; mi marido dice que no tiene con que hacer este gasto.

—¡Jesús, qué miseria! ¿Será posible, señor, continuó dirigiéndose á mí, que por una friolera prive vd. á mi amiga de esta

diversión, cuando otros que tienen muchos menos recursos que vd., no dejan de proporcionarla á sus familias? y si no, ahí está don Josecito que es un triste empleadillo de hacienda con ochocientos pesos de sueldo, y sin embargo da gloria ver cómo tiene su casa, y su mujer siempre anda en coche, y disfruta de todas las diversiones.

—Pero señora, don Josecito habrá encontrado el arte de multiplicar lo que gana, y yo no poseo su secreto.

—¿Y qué me dice vd. de don Martín, el vecino de enfrente, á quien no se le conoce recurso ni chico ni grande, y que no obstante trae á su mujer tan lujosa?

—Que es un jugador de profesión, y que según aseguran, ha hecho ganancias considerables.

—¿Y por qué no juega vd? me preguntó mi suegra. Con esto á nadie se le quita nada, y muchas veces se consigue lo que nos hace falta.

—Sí, dijo mi mujer, á mí siempre me ha gustado el juego. ¡Ha de ser tan bonito ganar mucho dinero para emplearlo luego en tantas cosas!.....

Yo me abstuve de dar respuesta alguna á la invitación que se me hacía; pero varios días estuve cavilando sobre si podría convenirme arriesgarme á jugar. Al fin, triunfó mi debilidad y me decidí. Deseaba contentar todos los caprichos de mi mujer, y sólo

por medio del juego pensé conseguirlo. Tal vez tendrán razón, decía entre mí. ¿Y por qué no he de poder hacer yo como mil otros, que sacan diariamente sus gastos del juego? Me limitaré á una corta ganancia, y conteniendo mi ambición, es necesario que sea muy desgraciado para que pierda un capital.

Alucinado con estas reflexiones, que me persuadieron de que mis ganacias serían infalibles, comencé por último á concurrir á una partida de monte; pero con tan poca fortuna, que no hubo una sola noche en que no volviera á mi casa con los bolsillos vacíos, y cuando al menos esperaba que mi mujer y suegra me consolasen de mis pérdidas, tenía el disgusto de oír que las achacaban á culpa mía.

No paró en esto solo, sino que por confidencias de mi familia vino á saberse luego por toda la ciudad, que yo era un pícaro, que no me ocupaba más que en jugar. ¡Ay! exclamé al imponerme de estos rumores, bien veo que la picardía no consiste en haberme presentado en el juego, sino en que la suerte quiso que hubiera perdido mi dinero.

Una desgracia nunca viene sola, dice el adagio, y bien pronto ví cumplirse en mí esta profecía de mal agüero, pues un cambio político de aquellos que son tan comunes en nuestra república, hizo que terminara mi diputación,

Vine por tanto á quedar reducido desde entonces, á lo que pudiera producirme la abogacía. ¿Mas quién querría ocupar á un letrado, que habiendo pertenecido al partido caído, debía perder necesariamente cuantos asuntos se encargara de patrocinar?

Encomendábanseme, pues, muy pocos negocios, y aun éstos eran casi siempre de aquellos que por lo regular desempeñan los tinterillos por una paga miserable; á lo que me sujeté sin embargo, viendo que no podía hacer otra cosa; pero no sucedía lo mismo con mi esposa.

—Es imposible que pueda alcanzarme este gasto, me dijo un día al tiempo que la entregaba el corto fruto de mi trabajo.

—Te equivocas, hija mía, le contesté; todos los gastos deben ser suficientes, cualquiera que sea la cantidad que á ellos se destinare, y lo mismo debe alcanzar la cuantiosa suma que dedica á este objeto el rico agiotista, que el escaso jornal que el albañil lleva todos los días á su mujer. La diferencia consistirá en que en la mesa de ambos no se servirán las mismas viandas, ni en igual número en platillos; pero por último resultado, las dos familias habrán satisfecho su hambre. Acomódate, pues, á lo que te diere, y no temas que yo me meta á reclamarte la calidad de los manjares.

—Pues señor mío, yo no entiendo de hacer milagros, y por lo mismo me harás favor

de encargarte, desde hoy, de correr con el gasto.

Fué inútil cuanto pude decir á Julia para convencerla, de que nada tenía de imposible lo que la pedía. Aferrada ella en su opinión, comenzó á tratarme de bárbaro, y yo que por sistema procuraba siempre cortar las discusiones luego que tomaban el carácter de disputas, agarré mi sombrero y me salí á la calle, sin más objeto que el de divagarme de la mohina que me había causado la terquedad de mi mujer.

Acordéme por fortuna de don Juan Peralta, que casi había cortado relaciones conmigo desde mi casamiento, y me propuse visitarlo. Dirigíme á su casa, y tuve la suerte de encontrarlo.

—¿Cómo va, amigo? me preguntó, luego que pudo verme. Mi respuesta fué arrojarme en sus brazos llorando amargamente.

Alarmado don Juan con mis demostraciones de sentimiento, no hallaba que hacerme, y ni aun se atrevía siquiera á interumpir mi llanto para preguntarme el motivo de mi aflicción; mas cuando habiéndose hecho menos frecuentes mis sollozos, pude al fin contarle lo que me pasaba, me dijo sonriéndose:

—¿Y esto es todo lo que te aflige?

—¿Acaso le parece poco?

—No, ciertamente; pero creía que la generalidad del mal sería para tí, como para

los demás, un motivo de resignación. La mayor parte de los maridos se encuentran en el mismo caso, y á fe que si no fueran filósofos, no habría tiempo bastante para oir sus lamentaciones.

—Pero que suceda esto al que se casa con una señora de gran tono, nada tiene de extraño; pero á mí, que busqué con tanto empeño una mujer económica, Julia, que cuidaba de los dos ó tres vestidos que tenía únicamente, mientras no tuvo seguridad de adquirir otros.

—No te canses, amigo; con pocas excepciones todas las mujeres mal gastan; la rica como rica, y la pobre como pobre; pero debemos confesar que no son ellas las que tienen la culpa.

—¿Pues quién?

—Nosotros, que hasta ahora maldito lo que nos hemos ocupado de su educación, pues en los establecimientos que hay de esta especie, se les enseña bien ó mal á coser y bordar; pero ni una sola palabra de lo que más interesa, á saber, la economía doméstica.

—Pero hombre, si las mujeres cuando se casan ya son demasiado grandes para mandarlas á la escuela, ó ¿quieres por ventura que los maridos hagamos de pedagogos?

—Los maridos no; pero sí los padres y madres de familia. Confíen en buena hora á personas extrañas, si es que no pueden ha-

cerlo por sí mismos, aquella parte de la educación de sus hijas menos interesante por cierto como la costura, bordado, música, y algunas otras habilidades de esta clase; pero lo que toca al gobierno económico de una casa, y á los deberes que tienen que cumplir en las diversas situaciones á que puede reducir la suerte á sus padres, hermanos ó maridos; semejante enseñanza no es de sujetos mercenarios de quien pueden recibirla, sino del empeño y tesón que sólo es capaz de inspirar el amor paternal. Tiempo es ya de que pensemos en esto, pues de lo contrario, nuestros hijos y qué se yo cuántas más generaciones, continuarán quejándose de los mismos males de que tú ahora te lamentas. Me han dicho que dentro de breve serás padre; y si el cielo tiene á bien concederte una hija, lo que debes hacer es procurar corregir en ella ese defecto, que de tan inmemorial tiempo se transmite de padres á hijos como el pecado original.

La fuerza y exactitud de los raciocinios de Peralta, lograron convencerme, y cuando salí de su casa me hallé muy resignado; pues aunque suele decirse que "el mal de muchos es consuelo de tontos," no sé qué especie de alivio se experimenta, cuando se sabe que no es uno sólo el que padece, y me conformé porque mi mal era irremediable.

Mi Julia ha continuado con sus antiguos hábitos; pero como yo me he armado de

una paciencia verdaderamente socrática, y por otra parte, habiendo logrado alguna mejora en mis negocios pecuniarios, haya podido contentar algunos de aquellos de sus caprichos que me han parecido menos gravosos, se hace cada día menos imperiosa y exigente. En nuestra paz doméstica, no ha tenido poco influjo el haberse mudado mi suegra de casa, pues he advertido que Julia desde entonces concede algún intervalo á sus querellas conyugales.

Pocos días después de mi visita á Peralta, Julia me hizo padre de una preciosa niña. Han transcurrido ya algunos años desde aquella época, y al presente me ocupo con el mayor empeño de la educación de mi hija. No la enseñaré el arte de conservar intacto un túnico después de dos años de servicio; pero sí el de distinguir lo supérfluo de lo necesario, y el de acomodarse al producto del trabajo de su padre ó marido, sean cuales fueren sus proporciones; en términos, no sólo de que no la parezca escaso el gasto que se le diere, sino aun de que procure hacer algunos ahorros para servirse de ellos en una enfermedad, ó en cualquiera otro accidente extraordinario.

———

Una Familia de Provincia

I

LA VISITA

Había, ó hay en un pueblo, porque todo puede ser, una familia que para estar bien, había encompadrado con el cura, el padre vicario, el organista, el diezmero, el alcabalero, el subprefecto, el juez de paz, que más sabía perpetuarse en ese empleo "concejil" en el que no se tiene cuenta de las multas que se embolsan, el tinterillo y el curandero; y ya se deja entender que sus relaciones las ha llevado hasta el tendero más bien puesto del lugar, con tanta sagacidad y arte como el mejor diplomático. El buen don Roque, era padre de familia; calculaba que encompadrando con todas esas nota-

bilidades de su pueblo sacaría algunas ventajas, porque los bautismos, las alcabalas, las curaciones y los efectos, los tendría á menos costo que sin ser compadre.

Es costumbre en los pueblos, que cualquiera que sale fuera, aunque sea á ocho leguas, pasa á despedirse de sus conocimientos, y va á pedirles órdenes. En el acto que se observa esta etiqueta, la conversación rola sobre el lugar del viaje, y se invita por lo común á hacerlo, y el viajero habla con entusiasmo de lo curioso del camino y de las novedades que se hallan en los diversos puntos.

Más de diez años ha que esta familia, contando con algunos ahorros, había emprendido visitar la ciudad de México; pero como fiaba demasiado en las ofertas de sus compadres, su viaje se le había frustrado.

Cuántas veces don Roque, su esposa doña María Procopia (porque en todos los pueblos por lo común las mujeres se llaman Marías), su hijo el mayor y su hijo el menor se volvían con sus envoltorios de ropa de las casas de sus compadres, ó bien porque no cabían todos en el coche, ó porque la mula del almofrés estaba muy cargada, ó porque los compadres habían madrugado tanto que nadie los había visto partir. ¡Pobre familia! siempre deseosa de viajar, y siempre presentándosele obstáculos invencibles. Sus compadres regresaban, y sin em-

bargo del chasco, ó más claro, del desaire que les habían hecho, don Roque y doña María Procopia eran los primeros que iban á felicitar á los recién venidos por su dichoso viaje. Se animaban las descripciones de la capital, y al matrimonio se "le hacía agua la boca" al escucharlas.

—No pasa de este año sin que vayamos á saber á México, no, hijo, le decía casi siempre á su cara mitad doña María Procopia.

—Un día de estos voy á cumplirte lo que te ofrecí antes que nos casáramos, querida María; pero entre tanto, vamos á visitar á mi compadre don Atanasio que ha llegado esta tarde.

Ambos, acompañados de sus hijos y de su sobrino, para quienes una visita es un día grande, no por el caracas, que no se conoce, sino por el fuerte guayaquil se dirigieron alegres á casa de su compadre el recién venido.

—Compadre, ¿cómo fué á vd., á mi comadrita y las niñas en el viaje? ¿Qué tal se divirtieron? ¿No han tenido novedad en el camino?

—Compadre don Roque, muy bien me fué, y agredecemos á vdes. sus atenciones; sólo un pesar hemos tenido y muy grande, y es que habiendo madrugado mucho no pudimos esperar á vdes.

—No tenga vd. cuidado, compadre: ¿Y mi comadrita?

—Ya saldrá.

—Vaya un abrazo, compadre querido, y doña María Procopia se dirigió hacia don Atanasio con los brazos abiertos. En seguida salieron la esposa y niñas de don Atanasio y se abrazaron, como si hiciese años que no se viesen.

—Comadrita, ya diría á vd. Atanasio lo mortificados que hemos estado por vdes.; pero no más le digo á vd. que salimos con la luna el día que nos fuimos, y no pudimos esperarlos; pensábamos volvernos del camino por vdes., pero ya no era posible.

—Válgame Dios, comadrita; pero no se mortifique vd., que un día de estos nos vamos Roque y yo.

—Deben vdes. hacerlo pronto, don Roque, porque será una lástima que á vdes. por no saber á México los entierren de cabeza ó boca abajo, decía uno de esos veteranos que estaba de visita y que la echan de graciosos tan sólo porque han estado en algún colegio uno ó dos años, estudiando su Iriarte ó su Nebrija, y han regresado á su tierra sin haber sabido conjugar; pero esto le bastaba para hablar definitivamente de todo.

—¡Dios nos valga! y más que somos cristianos.

—Dices muy bien, hijita.

—Tocayita, decía doña Procopia á una de las niñas de la casa, y que era una de las re-

ción llegadas, ¿qué son muy altas las casas de México?

—¡Uf!.... son más altas que el cerro de enfrente.

—¿Y qué hay muchas?

—Como cuatro mil millones.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¿Pues de qué tamaño será la ciudad?

—Yo, tocayita, no se lo sabré decir á vd.; pero lo que yo puedo asegurarle es, que salíamos desde las cinco de la mañana á misa, andábamos todo el día, y volvíamos muertas de cansancio, y más que todo de sueño, poco después de la oración, y no habíamos andado toda la ciudad.

—¿Y es cierto que hay muchas ventanas en las casas?

—Ni que preguntarlo.

—¿Y muchas tiendas?

—De cuanto vd. quiera; si eso sólo para verlo.

—Hay tiendas para ropa, zapatos, para sombreros y toquillas, para llaves, tijeras, agujas, hormillas, y hasta para la agua fresca, que como hielo se vende, y entra en carretas como trigo y maíz en gavillero.

—Bien dice mi compadre el cura, respondió don Roque.—Vaya vd. á México, compadre, vaya vd.

—Mas no sólo eso, compadre don Roque, replicó doña María Cleofas, madre de doña Mariquita; se admiraría vd. de ver ca-

noas grandes cargadas sólo de lechugas, ó de rábanos, ó de flores; también para todas estas cosas hay tiendas.

—¿Y dígame vd., mi alma, qué no fué vd. á la maroma?

—Sí fuimos, respondieron á un tiempo madre é hijas.

—¿Y al treato, y á la Catredá?

—Diré á vd. espacio; al treato no; pero sí á un "dracma," que es lo que está en moda, pues ya no se usa el coliseo ni la comedia, como en tiempos antiguos; pero si vd. hubiera visto lo que nosotros, ¡qué cosa tan bonita y tan fea! hasta el acordarme me causa horror.

—¿Y qué vieron vdes? dígame vd.

—Un dracma del Diablo Verde.

—¡Jesús niñas! no sé cómo han escapado; sería bueno que se fuesen á confesar.

—¿Para qué? eso sería en otros tiempos, pero hoy sólo los necios lo hacen, y todo ¿por qué? por haber visto una comedia, respondió el estudiantillo.

—Y ahora que me acuerdo, exclamó la niña, la dracma era de "mágica."

—Comadre, ¡cómo llevó vd. á sus niñas á esas cosas de mágica con el diablo? No, nosotros no hemos de ir ya á México, decía con tono resuelto el bueno de don Roque.

—No, niño, le decía su mujer, no digas eso; acuérdate de lo que nos conversaba don Jorge el inglés.

—Eso porque en la Inglaterra son judios.

—No diga vd. eso don Roque, le replicó un nuevo interlocutor, que era nada menos que un licenciado de parvada. Esas comedias ó dramas, como hoy se llaman, no son de mágica sino de magia. Es preciso que vd. atienda á la pureza del idioma; y si vd. hubiera estudiado como yo, Quimica, Fisica, Astronomía, Lógica, Retórica, Minimos, Menores, Diplomacia y Botánica, sabría vd. la causa de todas esas representaciones, en las que la ciencia ha hecho grandes progresos.

—Bien dicho, señor Licenciado, no hay cosa como entenderlo, y no que Roque nada sabe.

—Conque, díganos vd. ¿qué no estarán excomulgados los que vean y hablen con ese diablo verde?

—Digo á vdes., expresó el licenciado, que no. Todo es efecto del progreso nuncupativo y enigmático de estos tiempos progresivos de la ciencia astrológica, de las incomprensibles y expléndidas composiciones del arte que ha llegado á la suma de su periferia en una órbita circunscripta, en que el ingenio, desplegado cual torrente, se eleva hasta el empireo.

—¡Ah madre! ¡ah madre! oiga vd. al señor licenciado; ni más ni menos así hablaban los dracmas.

—Señor licenciado, le dijo el cura que

hacía poco había entrado, ¡qué elocuente es vd., mi amigo, qué imaginación tan viva!

—No señor.... vd. me favorece mucho; pero convendrá vd. conmigo en que debemos explicar á estas señoras cuál es la impertérrita causa de esas combinaciones teatrales que se expenden en la capital.

—Muy bien, mi amigo.

—¡Ah señor compadre! dirigiéndose doña Procopia al cura, dígale vd. á Roque que me lleve á México, interésese vd.

Don Roque, aunque temiendo irselas á ver con un diablo, estaba indeciso; pero las explicaciones juiciosas de su compadre el párroco lo tranquilizaron, y terminó manifestando indiferencia.

La conversación siguió animándose, y la amenizaban las descripciones del licenciado, á quien maliciosamente el cura dejó disparatar á su voluntad. El letrado pertenecía al bando romántico, y en el pueblo hacía furor, de suerte que sin el refuerzo de las dos jóvenes pertenecientes á la familia que acababa de llegar de México, la faz anticuada y monótona del pueblo iba á cambiar. Como sucede siempre en los que tienen un mismo deseo ó inclinación, pronto se entienden ó convienen, tanto el licenciado como las dos chicas, hicieron una alianza ofensiva y defensiva para mentir y exagerar á su placer. Don Roque y su mujer perma-

necieron junto á éstos; y el cura, con el barbero, el juez de paz, y el alcabalero se hallaban separados en otro lado de la sala, hablando con el padre de la familia, hombre tonto y por lo mismo malicioso y satisfecho. La política los había engolfado, y don Atanasio, decía y tornaba á decir, haciendo mil ademanes en que esforzaba sus ojos y todo su semblante, que la cosa iba mal, muy mal.

—No digan vdes. nada, no me descubran, porque se compromete todo. Vdes. nada deben dudar, de todo me han impuesto los principales personajes de México.

—Pero señor Cura, decía el barbero, yo no opino porque los congresos se acaben, esta es la destrucción del reino; yo quiero que mi hijo, para quien reencargo á vd. una capellanía, sea diputado, y yo no debo perder esta esperanza.

—No señor, que se acaben los congresos que todas las alcabalas se las absorben, y ni para los guardas alcanza la renta. Pregúnteseme á mí, decía el alcabalero.

—Pues ni congresos ni alcabalas, señores, ni guardas, gritaba con calor el señor don Atenógenes, dueño de la mejor tienda y el más sagaz contrabandista.

—Sí, señores, tiene razón mi compadre, decía don José Guadalupe, para expresarse así, y yo agrego que ni diezmeros, ni curanderos, ni tinterillos, ni jueces, ni testigos de asistencia, ni....

—¿Pero á dónde va á dar, hombre de Dios? le interrumpió el cura creyéndose amenazado.

—¿Y quién es vd. para faltarme, don Guadalupe? le reconvino el diezmero.

—Esto es un grande insulto; agradezca vd..... replicaron todos.

—Señores, señores, calma, calma, exclamaron el cura y don Atanasio, quien defendiendo sus fueros de señor de la casa pudo tranquilizar los ánimos. A las voces ocurrió la reunión romántica, y esto sirvió de dos cosas: primera, que despertara don Roque de un profundo sueño; y, segunda, que el licenciado pronunciase un bello discurso á favor de la unión, y teniendo por tema la bondad de los juzgados y de los abogados en las sociedades civilizadas. Mariquita, y Anacleta su hermana, apoyaban al licenciado, y sostenían con su erudición, que databа desde su permanencia en la capital, que decía aquel la verdad. Sólo doña María Prócopéa no había despertado con la bulla, pues permanecía en su puesto haciendo carabanas para derecha é izquierda, y tanto más graciosa, cuanto que voluminosa de formas, sombreaba su semblante oscuro, un notable bigote, y en su cabeza lucía una enorme peineta de ahora quince años.

Don Roque, celoso de sus buenas maneras, notó á su amable esposa, y voló á hacerla volver en sí; y para lograrlo, se valió

de ofrecerle que la llevaría al día siguiente á México. Esta oferta fué bastante para despertarla completamente.

Desde el principio doña María Procopia se había propuesto, á más de visitar á sus compadres, ver las cosas nuevas que habían traído, especialmente las de ropa; este es un deseo tan general en los pueblos, que ya ha ocupado la plaza de costumbre. Sacrifican las foráneas de las poblaciones pequeñas cualquiera cosa al gusto de ver la pieza de crea, la de bretaña, el tápalo, las medias, los cortes de musolina ó de cambaya, el paño de bolita, la almohadilla el espejo, el canutero, las peinetas del portal de las flores, las orquillas, las canastitas, la caja de dulces, y hasta los cerillos y fósforos, porque es ya una necesidad nuevamente introducida, y además están de moda, y en esto de modas los foráneos no se quedan atrás, y en prueba de ello, hoy consumen algunas cajas de ese combustible, aunque en Francia dicen los han prohibido. Doña María Procopia, pues, don Roque y algunas otras visitas femeniles, unas por curiosidad y otras por tener que hablar (se entiende sin malicia,) comenzaron á instar para que les enseñasen las cosas que habían traído.

—Sí, comadrita, todavía es temprano (y esto que eran las once de la noche, y en un pueblo) y puede vd. enseñarnos sus cosas, decía doña María Procopia á su comadre doña María Cleofas.

Esta señora no tenía inclinación de acceder á aquella solicitud; pero sus hijas no opinando de conformidad, y deseando por otra parte hacer gala de lo que su amado señor padre les había comprado, en un instante desliaron los baúles y sacaron cuanto pudieron enseñar.

—Vean vdes., decía Mariquita, este túnico es de última moda, como que lo compré á la mejor de las modistas de la calle de Plateros.

—Es magnífico, brillante.

—Señora madre, ¿ve vd. cómo el señor licenciado lo entiende?

Cuando el cura y demás visitas vieron que se prolongaba demasiado la conversación, se fueron despidiendo con grande sentimiento por parte de las niñas.

—Quién lo creyera, hermana, que esos señores habían de tener tan poca crianza, y hasta el señor Cura, vaya...

—No tenga vd. cuidado, mi alma, vamos, siga vd. enseñándonos sus cosas.

—Para que las vea vd. mejor, me voy á poner este túnico.

—Eso sí que no, hijita mía, replicó don Atanasio, porque ya es noche.

Don Roque y doña María Procopia que habían echado un sueño desde antes, por una parte; el licenciado, que estaba allí alegre y festivo, y con sus ribetes de picarezco por otra, las muchachas deseosas de

ostentar sus trajes, hicieron un pronunciamiento, se entiende de "hecho" contra las disposiciones de don Atanasio, el que como presidente derrocado, tuvo que retirarse á su recámara y abandonar el campo, dejando á su esposa el cuidado de sus amabilísimas hijas. Siguió, pues, la manifestación de cada objeto, y las niñas, y las visitas, enseñando unas y admirando otras, estaban joviales.

—Vea vd. mi alma qué tápalo, de esta clase sólo los tienen las C.....

—Lindo, precioso; ya ves, Roque me debes comprar, cuando vayamos, media docena.

—Esta mascada es de última; estas medias son de lo mejor.

—¿Y qué no trajo vd. barraganes para las niñas, tocayita?

—Para mis niños, dirá vd.

—No, para las niñas, como el que se puso doña Anselma la noche del coloquio.

—Uf, ja, ja, ja.

—¿Por qué se rió vd?

—No se llaman barraganes, sino capotas.

—¡Ah! pues capote.

—Jesús, vida mía, no diga vd. así, sino capotas.

—Pues eso.

—Ya no se usan, y para qué las había de comprar á las muchachas.

—Lo que sí nos compraron fueron estos dos chales.

—Vaya qué chales, si son de lana.

—¿No le gustan á vd? pues son los que más se estilan, replicó muy amostazada.

—¿Qué dice vd. de esta sombrilla?

—No entiendo, respondió asombrada doña Procopia.

—¿Qué le parece á vd. esta sombrilla?

—Quitasol dirá vd.; ese será para que vayan los niños á la escuela.

—Vaya vd. á México, comadre, vaya vd. y verá vd., para que no dude.

—Lo vamos á disponer; pero ahora ya nos retiramos, comadrita, pues ya dió el primer canto el gallo, y es muy noche.

—No se vayan todavía que tenemos otras cosas que enseñarles, decía Mariquita.

—Vaya, no más vemos lo que va vd. á traer y nos vamos.

—¿Cuánto costó á vd. esa bolsa?

—Ridículo, comadre; por Dios que vaya vd. á México.

—Comadrita, yo no soy ridícula; quién lo creyera comadre mía, que me había vd. de despreciar.

—Ni diga vd. eso, comadrita; lo que he dicho á vd. es que á esto llaman todos ridículo, y no crea vd. que se lo digo á vd.

—Ojalá mañana nos fuésemos á México, comadre, para saber tantas cosas; por ahora ya no tengo sentimiento.

—Será lo mejor, señora doña Procopia, y yo daré á vd. cartas de recomendación, le dijo el licenciado.

—Vean vdes. qué abanicos tan especiales y qué zapatos de raso blanco y verdes hemos traído; les dijo Anacletita.

—Niña, regálale alguna cosa á mi comadre.

Señora doña Procopia, tómese vd. ese caramelo á mi nombre; y vd. señor don Roque reciba este acitrón que son de la dulcería de los ingleses, y de este modo obsequiaron á las demás visitas.

—Mil gracias, respondieron los obsequiados, maldiciendo entre sí tan estupenda generosidad.

—Ahora sí nos retiramos, interrumpió el licenciado.

Con esta indicación se despidieron todos con su acostumbrada expresión y en el zaguán se separaron cada cual para su casa.

II

LAS HABLILLAS

Los comentarios que los asistentes hicieron en el camino, fueron los de siempre: una crítica amarga de unos y otros, que á otro día se extendió en los demás vecinos, con exageraciones las más desfavorables.

En la mañana siguiente, que era día

de fiesta, doña María Cleofas y sus dos hijas fueron á misa mayor y se presentaron con todo el lujo que habían traído de la capital; sus vestidos y mascadas eran un mosaico de colores, y por supuesto llevaba cada cual su sombrilla y ridículo. Don Atanasio iba de anteojos, capa y paragua. Luego que los veían, les daban mil abrazos y los felicitaban; las personas que no tenían intimidad se secreteaban y les dirigían miradas tan picarescas, que cada una era un sarcasmo; pero don Atanasio y su familia se presentaban satisfechos.

Don Pedro el comerciante y su mujer ridiculizaban á los recién llegados, al ver que por un año no les comprarían sus indianas y crehuelas, existencia de más de diez balances.

En fin, la familia regresó á casa, y se ocupó en mandar los recados de estilo anunciando su llegada. Todo el mundo hablaba de ellos.

—¿Por fin, qué es lo que traen? preguntaban los más.

—Nada, tres ó cuatro túnicos, un ridículo, un paragua, y todo tan feo, que da vergüenza el verlos.

—La vieja viene muy habladora, las muchachas muy "físicas," y el viejo orgulioso.

—Sólo don Roque y su mujer, con todo y los desaires que les hacen siempre, van á visitarlos.

—Y ahora que los mienta vd., ¿esque se van para México?

—No lo crea vd.

—Si me lo acaba de asegurar, y anda empeñando las escrituras de su casa.

—¿Está loco?

—Mas ahí viene.

—Don Roque, nos dice este señor que se va vd. á México.

—Sí, señores.

—¿Qué ya consiguió vd. dinero?

—Cien duros, con un real en el peso cada ocho días, me va á prestar don Pedro el de la esquina, y esto sólo á mí, porque soy su amigo íntimo y es mi compadre; además el señor licenciado don Protasio me va á dar cartas de recomendación para algunos copetones de México. Conque si se ofrece algo pueden vdes. mandar.

En la misma noche había arreglado el negocio con su esposa, y todo se preparaba.

—Pero mi alma, le decía ésta, yo temo ir en diligencia.

—No tengas cuidado, ves qué pocos son los que se matan.

—Eso es lo menos; lo que me tiene con cuidado es que en los asientos y en las comidas del camino, según me han instruido, y en las camas de las posadas, se gasta mucho dinero, y más valiera que fuésemos á caballo.

—No, señora, ó todo ó nada; ó como caminan las gentes decentes, ó no vamos.

—Dios nos saque con bien.

—No te apures, que con las cartas del licenciado nada nos faltará en México; qué buen sujeto es éste, yo lo aprecio mucho.

—¡Qué atento!

—¡Qué bien criado!

—¡Es un sabio!

III

PREPARATIVOS Y VIAJE

Los amables esposos emprendieron luego sus preparativos con grande empeño para concluir pronto.

—No hay que perder tiempo, vete á despedir de todos mis compadres del rumbo de la Parroquia para abajo, que yo lo haré por el rumbo de arriba, dijo don Roque.

Como anuncio telegráfico se supo luego en el pueblo el viaje á México de don Roque y su esposa; todos decían que sería lo mismo que siempre, que después de correr de aquí para allí, despidiéndose y pidiendo órdenes, llegaba el día del viaje, y la pareja, en vez de estar en camino, estaba en su casa triste y desolada, quejándose de su mala suerte y de sus compadres que los habían olvidado. Mas ahora sí era de veras; la criada y el criado, que formaban su servi-

dumbre, se hallaban en continua fatiga para preparar la partida; el gallinero había quedado vacío por la mano terrible de la primera, y el criado no paraba de ir con recados de doña María Procopia á casa de todos sus compadres.

—José, le decía, ve á casa de mi comadre doña Anita, y díle que me preste su quitasol; á mi comadre doña Sinforosa que vas por el tápalo y las medias; á doña Chepita que te dé la mascada y el pañuelo, y á mi comadrita doña Anselma que no deje de mandarme su gorro y peinetitas, y el ridículo. Cuidado como te dilatas.

—Mujer, dijo al llegar don Roque, jadeando de cansancio y sentándose en su "camapé" de tule, ¿todavía no acabas?

—Hasta la noche no quedará todo arreglado, ya voy á cerrar el baúl, y el maletón será por la mañana temprano; por lo que es el "hitacate" ya poco le falta.

—Pues ya yo todo lo concluí; mi compadre el barbero fué y arregló con el cochero de las diligencias los asientos, por una gala que le daremos aquí, con la condición de que antes de llegar á la posada nos hemos de bajar, y á otro día temprano lo hemos de ir á esperar un poco más allá del camino. Mira, aquí están las cartas del licenciado, que nos encomienda hasta con los ingleses sus amigos, y un señor vedel de la universidad, su íntimo amigo y gran-

de persona, para que nos enseñe el caballito; y además me asegura que con confianza mandemos, que allí nada nos faltará. Conque así, apúrate, apúrate, hoy sí es de verdad nuestro viaje.

A la oración las visitas y curiosos habían ocupado todos los asientos de la casa de don Roque, que más bien por divertirse que por otra cosa, habían ido á verlo y á su esposa. La mayor parte de sus compadres y conocidos les habían llevado muchas cartas, que á decir verdad, no eran de recomendación, pero sí de encargos, con muchos tomates para diversas personas, en que les nacían algún regalo; de suerte que éstos pesaban más que el equipaje de la pareja, lo que era un abuso y una impiedad.

Eran las doce de la noche y no se acababa de arreglar la marcha de aquel. A la una se comenzó á disponer: vedlo quí.

Una capa azul, vueltas encarnadas de balleta, que le prestó el boticario.

Dos chaquetas de indiana morada y colorada de medio uso, pero bien almidonadas.

Tres chalecos, uno de indiana azul celeste y dos de cotona blanca.

Dos pares de pantalones, uno de piel de tuza de color verde, y otros de pana negra

Tres camisas de crea, amburgo y cambaya de cuadros amarillos con grandes cuellos y randas.

Tres paliacates para la bolsa.

Tres mascadas encarnadas, amarillas, verdes, azules, de tafetán francés, que don Pedro, el que le hizo el préstamo, le dió a cuatro pesos.

Un sombrero negro de vicuña coetáneo de Iturrigaray.

Un levitón azul de paño de San Fernando, que obtuvo por donación del último subdelegado.

Equipaje de la señora: tres tápalos, uno de felpa, uno de burato, y otro de casimir, todos encarnados.—Siete túnicos, dos de coco, y los cinco de todos colores, aunque de diversos dibujos grandes.—Tres mascadas de la "India" como las de don Roque. —Dos pares zapatos de cordobán.—Seis id. medias de hilo.—Dos paliacates.—Un abanico, regalo de la mujer del subdelegado.—Una peineta de corona y cuatro chicas.—Un gorro de terciopelo negro, obsequio también de la mujer del subdelegado.

Unas cuatro camisas y enaguas blancas, con dos pares de mirriñaques para abultar obsequio moderno de la esposa del juez de letras.

Un colchón de cotence con cuatro sábanas de manta inglesa, dos almohadas con sus fundas de jamín y una colcha de lana de San Miguel.

Armas: Un bastón y un paragua de marca, colorado, del juez de paz, que compuso hace diez años el sacristán.

Pertrechos de boca: Una canasta de tortillas y tamales de tres clases.

Un tompeate con pan, azúcar, café, y ocho tablillas de chocolate.—Otro idem con un pavo, cuatro gallinas, tres capones y un cuarto de carnero, todo cocido y con su correspondiente sal-pimienta y cebollas.

Una botella con catalán.

En acabar de disponerlo todo, amaneció, por lo que ya no hubo tiempo más que para ir á esperar la diligencia á la salida del pueblo. La conducción del equipaje era motivo de grandes reyertas con el matrimonio. Los chicos lloraban y los calmaban sus padres ofreciendo traerles mil cosas de México. En fin, el tiempo urgía, y don Roque y doña María Procopia hacen sus encargos y prevenciones á sus criados para que cuiden la casa y lleven recados á todos sus compadres.

Uno y otro se persignaron, y abrazando á sus hijos, que aunque púberes se deshacían en lágrimas, y dándoles un estrecho y último abrazo, se dirigieron al punto en que habían de subir al carruaje.

No les cabía el corazón en su cuerpo; les latía por temor ó pesar, y por alegría á la vez. En esto oyen el ruido de la diligencia, y tal era el ansia que tenían de subir á ella, que nada faltó para que los atropellase.

Al ver los pasajeros el lastre que el co

chero les metía en ella, comenzaron á provocar un pronunciamiento; poco faltó para que estallase una guerra civil, ocasionada por los tompeates y envoltorios de la familia. El cochero con vivacidad y arte calmó los ánimos colocándolo todo en el pescante y cielo de la diligencia. Don Roque y su esposa entraron por último en ella; el susto y la velocidad del carruaje, apenas les permitía escuchar las risotadas de los pasajeros al ver la extravagante figura de aquella pareja, que se aumentaban cuando llenos de terror pánico en algún salto que daba la diligencia, querían asirse fuertemente y hasta con los dientes don Roque y doña Procopia. Ambos hacían mil gestos y rezaban la "Magnificat" y el Trisagio con una fe y fervor como si fuese su última hora. Mas no fué sólo esto, porque no acostumbrados á viajar en coche, y menos en diligencia, se marearon y su máquinas se descompusieron hasta el extremo que los pasajeros les cedieron los lados de las portezuelas. Cuando hubieron arrojado cuanto pudieron y quedó libre su estómago, la serenidad apareció en su semblante.

No hay idea de lo que algunos de los pasajeros, cócoras de profesión, ó por humor en aquella vez, les dijeron; uno para manifestar su erudición les hablaba en francés; otro en inglés, y les hacían preguntas inconducentes y triviales, por lo que pusieron don

Roque y doña Procopia unas caras de monarquistas chasqueados. Pero con el tiempo entró la calma, y después de ésta, se entablaron buenas relaciones, y hasta una conversación en que tenía parte el matrimonio; aunque á poco don Roque comenzó a enseriarse, á causa de que estaba celoso de su querida María, pues un maldito mozalvete comenzó á pellizcarla por burla, y ella se sonreía y ponía un tanto colorada. Las miradas que le dirigía don Roque al joven que estaba á su lado, estaban llenas de ira y despecho; pero afortunadamente se había llegado al punto en donde se iba á almorzar, y con esto se sofocó aquella tempestad que parecía próxima á estallar.

IV

LA MESA REDONDA

Parado el carruaje, bajaron los pasajeros, y don Roque dió la mano y después el brazo á su mujer, llevando en el otro los tompeates de su almuerzo que habían preparado. En el camino le hizo don Roque á su mujer amargas reconvenciones y terminaron por contentarse.

Llegaron al comedor de la posta, y no quisieron sentarse á la mesa á tomar cosa alguna, temiendo pagar y hacer este gasto que les disminuiría su haber. Don Roque

cargó con sus tompeates y canastos, y suplicó le calentasen el almuerzo. Cuando regresó, ya su querida María Procopia se hallaba á un lado del joven y estaba alegre almorzando.

Llegar, ver aquello don Roque y echarle á su esposa una mirada de león, fué todo uno.

—Venga vd., amiguito, le dijo uno de los pasajeros, aquí hay un lugar, almuerce vd. y no tenga cuidado de lo demás.

—Venga, eche un trago de tapa larga.

—Señores, me ahogo si bebo á boca de botella.

—No decimos eso; que beba vd. de este vino.

—Yo no almuerzo.

—Sí, señor, cómo nos había vd. de hacer el desaire.

—Bebe, hijito; mira, ya me acabé este vaso.

—Sí, beba vd. que con él se entonará vd.

—Así se hace, exclamaron todos al ver que don Roque había vaciado el vaso.

—Yo brindo por la salud de don Roque, dijo el joven que estaba junto á doña Procopia.

—Yo nada entiendo de todas estas cosas, le replicó, y sus ojos centelleaban de ira.

Paróse el joven, y abrazándole, le dió otro vaso lleno de vino.

Don Roque con esto se tranquilizó, bebió y se puso á almorzar con bastante apetito. En esto trajeron lo que contenían sus tompeates, y todos los tamales los prodigó; pero no así con lo demás. Los vasos llenos de vino se vaciaban en manos de esposo y esposa, y si bien renació la jovialidad y buena inteligencia en el uno, en la otra por el contrario, el desdén. A la hora de la paga el semblante de don Roque se demudó completamente, le cobraba el mozo tanto por él como por su esposa, y por haberles dispuesto lo que traían en los tompeates. Don Roque se hacía sordo y como que nada entendía; su mujer chillaba de rabia de ver el chasco que les habían pegado los compañeros de viaje al convidarlos; y lo peor era, que ni ella ni su marido tenían fuera de su baúl sino lo muy preciso para el viaje, cuyos gastos habían calculado no ser mayores que lo que ahora les cobraban. Pasado un rato en que se divirtieron los pasajeros, pagó uno por todos, y el alma se les volvió al cuerpo á marido y mujer.

Don Roque llenó de nuevo sus tompeates, y montaron otra vez en la diligencia, que volvió á partir con la velocidad con que arrancan casi siempre los caballos. Hubo otro rezo; pero á la mitad de la letanía la amable pareja estaba en un sueño el más profundo, que ni el ruido del carruaje, ni

el de las carcajadas, de ver sus cabezas en continuo movimiento, bastaban para hacerlos despertar, hasta que al pasar una zanja, el salto que dió la diligencia fué tan feroz, que tocaron con su cabezas en el cielo de aquella, y doña Procopia gritó fuertemente, porque los dientes de la peineta se le habían introducido en su cráneo, y simultáneamente se mordió la lengua; y don Roque, no obstante su sombrero, se magulló la cabeza, y aunque le dolía bastante, más sintió aquel, por lo desfigurado que le quedó.

La conversación continuó, y más animada que antes, porque el vino había puesto alegres á todos, y especialmente á don Roque y á su mujer, que hicieron el gasto en todo el camino: pero antes de llegar á donde la diligencia hace jornada, ambos se apearon y se despidieron para otro día temprano.

Cuando entramos por la mañana en una diligencia, sin conocer los pasajeros, molestados por la mala noche, la madrugada, el frío, y porque otro sin urbanidad ni consideración se ha tomado el asiento que nos corresponde, nos ponemos de mal humor; pero cuando entran en ella pasajeros de contrabando y de fisonomías deformes, la incomodidad degenera en disgusto bien grande; mas éste se disminuye al fin por el trato, y más entre mexicanos, que somos

tolerantes por lo común, y esto hace que personas que nos molestan al principio, después las vemos con cierta indulgencia. Así sucedió con los pasajeros, compañeros de viaje de don Roque y su mujer, quienes aunque extravagantes, eran sencillos y buenos. Esto hacía que los viajeros los hubiesen visto partir con algún sentimiento, no sin alegrarse por otra parte, de no dormir en una misma pieza, por temor de los ronquidos de que habían dado grandes pruebas en el camino, acaso por su obesidad.

Los pasajeros se dirigieron á la posada, y el matrimonio fué sin saber bien el lugar á buscar otra, y en esto comenzaron sus nuevas penalidades, porque después de dar mil vueltas, llegaron á un mesón que todo el mundo conoce por su mal servicio.

Serias eran las reflexiones que hacían don Roque y su mujer, con quien no dejó de reñir por la primera vez, á causa de su familiaridad con el joven que había estado á su lado, y si no se hallasen á la mitad del camino, es seguro que se hubieran tal vez vuelto á su tierra, y acaso acaso, intentar en toda forma la acción de su divorcio. ¡Lo que puede una ilusión! Doña María Procopia, que era fea entre las feas, parecía á su marido una deidad; y lo que era una burla evidente de parte del joven tronera aparecía á los ojos de marido y mujer como galan-

teo. Pero este es el mundo, y así ha sido siempre, y en prueba de ello es, que yo uso de estas moralejas, que ya se hallan olvidadas.

V

AVENTURA Y LLEGADA Á MÉXICO

El sueño puso fin á las disputas de nuestra pareja, y muy temprano se levantaron, como que sin colchón, por haberse quedado en la diligencia, madrugaron, como contrabandistas, y se fueron al lugar en que debían esperar la diligencia. Afectuoso fué el saludo de sus compañeros de viaje, y en el resto de la jornada siguieron las escenas del día anterior. El humor de don Roque, por el placer de llegar á México, había mejorado un noventa por ciento, y el de su querida Procopia ni se diga; pero, ¡oh dolor! que en la última posta para llegar, se enferma la infeliz, y mientras que van á la tienda para tomar alguna medicina, parte la diligencia, y se encuentran sin los auxilios necesarios. Don Roque estaba desesperado y renegaba del día y hora en que había emprendido el viaje; lo que más le apuraba era su equipaje; su pérdida la suponía inevitable, porque quién sabe lo que haría de él el cochero; esto lo tenía fuera de sí; ya ni se acordaba de su mujer. Compadecido el ten-

dero, le procuró medios de continuar su viaje, ofreciendo don Roque el pagar luego que llegase á México.

A un cuarto de legua de la garita, les dijo el mozo que los conducía:

—Amo, antes de llegar á la garita deben vdes. besar las cadenas de las puertas y bailar allí; si no se quedan para siempre en México.

—¿Te acuerdas que esto mismo nos decían en nuestra tierra?

—Sí, y por lo mismo lo haremos, Procopia.

El malicioso criado, que era uno de esos ladinos, conoció luego la candidez de los viajeros, y como le habían instruído que era la primera vez que venían á México, les dijo esa vulgaridad, que entre esas gentes es un artículo de fe.

Cuando llegaron á la garita, don Roque y su mujer se iban á apear del caballo y se disponían á cumplir con su obligación, y lo habrían verificado, si no hubiera sido porque el criado les dijo que eso sería después, por no estar allí el guarda mayor.

Restablecida doña Procopia con la vista de la capital, comenzó á preguntar por cuanto veía. Al ver la primera iglesia, preguntaba si era la Catedral. Don Roque, antes de que respondiese el criado, le decía, como si hubiese estado ya en la capital:

—No es esta, mujer; más adelante.

—¡Ay! ¡qué México! cuánta casa, cuánta ventana; pero lo que no me va gustando es la gente tan desatenta, que no saluda, sin embargo de que le doy los buenos días, decía doña Procopia.

—Deja, hija, en cada tierra es diverso el estilo.

—Nadie me quita de que aquí es el Palacio, y esta iglesia es la Catedral; ahora sí.

—No, señora, le contestó el criado, esta casa es la Aduana, y esta iglesia el convento de Santo Domingo y esta otra casa, la ex-Inquisición.

—¡Jesús me ampare! pero ojalá la hubiera, que no vendría tanto hereje inglés como vienen á llevarse la plata del reino.

—Cállate, por Dios, mujer.

—¿Dónde estará una tienda de agua fresca para beber, que ya me abraso de sed?

—En cualquiera esquina; pero ahora es temprano.

—Alabo á Dios!

—¿Qué te sucede, Procopia?

—Mira, Roque; mira qué casas tan altas, y cuánta ventana con vidrios: esto es la gloria, esto es el cielo. Ay de mí! pobres de mis amados hijos. Vamos entrando á esta casa, que seguramente es de alguno de los amigos del señor Licenciado: ¿para qué hemos de ir tan lejos?

—No, vamos á ver la carga primero: des-

pués de eso iremos al mesón donde nos lleve el criado.

Al ver don Roque y doña Procopia la Catedral, no pudieron menos que pararse y exclamar: "¡Bendito sea el Señor!"

—De aquí sí no paso, voy á dar gracias á Dios, decía resueltamente doña Procopia.

—No paso por eso, le replicaba don Roque; después vendrás á rezar lo que gustes: acuérdate de nuestra carga.

Al fin llegaron al mesón, y como era día domingo, les fué fácil recobrar su equipaje, cuya conducción tuvieron que pagar de nuevo al cochero, por habérsela exigido en el despacho, lo cual fué un golpe mortal para don Roque, quien con su mujer quedó instalado en el mesón de Balvanera: los deseos de ambos quedaban satisfechos.—Mexicanos, podrían decir: ya nos tenéis en vuestro seno; ya estamos en la capital del grande Anáhuac.

ZULEY.

Un Secreto de Casada.

Mas todas las (cosas) que son reprensibles, se descubren por la luz; porque todo lo que se manifiesta es luz. —SAN PABLO: Epis. á los corint., V, 13.

En un primoroso aposento de una preciosa casa del Puente de Alvarado, en la deliciosa México, engañando el tiempo estaba una afortunada pareja sentada junto á una mesa de elegante figura.

Para que no alegue ignorancia la apreciable lectora que se digne pasar sus ojos por estas líneas, de luego á luego diremos en pocas palabras que en la época del presente relato, hacía sobre cinco años que el señor don Esteban Ruijosa, adinerado negociante, y la linda Isabel Cabrera, unidos con matrimoniales vínculos, disfrutaban de

la vida más feliz y alegre que apetecerse puede, sin que en tanto trecho hubiera la más ligera desavenencia ni la más leve pesadumbre turbado la paz y el contento de ninguno de los dos. Ahora bien, la pareja de que hablamos al principio, es la misma de que acabamos de hacer mención. El mundo que, dígase lo que se quiera, no deja de clavarse algunas veces, había pensado que Isabel, joven preciosa y de familia distinguida, pero escasa de fortuna, había sido casada con don Esteban, mozo también pero de ordinarios pañales, por miras de pura conveniencia pecuniaria, sin parar la consideración en que don Esteban, habiéndose formado él solo, no solamente se había granjeado á fuerza de laboriosidad honradez y delicadeza una estimación universal, sino que además se había hecho lugar entre lo mejorcito de la sociedad. Y el caso es que él y su consorte se habían amado muy de veras antes de casarse, lo que confesamos que nada tenía de particular, y se amaban muy tiernamente después de casados, lo cual no es cosa de verse todos los días; y el caso es también que sin embargo de lo mucho que se querían, Isabel nunca había podido mirarle, allá en el fondo de su alma sin un respeto profundo, con cierto respeto reverencial, propio, si no nos equivocamos, en toda persona que vive persuadida de que el matrimonio no es

un juguete y de que "el marido es cabez de su mujer."

Basta de digresión y vamos al grano.

Los felices esposos estaban, pues, como íbamos diciendo, sentados delante de una mesa. Hacía una hermosa mañana de primavera, y desde el aposento, cuyas ventanas daban á la frondosa huerta, se oía el suave trinar de los pajarillos, se sentía el fragante olor de las flores y se percibía el espumoso chorro de la cristalina fuente que daba vida á las plantas y refrescaba el aire.

Tenía en sus manos don Esteban un periódico, periódico de no muy pequeñas proporciones, con su "folletín," es decir, una novela de Dumas mal escrita y peor traducida, su "editorial" lleno de frases pomposas y sin sustancia, sus "retazos" ó artículos de chismografía, fuera de sus incontables erratas, y de sus infinitos despropósitos de todas calidades y tamaños. Bien que don Esteban estuviera allí sentado con ánimo de leer lo que el periódico contenía, no podía llevar á efecto su propósito, porque su hijo primogénito, muchacho colorado y rollizo de tres años, travieso como la piel de Judas y consentido como todo hijo único, había tomado por entretenimiento hacer á su papá un millón de diabluras, tales como estirarle de vez en cuando el impreso, peinarle la cabeza con un clavo, y

cerrarle los párpados; todo lo cual hacía sonreír con disimulo á Isabel, amoscando y divirtiendo alternativamente al martir padre.

Delicioso era el espectáculo aquel, así por las originales travesuras del chico, como por la forzada seriedad del esposo y las reprimidas risas de la mamá, y la elegancia del mueblaje, y el perfume de las flores.

En medio de esto presentóse un criado trayendo varias cartas. Entre las de Isabel algunas habia particularmente mal escritas y dobladas, cosa muy poco digna de llamar la atención á no ser porque otras, las menos en verdad, traían todos los caracteres contrarios.

Isabel, al punto que recibió sus cartas, se puso pálida, luego colarada, y agarrándolas con azogamiento sin siquiera imponerse de su contenido, metió las feas en la bolsa de su delantal de raso. Ruijosa leyó en dos por tres las suyas, pues eran de hombres y trataban solamente de negocios comerciales, y bien sabido es que el comerciante, cuando es de los que lo entienden, gasta poca tinta, emplea poco tiempo y sobre todo procura el menor posible provecho á la renta de correos. Concluída su tarea, levantó los ojos, y al ver á su esposa embebecida en la lectura de una epístola de cuatro caras, con letra muy metida y

renglones muy juntos, verdadera carta de mujer, no pudo menos de sonreírse.

—¡Jesús te valga! exclamó luego en tono de chanza, ahí tienes con eso para divertirte hasta la noche; mientras acabas voy á mandar á Guillermo á la Alameda, para que me deje leer el diario con sosiego.

Sin embargo, Isabel no se imponía de la charla del papel en que tenía puesta la vista; era evidente que su pensamiento estaba divagado en otra cosa y que aquello no venía á ser más que una engañifa, un pretexto para no desplegar los labios, un medio de disimular la agitación de su ánimo.

¿Qué pasaba, pues, por ella?

A su tiempo lo sabrá quien gustare seguir esta historia.

Entre tanto don Esteban, habiendo llamado con la campana, y dado sus órdenes se enfrascó á todas sus anchuras en la lectura del papelote.

De repente, brincó en su asiento y despidió una triste exclamación.

—¿Qué te sucede? preguntóle asustada su mujer.

—¡Mira qué desgracia! ¡Una quiebra! ¿Y de quién te parece?.... ¡De un hombre muy honrado, que llevaba muy bien sus negocios, de quien nunca jamás hubiera yo.... ni nadie, esperado un golpe co-

mo éste! ¡Ya!.... también hace meses que se hablaba de él por gastador, susurrando las gentes que su mujer había de arruinarle.

—¡Su mujer!

—Sí. Pero en resumidas cuentas, no entiendo cómo puede ser eso. Unos cuantos centenares de pesos no creo yo que pudieran importar cosa para un caudal como el de Barnel, y á más no me parece que su mujer gastara más que tú..... Por lo menos, nunca supe yo que se plantara mejor que tú.... Lo que me imagino que haya sucedido es, que ella se habrá metido bárbaramente en deudas sin conocimiento de él, y deudas gordas.... y las deudas son una cosa que crece extraordinariamente en un abrir y cerrar de ojos y que acarrea miles de trabajos y congojas.... Dicen las gentes que cuando llegó el día crítico, cuando se llegó la hora de pagar, hubo dimes y diretes, se descompuso el matrimonio, se abatió él, abandonó sus negocios y paró en meterse á tontas y á locas en especulaciones descabelladas.

—¡Qué horror! tartajeó Isabel.

—¡Y de veras! Yo no sé lo que haría con una mujer semejante.

—¿No la perdonarías, queriéndola mucho? preguntó Isabel con el acento sosegado de una agitación reprimida.

—Acaso sí.... pero una sola vez, y eso

si su yerro era efecto de inexperiencia juvenil.... pero ha de haber en estas cosas tanta falsedad, tantos miserables engaños y tales extravíos que por buena cuenta doy mil gracias á Dios de no verme puesto en ocasión.

Don Esteban al hablar así tenía los ojos clavados en el periódico, sin ocurrirle por un momento dirigirlos á su mujer.

A poco, Isabel se hizo escurridiza; no advirtió su ausencia su marido.

Entróse Isabel en su recámara, torció la llave, y echándose en un taburete, dió suelta á su dolor con el más amargo llanto que en su vida hubiera vertido.

Ella, ¡ella también estaba entrampada! entrampada "bárbaramente," como había dicho tan acertadamente su marido, entrampada de tal manera que no alcanzaba ya la crecida suma que para sus alfileres le pasaba Ruijosa á satisfacer sus cuantiosos compromisos.... Así, en ahogo tal no tenía ella ni siquiera el ánimo suficiente para abrir á él su pecho, evitándole el pesar de que en breve lo supiera por boca ajena. ¡Véase por dónde vino á turbarse su sosiego, por qué mezquino principio vinieron á mezclarse las amargas lágrimas con su vida de dulzura! ¡Y qué "falsedad," cuántos "miserables engaños" y qué "extravíos" no deberían ser los suyos!

Para colmo de desgracia, ni aun el triste

consuelo de llorar le era permitido, pues temía que se maliciara algo de sus lágrimas; de suerte que después de un rato, reprimió su llanto, enjugóse cuidadosamente los ojos, bañóselos con agua fresca delante de su espejo y tapándoselos un poco con su suave pelo, disimuló bastante bien las huellas de las lágrimas. Nunca, ni cuando se vestía de gala había consultado con tanto afán el espejo, y ahora le chocaban sobre manera las ojeras que advertía ella misma.

Sentóse delante del espejo, apoyada la cabeza sobre una mano y empuñando con la otra las cartas que aún no había tenido valor para abrir. Tocaron quedito á la puerta.

—¿Quién es? preguntó.

—Yo, señorita, contestó Jerónima, su fiel camarera. Ahí busca á su merced la "madama."

Isabel torció la llave y mandó que entrara la visita; la desconsolada esposa contaba recibir algún consolón de parte de la persona que la buscaba y á quien conocía más quizá de lo que le conviniera.

La "madama" se daba el nombre de Francisca Lumieres y se hacía pasar por francesa; pero no era en realidad sino una judía inglesa, de mala familia, y que se llamaba Rebeca Samuel. Su oficio era honesto, el mismo de tantos hombres que de la noche á la mañana se levantan con un asombroso

capital, á que hacen mil acatamientos las gentes; su oficio era, pues, la usura, la venta y compra de los desechos de las damas de moda; y si vale decir verdad, pocas de su gremio sabían sacar tanto provecho del arte de embaucar á los "marchantes." Cargaba siempre consigo una asquerosa bolsa con dinero, para aprovecharse de la necesidad de las personas con quien hacía su tráfico.

Madama Lumieres, pues así es preciso llamarla ya que este nombre era por el que la conocían, era una mujer de pequeña estatura, mal vestida, de unos cuarenta años, ojos brillantes, narices de pico de loro, inquieta y de voz chillona; su jerigonza era un "chapurrado" de castellano y francés tan mal hablado uno como otro.

—"Bon jour," (1) señorita Isabel, dijo al irse colando en la recámara, ni preguntar por la salut, ¡es usté "si charmante!" (2) ¡Oh, y qué "belle!"..... (3) Por eso gasta usté vieja ropa más largo tiempo que otras señoritas y tienusté tan poco que me vender. Señorit Isabel es de todas maners "charmante;" mas non "pour" esto debe se traer vieja ropa.... porque el marit "pour" supuest y los comerciant no les gusta esto... ¡ja! ¡ja!

(1) Buenos dias.
(2) Tan preciosa.
(3) Hermosa.

¡Pobre Isabel! No estaba ella de humor de celebrar los nauseosos chistes y cumplimientos de madama Lumieres; y luego no dejaba de estar ella tal cual impuesta de las "trácalas" y socaliñas de la madama; pero tenía que tolerarla por necesidad.

—Siéntese usted, madama Francisca, díjole; me encuentro en un terrible apuro de dinero; pero en verdad no sé lo que le tengo á usted por acá.

—El terciopelo verde que no ha querido usté me dejar todavía.... Todavía le doy á usté veinte pesos "pour" él, y que mucho le habrá usté usado desde entonce.

—Sólo dos ocasiones.... solamente siete veces por junto.... Y me costó ochenta pesos, dijo suspirando Isabel.

—Ah, pero ya es pasado la moda, y tan pasado.... No creo le sacar el dinero. "Voyez-vous," (1) señorit Isabel es una chiquita señorit.... "si jolie maistrés petite." (2) Si usté estaba una alta "grand" dama, pour supuest los vestidos grandes poderían venir á las chiquitas señoritas, pero los chiquitos vestidos no vienen bien que á pocas.

—Si vendo el terciopelo verde, necesitaré otro para el invierno que entra, dijo en voz baja Isabel.

—¡Ah!..... "vous avez raison;" (3)

---

(1) Ve usted.
(2) Tan bonita, pero muy chiquita.
(3) Tiene usted razón, ó dice usted bien.

cuando llegan "les nouveautés" de la temporada. Oiga usté.... véndame también el vestido de punto blanco que me hizo ver una vez, este día que le merqué un chiquito aderés de perlas.

—¡Qué! ¿mi vestido de boda? ¡Oh, eso sí que no! ¡No he de venderlo! exclamó la infeliz Isabel apretándose convulsamente sus lindas manos.

—¿Y pour qué?..... Usté no piensa se volver á casar.... Yo le doy por él ciento pesos.

—¡Cien pesos!... ¡Es de punto de Bruselas, madama! y costó seiscientos.

—¡Ah, sí, pero usté no piensa que tengo que le traer diez años sin salir de él.... y también usté, señorit, usté compra caro ¡como toda grande dama!

Y diciendo esto, madama Lumieres meneó la cabeza con la solemnidad de una persona de años y de mundo.

—¡No, no! ¡por ningún camino! No puedo yo vender mi vestido de boda.

Y la tentadora vieja quedó por entonces al parecer chasqueada; pero al cabo de una hora la "madama" salió de la casa con un voluminoso envoltorio bajo el brazo y mucha ufanía en su fea cara.

Isabel volvió á encerrarse en su recámara. Puso unos rollos de pesos sobre la mesa, se tiró sobre un taburete y después de haber dejado correr, sin despegar sus labios

unas cuantas lágrimas ardientes, por sus irritadas mejillas, cobró por fin ánimo y comenzó á abrir las tres cartas que hasta entonces había tenido cerradas en la bolsa del delantal. Pasó la vista por la primera, luego por la segunda, sin dar á entender que hubiese encontrado en ellas cosa alguna que reparar, si bien no contenían nada grato pero no fué así con la tercera, pues en ella advirtió un exceso considerable en la cuenta, lo cual no dejó de alegrarla, por aquel principio "del mal el menos." Levantóse apresuradamente y abrió un "buró" (papelera) pequeño que había servido de mucho tiempo atrás para guardar cartas viejas y cuentas pagadas.

A decir verdad, lo interior de la tal papelera no presentaba á la vista un orden regular; tarjetas de matrimonio, entierro y visita, blancas, negras y azules, gruesas unas, transparentes otras; cuentas pagadas y por pagar; copias de versitos malos, peores y pésimos, donde el corazón, el alma y el pecho hacían todo el gasto; mil otros papeles "inclasificados" é "inclasificables," todo estaba allí revuelto y de suerte tal que no era extraño ver á Isabel afanarse en vano buscando la cuenta primitiva con que deseaba cotejar la que había recibido en la mañana. En medio del azogamiento y la impaciencia que de poco tiempo á aquella parte había venido á hacerse como genial en

ella, trabucó el escritorio, vació sobre una silla lo que contenía y luego, hincando la rodilla delante de ésta, se echó á pechos el trabajo de examinar uno por uno los papeles todos. En esta faena, vínosele á las manos una carta con que no debía esperar encontrarse allí y que conservaba la impresión de una rosa, de la cual aún se hallaba una que otra hoja seca ya, entre los dobleces del billete; esta rosa, don Esteban se la había dado la víspera de darse con ella las manos, y la carta, escrita de puño y letra del mismo, era anterior de pocos días á la rosa. Temblándole la mano, encendido el rostro y zumbándole los oídos desdobló el papel, y si bien no podía tener por la ocasión interés ni novedad alguna para ella, quedóse embebecida contemplando sus caracteres como si aquello le refrescara la memoria de otros felices tiempos.

Costumbre es reírse de las cartas amatorias, quizá porque solamente se sacan á luz las necias: las personas de ambos sexos que tienen sentimientos delicados miran estas efusiones como sagradas, y revelarlas á un tercero sería una profanación. Ahora, cuando á un corazón sincero y ardoroso se junta una inteligencia varonil; cuando la razón sanciona y la constancia mantiene la elección que se ha hecho, rara vez dejarán de encontrarse en la carta amatoria muchos rasgos de candor, lealtad y afectuosa elo-

cuencia. La que á la sazón ojeaba Isabel con sentimientos extraños y confusos, era seguramente contestación á algunos chicoleos de esos que parecen dictados por una loable modestia, pero que no son más que efecto del deseo de elogios, y contenía estas palabras:

"Me dices que en los escasos días de tu vida pasada, adviertes ya muchas niñadas y que muchos defectos tienes que yo no he notado nunca.

"No dudo en creer que haya exageración en esto, pero como quiera, dígote que así será.

"¿Y qué? Nunca se me ha venido á la boca llamarte angel, ni me pasó jamás por la imaginación el deseo de que fueras perfecta. Las debilidades que son inseparables de las criaturas, con tal que sea buena el alma, más bien sirven para apegarnos á ellas que á desviarnos. Yo te tengo en el concepto de una niña leal, pero inexperta: no me pesa á mí de ser quien te dé lecciones de mundo..... Sean cuales fueren los males y las penas que te destine Dios en la vida, quiero partirlos contigo. Tratémonos con la más completa confianza, sin que tengamos secretos uno para otro; y mientras la verdad, que da su mayor brillo á tus ojos y su más rico matiz á tus mejillas, reine en tu alma, no puedo ni por sueño ima-

ginarme de tí un yerro tan grave que merezca un castigo más duro que el perdón."

¡Qué renglones para leídos en aquellos momentos! Nada extraño es que hicieran en su mente una impresión distinta y muy más profunda ahora que antes. Cuando la recibió, maldita importancia le había dado; habíala tirado donde quiera..... ¡cuán poco presente había conservado su contenido!

Brotaron á torrentes sus lágrimas; pero ya no pensó en contenerlas, y por entre ellas vióse brillar en sus ojos un contento cual jamás había sentido; es que se formaba poco á poco en el fondo de su alma una resolución que sus más finos afectos aprobaban; resolución que una hora antes le hubiera parecido un desatino.

—¿Por qué lo he temido tanto? habló para sí Isabel. No he debido necesitar la garantía que me da esta carta para echarme á sus pies y pasar por su indignación, aun por su desprecio, antes que seguir engañándole. Sí, sí....

Y diciendo esto y arrebatando un montón de papeles con la "carta amatoria" entre ellos, encaminó aceleradamente sus pasos á la pieza donde había dejado á su marido leyendo el papelote de la crónica extranjera, el "Folletín," el "Editorial" y la Gacetilla de la capital con sus "retazos" inclusive.

Ya á la entrada, Isabel se detuvo de pronto, vacilante entre retirarse ó presentarse á los ojos de don Esteban: cuánto y con qué fuerza le palpitaba el corazón y le temblaba el cuerpo todo, por demás es decirlo. Al fin, entregándose en brazos de la Providencia y antes que algo viniera á resfriar su generosa resolución, se determinó á pasar adelante.

Ruijosa había concluído la lectura del papelucho impreso y estaba escribiendo un apunte importante, sentado de espaldas á la puerta; al percibir los pasos de su mujer, no volvió tanto la cara que pudiera haberle visto el semblante.

—¿Ya, por fin? díjole con afectuoso y chancero acento. ¿Qué has estado haciendo? ¿Ya no piensas ir á ver el brazalete aquel de que te tengo hablado?

—No, Esteban... no pienso yo ahora en brazaletes.... ni quiero que vuelvas tú á pensar en darme joyas.

Y hablando así, Isabel había tenido que acercarse á una silla para poderse mantener en pie.

Su marido al oírla expresar en términos tan extraños se volvió precipitadamente hacia ella, se levantó de un brinco y exclamó:

—¡Cómo!.... Pero Isabel, ¿qué es eso, por qué lloras? Y mirando que aún teniéndole pasado amorosamente el brazo

por el cuello, permanecía sin despegar los labios: ¡Habla!.... prosiguió; tu silencio me atraviesa el alma.... ¿Por qué no quieres tratarme con confianza? Dime, ¿no lo merezco ya?

—Yo, yo soy.... dijo sollozando Isabel. Tus palabras de "endenantes".... esta carta... me han hecho abrir los ojos.... Ha llegado el caso de que yo te lo confiese... ¡Ay!... yo también.... yo también estoy... como la señora Barnel.... entrampada... bárbaramente entrampada.

Y con un ademán como de quererse ocultar bajo la tierra, se arrancó de los brazos de su atónito esposo y se dejó caer en el suelo.

Doloroso en sumo grado fué para don Esteban el conocimiento del yerro de Isabel: mas la vista de su profunda aflicción que daba á entender cuán amargo era su arrepentimiento, le atravesó el alma: tomóla en su brazos, púsola sobre un sofá, inclinó con tiernísimo amor su cabeza hacia ella, prodigóla todos los nombres, todos los títulos con que acostumbraba halagarla, y una y mil veces imprimió en su frente el beso del perdón.

—¡Cómo es posible que yo te haya tenido tanto miedo! exclamó al fin Isabel asiéndole la mano y empapándola en lágrimas. ¡Cómo he podido dejar de conocer lo generoso que eres!

—Dime, dime, vida mía, cómo ha estado el caso; cuéntamelo todo desde el principio.

La bondad de su marido llenó de tal confusión á la esposa, que aún después de exhalar mil suspiros y haberse aflojado el vestido, para poder respirar con más holgura, apenas pudo decirle con vocablos cortados:

—Antes de ser casada . me dijeron tanto.... tanto me dijeron sobre lo que era necesario que hiciera una señora para presentarse en la calle... y hacer papel.... Luego.... me retardaban las cuentas.... y.... por mucho... mucho tiempo.... me comprometían á comprar.... Luego pensé que podría pagar todo... pero....

—¿No te alcanzaba con lo que yo te tengo señalado para tus alfileres?

—¡Oh, sí, sí, eso sí! Pero sin cesar necesitaba yo algo.... He sido tan débil.... A madama Lumieres le he vendido vestidos que todavía estaban servibles, tomándole al fiado otros, y á mi doncella le he doblado el salario para compensarle lo que se llama los percances; hasta ropa que hubiera podido dar á señoras pobres he tenido el mal corazón de venderla. ¡Oh, Esteban! me he portado muy mal; pero también he pasado unos días horrendos. Me he sentido en un tormento de que solamente tú podías libertarme.... y con todo, hasta

hoy, me hubiera dejado morir antes que confesarte nada.

—¡Pobrecilla! Y ¿por qué era ese temor? ¿He sido alguna vez adusto contigo?

—¡No, no, nada de eso! ¡pero eres tan justo, tan rígido en estas cosas!

—Bien; ahora, Isabelita, dime qué tanto importará....

Hizo ella por hablar y no pudo articular ni una palabra.

—¿Tres números ó cuatro? Vamos, dime.

—Temo decírtelo... ¡ay!... cuatro... dijo Isabel entre dientes y tapándose la cara con ambas manos; sí, cuatro.... y no me queda ni medio.

—Isabel mía; se pagará todo lo que debes, hoy mismo; pero en premio, tú has de prometerme una cosa, y es quedar satisfecha y feliz.

—Cuánta generosidad, Esteban.... Y si hubieras sido un pobre, ¿qué hubiera sucedido?

—¡Oh!... entonces... entonces hubiera sido una cosa muy distinta y muy triste. En lugar de parar esto en un poco de indulgencia, habría sobrevenido ruina y mendicidad y pesadumbres incontables. Una excusa has tenido, y es que sabías que yo estaba en estado de pagar.

—Sí, ¡pero á qué precio! ¡A costa de tu amor y tu confianza!

—No, Isabel; pues tu confesión ha sido voluntaria; y no intento averiguar qué hubiera pasado por mí si lo hubiera sabido por boca de extraños. Después de todo, tú has caído en una tentación á que están expuestas las mujeres de los ricos mucho más que las de los pobres. Las gentes que trafican no son tan tontas que dén mucho al fiado á los "marchantes" que no puedan nunca pagarles.... aunque....

—Maldito el cuidado les da de las pesadumbres que acarrean entre los ricos interrumpió Isabel amargamente.

—Mira: también es menester confesar que por ambas partes hay culpa. A las niñas de tu condición rara vez se les enseña á conocer lo que vale el dinero y que la integridad en materias de dinero debe ser para ellas un punto de honor. Ahora óyeme lo que voy á decirte por último, y para que no volvamos á hablar nunca sobre este desagradable asunto. Supongo que tendrás la más completa confianza en tu doncella y aquí para nosotros debe estar muy en el secreto: la induciremos á ser discreta cerrando para siempre nuestras puertas á madama Lumieres. Lo demás corre de mi cuenta. Doblemos ya esta hoja. Vamos á mandar poner el coche y te llevaré á ver el brazalete.

—No, querido Esteban, no pensemos en el brazalete.

—Sí, sí. Aunque gracias á Dios, lo que ha pasado no ha sido una riña, ha sido, sin embargo, un mal rato que hemos tenido y es preciso que haya una ofrenda de paz. Y además, quiero que entiendas que mi voluntad y mis arbitrios de regalarte están muy lejos de haberse agotado.

—¡Cómo pude yo dudar de tu bondad! decía Isabel sollozando y derramando lágrimas de júbibio. Pero sólo un marido como tú puede ser tan generoso, Esteban

—Creo que pocos maridos habrá que no aprecien la verdad y el candor como una de las primeras virtudes conyugales. ¡Ah! si hubieras tenido confianza en mí desde un principio, ¡cuánta pena no nos habríamos ahorrado ambos!

LA FE EMPEÑADA.

I

—Los padres tienen corazón de roca! ¡no hay cosa que pueda ablandarlos! ¡Ni lágrimas, ni ruegos ni nada; nada vale para ellos!

Así decía un mocito de ojos negros, cariacontecido y de regulares bigoteras, después de haber contado, con todos sus puntos y sus comas el suceso por demás lacrimoso y estupendo de que su respetable padre se había negado á consentir en el inmediato casamiento de este mismo su propio hijo.

—¡Y qué me dices de los tíos! exclamó la soberana de las acciones, palabras y pensamientos del entristecido mozo. Siempre, siempre me han chocado los tíos, no sé bien

á bien por qué. Los tíos y los tutores, ¡Jesús nos valga! son de suyo gente de maia condición... ¡Y cuando se juntan!.... ¡Dios nos ampare!

—¡Tontería! saltó una persona muy aseñorada y tal cual pasada en punto de edad, que estaba empleando el tiempo en bordar un pañuelo, á corta distancia de los quejumbrosos enamorados; nuestro tío fué tutor mío y tuyo también, Elena, y bien sabes que aunque hace once años que estoy en edad de deliberar libremente de mí, no he dejado por eso de seguir viviendo en su compañía y bajo su autoridad.

—¡Con razón! ¡como que no tienes alma en el cuerpo ni la tuviste nunca en tu vida! exclamó Elena Castillo; y luego el hijo de tío era un "mocoso" cuando tú eras ya grande y no tuviste por qué temer que te embaucaran á casarte con él.

—Ni tú tampoco, replicó prima Petra, que era como la llamaban todas; Enrique Arnaldo nunca ni siquiera te ha visto, pues acuérdate que cuando viniste á vivir con su padre, él andaba por lejas tierras, allá por Portugal.

—Y ¿no es muy extraño que venga por ahí de vuelta?

—No me lo parece á mí por ningún camino. Al revés; me parece muy en el orden que vuelva, ya que ha concluído los asuntos que le tenían ausente, y ven-

ga á prestar sus servicios y á acompañar á su padre que tantos deseos tiene de verle.

—Será como tú quieras; pero ello es que se me hace á mí horrible cosa eso de casarse uno con el hijo de su tutor.

—Con todo, más de cuatro tutoreadas han pensado de muy diversa manera. Cecilita, ya sabes, la hija de la señora Sartorio, ¡no tendrás nada que decir de ella!.. pues se casó con el hijo de su tutor, y le dió su crecido caudal juntamente con su mano.... Pero no se asuste usted, Panchito, prosiguió prima Petra volviéndose afectuosamente hacia el ojinegro mozo; no se asuste usted por las horrorosas visiones de Elena, que nosotros se la guardaremos y se la cuidaremos á usted como las niñas de los ojos.

—¡Horrenda burla! exclamó Panchito dándose un golpe en la frente, de la manera más dramática. ¡Va esto á costarme la vida indudablemente! voy á ser una nueva víctima de la tiranía paterna!

—¿Pues cómo está eso? dijo prima Petra; yo había entendido que su padre de usted no se oponía al casamiento de usted con Elena, con tal que á la vuelta de seis meses usted y ella estuvieran en la misma resolución.

—Norabuena, contestó el enamorado; pero dígame usted por el amor de Dios ¿cómo es posible que nosotros suframos

ese horrendo siglo de cruel separación sin que nos cueste la vida? Y luego, ¡sin permitirnos siquiera escribirnos, sin siquiera dejarnos que nos tengamos como formalmente prometidos uno á otra!

—Y ¿qué importa todo eso? repuso prima Petra. Si ustedes se quieren dentro de seis meses como se quieren hoy, á nada conduce que sus padres gusten ó no de considerarlos como novios.

—¡Si nos queremos dentro de seis meses! exclamó Panchito con acento de reconvención, ¡qué duda tan ofensiva!.... Pero afortunadamente Elena tiene mejor concepto de mí; ¿no es verdad Lenita?

—¡Y mucho que sí! respondió Elena hecha un mar de lágrimas. Nos tenemos empeñada nuestra fe, y esto ha de consolarnos y ayudarnos á sobrellevar la horrorosa ausencia. Espero en Dios que he de vivir para cuando vuelvas y me vengas á ver en casa de tio.... ¡ay!... de aquí á seis meses; si no.....

—¡Ah! ¡no he de sobrevivirte muchos días!

En medio del lamentoso coloquio de la derretida pareja, y mientras los dos tiernos amantes deploraban su fatídica suerte en términos capaces de quebrar las piedras, prima Petra seguía con la mayor apatía su tarea. Bien pudiera indiferencia tanta causar justo enojo á Elena; pero prima Petra

tenía treinta y dos años y la cándida Elena, con su entendimiento de diecisiete abriles, estaba tiempo hacía persuadida de que aquella había pasado su tiempo de sensibilidad y ternura. Y de más á más, prima Petra no tenía ya ni las gracias ni el porte de una muchacha y sí sólo aquellos hábitos que son propios de las señoritas de edad madura, habiendo de dos años á la fecha substituído en su traje de ligera muselina y los colores encendidos, con telas modestas y de colores oscuros, lo que había dado motivo á sus amigas para designarla con el horrendo epíteto, epíteto capaz de horripilar hasta á una dama ochentona, de ¡doncella pasada!

Sin embargo, por más que parezca mentira, prima Petra maldita la pesadumbre le daba el tal epíteto ó apodo, pues le satisfacía el que todo el mundo supiera que le llevaba porque era su gusto. Los hombres, diga cada cual lo que le cuadre, tienen por lo general el don de conocer lo que valen las mujeres que están dotadas de sensatez, amabilidad de carácter y sanos principios; y prima Petra, con una personita tal cual, pocos talentos y un caudal de quinientos pesos anuales, había cerrado la puerta á más de cuatro partidos muy regulares que se le habían presentado.

—¡Ojalá tuvieras una amiga que tomara parte en tus penas! murmujeó Panchi-

to dirigiéndose á Elena; pero lo peor es que á mí me pasa lo mismo, pues Tello no hace más que reírse de mis cosas.

—Yo estimaré siempre á Tello, dijo Elena; porque él es quien te dió á conocer en casa; pero ¡ay! ¿cómo quieres que te comprenda? Apostaría yo á que habla en el particular de la propia suerte que prima Petra y califica de cosa muy en el orden lo que tu padre y mi tio hacen con nosotros.

—¡Así es cabalmente! contestó Panchito dando un hondo suspiro.... Cuando está la gente entrada en años, ya no saben ni lo que es justo ni lo que no, ni sienten lo que es pena y placer..... ¡No cambiaría yo mi corazón por el suyo!

—¡Ni yo! ¡No diera yo mis penas amorosas, crueles como son, por eso que llama el mundo tranquila felicidad!

—¡Bien dicho, bien dicho! prorrumpió con entusiasmo el novio; los corazones que se aman prefieren todos los reveses de la suerte, los males todos de la vida viviendo en estrecha unión, á todos los placeres del mundo.

Trazas llevaban los melozos piropos de prolongarse hasta más allá del dia del juicio, á no haber llegado en hora menguada á interrumpirlos, entrándose de rondón en el aposento, el malmirado Tello.

Ahora bien, Tello era un sujeto de bue-

na cara, bien presentado y de mediana edad.

Allá en Jalapa, el delicioso verjel del Estado de Veracruz, había hecho conocimiento, así muy por encima, con Panchito y el señor su padre; posteriormente, habiéndose encontrado con el primo en la feria de San Juan, inmenso depósito de mercancías y emporio de la perdición, le había ocurrido renovar comunicación con él y presentarle después en la casa de don Arnaldo, con quien había llevado fina amistad mucho tiempo hacía. No tardó en suceder lo que de cajón es en estos casos: Panchito dió á entender bien por lo claro su afición á Elena, lo cual amoscó bastante á Tello por haber sido él quien había abierto la puerta á semejante pretensión; pero afortunadamente el papá entró en cuentas con su hijo, habló con don Arnaldo y se acordó por conclusión que los novios Panchito y Elena se sujetarían á una prueba de seis meses antes de serles permitido hacerse el uno al otro la vida ligera ó pesada con indisolubles vínculos.

—Panchito, dijo Tello al entrar, está aguardando á usted el señor su padre; todo está listo para el viaje.

Elena lloriqueó y gimoteó amargamente.

—La verdadera constancia, susurró Panchito al oído de ella, es la que nada puede contrarrestar. El que ha sabido resistir

á toda mudanza es el que sabe amar de veras.

—¿Qué tanto da usted de duración á este entrañable amor que estamos mirando? dijo Tello en voz baja y con satírica sonrisa á prima Petra. Dígame usted, ¿qué día de la semana que entra tendrá fin la eternidad?

—Breve acaban los gustos, replicó la interrogada, de quien fía en la verdad de las muchachas y los mozos.

Don Arnaldo trató muy afablemente á su sobrina durante su estancia en San Juan, pues le había confrontado y deseaba tenerla por nuera. Tal vez le gustaba en ella su linda cara, quizá también su lindo caudal; acaso los vínculos de parentesco le ayudaban á llevar con paciencia sus niñadas; puede que por entre el barniz de afectación y extravagancia que á primera vista se notaba en ella, descubriera él un buen fondo, pues en efecto le había; como quiera, ello es cierto que don Arnaldo ponía cuanto de su parte estaba por ensancharle el ánimo y ganarse su voluntad.

Mas todo fué en vano. En su viaje de vuelta á Jalapa, no había paraje, pueblo ó ciudad que alegrase á Elena. Por todas partes no veía más que gentes desalmadas é insensibles....

En el camino recibió aviso don Arnaldo de que había llegado de regreso de Portugal, su hijo, el primo tan temido de Elena. ¡Imagínese la amable lectora el susto

de la enamorada niña! ¡Ya se imaginaba ser otra Efigenia, víctima cruenta de los amaños de su tío!

Don Arnaldo vivía á corta distancia de Jalapa, en una haciendita preciosa, pintoresca, esmaltada de flores olorosas por todas partes mecidas por un aire suave y fresco, rociadas por unas lloviznas menudas y embalsamadas; ¡qué tal sería de delicioso aquello, cuando Elena que se esperaba morir allí de tristeza pensando en su novio y en la semestre eternidad, se maravilló de no sentir nada que se pareciera á una tristeza mortal!

Era su primo un muchacho de buena cara, y de sangre ligera; el cual muy lejos de cansarla á piropos, maldito el caso que le hacía; pues todas sus atenciones se las llevaba prima Petra. Bien es verdad que semejante proceder no podía tener nada serio por resultado, por cuanto á que no era creíble que estuviese él prendado de una mujer que le llevaba seis años y que ya estaba de saca cuando todavía él andaba jugando á los mariditos; pero siempre era chocante que la tratase como á una chiquilla, como á una persona que está demás.

—Estoy recibiendo mis primeras lecciones de desaires, dijo Elena un tanto picada á prima Petra; y por cierto que es un estudio que no me gusta.

—Dí más bien que estás aprendiendo á guardarte de juicios temerarios. Ya estás viendo que ni mi tío ni su hijo piensan ni por sueño en casarte por fuerza.

—¿No le parece á usted, tío, dijo después Elena á don Arnaldo, que Roberto me tiene aversión?

—En efecto, contestó el tío con frialdad; pero la aversión puede vencerse con más facilidad que la indiferencia. Mira bien lo que haces, Elena, no sea que le hagas pasar de un extremo á otro.

No hizo Elena caso de la advertencia; siempre se le ofrecía tener ora flores que cortar, ora plumas que tajar, y mil otras cosa para lo que pedía el auxilio de su primo Roberto, suplicándole con una zalamería y gracia capaces no ya sólo de ablandar, sino de derretir el corazón más empedernido.

Por fin, llevóse la palma Elena; venció la aversión de Roberto, quien llegó á mirarla con manifiesta predilección, y prima Petra, aventajada pero no mortificada, volvió sosegadamente á sus favoritos entretenimentos de la lectura y el bordado.

II

Regresó Panchito con su padre á Jalapa.

Preciosa como es Jalapa, terrenal pa-

raíso de la República Mexicana, parecióle al enamorado tan horrorosa como el más horrendo calabozo; ni los primorosos huertos, ni las magníficas cascadas, ni aquella vegetación tan lozana y abundante, nada nada absolutamente le gustaba. Aquel cielo entoldado pero tan amoroso, que antes le recreaba tanto, aquel paseo de los "Berros" en que tan gratas horas pasara en tiempos más alegres, todo le parecía fastidioso y triste; no hallando más alivio á su melancolía que escribir resmas enteras de tiernos versos ó tocar algunas tristes melodías con su flauta, cuando no se pasaba las horas amodorrado. Quejábase mucho su hermana, y con razón, de que se había vuelto él un hombre fastidioso é insípido y aseguraba que casi casi aborrecía á Elena por haber traído á tan mal estado á Panchito.

—Así que conozcas á mi amiga Magdalena, díjole ella á los tres meses de su regreso, verás qué guapa es. Papá me ha dado licencia para convidarla á venir á estarse conmigo unos días. Era yo capaz de apostar á que olvidas tu encanto á la media hora de tratar á Magdalena.

Picado de esta profecía Panchito, se propuso ver con malos ojos á la amiga de su hermana, figurándosela una muchacha mal criada, llena de resabios y niñadas. Pero el caso es que Magdalena era una seño-

rita de muy buenas bigoteras, amable y de muy buen trato, siendo su carita de un género más "confrontable" para Panchito que el de.... ¿lo diremos?... el de la mismísima Elena: Magdalena era una trigueñilla viva, de mucha expresión, con rizos negros como un azabache y una tez muy limpia. Al verla Panchito, estuvo á punto de decir:

—¡Quién creyera que una cara blancota desmerece junto á ese colorcito!

El padre de Panchito al punto dió á entender que Magdalena, en su juicio por lo menos, echaba el pie adelante á Elena; ello es verdad que aquella tenía en su favor la ventaja de ser dueña de un caudal más "decente;" luego, sus modales tan desembarazados y vivos le caían muy en gracia; además, alcanzaba su voz á una octava, y no de ninguna manera porque fuese más música que Elena, sino porque ésta nunca gustaba acompañar á nadie más que á sí propia. Ahora bien, como Panchito no era un sobresaliente tocador de flauta, nunca pensó en competir con el suave é inteligente cantar de Elena, mientras con Magdalena, que no cantaba y que sólo tocaba valses y cuadrillas, hacía el gasto con su flauta, disfrutando la satisfacción de ver á Magdalena escucharle, y de acompañarla cuando lo juzgaba conveniente.

Magdalena era muy aficionada á la poe-

sía; Panchito registró su resma de versos, en busca de algo que mereciese la atención de ella, y aunque encontró unas estancias de su gusto, que estaban dirigidas "A la que sabía comprenderle," necesitaba enmendarlas, porque hablaba en ellas de "apacibles y hechiceros ojos azules" y "encantadores rizos castaños." Preciso fué volver obscuro lo azul, y negro lo castaño, para poder acomodar la poesía á la nueva dama; hízolo así Panchito, y fueron aceptados con afabilidad. Trás esto rogóse á Magdalena que se quedara algunos días más, y habiendo consentido ella, toda la familia de Panchito vino á quedar muy contenta y satisfecha con la compañía de la doncella de ojos negros, y desde entonces el enamorado de marras no echó menos los parajes en que había empeñado su fe.

III

Seis meses cabales se cumplían á la sazón desde aquella tan llorada separación de Panchito y Elena.

Panchito, acompañado de su amigo Tello, cabalgaba hacia la residencia del tío de Elena.

—Precioso camino para los enamorados, decía Tello, mirando al soslayo y con

sorna á Panchito que caminaba con una cara muy triste.

—Sí, contestó Panchito dando un profundo suspiro; delicioso es para los enamorados leales, pero no para los veleidosos. Después de todo, me está pareciendo que hubiera sido mejor escribir á Elena.

—No voy con usted en eso: usted ha quedado en estar hoy en casa de don Arnaldo, y no porque ha faltado usted en un punto grave es razón que falte en otro de menos monta.

—¡Pero ¡con qué ocurrencia voy ahora á salir! ¿Quién se lo hubiera imaginado?

—¡Yo! yo lo dije desde un principio.

—Es cosa extraña cómo usted hace para librar bien de estos enredos. Mi padre me ha dicho que más de cuatro muchachas se han vuelto locas por usted.

—Puede que sí; pero yo por mi parte no me he vuelto loco por más de cuatro; y á esto quizá debo el verme libre de esos trabajos que usted llama enredos.

Mantúvose Panchito un rato sin chistar.

—¡Si le costará la vida! exclama de pronto. ¡Ahora me acuerdo que me ha dicho que hay un estanque hondo, hondo allá en su casa!

—¿Sí? contestó con calma Tello. Pues ahora conviene más que nosotros mismos le llevemos la noticia de sus calabazas,

pues así podremos ayudar usted y yo á sacarla del agua.

—No entiendo cómo puede usted divertirse con las desdichas de sus amigos!

—Panchito, siempre me ha notado usted más bien de demasiado seco que no de divertido, y lo que es ahora, no podrá usted menos de confesar que tengo razón bastante para estar serio y alegre á un tiempo; porque después de haber gastado lo mejor de mi juventud en trabajar casi sin provecho por un miserable sueldo, acabo de conseguir, como usted sabe, una colocación que me da cuatro mil pesos al año, es decir, cuanto yo pudiera apetecer y desear.

Panchito agachó la cabeza en señal de asentimiento y felicitación; pero allá en sus adentros no dejó de pensar que importaba muy poco que un solterón decidido como su amigo era, tuviera cuatro mil ó mil pesos para vivir.

En esto avistóse la casa de don Arnaldo, y Panchito, con la poca voluntad con que camina un reo al patíbulo, dirigió sus pasos hacia la mansión de aquella á quien había empeñado su fe.. .. ..

Elena y prima Petra estaban sentadas en una linda sala, en cuyas rinconeras había vasos de hermosas y fragantes flores y que daba á un precioso huerto.

—¡Cómo estoy temiendo la llegada del

pobre Panchito! dijo Elena con una voz envuelta entre suspiros. ¡Debe ser cosa tremenda la vista de un amante chasqueado! Dime, Petra, ¿no te parece que á Panchito le tiente el diablo por desafiar al pobrecito de Roberto?

—No por cierto, contestó prima Petra con calma; y si lo hiciera, estoy entendida de que le mandaría noramala Roberto.

—Con todo, nunca estaría de más recoger todas las armas que tenemos en la casa, y mandarlas guardar bajo llave y que tú trajeras la llave á la cintura, no fuera á ser que.....

—No tengas cuidado, Elena; ya mandaremos recoger hasta los alfileres y las horquillas de nuestro tocador.. pero ¿no oyes? ¿no oyes que tocan á la puerta? ¿Cuánto va á que ya tenemos aquí á tu novio? Ahora, te aconsejaré para tu consuelo, que en todos los casos, y más particularmente en este, al mal paso darle prisa.

A poco, Panchito y Tello entraron en la sala.

Cambiáronse entre los interlocutores las cortesías de estilo, sin más cosa notable que mucho encogimiento y precipitación.

Prima Petra, deseosa de abreviar el lance en beneficio de la sofocada Elena, convidó á Tello á pasar al huerto, á pretexto de enseñarle una chula "gachupina" (balsámica) que había abierto; acompañóla gusto-

so Tello, y allí entretuvieron el tiempo hablando de las tonterías y niñadas de sus respectivos amiguitos.

Entre tanto, los novios, plantado uno frente á otro, se miraban al soslayo; jugando con su sombrero el galán, y retorciendo su pañuelo la dama.

—Mis sentimientos, rompió al fin Panchito, son más para imaginados que para dichos, Elenita.

—Lo mismo le digo á usted de los míos, contestó en voz baja Elena.

—¡Dios nos asista! habló entre sí Panchito; ¡está más apasionada de mí que nunca!

Luego prosiguió dirigiéndose á ella:

—La constancia la respeta y elogia todo el mundo; pero es muy triste que cambie el corazón y si á mano viene que se dé su amor á otro objeto.....

—¡Ay! díjose para sí Elena; seguramente ha sabido mi inconstancia y va á darme en rostro con ella.

—¿Qué merece, prosiguió Panchito, quien después de jurar amor eterno á una persona, de la noche á la mañana pone su voluntad en otro objeto? Dígame usted, ¿qué merece quien así se porta?

—¡El desprecio y el odio del mundo entero! exclamó con exaltación Elena, resuelta á confesarse delincuente.

—¡Pobrecilla! habló consigo Panchito;

comprende lo que quiero dar á entender y el conocer mi volubilidad la va sacando de sí.

Luego, hablando con ella:

—Dice usted bien, semejante proceder no tiene excusa; no hay cosa que duela como lo que hiere el alma. No, nada es tan cruel como la agonía de una esperanza frustrada, de un amor desairado, de la sensibilidad lastimada... de... ¿qué queda á hacer en el mundo quien ha quedado en él sin consuelo, sin compañía, presa de todos los horrores, de....?

—¡Basta! prorrumpió Elena sollozando. ¡Basta ya, Panchito! No tengo alma para oír lo que usted me dice.

—La infeliz tiene discernimiento, habló para sí Panchito; la compadezco ahora más que nunca.

Después, volviéndose á ella:

—Creame usted, Elenita; con todas veras aprecio á usted, y aunque desgraciadamente el amor por otra persona.....

—¡Qué! ¿ya sabe usted que quiero á otro? interrumpió Elena, entre alegre y asustada.

—Señorita, brincó Panchito con mucha seriedad, no es cosa de chanza.... Siento en el alma decírselo á usted, pero hace tres meses que estoy comprometido con una amiga de mi hermana, la señorita Magdalena Rosa.... Ahora, Elenita, no

vaya usted á tomar esto muy á pechos, y su salud.....

Elena prorrumpió en estrepitosas carcajadas.

—Panchito, me ha sacado usted de un aprieto, se lo agradezco mucho; pues yo también ¡mire usted qué casualidad! yo también tenía que noticiar á usted que hace igual tiempo que he admitido el amor de su hijo de mi tío.

—¿Es posible? ¿Con que después de tantas protestas de no amar nunca sino á mí, sale usted ahora con que ha dado su corazón á otro?

—¿De qué se admira usted, caballerito, cuando usted también me cansó á protestas, y protestas mucho más ardorosas, y cuando en esto estamos pagados, pues que yo no he hecho más que seguir el ejemplo de usted? Usted creerá lo que quiera, pero ello es que prima Petra me dijo desde un principio que nunca quise á usted de veras.

—Y á mí, Tello, replicó algo volado el joven, me dijo hoy hace seis meses que apostaba á que echaba yo á usted en olvido, de la noche á la mañana.

A este tiempo prima Petra y Tello, acompañados de don Arnaldo y su hijo que los habían encontrado en el huerto, entraron en el aposento donde se hallaban los desconsolados amantes.

Panchito saludó con muy buena voluntad á su rival, y Roberto preguntó por la salud de Magdalena en términos tan afables que se podía venir por ello en conocimiento de que Tello le había impuesto del estado verdadero de las cosas.

—Todo ha quedado bien así, dijo el tío de Elena y soy de parecer que sería muy acertado que las bodas se pusieran por obra cuanto antes, pues ya estoy mirando que no es bueno exponer la constancia á una prueba demasiado pesada. Nunca en mi vida volveré yo á fiar mucho de la sinceridad de los mozos en punto de amor.

—Ahora, dijo Tello adelantándose hacia él y cogiendo de la mano á prima Petra sin que se hiciese de rogar ella, permítame usted que le diga cuatro palabras en defensa de los que se aman de veras. Ahora hace diez años que conocí y amé á la excelente y apreciable sobrina de uste Le declaré mi amor y tuve el placer de que me correspondiera. Entonces estaba ya fuera de la patria potestad, era libre de su albedrío lo propio que yo, que me encontraba sin padres. Bien que podíamos en el acto enlazarnos, por no tener quien nos lo impidiera, pensado muduramente consideramos que nuestros posible aun reunidos no alcanzaban á nuestras necesidades, y convenimos, para ahorrarnos las aflicciones de la escasez de medios, quedar apala-

brados para después de cinco años, término en el cual tenía yo fundadas probabilidades de mejorar de fortuna. Luego, para cerrar la puerta á las hablillas del público, convenimos también en guardar para nosotros nuestro compromiso, no entendiéndonos ni tratandonos sino por medio de cartas y de entrevistas raras. No nos ha faltado ocasión de contraer ciertos compromisos que las gentes llaman conveniencias, pero los desechamos siempre. Verdad es que conservándonos casi siempre ausentes uno de otra hemos padecido mucho, pero hemos vivido con la esperanza..... y ha resistido nuestro amor no solamente cinco, sino diez años; y sería yo capaz de aguardar toda la vida por merecer la mano de una persona tan cumplida, tan estimable como Petrita. Ahora que mi situación ha cambiado, como usted sabe, y que me encuentro en estado de hacerla feliz, me lisonjeo que usted tendrá la bondad de dar su aprobación á mi enlace con ella.

—¡Y yo que había siempre acusado á usted de ser incasable, dijo Panchito á Tello, cuando usted era el que más se deshacía por ser casado!

—¡Y yo que tantas veces te he dicho que nunca te había latido el corazón! dijo Elena á prima Petra, siendo así que sabías querer mejor que yo!

—Yo también, dijo Roberto, en obse-

quio de la verdad debo decir que siempre he tenido la costumbre de considerar la constancia como una quimera; pero en lo de adelante, con el ejemplo que tengo á la vista, de dos novios que á la vuelta de diez años de prueba no han faltado ni por sueño á la fe empeñada, compararé la constancia con una planta que no florece sino de cien en cien años. . . . . .

A los ocho días se celebraron las bodas de las tres parejas.

Inútil agregar que este suceso se celebró con paseos en las frondosas huertas, meriendas en el chorro de San Pedro, etc. etc.

FIN

INDICE.

Pags.

FELIX M. ESCALANTE:
María..... 3
RAMON DE LA SIERRA:
Angelina..... 45
Luisa..... 91
Una Traición y una Venganza..... 103
Julio y Adela..... 133
EUFEMIO ROMERO:
Los Ojos y el Corazón..... 147
Anita..... 161
Jugar con dos Barajas..... 183
La pobre Viuda..... 225
La Taza de té..... 235
El Paroxismo..... 255
La Adivinación..... 265
LUCIANO MUÑOS:
El Fracticidio..... 279
M TREJO:
El Martir de la Angostura..... 295
MIGEUL MARTEL:
Elena ó el Amor de un Pirata..... 307
ANONIMOS:
El Crucifijo de Plata..... 329
El Pintor de México..... 369
La Lugareña..... 393
Ernestina..... 405
En un Cementerio..... 421
Una Boda en noche de Norte..... 435
La Mujer Económica..... 451
Una Familia de Provincia..... 475
Un secreto de Casada..... 507
La Fe Empeñada..... 529

LS-U
N9375

LS.C
N9375
Novelas cortas de varios autores. Vol.2.
400642
DATE.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED